

REINOS OLVIDADOS

LA INVOCACIÓN

EL RETORNO DE LOS ARCHIMAGOS - VOLUMEN 1



TROY DENNIN

Lectulandia

De las profundidades del semiplano de las sombras llega una nueva magia, tan misteriosa que deja perplejos incluso a los Elegidos de Mystra. Desde debajo del mar de arena del Anauroch escapa una de las fuerzas malignas más poderosas y antiguas de Toril: los phaerimm. De Evereska, el último regugio elfo de Faerûn, llegan rumores de invasión. Sin que nadie sepa de dónde, llega un grupo de enigmáticos magos decididos a destruir a los phaerimm y a salvar Evereska para fines que sólo ellos conocen.

Lectulandia

Troy Denning

La Invocación

El retorno de los archimagos I

ePUB v1.1

Garland 25.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *El título del libro*

Troy Denning, 2001.

Traducción: Emma Fondevila

Ilustraciones: Jon Sullivan

Retoque portada: lan_raleigh

Editor original: Garland (v1.0 a v1.1)

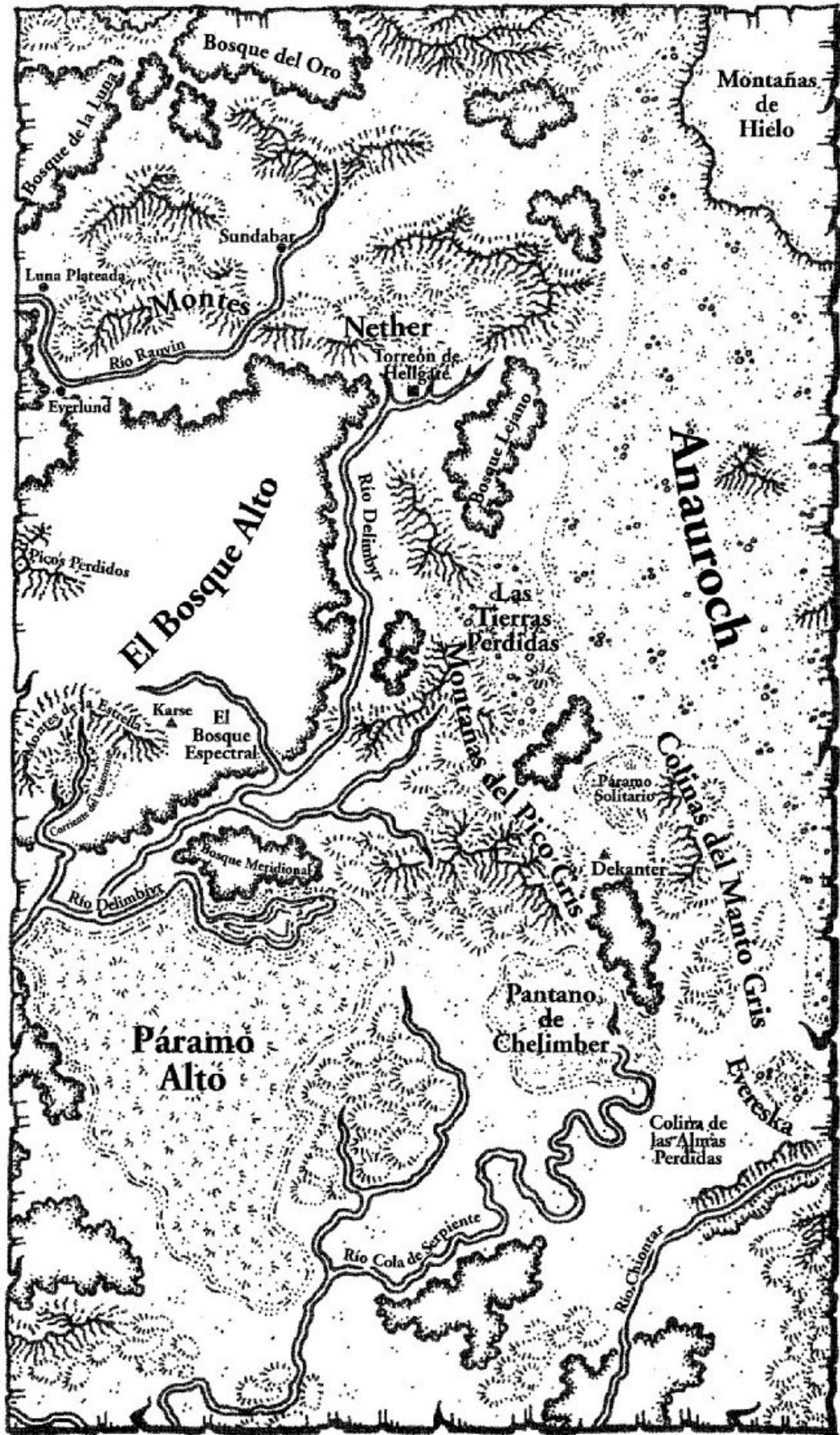
ePub base v2.0

Para Eric Boyd,
con mi sincero reconocimiento

AGRADECIMIENTOS

Este libro no habría sido posible sin la ayuda de muchas personas. ¡Gracias a todos! Hay entre ellas algunas que merecen una mención especial: Eric Boyd, por ayudarme a abrirme camino a través del bosque y señalar cuánto me quedaba todavía por leer, y por proporcionarme esas lecturas cuando no había ninguna otra fuente disponible; Ed Greenwood, por prestarme a un personaje muy especial que espero encuentre el camino de regreso a casa; Skip Williams y Jeff Grubb, por nuestras conversaciones sombrías y mágicas a la vez; Jim Butler y Rich Baker, por sus valiosos comentarios tanto sobre el esbozo como sobre el manuscrito, y por hacer que la coordinación de 3E resultase lo menos traumática posible; Rich, una vez más, por su excelente trabajo sobre *The Shadow Stone*, y Clayton Emery por razones que deberían quedar claras al final del libro. Phil Athans, mi editor, por su paciencia, buen humor y perspicacia habituales; Mary Kirchoff por hacer que volviera a sentirme cómodo en los Reinos; Sean K. Reynolds, Rob Heinsoo y James Wyatt por sus aportaciones; Duane Maxwell, Julia Martin, Anthony Valterra, Roger Moore, Steven Schend, Michele Carter, Dale Donovan y todo el equipo de Forgotten Realms 3E y grupo de producción por sus muchas ideas y sagaces sugerencias. Como siempre, gracias a Andria por su apoyo, su paciencia y su aliento.

Y gracias a los lectores de Reinos Olvidados.



CAPÍTULO 1

20 de Nightal, Año del Arpa sin Cuerdas (1371 CV)

Como todas las criptas funerarias en las que Galaeron Nihmedu había entrado hasta ese momento, ésta apestaba a los cuerpos y al aliento de los que la habían abierto. El aire estaba impregnado del olor a jabón de sebo y a humo de hoguera, del tufo de las axilas y del hedor acre del aliento humano. Lo que no percibió Galaeron fue el olor de la sangre, lo cual significaba que estos profanadores de tumbas habían sido más hábiles que la mayoría. Por lo general caían hasta tres en las trampas y en los hechizos mientras excavaban la entrada.

A medida que Galaeron y su patrulla se internaban en las profundidades de la cueva, su visión oscura empezó a iluminar las paredes del pasadizo en sombras de un frío azulado. En las piedras lisas de la pared se veían los antiguos glifos elfos que daban cuenta de la vida y la muerte de los que yacían enterrados tras ellas. Como la mayoría de los túneles de entrada, éste era bajo y angosto, lo justo para no tener que agacharse y apenas suficiente para permitir el paso de los estrechos hombros de un elfo. No podía imaginar cómo habrían podido colarse los fornidos humanos por ese estrecho pasillo, pero el caso es que habían cruzado hábilmente los pozos de la muerte con tablones toscamente labrados y apuntalado las trampas mortales con postes de roble.

Galaeron recorrió el túnel hasta la cámara mortuoria. Le sorprendió encontrar la estancia silenciosa y oscura, ya que un par de sus elfos estaban fuera vigilando a veinte caballos greñudos y a dos ladrones de cara abotargada. Tampoco había duda alguna de que los humanos hubieran llegado a la cripta, ya que el escudo de bronce que hacía las veces de puerta había quedado reducido prácticamente a la nada, una forma de entrar rudimentaria y eficaz que hacía pensar en una gran demostración de magia.

Galaeron se deslizó cautelosamente hacia el interior de la cámara. Siete elfos yacían muertos, imperturbables sobre sus antiguas andas, con la carne y el pelo perfectamente conservados por la magia ahora quebrantada de la cripta. Sus enojadas armas y sus armaduras con incrustaciones de oro yacían intactas bajo una espesa capa de polvo. Por su piel ambarina y sus adornadas armaduras de bronce, Galaeron supo que se trataba de nobles de Aryvandaaran, grandes señores del agresivo clan Vyshaan que había desencadenado la Primera Guerra de la Corona y sumido a toda la raza elfa en una lucha sangrienta que duró tres mil años. Aunque no les deseaba paz en sus sueños, estaba dispuesto a descargar el peso de la justicia sobre los profanadores de sus tumbas. Como Guardián de Tumbas, había jurado proteger todos los panteones de los elfos.

En el rincón más retirado de la cripta, Galaeron encontró una cuerda con nudos que descendía hacia un agujero recién abierto. El pozo había sido excavado mediante la misma magia con que habían destruido la puerta de bronce ya que no había ni polvo ni escombros apilados en torno a la boca del mismo. Tratando de imaginar qué podrían estar buscando allí abajo los avariciosos humanos que fuera más valioso que las riquísimas armaduras y las armas encantadas de los señores Vyshaan, condujo a la patrulla hacia el fondo.

Unos diez metros más abajo el pozo daba a un laberinto de túneles bajos y cuadrados abiertos por los enanos. Por el aspecto de la excavación, sin duda se remontaba a una época muy antigua, a los principios de Evereska. Había sobre los muros una capa de polvo de más de dos dedos, espesor que llegaba a ser de treinta centímetros en el suelo. Los humanos habían dejado su camino marcado en el polvo, hacia el este, unas pisadas que tenían el mismo aspecto que huellas sobre la nieve.

Galaeron envió a dos exploradores y después, mientras se extinguía la última y débil luz del exterior, cogió una pizca de polvo de estrellas y lo lanzó al aire corredor adelante. Aunque el polvo fosforescente era demasiado tenue para ser visto por ojos humanos, daba luz suficiente para la sensible vista de un elfo. Recordando el cuidado que había puesto su presa en superar las trampas de la cripta, ordenó a una retaguardia de tres elfos que cerrara la marcha. Prácticamente doblados en dos debajo del techo enano, los miembros de la patrulla se internaron en la oscuridad; Galaeron enfundó su espada y ocupó su puesto habitual tres lugares por detrás del que abría la marcha. Aunque todos los guardianes de tumbas podían combatir igualmente con los conjuros y el acero, generalmente él actuaba como principal usuario de magia de la patrulla. Esto se debía no sólo a que su magia era más versátil que la de la mayor parte de los elfos, sino, además, a que había aprendido en las escasas batallas en que había intervenido que los profanadores de tumbas a menudo atacaban en primer lugar a los que lanzaban conjuros, y prefería cargar él con ese peso.

El rastro humano avanzaba unos mil metros en dirección este, sorteando una docena de socavones antiguos. En el techo empezaban a aparecer estrechas vetas de arena que revelaron a la mirada experta de Galaeron que estaban pasando bajo el propio Anauroch. No pasó mucho tiempo antes de que el eco del estrépito de rocas al caer empezara a transmitirse por los túneles y de que su exploradora favorita volviese para informar.

Debemos tener cuidado con estas arañas. Parecen venenosas. —Takari Moonsnow era una esbelta elfa de los bosques, con una sonrisa semejante a un arco de cupido y unos ojos pardos del tamaño de los de un ciervo. Sus finos dedos se movían a gran velocidad en la penumbra hablando su lenguaje de signos—. *Y su mascota tiene colmillos propios.*

¿Mascota? —Los dedos de Galaeron tejieron ante sí una cesta de líneas—. ¿Qué

clase de mascota?

Ella giró sobre sus talones y partió pasadizo adelante, dejando a Galaeron prácticamente igual que antes de su informe. Galaeron sacudió la cabeza y la siguió. Cuando uno tiene como exploradora a una elfa de los bosques, tiene que darle ocasión de divertirse un poco.

Aragath, el segundo explorador, un elfo de la luna, esperaba junto a una leve curva del camino, su cabeza recortada sobre una luminosidad azulada que llenaba la parte del túnel aún por recorrer. El estruendo de las rocas al caer se hacía más intenso, salpicado por la bronca conversación de hombres que hacían su trabajo. Galaeron se echó cuerpo a tierra y empezó a arrastrarse junto a Aragath. Después de avanzar tanto rato encorvado, era un alivio poder estirarse en el suelo, aunque tuviera que taparse la boca con la mano para que el polvo no le hiciera estornudar.

Galaeron se asomó apenas al recodo del camino y a punto estuvo de gritar ante el espectáculo. A menos de diez pasos de él flotaba una esfera correosa de carne gris verdosa, casi de un metro de diámetro y con la forma aproximada de una cabeza. Un único ojo saltón sobresalía en el centro de la cara, y debajo de él se abría una boca enorme llena de aguzados dientes. De su calva salían diez gruesos tentáculos acabados en un ojo bulboso. Nueve de esos tentáculos habían sido plegados sobre un pequeño trozo de madera y atados de modo que sólo podían orientarse hacia la parte superior de la grotesca cabeza. El décimo avanzaba y retrocedía constantemente lanzando un rayo de brillante luz azulada sobre un tramo de pared de piedra de algo menos de un metro y medio de ancho. En el punto donde la luz tocaba la pared, unos quince centímetros de piedra se disolvían en un humo amarillento.

Galaeron tragó saliva. Casi no daba crédito a sus ojos. La criatura era un contemplador, una de las más raras, temidas y mortíferas de la Antípoda Oscura. Galaeron jamás se había enfrentado a una, pero había visto un ejemplar que se exhibía como trofeo en la Academia de Magia Evereskana. Según las Crónicas, el monstruo había tomado posesión de la cripta del rey Sileron en las Colinas del Manto Gris, a continuación engulló a dos patrullas de los Guardianes de Tumbas antes de que el gran Kiinyon Colbathin le diera muerte.

Tan atónito estaba Galaeron que casi no reparó en los compañeros de la criatura hasta que una parte del techo se desmoronó y varios hombres se adelantaron para limpiar los escombros. Todos ellos eran de fuerte osamenta y gran tamaño, con unos muslos tan gruesos como la cintura de un elfo, y llevaban el pelo peinado en trenzas que les llegaban hasta los hombros. Sus botas altas y sus cotas de malla escamadas, desgastadas en cien batallas, estaban adornadas con piel de marta cibelina negra, y los cinturones que rodeaban sus enormes torsos eran de escamas de dragón blanco.

Mientras los hombres trabajaban, la mirada azul del ojo del contemplador se desvió hacia abajo, abriendo un surco de humeante vacío a escasos centímetros de sus

cabezas. Los hombres se echaron cuerpo a tierra gruñendo algo en un idioma áspero y rudo. Entonces, un pequeño puño apareció al otro lado del monstruo y se juntó con uno de sus tentáculos provistos de ojo. Aunque la mano era lampiña y suave, también era fuerte, y tiraba tanto que Galaeron pensó que el tentáculo iba a desprenderse.

—¡Shatevar! —sonó una voz.

Un rostro femenino apareció en la estrecha abertura entre el techo y la cabeza del contemplador. Sus facciones eran sólidas y ásperas para el criterio elfo, pero llamativas y sorprendentemente hermosas. Tenía unos ojos tan azules como la turmalina y el pelo del color de la miel.

La segunda mano se hizo visible y aplicó una daga sobre el tentáculo atrapado.

—Como vuelvas a intentarlo te convertiré en un cíclope —dijo en la lengua común.

—Entonces saca a tus zoquetes de en medio. —La voz del contemplador era profunda y borboteante—. Estoy demasiado cansado para estar pendiente de ellos.

—Cansado o muerto. Tú eliges.

Mientras discutían, Galaeron trató de contar cuántos humanos había allí. Detrás del contemplador había dos hombres sosteniendo unas espadas de color negro que parecían de cristal. Podrían haber pasado por armas de obsidiana, pero estaban perfectamente moldeadas, y sus hojas, tersas e indefinidas, no tenían ninguna de las marcas escamosas que Galaeron hubiera esperado ver. Otros cuatro hombres estaban en cuclillas a lo largo de la pared más cercana, y tenían las armas enfundadas y cruzadas sobre las rodillas. A juzgar por el brillo de las empuñaduras, también eran de cristal oscuro. Era imposible saber cuántos hombres podía haber al otro lado del contemplador, ya que el brillo de su haz de desintegración empalidecía la visión oscura de Galaeron. Sin embargo, no creía que su patrulla estuviese en gran inferioridad numérica ya que fuera sólo había visto veinte caballos.

Galaeron se apartó del recodo y dio las órdenes en su lenguaje de signos. No le entusiasmaba tratar de capturar a alguien que esclavizaba a contempladores, pero no tenía elección. Era inevitable que la noticia de tan extraño encuentro se difundiera por toda Evereska, y la menor oportunidad que se diera a los humanos tendría repercusiones desfavorables sobre la totalidad de la patrulla. No es que la cuestión preocupase demasiado a Galaeron, ya que precisamente su reputación de rebelde había hecho que acabara patrullando en el Confín del Desierto, pero todavía había entre sus elfos algunos que confiaban en hacerse un nombre en el cuerpo de los Guardianes de Tumbas.

Cuando sus guerreros estuvieron preparados, Galaeron, valiéndose de un conjuro, se volvió invisible e hizo lo propio con cuatro de sus guardias. Confiando en que el resto de la patrulla lo seguiría, avanzó dejando atrás el recodo del camino. La magia de sus botas amortiguó el sonido de las pisadas mientras avanzó hasta colocarse en

cuclillas frente a los humanos.

Desgraciadamente, ni los conjuros mágicos ni las botas elfas podían impedir que se levantara polvo al andar. A dos pasos del contemplador, uno de los humanos señaló la nube gris que rodeaba los pies de Galaeron y dijo algo en su áspera lengua. Cuando el guerrero hizo intención de levantarse, el ruido de los arcos al tensarse resonó en el pasadizo. Cuatro flechas blancas surgieron de la nada e hicieron blanco en las corvas descubiertas, penetrando apenas un dedo en la carne. Los humanos, sorprendidos, se pusieron en pie de un salto golpeándose las cabezas contra el bajísimo techo, y, con los ojos en blanco, cayeron de bruces al suelo.

Tras haberse hecho visibles por el ataque, Takari y otros tres elfos avanzaron a la carrera cambiando los arcos por espadas después de hacer una pausa para poner de lado las cabezas de los guerreros dormidos a fin de que no se ahogaran en el espeso polvo. Acto seguido aparecieron en el estrecho túnel otra media docena de arqueros, los tres de delante pusieron rodilla en tierra y los tres de detrás permanecieron encorvados.

—¡Elfos! —dijo entre dientes la humana, la única mujer que Galaeron había visto en el grupo. Tres amenazadoras puntas de flecha salieron de la oscuridad y fueron a clavarse a ambos lados de sus anchos hombros. La mujer dirigió una mirada furiosa a Takari por encima del contemplador—. ¡Más te vale que mis hombres estén vivos!

—Sólo están dormidos, lo mismo que los centinelas que dejaste a la entrada —dijo Galaeron. Procurando que la aparente falta de preocupación de la mujer no lo inquietara, anuló su conjuro de invisibilidad e indicó a Takari y a los tres elfos que la acompañaban que esperaran junto a la pared fronteriza. A continuación señaló a los hombres dormidos—. Éstos son ahora nuestros prisioneros, lo mismo que tú. Depón las armas y explica...

—No.

La interrupción tomó a Galaeron por sorpresa.

—¿Cómo dices?

—Digo que no. —La mujer hizo girar al contemplador de modo que su ojo más grande mirara de frente a Galaeron—. No depondremos las armas y no tenemos por qué explicarte nada.

—Habéis profanado una cripta —dijo el elfo—. En estas tierras, eso es algo que hay que explicar. Ríndete ahora o serás la primera en caer.

La mujer se limitó a tender la vista más allá de los arqueros de Galaeron.

—¿Sterad? —llamó.

—Aquí estoy.

Desde el fondo del túnel llegaron unas pisadas amortiguadas. Galaeron volvió la vista y se tranquilizó al ver que sus arqueros seguían de pie, pero su tranquilidad desapareció ante la visión de un par de fornidos guerreros humanos que se cernían

amenazantes sobre los cuerpos inconscientes de la retaguardia que había asignado para cubrir las espaldas de la patrulla.

—Los hombres de tu retaguardia tendrán unos cuantos chichones cuando despierten —dijo la mujer—. La cabeza no les dolerá mucho más que las heridas de las piernas a mis hombres.

Mientras hablaba, la primera fila de arqueros elfos giró sobre sus rodillas para apuntar a los recién llegados. La otra fila hizo caso omiso del peligro que la acechaba y siguió apuntando a la mujer con sus flechas. Si reparó en ello, a ésta no pareció importarle. Dijo algo en su lengua a los dos hombres que habían aparecido tras la retaguardia de Galaeron y éstos colocaron sus espadas cruzadas sobre el pecho. Aunque el movimiento no era abiertamente amenazador Galaeron observó que la altura de las espadas era la adecuada para golpear a sus arqueros en el cuello.

La mujer volvió la vista hacia Galaeron.

—No tienes la menor idea de lo que te has encontrado aquí, elfo, pero quiero que sepas que no pretendo haceros el menor daño, ni a ti ni a tus hombres. Dicho esto, os podéis marchar.

—No le hagas el menor caso, señor —dijo Louenghris, uno de los arqueros de la retaguardia y el único elfo dorado de la patrulla—. Ya pueden cortarme el cuello que mi determinación seguirá incommovible.

—Gracias, Louenghris, pero no llegaremos a eso —dijo Galaeron, ocultando su disgusto. Con sus ciento diez años, Louenghris era el más joven de la patrulla y seguía siendo lo bastante tonto como para poner en guardia a los humanos incitándolos a hacer cosas por el estilo. Deslizándose hasta la mano uno de los trozos de carbón del tamaño de una nuez que llevaba en la manga, Galaeron volvió la vista hacia la mujer—. Es posible que no intentaras hacer ningún daño, pero al forzar la entrada de la cripta ya lo has hecho. ¡Ahora debes presentarte ante el *erlagh aneghwai gilthrum!*

Deslizándose imperceptiblemente hacia un conjuro de encantamiento, aplastó el trozo de carbón y apuntó hacia adelante con la mano. Un rayo rosado en forma de abanico salió disparado del ojo central del contemplador y nubló la vista de Galaeron con su luz pálida. A pesar de los puntos rojos que veía, percibió que el túnel permanecía tan iluminado como antes.

—No has luchado contra muchos acechadores —dijo la mujer dando unos toquecitos con su daga por encima del enorme ojo central del monstruo—. La magia no tiene mucho que hacer contra Shatevar.

—Conozco el poder de un contemplador —Galaeron bajó la vista para mirar de frente a la criatura—, pero tengo entendido que no son unos esclavos muy fieles. No tenemos nada contra ti, Shatevar.

La dentada boca de Shatevar se contrajo en una tímida sonrisa.

—Por desgracia, tus guerreros no son los únicos que me amenazan por detrás con sus espadas oscuras. De cambiar eso, ten por seguro que te serviré tan fielmente como a Vala.

—¿Vala? —repitió Galaeron tratando de entender la razón por la que el contemplador había pronunciado el nombre de la mujer. Los conjuros de encantamiento resultan mucho más eficaces cuando quien los lanza conoce el nombre de su enemigo, haciendo innecesario usar algo tan duro como una nuez de carbón—. ¿Qué clase de nombre es Vala? *Meshim deri...*

—¡Ya basta! —Vala hizo presión con su daga en la cabeza del contemplador haciendo brotar una tenue gota de sangre.

El ojo central de Shatevar se abrió de par en par y una vez más el destello rosado llenó el corredor. El conjuro de Galaeron se extinguió en sus labios.

—Vuelve a intentarlo, elfo, y correrá sangre. —Manteniendo el ojo del monstruo fijo en Galaeron, Vala dejó libre otro de sus tentáculos y lo dirigió hacia el agujero del tamaño de un puño que la criatura había abierto inadvertidamente en la pared—. Tienes once ojos. Vuelve al trabajo.

—A tus órdenes, señora.

El contemplador empezó a barrer otra vez con su haz azul la pared, dejando al descubierto un extraño cuadrado de luz resplandeciente en el interior del agujero que había practicado. Conformándose por el momento con un empate, Galaeron dejó caer la mano y con dos dedos transmitió dos instrucciones; la más importante, la de mantenerse a la espera. Con un poco de paciencia tal vez consiguiera averiguar qué estaban haciendo los humanos y, más importante aún, conseguir que no muriera nadie.

El contemplador siguió fundiendo la roca y dando forma a algo que tenía el amenazador aspecto de una puerta. Al ensancharse la abertura también crecía la fuente del resplandor, aunque parecía poco más que una lámina de luz argentada. El rayo azul de Shatevar la atravesó imperturbable y siguió con su labor desintegradora en el otro extremo, mientras las rocas que de vez en cuando caían del techo lo hacían hacia el interior de la cámara. Teniendo en cuenta el lugar donde se encontraban, Galaeron se preguntó si se trataría de la fabulosa Muralla de los Sharn, una barrera de magia antigua que, según rumores, recorría bajo tierra todo el perímetro del Anauroch. De ser así, no tenía la menor idea de qué podrían buscar los humanos al otro lado. Los pocos guardias veteranos que hablaban de eso a media voz decían que el infierno que se abría al otro lado sólo era comparable a los pozos de esclavos de Carceri.

Vala mantenía una recelosa vigilancia mientras Shatevar trabajaba, y la patrulla seguía esperando la señal de Galaeron cuando el haz azul empezó a dejar un negro vacío en pos de sí.

—Hemos llegado al otro lado —informó un humano.

Vala apartó la mirada, y Galaeron supo que no encontraría otro momento más propicio. Con un movimiento de su dedo índice dio la señal de atacar, y tres blancas flechas surcaron el aire. El elfo ya se había arrojado al suelo cuando las flechas dieron en el blanco, dos por encima del ojo central de Shatevar y la tercera en la mejilla de Vala. Aunque las flechas apenas se hundieron un dedo en la carne, eso no impidió que las víctimas emitieran un grito.

Ante la sorpresa de Galaeron, ni una sola flecha humana se estrelló contra la pared del fondo y ningún elfo gritó de dolor. Mientras se arrastraba por el suelo entrevió que Louenghris caía bajo el golpe de la lustrosa empuñadura de una espada humana y vio a otros dos arqueros que yacían en el polvo, inconscientes pero sin rastro de sangre. A continuación, Takari y sus compañeros pasaron raudos y veloces a su lado lanzando arena y formulando conjuros somníferos.

Galaeron se enfrentó a Shatevar. Aunque el párpado de su ojo central estaba entrecerrado, el contemplador no había sucumbido aún al sueño inducido por las flechas y seguía balanceando dos de sus tentáculos libres para atacar. El haz azulado pasó rozando a Galaeron y abrió una herida de quince centímetros en el torso de Aragath. El elfo no emitió el menor sonido. Se limitó a bajar la cabeza y mirar la sanguinolenta masa que salía de su estómago antes de morder el polvo.

Galaeron ya estaba levantando la mano para lanzar un conjuro sobre el monstruo, cuando desde atrás una espada negra descargó un golpe sobre éste. La negra hoja atravesó la correosa cabeza sin dificultad, partiendo el cráneo en dos y derramando el espantoso sostenido sobre el suelo. Los muchos ojos de Shatevar se nublaron y quedaron en blanco, y el azul rayo desintegrador se extinguió dejando el túnel a oscuras.

—Estúpido —rugió una voz áspera.

Galaeron miró hacia arriba tratando de ver algo. La radiación argentada seguía resplandeciendo en la puerta abierta por Shatevar, pero daba la impresión de que no emitía luz sino que ella misma era la luz. Cuando recuperó su visión oscura, vio a un hombre con bigote que lo miraba desde el otro lado de la esfera desinflada del contemplador. Por la expresión de absoluto desprecio del hombre, era evidente que podía ver en la oscuridad al igual que los elfos.

—No tienes...

Takari interrumpió al humano golpeándolo de plano con su espada en la mandíbula. El hombre trastabilló, tropezó con las piernas de Vala, que sobresalían por debajo del cráneo abierto de Shatevar, y cayó de espaldas. Takari apoyó la bota sobre el cuello del caído y de un puntapié apartó su espada, pero la precaución estaba de más. El hombre dormía tan profundamente como su comandante.

—No le vayas a partir el cuello —dijo Galaeron poniéndose de pie—. Si ellos no

matan, nosotros tampoco.

Takari miró el cuerpo de Aragath.

—El acechador era suyo —dijo.

A pesar de la amargura que teñía su voz, se escabulló para reincorporarse a la lucha que libraban encorvados en la cabecera del túnel. Era un enfrentamiento extraño, en el que figuras agachadas golpeaban con las empuñaduras de sus armas y con las espadas de plano mientras las paredes repetían el eco de gritos tan feroces como los de cualquier combate, aunque nadie gritaba de miedo o de dolor. A Galaeron no le gustaba que sus elfos ganaran sólo por la superioridad de su magia y de su número, y en caso de que los humanos hubieran estado dispuestos a matar, ni siquiera estas ventajas les habrían valido una victoria. Decidido a poner fin a la lucha antes de que alguien cometiera un error y aquello se transformara en una pelea a muerte, Galaeron evocó el encantamiento de su conjuro somnífero.

¿Es que no podéis estaros ahí en silencio, mentecatos? —La voz sonó etérea y espectral, como si llegase desde las profundidades del propio túnel. Galaeron se detuvo y contempló el agujero abierto por Shatevar, pero la voz parecía provenir de todo cuanto tenía a su alrededor—. *¡Habéis lanzado a los demonios contra mí!*

Los humanos que seguían en pie hicieron silencio y depusieron sus armas. Takari dejó inconsciente a uno, y dos elfos de la luna se apresuraron a adelantarse y hacerse cargo de los prisioneros para evitar que reanudaran la refriega. Valiéndose del lenguaje de los signos, Galaeron dividió a su patrulla en dos, asignando a unos al cuidado de sus arqueros caídos y a otros a poner ataduras a los humanos, pero mantuvo a Takari a su lado. No quería que la imprevisible elfa de los bosques desquitara su dolor por la muerte de Aragath con los prisioneros.

Tres humanos permanecían todavía en pie. Galaeron se dirigió al que tenía más próximo.

—¿A quién pertenecía esa voz?—le preguntó.

Los humanos miraron aturdidos a su alrededor, sin saber a quién había dirigido la pregunta. Galaeron se dio cuenta de que sólo veían en la oscuridad cuando sostenían la espada. Tocó a uno en el pecho.

—¿De quién era esa voz? ¿Qué estáis haciendo aquí abajo?

—Nada que pueda perjudicar a Evereska —respondió el hombre—. Es todo...

Las últimas palabras se perdieron en el crepitar de una ráfaga mágica y la caverna se sumió por un momento en unas tinieblas tan espesas que podían cortarse. El ruido de piedras que caían se propagó por todo el túnel, casi inaudible para Galaeron, a quien le zumbaban los oídos. Poco a poco recuperó la visión a trozos y mezclada con una oscuridad semejante a una telaraña. Indicó a sus guardias que siguieran vigilando a los prisioneros y se volvió a continuación hacia el origen de la explosión.

La cabeza y los hombros de un corpulento humano asomaban por el agujero

abierto por Shatevar. Con el reflejo de la radiación plateada parecía pálido y espectral, pero Galaeron se dio cuenta de que era de tez morena y tenía el pelo tan negro como el tizón.

—¿Melegaunt? —inquirió uno de los prisioneros—. ¿Melegaunt Tanthul?

El interpelado asintió. A continuación sacó un fornido brazo por la abertura.

—¡Socorro!—gritó.

Los humanos avanzaron todos a la vez, tratando de abrirse camino hacia adelante a pesar de las ataduras de las manos. Fue un error. Takari derribó a uno de un codazo en la nariz y los otros dos cayeron bajo los golpes de las empuñaduras de las armas de los guardias. Por suerte para Melegaunt Tanthul, media docena de elfos corrieron a ocupar el lugar de los humanos. Aminoraron la marcha al atravesar la argéntea barrera y a continuación asieron los brazos del hombre y empezaron a tirar. El humano se deslizó hacia adelante y después, abruptamente, se quedó atascado y les gritó que no siguieran.

Los elfos, atónitos, obedecieron, y el humano volvió a desaparecer en el agujero.

Se oyó un golpe sordo, pero ni un solo grito.

Takari miró a Galaeron esperando sus órdenes, lo mismo que los elfos del otro lado de la barrera plateada.

Galaeron sacudió la cabeza sin saber qué hacer, pero avanzó hacia la abertura.

—Supongo que deberíamos ver qué...

Algo semejante a una boca rodeada de cuatro brazos surgió del otro lado y empezó a echar manotazos a diestro y siniestro, apresando a los elfos entre su cabeza escamosa y las paredes rocosas de la embocadura. Un elfo intentó gritar, pero de su boca sólo salió una bocanada de espumarajos sanguinolentos. Otra cayó con la cabeza aplastada sin haber perdido su casco. Los supervivientes trataban de desenvainar las espadas mientras retrocedían. La criatura seguía manoteando con sus cuatro brazos y consiguió apresar a dos de los elfos por la garganta y por los brazos. A continuación salió completamente por el agujero.

Aquella criatura, a cuya cabeza de boca enorme seguía el cuerpo de una babosa rematado en una estrecha cola, era el ser viviente más extraño que había visto Galaeron. No tenía ojos ni orejas, pero sabía perfectamente dónde estaban sus enemigos y evitaba que los dos elfos que habían escapado de sus garras pudieran socorrerlos. Cuando acudieron en ayuda de los cautivos, algo como un relámpago salió de la nada y derribó a uno. La segunda guerrera cayó cuando aquella cosa la golpeó con uno de sus prisioneros en la cabeza. Ambos elfos cayeron con los cuellos rotos.

—¿Qué infierno han abierto estos bastardos humanos? —gritó Takari buscando una segunda espada. Cuando su mano se cerró sobre la empuñadura envuelta en cuero de la espada humana, la soltó al instante con un silbido mientras mostraba un

verdugón de carne congelada—. ¡Por el Cazador de la Noche, hasta sus armas son profanas!

Al otro lado de la pared, la voz sofocada de Melegaunt sonó temblorosa desgranando una sucesión de sílabas arcanas. Algo largo y cubierto de púas salió flotando por el agujero y a continuación el greñudo hechicero terminó su conjuro.

El único efecto que percibió Galaeron fue una serie de sombras relumbrantes.

—Arqueros —gritó—. ¡Disparad a discreción!

—¿Y qué hacemos con Ehamond? —preguntó Takari, refiriéndose al elfo que todavía se debatía entre las garras de la criatura.

Galaeron se adelantó sin molestarse en responder. De todos los elfos de su patrulla, Takari era la que más tiempo llevaba con él, y entre ellos casi no hacían falta las palabras. Una señal le bastó para indicar que él atacaría mientras ella rescataba a Ehamond.

—¡Sí, cuando los lobos monten a lomos de puercoespines! —dijo chasqueando los dedos.

Haciendo un lado a Galaeron, Takari echó mano de la espada humana y la descargó contra la extraña bestia, lanzándose a continuación hacia adelante llevada por el movimiento de la espada. Galaeron la seguía pegado a ella con el conjuro en la punta de la lengua.

La espada humana atravesó la barrera argéntea y se enterró hasta la empuñadura en el torso de la escurridiza criatura; a continuación Takari atravesó la luz y cayó sobre la bestia, golpeando y cortando. Galaeron se deslizó tras ella sintiendo que la barrera se pegaba a su cuerpo como una fría telaraña, y se colocó detrás de Ehamond. El elfo estaba cubierto de sangre y gritaba, dando ciegos golpes contra los dientes de la criatura.

—¡Cálmate, guardia —le gritó Galaeron, que esquivó una garra y a continuación aferró un tobillo que estaba libre—, o no podremos ayudarte!

Con una finta, Takari se escabulló de una garra y luego esquivó la boca abierta de la criatura para descargar a continuación su espada sobre el brazo que sujetaba a Ehamond. El afilado acero elfo se hundió en la carne hasta cortar casi de cuajo el miembro a la altura del codo mientras Galaeron conseguía liberar el lado derecho de Ehamond tirando de él. Gritando enardecido, Ehamond sacó su propia espada y se liberó de la mano que todavía lo sujetaba. Galaeron volvió a atravesar la argéntea barrera arrastrando a Ehamond consigo, y vio la cola rematada en un aguijón del monstruo que trataba de rodear a Takari.

—¡A tu espalda!...

El aguijón alcanzó a Takari en el centro de la espalda, atravesando la armadura de cuero de la elfa como si fuera de pergamino. Takari dejó caer los brazos y su cuerpo se dobló hacia adelante. La cola empezó a moverse rítmicamente, bombeando su

contenido dentro del cuerpo de la guardia. Galaeron soltó la pierna de Ehamond y apuntando con sus manos hacia la cola del bicho, lanzó un encantamiento. Cuatro relámpagos de dorada magia brotaron de sus dedos y descargaron contra el agujijón de la cola, desprendiéndolo y liberando a Takari, que cayó de espaldas a través de la barrera de luz.

Todavía no había tocado el suelo cuando una andanada de flechas negras pasó sorteando a Galaeron para caer sobre la criatura. Las tres primeras rebotaron en la piel llena de espinas del horroroso ser, pero la última penetró a fondo en su sección media. El arquero que la había disparado pronunció una palabra de mando que activó su magia letal.

Una excrecencia blanca y macilenta se formó en torno a la herida, pero la extraña criatura no cayó; ni siquiera flaqueó.

Dejando a Ehamond librado a sus propios medios, Galaeron echó mano de Takari y la sacó a rastras. Los ojos de la elfa estaban abiertos pero vidriosos, y reflejaban más conmoción que miedo. Otra andanada de flechas pasó silbando, pero la piel de la criatura se volvió gris y pétrea y las cuatro rebotaron sin producirle el menor daño. El reducido número de proyectiles llenaba a Galaeron de desesperación, pero con Ehamond y Takari heridos y otros tres elfos inconscientes por el enfrentamiento con los humanos, sólo podía contar con cuatro guerreros elfos.

Galaeron observó con alivio que la criatura permanecía en la estrecha cavidad que quedaba entre la argéntea barrera y el agujero abierto a sus espaldas. Quebró la única flecha que había conseguido herirla y arrojó los trozos resultantes contra el elfo que la había disparado.

Galaeron puso a Takari de lado y tiró del agujijón de la criatura que tenía clavado en la espalda. La herida ya estaba macilenta y despedía un olor pestilente. Profundamente clavado en la carne había algo pequeño y redondo que la visión oscura de Galaeron percibió como de color escarlata ardiente y reluciente. Sabedor de que más valía no tratar de extraerlo, llamó a Ehamond y depositó a Takari en los brazos del maltrecho elfo.

—Llévatela de aquí. Si nosotros no os seguimos, presenta un informe.

—Nos seguiréis —dijo Ehamond, echando una mirada a la extraña criatura—. Más os vale, porque ¿quién iba a creerse esto si no volvéis?

Dicho esto, cargó a Takari sobre los hombros y desapareció túnel arriba. Galaeron se disponía a dejar a un lado el agujijón, pero pensó en lo que hubiera hecho Takari y arrojó la púa con desprecio a través de la argéntea barrera. La criatura la cogió al vuelo, después se levantó unos centímetros y, flotando, se acercó al extremo de la cavidad donde estaba Galaeron. Aunque era imposible percibir algo parecido a una emoción en aquella cosa sin cara, Galaeron no tenía la menor duda de que, si era capaz de atacar a través de la barrera luminosa, podía darse por muerto.

La criatura se cernía amenazadora delante de Galaeron cuando un haz de magia purpúrea restalló a través de la abertura alcanzando a aquella cosa por detrás y arrojándola contra la barrera. Se retorció enloquecida, emitiendo un aullido tan ensordecedor que Galaeron pensó que el techo se venía abajo.

¡Ahora! —sonó la misma voz que antes había llenado el túnel—. *¡Coged mis espadas y matadla ahora!*

Los elfos que quedaban en pie echaron mano a sus armas y se abalanzaron hacia la abertura, pero Galaeron no quería que nadie se acercara a la criatura.

—¡Nada de espadas! Relámpagos mágicos. —Alzó la mano—. Cuando yo dé la orden... ¡Ahora!

Los relámpagos de magia dorada empezaron a converger sobre la criatura. Algunos penetraron en su pétrea coraza sin el menor efecto, aunque la mayor parte la golpeó con fuerza, haciendo retroceder a la cosa hacia el haz color púrpura y arrancándole púas y trozos de piel. Casi no había salido de las manos el primer conjuro de Galaeron cuando ya había lanzado otro, descargando otra andanada de pura magia cuando la criatura todavía se tambaleaba ante la primera. Sus relámpagos atravesaban el telón argénteo y se fundían con la magia purpúrea proveniente del otro lado.

El resultado no fue exactamente una explosión. Se produjo un destello de mil colores acompañado del atronador silencio del vacío y, a continuación, un espantoso hormigueo y la sorprendente sensación de estar aplastado contra la pared del túnel. El aire se cargó de un olor a hierro al rojo y todo fue dolor. En la barrera de luz argéntea apareció un anillo de color carmesí que se hacía más tenue cuanto más se alejaba del centro. Al otro lado de la cortina yacía el extraño ser con el cuerpo asaeteado por las descargas de poder que le habían atravesado la coraza dejando al descubierto largas tiras de carne verdosa. Mientras Galaeron se esforzaba por entender lo que estaba viendo, aquella cosa se elevó del suelo y, flotando, se acercó a la barrera metiendo a continuación la cabeza por el humeante agujero.

A Galaeron se le encogió el estómago y el túnel empezó a llenarse de los gemidos de sus atónitos elfos. La enorme boca parecía sonreír mientras la criatura acababa de atravesar el agujero. Levantó del suelo a un humano inconsciente y con delicadeza lo despojó del casco.

Sacando fuerzas de flaqueza, Galaeron se puso de pie.

—¡Incorporaos si estáis despiertos! —gritó echando mano a su espada—. ¡Defendeos!

Sólo unas cuantas figuras se movieron, pero fue suficiente para hacer que la criatura dejara caer al humano. La boca de la cosa se dirigió hacia Galaeron exhalando una nube de negra niebla entre los dientes.

No hubo tiempo para lanzar una advertencia. Galaeron apenas consiguió cerrar la

boca antes de que la nube lo envolviera, quemándole los ojos y las fosas nasales y dejándole los pulmones sin aire. En el túnel todo eran toses y arcadas, angustia y miedo. Todo ocurría demasiado rápido. Cuando Galaeron consiguió que acudieran a su cabeza las palabras de un conjuro eólico, la mitad de las voces se habían extinguido. Cuando realmente logró pronunciarlo y empujar la arremolinada niebla mortífera hacia un pasadizo lateral donde no había nadie, el resto de las voces habían callado.

Consciente de que él sería el siguiente en caer, Galaeron no reprimió la terrible furia que crecía en su interior. La ira lleva a la locura, pero también despierta un valor desesperado y desata una fuerza enloquecida, y él había visto lo suficiente de esta demoníaca criatura como para saber que eso era lo que más falta le hacía. Se lanzó tras la negra nube en retroceso conteniendo, la respiración y blandiendo ciegamente la espada contra el aire cenagoso. Cuando sintió que la hoja tropezaba con algo, la pasó a la otra mano y lanzó una estocada hacia adelante con todas sus fuerzas.

La espada se clavó más de un palmo hasta detenerse. Galaeron se puso a cuatro patas y oyó el sibilante ruido de dos brazos que le pasaban por encima de la cabeza, y dio un salto, hacia atrás antes de ver otros dos que cortaban la nube de niebla arremolinada. Se sacó de la manga una varita de cristal. La niebla se disipó y dejó a la vista el cuerpo de la criatura flotando a apenas cinco pasos de él, con la espada clavada cerca de la boca. Con la esperanza de que un relámpago fuera más eficaz que el resto de su magia, apuntó con la varita al cuerpo de la cosa y puso en marcha su conjuro.

—Magia no —bramó la voz profunda—. ¡He dicho espadas!

Galaeron miró hacia el lugar de donde había salido la voz y vio al atezado mago que salía atravesando la barrera, con los oscuros ropajes arremolinándose en torno a su cuerpo como una sombra. La criatura se acercó al humano; veinte diminutas lenguas de fuego brotaban de sus dedos. Melegaunt describió un círculo con la mano, creando un remolino de helada negrura en el aire que lo precedía y avanzó confiado. Las llamas provenientes de las manos del monstruo chocaron directamente en el torbellino de sombra y se desvanecieron.

Galaeron ya se había puesto en marcha y arrebatava una negra espada de manos de un humano caído, disponiéndose a atacar. A pesar del cuero con que estaba cubierta la empuñadura, era tan fría que sentía que le quemaba la carne y le dejaba los dedos entumecidos y rígidos. De todos modos atacó, descargando el filo a medio metro de la cola de la criatura.

La oscura hoja penetró sin esfuerzo, cortando limpiamente la cola.

La criatura se estremeció de dolor y se volvió hacia Galaeron, pero se paró en seco a punto de quedar ensartada en la espada oscura. Galaeron se lanzó a por su garganta y estuvo cerca de dejar caer la espada cuando el bicho retrocedió y sus

dedos helados no pudieron ajustar el impulso.

Galaeron cambió el arma de mano. En ese instante, su armadura se calentó hasta tal punto que empezó a relumbrar, llenando el túnel de fantasmagóricas sombras rosadas y dejando sin efecto su visión oscura. Con un grito apagado se lanzó hacia adelante blandiendo la espada ciegamente. A la criatura no le quedaba más remedio que retroceder... directa hacia Melegaunt Tanthul.

El mago la empujó hacia adelante, hacia la espada de Galaeron. Se repitió el mismo alarido de dolor que había sonado antes, pero Galaeron apenas lo oyó, ensordecido por su propio gemido. Todavía encontró fuerzas para retorcer la espada y arrastrarla en su caída.

Un montón de entrañas verdosas se derramó en el polvo delante de él, mientras la criatura caía lentamente a su lado. Galaeron dio un grito y se apartó, manoteando en busca de su daga.

Melegaunt Tanthul le apoyó un pie en el estómago para evitar que se moviera y a continuación se puso de rodillas a su lado.

—Está muerta. Bien hecho, muchacho. Ahora no te muevas. —El mago pasó su mano por encima de Galaeron y pronunció una extraña fórmula mágica que hizo que la armadura se enfriara—. ¿Mejor ahora?

Galaeron asintió.

—Qué...

—No hay tiempo para conversar. Ya hay otras doce en camino. —El hombre ayudó a Galaeron a ponerse de pie y señalando el agujero abierto en la pared añadió —: Y ahora pueden llegar hasta nosotros.

—¿De quiénes estás hablando? —preguntó Galaeron, reprimiendo un grito de dolor.

—Más tarde, o acabaremos muertos como los demás.

El mago empezó a abrirse camino entre los cuerpos caídos. Tanto los elfos como los humanos tenían los rostros contraídos por el dolor y de sus bocas salían espumarajos sanguinolentos.

Melegaunt se detuvo junto al cuerpo desinflado de Shatevar y señaló las piernas de Vala.

—Ésa todavía está viva. Tráela aquí.

Aunque el mago parecía capaz de hacerse cargo de sus propios heridos, Galaeron sacó a Vala de debajo del contemplador. Observó sorprendido que su pecho se movía al ritmo de la respiración, tal como había dicho el mago. Galaeron la cargó a hombros y siguió al mago, sin reparar en que la espada negra de la mujer caía silenciosamente en el polvo.

Melegaunt giró sobre sus talones y señaló la espada.

—Su espada oscura, mentecato.

—No puedo llevarla. —Galaeron le mostró sus manos quemadas.

El mago se acercó y miró de cerca las facciones de Galaeron.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, reparando al parecer por primera vez en sus orejas puntiagudas—. Tú no puedes ser de la Torre de Granito...

CAPÍTULO 2

20 de Nightal, Año del Arpa sin Cuerdas

En el mes de Nightal, el viento del desierto arreciaba, soplando desde el Anauroch, tan gélido y cargado de arena que se clavaba en la piel como agujas. Por las noches no había elfo que se atreviera a enfrentarse a sus ráfagas heladas sin echarse el capote encima de la armadura, pero la piel ardiente de Galaeron no soportaba el peso extra de su capote de lana de thkaerth. Sus manos, todavía insensibles y blancas por el contacto con la espada negra, ya no le dolían, aunque sí lo atormentaban, pero ni siquiera eso le parecía castigo suficiente. Takari se había desplomado sobre un enorme caballo de los humanos, tan débil y sumida en tales delirios que Ehamond, acribillado de heridas, tuvo que montar en el mismo caballo. Nimieye y Dynod resultaron indemnes porque habían tenido que permanecer fuera de la cripta cuidando a los prisioneros, pero tendrían que abrir la marcha como exploradores, a riesgo de ser presa de algún dragón o grifo atraídos por el olor de tanta sangre. Los demás habían muerto. De los diecisiete elfos cuyas vidas habían sido confiadas a las órdenes de Galaeron, había perdido a trece. Por tamaño fracaso merecía más castigo que una simple escaldadura, mucho más.

Galaeron manipuló la última atadura sobre el pie de Vala y ajustó el lazo para luego envolver el extremo en torno a su bota y al estribo. Cuando pronunció una palabra mística, la cuerda se enrolló alrededor de su tobillo, sujetándola a la silla. No se dio cuenta de lo fuertes que había hecho las ataduras hasta que la cuerda mágica, inducida por su rabioso tirón, se ciñó tan estrechamente que el cuero de la bota se abombó entre las vueltas.

—La cuerda se tensará si tiras. —Galaeron por lo general prefería que los cautivos descubrieran esto por sí mismos, pero tenía miedo de que la cuerda de los elfos quebrara el tobillo de Vala en caso de tensarse más—. Sólo puede quitarla el que la colocó.

—Si eso es cierto entonces supongo que no debo tratar de escapar. —Aunque la atadura debía dolerle, los ojos claros de Vala no delataban el menor dolor, sólo reflejaban una ira desapasionada.

El tono de su voz indicaba claramente que no tenía intención de escapar, al menos hasta que Galaeron pagara por las muertes de sus hombres. Aunque era una venganza que nunca podría tomarse, al menos se consolaba pensando en el precio que él tendría que pagar ante sus propios superiores. Desde la época de Kiinyon Colbathin, jamás una patrulla de los Guardianes de Tumbas había experimentado semejantes pérdidas, y mucho menos en el Confín Sur del Desierto, la zona más tranquila de cuantas patrullaba el cuerpo de los Guardianes de Tumbas.

Galaeron hizo intención de alejarse, pero luego se lo pensó mejor.

—Sentimos mucho la muerte de tus hombres —dijo sin volverse—. Quiero que sepas que los habríamos salvado de haber podido.

—Pero no fue así, elfo. —La voz de Vala sonaba implacable—. Como te dije entonces, no teníais la menor idea de a qué os enfrentabais.

Galaeron se mordió los labios para reprimir una respuesta destemplada.

—Entonces, ¿por qué no me lo dices ahora?

—No es mi cometido —respondió la mujer, mirando hacia otro lado.

—Muy bien —dijo Galaeron—. Entonces, ¿por qué no me hablas de ti? ¿Dónde está la Torre de Granito?

Asomó a sus ojos un relámpago. ¿De ira o de alarma? Imposible saberlo.

—Eso no es de tu incumbencia, elfo. No somos precisamente amigos.

—No, supongo que no.

Galaeron se dio media vuelta y se alejó. El lugar de origen de la mujer y de sus tres centinelas no tenía demasiada importancia. Lo más probable era que no tardaran en reunirse con sus compañeros caídos. Los Ancianos de la Colina no solían tomar decisiones precipitadas, pero cuando un Guardián de Tumbas traía cautivos ante el consejo, la sentencia era bastante clara. La pena por profanar una tumba era tan invariable como dura.

Galaeron oyó a Melegaunt Tanthul antes incluso de verlo. La profunda voz del humano provenía de la zona en sombras de la cripta bañada por la luna, pronunciando entre dientes las sílabas arcanas de un extraño hechizo. El encantamiento no se parecía a nada que Galaeron hubiera oído jamás, ni siquiera entre los drows profanadores de tumbas que ocasionalmente realizaban sus macabras actividades en las aisladas criptas del Confín del Desierto. Las palabras eran sonoras y ásperas, con una gran carga de poder y de peligro, pero también intrincadas y enigmáticas, llenas de sabiduría y de engaño. Aunque era el tercer encantamiento de cautela que el mago había lanzado desde que habían abandonado el lugar del combate, Galaeron, que por lo general tenía un sexto sentido para todo lo relacionado con la magia, todavía no comprendía el arte de este mago.

Después de rodear la esquina, Galaeron encontró a Melegaunt transformando las sombras en un infranqueable laberinto de luz de luna y oscuridad que las mezclaba en espirales sin fin y las plegaba en corredores intrincados que formaban cien esquinas y volvían al punto de partida. Casi era imposible incluso encontrar al propio mago, ya que sus negros ropajes y su complexión oscura se fundían con la noche de la misma manera que los lobos negros se camuflaban en el bosque.

Aunque Galaeron creía haberse aproximado sin hacer el menor ruido, Melegaunt miró hacia donde estaba y le hizo una inclinación de cabeza. Acabó el laberinto poniendo su única entrada en un agujero de tenebrosa oscuridad y luego se fundió en

las sombras debajo de sus pies.

Galaeron se quedó de pie a la entrada del laberinto sintiéndose confundido y engañado. Antes de que su indiferencia por el tedioso ritual de la Academia de Magia le hubiera hecho dirigirse al otro lado de la cañada, a la Academia de Armas, había pasado más de dos décadas estudiando lo básico de todos los sistemas conocidos de formulación de conjuros, y ni siquiera era capaz de imaginar cómo se había desvanecido Melegaunt. No había habido ni gestos ni palabras para hacer el conjuro, ni siquiera un movimiento rápido o una respiración más profunda para activar un anillo o un colgante mágico. El mago se había disuelto en las sombras como por un acto de voluntad.

—El laberinto liminar se mantendrá hasta el amanecer. —La voz brotó del suelo, junto a Galaeron que, muy a su pesar, dio un salto y miró hacia abajo. El cuerpo del mago se desprendía de la sombra como cuando se vuelve la página de un libro—. Y al principio no les va a gustar la luz del día.

Melegaunt se afirmó en el suelo y luego colocó los pies debajo de su cuerpo en un movimiento bien conocido. Allí de pie, su cuerpo fue tomando volumen, inflándose como un globo con el aire.

—Tenemos hasta el atardecer de mañana, no más.

—¿Tenemos? —Galaeron tuvo que darse prisa para seguir al mago, que ya rodeaba el recodo de la cripta—. ¿Qué tenemos que hacer?

—Enderezar las cosas, por supuesto. Voy a necesitar como mínimo una compañía de magos competentes y tres altos magos. —El humano se volvió de golpe hacia Galaeron con el poblado entrecejo fruncido por la preocupación—. ¿Hay tres altos magos en Evereska?

—No... no lo sé. —Galaeron supuso que en la ciudad los habría, pero la cuestión de los altos magos no era algo de lo que los evereskanos hablaran abiertamente, y mucho menos con humanos—. Primero tenemos que hablar de...

—Hablaremos mientras cabalgamos. —El mago partió como una exhalación y dio la vuelta a la esquina. Cuando llegó a donde Nimieye y Dynod montaban guardia junto a Vala y los otros tres prisioneros, se detuvo—. ¿Qué es esto?

—Tus amigos son profanadores de tumbas. —Aunque Galaeron había temido que llegara este momento, consciente de lo poderoso que era el mago, su deber era ineludible—. Deben presentarse ante los Ancianos de la Colina. Pero tú no estabas con ellos. Eres libre de hacer lo que quieras.

—Por supuesto que lo soy —la barba renegrada de Melegaunt se sacudió como si fuera a reírse—, pero esto no va a funcionar, elfo. Yo fui quien les dijo que irrumpieran en la cripta. ¿Tienes pensado atarme a mí también?

Galaeron tragó saliva.

—He jurado...

—Lo que hayas jurado no cambia las cosas.

Melegaunt hizo un gesto y del suelo surgieron unas cintas heladas de sombra que subieron como espirales por las piernas de Galaeron oprimiendo sus huesos y entumeciendo su carne. El mago miró hacia abajo y sacudió la cabeza contrariado antes de dirigirse hacia los caballos. Galaeron intentó seguirlo, pero se encontró con que sus pies estaban clavados a la tierra. Envió con los dedos una orden a Nimieye y a Dynod para que no trataran de apresar al humano, ya que sería inútil.

Melegaunt se detuvo junto al caballo donde transportaban las armas confiscadas a los humanos.

—Hemos desatado un poderoso enemigo contra tu pueblo —dijo, sacando una espada negra de su vaina—. Puedes trabajar conmigo para devolverlo al lugar al que pertenece o esperar aquí hasta que te mate.

El mago se acercó al primero de los centinelas de Vala capturado y tocó sus ataduras con la espada. A Galaeron no le sorprendió que el filo espectral cortara el cordón mágico. Melegaunt le pasó la espada al hombre y le indicó que continuara él, después se volvió hacia Galaeron.

—¿Qué eliges?

—¿Entre morir o luchar? No tengo elección —respondió Galaeron—, pero debes prometerme que no haréis daño a mi gente. Si no lo hacéis, prefiero la muerte.

—Ningún daño que pueda evitar... Es lo más que puedo prometer dadas las circunstancias. —A un gesto del mago, las ligaduras de Galaeron desaparecieron—. Has elegido sabiamente, elfo. Estos demonios ya han derribado un imperio, y no me gustaría que Evereska corriera la misma suerte.

—Siempre los llamas demonios —dijo Galaeron mientras se disponía a soltar las ataduras de Vala tocando una de ellas y susurrando una orden—. ¿Es eso lo que son?

—Casi casi —dijo el mago—. ¿Sabes lo que era esa cortina argéntea de ahí abajo?

—¿La Muralla de los Sharn?

—¿Es así como la llamáis los elfos? Un nombre muy apropiado. Entonces seguro que sabrás lo que hay al otro lado.

—¿Los sharn?—aventuró Galaeron.

—Ya veo que vuestros altos magos han guardado muy celosamente sus conocimientos —dijo Melegaunt entre sarcástico y divertido—. Tal vez debería guardar su secreto hasta saber por qué lo han hecho.

—Creo que es excesivo considerarlo un secreto. —Galaeron soltó la última atadura de Vaia—. Casi todos los Guardianes de Tumbas conocen la leyenda de la Muralla de los Sharn.

—¿No eres algo descarado para ser un elfo? —dijo el mago alzando una ceja. Luego cogió la espada desnuda de Vala del caballo de carga y la trajo consigo—.

Muy bien, los sharn no son los que están allí atrapados, sino los que hicieron la muralla.

—Entonces, ¿quiénes fueron...?

—Los phaerimm —respondió Vala, cogiendo su espada—. ¿Acaso sabes quiénes son?

—Ahora sí lo sé. —Al igual que la propia Muralla de los Sharn, eran materia de leyenda entre los Guardianes de Tumbas, misteriosos asesinos capaces de acabar con patrullas enteras. Por lo que Galaeron había visto, la descripción encajaba. Volvió la vista hacia Melegaunt—. ¿Estabas perdido en sus túneles?

—Perdido no —mientras respondía, el mago se dirigió a Vala—: ¿Tú eres la jefa de esta compañía?

—De lo que queda de ella —respondió la mujer lanzando una mirada furibunda a Galaeron. A continuación desmontó, e hincando una rodilla en tierra ante el mago, se presentó—: Vala Thorsdotter, hija del nieto de Bodvar, para servirte.

—No tenemos tiempo para esas tonterías —repuso Melegaunt ayudándola a ponerse en pie—. Pero ¡vaya, una bisnieta de Bodvar! Mi corazón se regocija de ver que su línea tiene continuidad.

—Un presente tuyo, poderoso señor —dijo Vala apoyando una mano en la vaina de su espada.

—No cabe duda... Y llámame Melegaunt, verás que respondo antes. —Melegaunt señaló la montura de la mujer y, recorriendo con la vista la fila de corpulentos caballos humanos, frunció el entrecejo—. No veo a *Sable*.

Vala se quedó boquiabierta.

—Señor, *Sable* murió en el transcurso de estos ochenta años —dijo—, pero *Cuervo*, que allí veis, es de su estirpe.

Una sombra de tristeza pasó por los ojos de Melegaunt.

—Claro, debí haberlo pensado —dijo, haciéndole señas a un humano para que le trajera a *Cuervo*. A continuación se volvió a Galaeron y señaló hacia el oeste, donde se recortaba contra el horizonte la silueta serrada de los inexpugnables picos del Sharaedim—. Confío en que los elfos conozcáis un paso a través de esos montes.

—Hay un paso —afirmó Galaeron—, pero está debidamente vigilado y guardado. Tendréis que cruzarlo con los ojos tapados y atados o ninguno de nosotros llegará vivo a Evereska.

—Ten cuidado, poderoso..., quiero decir, Melegaunt —advirtió Vala—. Cuando estemos atados y con los ojos vendados nos tendrá a su merced, y este elfo es muy taimado.

—¿Conoces una forma mejor? —preguntó el mago.

—He oído historias sobre el andar de sombra.

—Tendría que conocer el camino, y no hay tiempo para encontrarlo.

—Tampoco funcionaría —dijo Galaeron—. Evereska está bien protegida contra ese tipo de magia.

La mirada de complicidad que intercambiaron Vala y Melegaunt fue muy rápida, pero a Galaeron no le pasó desapercibida. Creyeran lo que creyeran, y fuera cual fuera la verdad sobre esos phaerimm, los humanos estarían bajo su control en cuanto entraran en la ciudad.

—Sólo hay otra posibilidad: dar un rodeo y entrar por la Posada del Medio Camino. Tardaríamos diez días a caballo. —Miró a Melegaunt y añadió—: Sólo tres si puedes hacernos volar.

—Sigue siendo mucho tiempo. —La sonrisa que asomó a los labios de Melegaunt podía expresar complicidad o confianza—. Llevaremos las ligaduras elfas.

CAPÍTULO 3

21 de Nighthal, Año del Arpa sin Cuerdas

La oscuridad se impregnó del olor de la resina de cedro y Galaeron supo que habían superado el paso. Su visión oscura empezó a funcionar otra vez, y los caballos humanos resoplaron como contagiados de la alegría de los ponis por estar de vuelta en Evereska. Hasta Takari se animó y apoyándose en los brazos de Ehamond, lanzó un nítido suspiro.

Aunque Galaeron sabía que cien arqueros elfos los vigilaban desde las recónditas galerías de las cumbres, no miró hacia arriba. A la mínima señal de conocimiento, una lluvia de conjuros y de flechas caería sobre los prisioneros, una precaución establecida para mantener en secreto las defensas de la Puerta Secreta.

El sendero describía una curva y a continuación se convertía en un puente de mármol para cruzar un abismo de fondo humeante. Galaeron pronunció una palabra de paso y, después de conducir a sus acompañantes al otro lado, se detuvo en un estrecho vestíbulo cerrado por una delgada lámina de mica. Apareció un elfo de la luna de expresión adusta que vestía la cota de malla plateada de un kanqat de la Guardia del Valle y apoyó los dedos sobre el corazón.

—Me alegro de que hayas vuelto, Nihmedu. —Aunque el kanqat estaba al otro lado de la lámina de mica, su voz era tan clara como su imagen. Era Orem Arvaeyn, compañero de Galaeron en la Academia de Armas que, como casi todos los demás, ascendía mucho más rápido que él. Orem miró pasar a Galaeron y señaló despectivamente a los humanos—. Veo que traes profanadores de tumbas. ¿Debemos esperar la pronta aparición de tu patrulla?

—No, kanqat, me temo que no volverán... —Le costó pronunciar las palabras, pero se esforzó en mantener la mirada de Orem—. No he podido recuperar sus cuerpos.

En el rostro del kanqat se acentuó la palidez.

—Entiendo. —Estudió a los prisioneros, tratando de conjugar el hecho de que fueran simples humanos con la pérdida de Galaeron. A continuación preguntó—: ¿Sucedió en el Confín Sur del Desierto?

Galaeron se limitó a asentir, sabedor de que dijese lo que dijese, no haría más que empeorar su situación.

—Si no te importa, mi exploradora necesita atención.

—Por supuesto. —El kanqat apartó la vista y asintió, luego se hizo a un lado mientras la barrera de mica se desvanecía.

—Aunque no vayas a conseguirlo ahora, Galaeron, no necesito decirte que siempre pensé que merecías un destino mejor —dijo Orem cuando el poni de

Galaeron pasó a su altura.

Sorprendido por la inesperada amabilidad del kanqat, Galaeron refrenó a su caballo y dejó que Ehamond condujera a los demás.

—Gracias, Orem. Es posible que las tuyas sean las únicas palabras amables que oiga esta noche.

—Fuiste el mejor de nuestra regiforma, Galaeron. —Orem sacudió la cabeza—. Lástima que seas tan arrogante. En este trabajo no todo se reduce a conjuros y acero.

—¿Arrogante? Lo que es verdad no... —Galaeron se contuvo e hizo un gesto de asentimiento—. Buen consejo, pero me temo que llega tarde.

—Podría servirte esta noche, si lo tienes presente —dijo Orem—. Nada sorprendería más al capitán de los Guardianes de Tumbas.

Galaeron echó una mirada a Vala y a Melegaunt, que permanecían atados sobre sus monturas y con los ojos vendados pero no daban muestras de estar asustados.

—Los humanos desempeñaron un pequeño papel en esto, y no tuvieron nada que ver con la muerte de mis guardias. Necesito hablar de inmediato con los Ancianos de la Colina.

—¿De inmediato? ¿Quieres decir esta mañana?

Galaeron asintió.

Orem miró las monturas vacías detrás de Dynod y Nimieye.

—Lo dispondré así —dijo.

Galaeron le dio las gracias y, volviendo a ocupar su puesto al frente de la columna, bajó un desfiladero y se internó en los bosques del Valle Superior. Los árboles eran añosos y enormes, en su mayoría cedros tan altos que casi llegaban al cielo. El camino descendía abruptamente, describiendo curvas entre barrancos y sorteando escarpados afloramientos donde los árboles raleaban lo suficiente como para dejar entrever los distantes farallones.

Aunque Galaeron podía quitar las vendas de los ojos a los humanos cuando quisiera, no lo hizo. Estaba convencido de que Melegaunt no necesitaba los ojos para ver. El mago iba cómodamente sentado en la silla, manteniendo el cuerpo erecto incluso cuando su montura resbalaba o daba tumbos. En cambio, los otros humanos cabalgaban con comodidad pero se balanceaban a cada vuelta del camino. Vala mantenía su expresión ceñuda y tensa, y su boca conservaba una mueca de indignado desdén.

Su paciencia duró apenas un cuarto de hora, hasta que el camino dejó atrás las empinadas pendientes del Valle Superior y empezó a atravesar las terrazas del Valle de los Viñedos.

—¿Hasta cuándo las vendas y las ligaduras, elfo? —preguntó—. El viento me dice que ya hemos superado el paso.

—Las vendas de los ojos, cierto. —Galaeron se detuvo e indicó a Nimieye que se

las quitara. En realidad se trataba de unas medias capuchas de cuero encantadas para desorientar a quien las llevaba—. Debéis seguir llevando las ligaduras.

—¿Cómo? —A pesar de la pregunta, Vala no parecía demasiado sorprendida—. Sabía que no debíamos confiar en un elfo.

—No prometí nada.

—Estaba sobrentendido —replicó Vala.

—Atención, hija. No estamos en condiciones de dar lecciones de ética a Galaeron —le advirtió Melegaunt, que dejó que Nimieye le quitara la capucha. Miró a Galaeron a los ojos—. Todo dependerá de que él nos culpe a nosotros o a un simple accidente de la pérdida de su patrulla.

—Entonces estamos perdidos —dijo Vala—. Los humanos son mejores que la fortuna como víctimas propiciatorias.

—Así es, pero creo que nuestro amigo es demasiado inteligente para caer en eso. —Melegaunt seguía con los ojos fijos en los de Galaeron—. ¿Qué dices, elfo? ¿Nos presentarás como profanadores de tumbas, como ladrones, o como víctimas a la par que vosotros?

—Eso corresponde decidirlo a los Ancianos de la Colina —respondió Galaeron—. Mi deber es contar lo que sucedió.

Así evitaba definirse, ya que la verdad estaba en algún punto entre los extremos indicados por el mago. Los humanos habían irrumpido en una cripta elfa, pero los enterrados allí eran nobles del despreciable clan Vyshaan, y además no habían robado nada. Por otra parte, aunque los humanos habían opuesto resistencia a la patrulla que pretendía capturarlos, habían arriesgado sus propias vidas por no dañar a los elfos. Dadas las circunstancias, la actitud de Galaeron tendría una indudable influencia sobre los ancianos.

Lo que Galaeron no sabía era hasta qué punto podía confiar en los humanos. A Melegaunt lo rodeaba un aura innegable de oscuridad, y a Galaeron lo había asaltado la idea de que el enfrentamiento en la cripta de los Vyshaan fuera una compleja estratagema para infiltrar un poderoso y malvado mago en Evereska.

Melegaunt hizo una mueca ante la respuesta de Galaeron mientras observaba cómo Nimieye quitaba las capuchas a los seguidores de Vala. Los tres hombres, a los que Vala había presentado como Burlen, Kuhl y Dexon, parpadearon y miraron a Galaeron con expresión furiosa, presagiando la mirada funesta que le echó Vala cuando le destaparon los ojos.

—Cuidado con lo que cuentas, elfo —le disparó—. Helm no olvida a los que faltan a su palabra.

—Eso podría preocuparme si faltara a mi palabra. —Galaeron empezaba a sentir un enfado muy humano hacia la mujer—. Por lo que a mí respecta, soy un Guardián de Tumbas que custodia a una banda de profanadores y no encuentro razón alguna

para confiar en ellos.

La mujer abrió la boca para replicar, pero Galaeron la cortó en seco al volverse para comprobar cómo estaba Takari. La exploradora seguía con la cabeza caída sobre el pecho y apoyada en Ehamond. No estaba inconsciente, pero se encontraba sumida en un estado mucho más profundo que el sopor. Era una mala señal, ya que los elfos no duermen a menos que estén enfermos o malheridos. Galaeron reemprendió la marcha al trote, dispuesto a poner a Takari en manos de un sanador antes de que la sombra del Pico Oriental abandonase la colina de la Oscuridad Lunar.

A pesar de sus muchas preocupaciones, o tal vez precisamente por ellas, Galaeron se sentía amargamente decepcionado por la indiferencia de los humanos cuando Nimieye les quitó las capuchas. Esta parte del camino era lo más espectacular del regreso a Evereska. Las laderas escalonadas y llenas de viñedos descendían hacia la ciudad en una serie de terrazas envueltas en la niebla, y ni uno solo de los humanos había apartado su mirada furiosa de él para contemplar el panorama.

El valle era un tapiz dorado y negro de campos de cultivo. Desde donde Galaeron lo contemplaba, desde lo alto del Valle de los Viñedos, los cultivos formaban una profunda medialuna en el fondo del valle, con los farallones de más de trescientos metros de altura del Alto Sharaedim en el contorno y Evereska asomando en el centro. Aunque algunos humanos pretenciosos, que basaban sus relatos «de testigos presenciales» en el testimonio de elfos medio borrachos gracias al edquestria de la Posada del Medio Camino a los que sobornaban, solían describirla como una ciudad amurallada, las supuestas murallas eran los acantilados de piedra lustrosa de las Tres Hermanas, las mayores de las doce colinas sobre las que se levantaba Evereska.

Por detrás de la cima de los acantilados se alzaban cientos de torres que sobresalían de un espeso bosque de cúpulas azules y daban a la ciudad el aspecto de una corona con muchas agujas. Muchas de ellas doblaban en altura a los árboles circundantes, y las había que incluso superaban los picos del Alto Sharaedim. El exterior era un hervidero de figuras que parecían hormigas, los habitantes de la ciudad que realizaban su trajín diario sin pararse a pensar en lo extraños que debían de parecer a lo lejos.

Así de mágica era Evereska, joya de las montañas, y Galaeron pensaba que todo aquel que no era capaz de apreciarla no era digno de confianza. Condujo a sus prisioneros por las terrazas del Valle de los Viñedos describiendo una trayectoria sinuosa para acabar en una senda estrecha que llegaba hasta las cercadas tierras de pastoreo que rodeaban la ciudad. Al acercarse al límite, Galaeron pronunció una palabra de paso. La dorada puerta se abrió, dando acceso al grupo a un extenso prado salpicado de peñascos y de altos abetos. Como muchas de las defensas de Evereska, la puerta no tenía un objetivo claro. Aunque no era mágica, marcaba el perímetro del mythal, que constituía el tesoro máspreciado y el secreto mejor guardado.

Tan intangible como invencible, el mythal era un entramado de magia viva tejido por los altos magos de antaño. Galaeron no entendía del todo su naturaleza. Cuando los señores hablaban de él, siempre decían que no había elfo viviente capaz de abarcar la complejidad de un mythal, pero la mayor parte de los elfos creía que era una malla de energías místicas hilada con las fuerzas vitales de sus antiguos creadores, el favor de Corellon Larethian y la urdimbre del Tejido mágico de Faerun. De lo que sí estaba seguro Galaeron era de que el mythal era, en primer lugar, la defensa más potente de Evereska, capaz de ahuyentar a los enemigos con ataques de lo más sorprendidos, entre los que figuraban los famosos cerrojos de oro, tantas veces atribuidos a las virtudes guardianas de Corellon. El mythal también era fuente de otras bendiciones, como la capacidad de los habitantes de la ciudad para trepar por paredes verticales. Como retribución, sólo exigía que los elfos mantuvieran la salud de las tierras en las que se levantaba.

Mientras el resto de la columna atravesaba el perímetro del mythal, Galaeron miraba por encima de su hombro tratando de detectar alguna señal de que Melegaunt percibía el campo mágico. Los ojos del hechicero se mantuvieron tan oscuros e impenetrables como de costumbre, sin dar muestras de curiosidad ni de sorpresa mientras observaba la verde hierba del prado y las mariposas que revoloteaban dejándose llevar por la brisa. Vala y los demás humanos formaban un acusado contraste frente a Melegaunt, ya que observaban boquiabiertos y con la cabeza echada hacia atrás los altísimos acantilados de Evereska.

Satisfecho de que ni Melegaunt ni ninguno de los humanos hubieran detectado el mythal, Galaeron atravesó la pradera seguido de la columna hasta las Cuadras de los Guardianes de Tumbas, un simple cobertizo de tres paredes con un puesto para que cada patrulla guardase sus arneses y arreos. No había ni corrales ni pesebres ni abrevaderos. Galaeron desmontó y repartió las tareas antes de desatar los pies de los humanos y ayudarlos a que también ellos desmontaran.

—Nimieye se encargará de desensillar y almohazar a las cabalgaduras —se colgó los cinturones con las armas de los humanos al hombro, teniendo cuidado de que las brillantes empuñaduras no tocaran su piel—, pero no acorralamos a nuestros animales.

—No es ningún problema —respondió Melegaunt, cuyas manos seguían atadas como las de los demás humanos; a diferencia de los otros, no parecía irritado ni especialmente preocupado por ello—. *Cuervo* traerá a nuestros caballos cuando se lo ordene..., aunque confío en que no volveremos a caballo al Confín del Desierto.

—De eso podemos estar seguros, sí —dijo Galaeron.

Vala le echó una mirada asesina, después salió de debajo del cobertizo y echó atrás la cabeza para mirar el acantilado.

—¿Cómo se sube ahí arriba? —preguntó.

—Dynod nos mostrará el camino.

Galaeron hizo una seña a Dynod, que cogió a Takari de los brazos de Ehamond y, al entrar en una cámara pequeña e irregular excavada en la base del acantilado, desapareció de la vista, lo mismo que Ehamond cuando lo siguió. Galaeron indicó a Vala y a los demás humanos que lo siguieran, y a continuación él hizo lo propio. Hubo un destello dorado y una breve sensación de caída, y cuando volvió a apoyar los pies, lo hizo sobre un camino pavimentado de mármol y lleno del vigorizante aroma de la flor de la noche.

Vala y sus hombres estaban al borde del camino, admirando en silencio el grandioso bosque que los rodeaba. En todas direcciones partían sinuosos senderos que se abrían camino entre un laberinto de torres y troncos. De pie allí en medio resultaba difícil, incluso para Galaeron, diferenciar unos de otros. Todos los árboles tenían tal diámetro que parecían torres de castillos, su corteza formaba listas de tonalidades que iban del blanco al gris, y las ramas estaban tan altas que no pocas veces se formaban nubes por debajo de las copas. Algunas torres eran más pequeñas que los árboles, pero otras eran más altas, de ahí que no fuera posible distinguirlas de las poderosas copas azules que dominaban el perímetro de la ciudad.

Aunque el sol acababa de asomar sobre la dentada cresta del Pico Oriental, era la hora de más actividad del día. Había elfos por todas partes, circulando por los senderos, asomados a las altas puertas para bajar gateando a continuación por el exterior de las torres, a veces lanzándose incluso de un edificio a otro como ardillas voladoras. A pesar de los momentos difíciles que le aguardaban, Galaeron se sentía más contento y tranquilo que en la calma más absoluta de una tarde del desierto nadando desnudo en una piscina alimentada por la fría agua de un manantial. Esto era Evereska, el refugio último para todos los elfos de Faerun, santuario para Galaeron y todos los Tel'Quess deseosos de mantener una patria para los de su raza frente a la imparable marea de la expansión humana.

—Creo que debemos seguir a Dynod y a Ehamond —dijo Melegaunt, animando a Vala y a los demás a que siguieran la senda—. Galaeron nos informará de cuándo debemos desviarnos.

—Seguidlos todo el camino. —La larga cabalgada había fatigado a Galaeron más de lo que pensaba. Aunque siempre disfrutaba al regresar a Evereska, por lo general nunca estaba tan próximo a caer en la Ensoñación en el momento de su llegada. Se obligó a mantenerse alerta y partió camino adelante—. Llevaremos a Takari al Pabellón de la Caza Mayor.

Melegaunt se detuvo, al parecer decidido por fin a discutir las instrucciones de Galaeron.

—¿Crees que es prudente? No nos gustaría hacer esperar a los Ancianos de la Colina.

—Haremos lo que yo diga, humano. —Galaeron empujó a Melegaunt hacia los demás, aunque en seguida lamentó el tono que había utilizado. Su enojo tenía más que ver con el peligro que había desatado sobre la ciudad que con algo que pudiera haber hecho Melegaunt—. Estaremos ante los Ancianos antes de lo que piensas, Melegaunt —añadió en tono más suave—. En Evereska tenemos nuestro modo de hacer las cosas.

El sendero seguía la orilla de un pequeño río y pasaba por varios saltos de agua artísticamente dispuestos para salir por la boca de unas profundas pozas de color esmeralda. Mientras iban andando, los elfos, jóvenes y viejos, se paraban a mirar a los prisioneros de Galaeron con manifiesto disgusto, en parte porque algunos jamás habían visto a un humano, en parte porque sabían por las manos atadas de los cautivos y por el uniforme de Guardián de Tumbas de Galaeron que se trataba de profanadores de tumbas. Vala y sus guerreros no ahorran esfuerzos para responder a las expectativas tanto con sus gestos de desprecio como con sus miradas asesinas, sin embargo nadie parecía tomarse en serio sus amenazas. Galaeron se preguntaba qué habrían hecho de haber presenciado lo que él bajo la cripta de los Vysham.

Para cuando empezaron a atravesar la colina de la Oscuridad Lunar hacia el Pabellón de la Caza Mayor, un grupo reducido de ancianos elfos había rodeado por completo a los humanos. Aunque ninguno de ellos superaba en altura el pecho del más bajo de los hombres de Vala, no se privaban de reírse de los cautivos y de burlarse de su bárbaro aspecto, a menudo en idiomas que sabían que podían entender los prisioneros. Aunque Galaeron era consciente de que los humanos se estaban impacientando ante expresiones que él mismo hubiera considerado insultantes, no hizo nada por impedirlo. Hay que reconocer que Vala sólo tuvo que dar una orden con voz firme para que los hombres fijaran la vista en el camino e hicieran caso omiso de las burlas.

Por fin, el más alto de los elfos se echó hacia atrás la capucha y se puso al lado de Galaeron.

—Me alegro de verte de regreso, joven Nihmedu —dijo en elfo—. Veo que has traído a algunos profanadores de tumbas.

Al mirarlo, Galaeron se encontró ante un elfo de la luna de cabello plateado y con aire de dignidad debido a lo avanzado de su edad y a su largo servicio. Saludó con una inclinación de cabeza, aunque sin detenerse.

—Lord Duirsar —respondió en elfo.

El anciano elfo dedicó a su vez una reverencia a alguien que estaba detrás de Galaeron. Entonces, el capitán de los Guardianes de Tumbas, Kiinyon Colbathin, apareció al otro lado del jefe de la patrulla. Su expresión era mucho más inteligible que la del alto señor Duirsar, y Galaeron tenía buenas razones para desear que no lo hubiera sido.

—Tenemos entendido que además de perder tu patrulla no podías esperar para presentar tus excusas —dijo el capitán, mirando a Melegaunt con sorna y hablando en la lengua común—. Espero que fueran necesarios algunos más que estos cinco.

Permitiéndose una licencia que negaba a sus hombres, Vala giró sobre sus talones y se enfrentó al elfo.

—Incluso cinco hubieran sido demasiados si me hubiera propuesto hacerles daño.

—Ya basta, muchacha. —Melegaunt empujó a Vala hacia adelante—. Dejemos que los tontos se diviertan. Nosotros expondremos nuestras razones ante los ancianos.

Galaeron tuvo que reprimir una sonrisa. Lo supiera o no Melegaunt, él y los demás humanos ya estaban presentando sus razones. Los elfos que se estaban burlando de ellos eran precisamente los Ancianos de la Colina, y ya habían iniciado el juicio que determinaría si los profanadores de tumbas debían vivir o morir. Kiinyon Colbathin le dio a Melegaunt un fuerte empujón, haciendo que tropezara y chocara con Vala.

Melegaunt se limitó a alzar el mentón y siguió adelante sin hablar, lo mismo que Vala. Kiinyon volvió a empujarlo. Al ver que el mago no respondía, aunque esta vez se detuvo antes de chocar contra Vala, el capitán de los guardianes de tumbas dirigió su pérfida lengua contra Galaeron.

—Veamos entonces. ¿Cómo fue que el gran Galaeron Nihmedu perdió su patrulla ante una banda de humanos ladrones y asesinos? Cuéntanos.

—Atención a quiénes llamas asesinos y ladrones. —Vala no volvió la cabeza mientras le dirigía la palabra—. No nos llevamos nada ni matamos a nadie.

Lord Duirsar hizo un gesto inquisitivo y Galaeron asintió.

—Hasta ahí todo es verdad —dijo—. Los perseguimos a través de una cripta abierta, pero no tocaron ni los tesoros ni a los muertos.

Galaeron siguió explicando cómo había seguido a los profanadores de tumbas hasta la galería excavada por los enanos debajo de la tumba y los había encontrado valiéndose de un acechador para desintegrar un trozo de muro. Kiinyon Colbathin alzó las cejas y miró a los humanos con un respeto que antes no había mostrado, ya que sabía lo difícil que era destruir a esas criaturas y más aún esclavizarlas. Galaeron siguió contando cómo el acechador había matado a Aragath y cómo los humanos se habían negado a rendirse pero evitando en todo momento ataques fatales. En ese momento del relato, Vala no pudo por menos que intervenir diciendo que, de no haber refrenado a sus hombres, el incidente habría terminado con la muerte de la patrulla de Galaeron, lo cual habría sido un desenlace mucho más conveniente para todos.

Al observar la mirada de desaprobación que le echó Kiinyon, Galaeron se preguntó si la mujer pretendía que la mataran. Siguió explicando que había oído la llamada de auxilio de Melegaunt y entonces había abierto una brecha en la Muralla de los Sharn al ordenar a su patrulla atacar a los phaerimm con proyectiles mágicos.

—¿Que hiciste qué, Galaeron? ¡Abrir una brecha en la Muralla de los Sharn! —se mofó Kiinyon—. Siempre has tenido un alto concepto de ti mismo, pero esto ya supera todo lo imaginable.

Lord Duirsar no despachó la cuestión con tanta ligereza.

—Kiinyon, si no hubiera abierto una brecha en la Muralla de los Sharn, ¿cómo podrías explicar lo de los phaerimm? —El alto señor sacudió la cabeza con gesto de desesperación—. Galaeron, ¿cómo lo hiciste?

Melegaunt se volvió para dirigirse a ellos.

—No es que Galaeron tenga necesidad de explicar nada ante ustedes, pero la culpa no fue suya. Fue una,.., digamos, desafortunada combinación de magia lo que abrió la Muralla de los Sharn. Si alguien tiene la culpa, ése soy yo. Debería haber previsto la posibilidad. Ahora, si nos disculpan, amables señores, tenemos que seguir nuestro camino.

Melegaunt cogió a Galaeron por el codo instándolo a seguir adelante, y precisamente en ese momento se dio cuenta el elfo de que habían llegado a destino. El Pabellón de la Caza Mayor era una gran columnata formada por altísimos y copudos copasombras que rodeaban a la Fuente Cantarina de Solonor Thelandira, un manantial de argéneas aguas cuyas sagradas melodías tenían la virtud de curar cualquier herida. Dynod y Ehamond ya desaparecían entre los troncos de dos copasombras llevando a Takari en volandas y llamando a Trueshot, del Pabellón de la Caza Mayor.

—Ya sé que todos los elfos tienen un vínculo especial, pero debemos alertar a los Ancianos de la Colina —dijo Melegaunt, que todavía no sabía quién lo había estado fastidiando—. Recuerda que sólo tenemos hasta medianoche.

—¿Hasta medianoche? —inquirió Kiinyon—. ¿Por qué hasta medianoche?

—Es una buena hora —replicó—. Ahora, como ya he dicho...

—Es una suposición. —Galaeron hizo caso omiso del mago que insistía en tirar de él y siguió dirigiéndose al capitán de los Guardianes de Tumbas—. En realidad, es posible que ya estén libres, pero este humano hizo algunos conjuros que espera que los demoren hasta esta noche.

—¿Esta noche? —Lord Duirsar miró a Kiinyon con inquietud—. Pero si queda muy poco tiempo.

Melegaunt miró alternativamente a Galaeron y a lord Duirsar hasta que por fin pareció darse cuenta de quién era esa persona con la que estaba hablando, y se adelantó para dirigirse al anciano elfo.

—Señor, sé que ese tiempo es apenas un instante para el transcurrir de los elfos, pero te aseguro que si podéis proporcionarme un pequeño grupo de hechiceros y tres altos magos, tendré la situación bajo control antes de medianoche.

Lord Duirsar miró a Melegaunt como si estuviera loco.

—¿Tú, humano? Yo diría que ya has hecho bastante. —Se volvió hacia Kiinyon—. Reúne a todas las fuerzas necesarias, capitán de los guardianes de tumbas, aunque coincido con el profanador de tumbas en que uno o dos altos magos serían lo aconsejable, siempre y cuando puedan interrumpir sus estudios.

—¿Siempre y cuando? —gruñó Melegaunt— Señor, es posible que no me haya explicado con suficiente claridad. Nos necesitaréis a mí y a tres altos magos...

—No pretendas decirme lo que necesito —replicó Duirsar—. Evereska ya era una ciudad antigua antes de que tus ancestros abandonaran las cavernas. Creo que somos más que capaces de solucionar cualquier desastre que hayas ocasionado.

—¡Me sorprende que tu cabeza no sea tan puntiaguda como tus orejas! —le soltó Vala. Dio un paso hacia el elfo y se encontró de inmediato ante las puntas de una docena de afiladas espadas, entre ellas la de Galaeron. Se detuvo, pero pareció totalmente desconcertada—. No tienen la menor idea de quién...

—Ya basta, querida. —Melegaunt alzó la mano instándola a guardar silencio—. Si los elfos no están dispuestos a aceptar nuestra ayuda, ya habrá otros que lo hagan.

—Es posible, pero será difícil llegar a ellos desde el interior de una jaula de huesos —dijo Kiinyon—. En Evereska no se suele dejar libres a los profanadores de tumbas.

Kiinyon echó una mirada a la multitud que los rodeaba, y Galaeron se dio cuenta de que estaba pidiendo el veredicto de los Ancianos de la Colina.

—Si el consejo tiene a bien escucharme, debo señalar que la tumba que profanaron era la de los Vyshaan —expuso Galaeron. Aunque Melegaunt se mostraba presuntuoso y poco cortés al suponer que la antigua magia de los elfos era inferior a la suya, lo único que pretendía era ayudar, y Galaeron consideró que era su obligación intervenir a favor de los humanos—. Los humanos no robaron nada. No pretendían hacer daño y, a decir verdad, el único daño se lo hicieron a un clan denostado por los dioses y por los elfos.

Kiinyon Colbathin miró a Galaeron con frialdad.

—¿Y qué me dices de las vidas perdidas? ¿De las vidas de los de tu propia patrulla?

—Fue obra del destino —respondió Galaeron—. Y si no fue del destino, fue obra mía.

Al oír esto Vala silbó por lo bajo.

—Vaya —dijo entre dientes—. Al gusano le ha salido una púa.

Galaeron hizo caso omiso del comentario y señaló con un gesto a Melegaunt.

—Todos los humanos menos éste eran nuestros prisioneros cuando los phaerimm nos atacaron, y si algunos sobrevivimos fue gracias a él.

—¿Quieres decir que los humanos no cometieron ningún delito? —inquirió Duirsar.

—El consejo no debe abrir juicio precipitadamente. —Como Guardián de Tumbas, Galaeron no estaba en condiciones de sostener que profanar una tumba no era un delito—. Hay muchas cosas que tener en cuenta.

Lord Duirsar estudió la expresión de los que estaban a su alrededor. Aunque ningún humano habría podido leer la indecisión en sus rostros, para Galaeron estaba claro. Los elfos no eran ni crueles ni precipitados, y no sentenciaban a muerte ni siquiera a un humano sin considerar debidamente todos los factores.

Por fin, Duirsar se volvió hacia Galaeron.

—Hasta que los Ancianos de la Colina lleguen a una decisión, dejaremos a nuestros huéspedes al cuidado de tu familia. —Se volvió luego hacia Kiinyon Colbathin—. A menos que los Guardianes de Tumbas tengan para él otra misión más apremiante.

—Nada que interfiera. —El capitán de los Guardianes de Tumbas miró a Galaeron con severidad y señaló con un gesto al Pabellón de la Caza Mayor—. Ocúpate de Takari y de Ehamond. Hablaremos de los muertos cuando vuelva.

Dicho lo cual se dirigió a donde estaban los demás Ancianos de la Colina, dejando atrás a los humanos, que los miraban atónitos. La sorpresa de los cautivos subió de tono cuando Galaeron empezó a soltar sus ataduras.

—¿Nos han dejado en libertad? —preguntó Melegaunt.

—Sois mis huéspedes —dijo Galaeron afirmando con la cabeza.

—Pero los phaerimm...

—Eso es cuestión de Evereska —lo cortó Galaeron—. Ya has advertido a los Ancianos de la Colina y ahora hay que esperar a su veredicto sobre la cuestión de la profanación de tumbas.

Los humanos contemplaron sus manos libres, más confundidos que nunca.

—Mi familia no trata a sus huéspedes como prisioneros —les aclaró Galaeron.

—¿Y si nos marchamos? —preguntó Melegaunt.

—No debéis hacerlo —repuso Galaeron—. Mi familia se ha hecho responsable de vosotros.

—¿Ah, sí? —preguntó Vala—. ¿Y cuándo hiciste eso?

—No fui yo. —Galaeron le devolvió su espada—. Fuiste tú, cuando te enfrentaste a las burlas con honor y contención. Ésas son virtudes que los Ancianos de la Colina tienen en gran estima.

En los ojos de Vala brilló una luz de comprensión.

—Pero tú hablaste en nuestro favor —dijo, dirigiéndole una sonrisa forzada—. Me sorprendes, elfo. Retiro la mitad de las cosas malas que he dicho de ti.

CAPÍTULO 4

21 de Nightal, Año del Arpa sin Cuerdas

En el momento en que Galaeron entró en el Pabellón de la Caza Mayor, protegido del sol por el denso follaje, Takari yacía desnuda en la Fuente Cantarina. Su piel había recuperado su tono bronceado normal y, por primera vez desde que la habían herido, en sus ojos había una expresión de lucidez. Detrás de la exploradora había un anciano elfo de la luna tan desnudo como ella que la sostenía de los brazos por encima de la reverberante superficie. El aire olía a moho y agua dulce, y la canción del manantial de plata llenaba con sus alegres melodías todo el boscoso pabellón. Ehamond se encontraba sentado, desnudo también él, bajo el chorro melodioso gracias al cual sus heridas y contusiones empezaban ya a desaparecer. Dynod se encontraba en la orilla con dos sacerdotes menores a quienes describía la destrucción de la patrulla.

Cuando Galaeron entró en el pabellón, uno de los sacerdotes lo saludó con una inclinación de cabeza. Dynod no dio la menor muestra de embarazo al volverse hacia él. Los elfos no suelen regodearse en los fracasos de los demás y, por lo tanto, tienen pocos recelos a la hora de hablar de ellos. Como Galaeron había sufrido lo indecible las miradas piadosas y las palabras de aliento, le habría gustado cambiar esta característica de los Imparciales...

Dynod tendió la vista más allá de donde estaba Galaeron, hacia el extremo del pabellón donde esperaban los humanos. Melegaunt parecía un poco indeciso, y los demás, más atónitos que de costumbre. Sabedor de que el claro de Solonor Thelandira era el único templo de Evereska en el cual no se consideraba intrusos a los humanos, Galaeron les hizo una seña para que entraran y nuevamente se volvió hacia Dynod.

—¿Entonces, los humanos fueron absueltos? —preguntó Dynod.

—Ellos están más cerca que yo de conseguirlo —respondió Galaeron.

Dynod y los sacerdotes intercambiaron miradas cómplices, tras lo cual uno de ellos hizo uno de esos pequeños comentarios compasivos que Galaeron había aprendido a odiar desde los comienzos de sus estudios en la Academia de la Magia.

—No debes preocuparte. El capitán Colbathin es un comandante exigente pero justo.

Dynod puso los ojos en blanco y miró hacia otro lado.

—Si hubiera pasado las dos últimas décadas en el Manto Gris y no en el Confín Sur del Desierto, me sentiría más inclinado a creerlo. —Sin hacer caso de la sorpresa que reflejaban los rostros de los dos sacerdotes, se acercó al agua y se dirigió a Takari.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

—Como una polilla con un colmillo clavado en la espalda. —Su voz sonaba animada, aunque un poco débil—. Mareada, pero feliz de estar viva.

—He curado la herida —dijo Pleufan Trueshot, el anciano cazador que la sostenía, e hizo girar a la exploradora para mostrarle un bulto inflamado donde antes estaba la herida—, pero no puedo quitarle la pestilencia.

—Tal vez no sea una infección —dijo Melegaunt, colocándose junto a Galaeron—. ¿Puedo echar una mirada?

Pleufan asintió.

—Bienvenido seas a la Fuente Cantarina.

Ante la mirada atónita de Galaeron, Melegaunt se metió en el agua sin quitarse ni siquiera las botas. Dynod y Ehamond también se mostraron sorprendidos, pero el gran cazador y sus dos asistentes, que a menudo contaban con humanos entre sus fieles durante las ceremonias mensuales, no mostraron sorpresa alguna.

Galaeron dirigió la mirada a Vala para ver si a ella le resultaba extraño el comportamiento del mago, pero la cara de la mujer expresaba un asombro tan absoluto que no pudo saber lo que estaba pensando. Sus hombres, en cambio, miraban a Takari con tal expresión de deseo salvaje que empezó a preocuparlo la posibilidad de que los Ancianos de la Colina hubieran interpretado mal la reacción de los humanos durante la mofa. Esto le producía más asombro que el extraño comportamiento de Melegaunt, ya que para los humanos, Takari sólo había sido una herida de guerra. Teniendo en cuenta las circunstancias, era poco probable que hubiera surgido en ellos el amor por la exploradora, lo cual hacía difícil para un elfo comprender por qué la mera visión de su cuerpo desnudo podía encender en ellos la pasión.

Dejando una estela de agua cenagosa al paso de su ropa sucia por el viaje, Melegaunt se dirigió al centro del estanque y se detuvo junto a Takari. Tras palpar el bulto, se volvió hacia Galaeron.

—El phaerimm le hizo esto con la cola, ¿no es cierto? —Sin aguardar respuesta, continuó—. ¿Viste si le inyectó algo?

—La cola palpitaba —respondió Galaeron—. Después vi algo pequeño y ardiente en el fondo de la herida.

Pleufan alzó la vista.

—He probado todos los antídotos que conozco —dijo.

—Los phaerimm no inyectan veneno —explicó—, sino que ponen huevos.

—¿Huevos? —Takari giró la cabeza con tal violencia que se desprendió de los brazos de Pleufan—. ¿Qué significa eso de «huevos»?

—Sólo uno cada vez —dijo Melegaunt dirigiéndose al gran cazador—. Así es como se reproducen.

—¿Como las avispas de los gusanos? —Takari palideció, volviéndose de color azafrán desteñido—. ¡Matadme ahora! No quiero que nada me devore desde dentro.

—No llegará a eso. —Melegaunt se volvió hacia el gran cazador—. Extirpa el huevo y trátala como un caso de fiebre intermitente. Con reposo podrá recuperarse en diez días.

—Eso es fácil de decir —dijo Takari, que no parecía muy convencida.

—Sí que lo es. Yo me he sacado seis, y no tuve a ningún sanador que me ayudara a curar la fiebre. —Melegaunt dio una palmadita en la mejilla a la exploradora, después hizo una inclinación de cabeza al gran cazador y se dirigió a la orilla.

—Dynod, ocúpate de que haga lo que se le dice. —Galaeron miró a Takari y añadió—: Después podrás quedarte con tu gente durante un año.

—Gracias. —La tristeza se reflejó en el rostro de Takari—. Esperaré a que Kiinyon...

—No, vete ahora que todavía puedes —le ordenó Galaeron—. Aunque todavía no haya hablado, Kiinyon ya ha tomado una decisión. Quiero que te vayas mientras yo todavía pueda dar órdenes. Ya hace demasiado tiempo que recorriste el Bosque Alto.

—Yo... —A Takari se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Habla antes de que te vayas —dijo Galaeron alzando una mano para que no hablara—. Ven a verme cuando estés en condiciones.

Takari asintió y se dejó caer otra vez en brazos de Pleufan.

—Hasta la próxima—dijo.

—Hasta la próxima.

Galaeron dijo a los sacerdotes que le dieran las gracias en su nombre al gran cazador y les dio un león de oro para su diosa. Después, esperó a que Melegaunt saliera del agua. El humano se frotó los dedos e hizo los gestos de un conjuro menor de secado, pero no sucedió nada. Volvió a intentarlo.

Sus ropas seguían tan mojadas como antes.

—Permíteme —dijo Galaeron, bastante sorprendido por el fracaso del mago. El mythal solía anular los conjuros de cualquier no elfo que tratase de usar sus poderes malignos dentro de Evereska, pero un conjuro de secado no tenía nada de malo, y Melegaunt habría experimentado algún efecto adverso de haber pretendido hacer daño. Pero en este caso, el conjuro simplemente había fallado—. ¿Hay algún encantamiento?

Melegaunt alzó sus pobladas cejas y sacudió la cabeza. Galaeron repitió los mismos gestos mientras el mago sentía que la magia del tejido lo atravesaba. Hubo un chisporroteo y un destello y las ropas de Melegaunt quedaron secas y humeantes.

Melegaunt sofocó una pequeña llama.

—¿Has copiado mi conjuro?

—Es un pequeño talento que poseo —le aclaró Galaeron, poco dispuesto a dar

una larga explicación de su ingreso y posterior expulsión de la Academia de la Magia —. No era tan extraño como el resto de tus conjuros.

—Sorprendente —dijo Melegaunt—. Podrías aprender algo de control, pero no deja de ser sorprendente.

—Ojalá fueras maestro en la Academia de la Magia —repuso Galaeron riendo.

Se volvió y se llevó a los humanos del pabellón. Cuando estuvieron otra vez en los senderos de mármol, Vala se puso a su lado.

—Deberías haberla besado —dijo.

Galaeron casi se cae de bruces.

—¿A Takari? ¿Por qué habría de hacer eso?

—¿No es eso lo que hacen los amantes elfos cuando se separan? —preguntó Vala — ¿O sólo se besan los humanos?

—Nos besamos, pero no tanto como los humanos, a juzgar por cómo os multiplicáis —respondió Galaeron—, pero Takari y yo no somos amantes.

—Retiro las doce palabras amables que dije de ti —dijo Vala—. Sólo un colmilludo trataría tan mal a una mujer enamorada.

—¿Colmilludo?

—Orco —explicó Melegaunt—, y Vala, un huésped no debe interrogar a su anfitrión sobre esas cosas.

—Por supuesto, me disculpo. —Vala bajó la vista. Se colocó un paso más atrás y dejó que Melegaunt ocupara su lugar.

Galaeron miró hacia atrás, un poco perturbado por la rapidez con que la mujer perdía el entusiasmo al menor indicio de desaprobación del mago. Había estado tratando de desentrañar la relación que había entre ellos desde que abandonaron la cripta de los Vyshaan, pero cada vez que mencionaba la Torre de Granito o el pasado de ambos, Melegaunt cambiaba de conversación y Vala le decía que no era asunto suyo.

Comprendió que la mejor manera de ganarse la confianza de Vala era mostrarse abierto.

—No es necesario que te disculpes, Vala —dijo—, pero nunca hemos sido amantes. —Supo por la mirada de la mujer que ella sabía que ahí no terminaba la historia—. Podríamos haberlo sido, pero esas cosas siempre acaban mal entre elfos de la luna y elfos de los bosques.

—¿En serio? —Esta vez fue Melegaunt el que preguntó—. No lo sabía.

—Tal vez porque no eres un elfo —respondió Galaeron.

Sin hacer caso de las miradas de curiosidad, y de hostilidad a veces, de los paseantes con los que se cruzaban, Galaeron atravesó el gran prado soleado que se extendía al pie de la colina de Bellcrest y empezó a subir por el otero de Goldmorn. Aparentemente consciente de la melancolía que se había apoderado de él, Melegaunt

concedió a Galaeron algunos minutos de introspección antes de volver a hablar.

—Ya sabes que los van a matar.

Galaeron no necesitó preguntar a quiénes se refería el mago.

—Sería un error juzgar a nuestros altos magos por mis habilidades —dijo en voz baja, tras cerciorarse de que los demás elfos no podían oírlo—. Lord Duirsar no exageraba cuando te dijo cómo era la magia de Evereska.

—Antigua, sin duda, y también poderosa, estoy seguro —replicó Melegaunt—, pero ¿cuánto saben vuestros altos magos sobre los phaerimm? Tú ni siquiera sabías lo que eran, y vuestro sacerdote no se habría dado cuenta de lo que pasaba con Takari hasta que el huevo hiciera eclosión y se abriera camino en sus entrañas.

—¿Y tú cómo sabes tanto sobre ellos? —inquirió Galaeron.

Melegaunt dejó la pregunta sin responder.

—Los phaerimm llevan mil años pasando hambre bajo el Anauroch, alimentándose apenas de los pocos bedines y sus esclavos que pueden raptar o atraer con engaños a través de la Muralla de los Sharn. Y ahora nosotros, tú y yo, Galaeron, les hemos dado la oportunidad de escapar. Te aseguro que no dudarán en aprovecharla.

—Pero esa explicación no responde a mi pregunta. ¿Cómo es que sabes tanto sobre ellos?

—Porque me he pasado los últimos cien años estudiándolos —respondió Melegaunt—. Es todo lo que necesitas saber —añadió al ver que Galaeron seguía en silencio.

—Y todo lo que tú necesitas saber es que no voy a faltar a la palabra que le he dado a lord Duirsar —replicó Galaeron—. No por lo que tú digas, aunque me vaya la vida en ello.

—No es tu vida lo que me preocupa.

—Entonces dime por qué —dijo Galaeron—. Si consigues convencerme, volveré a hablar con los Ancianos de la Colina.

—Que preferirían dejar que Evereska cayera antes que aceptar la ayuda de un humano.

—Que han tratado con bastantes humanos para saber que su ayuda nunca es gratuita —repuso Galaeron—. No tengo ni la quinta parte de los años que tienen ellos y sin embargo lo he aprendido por mí mismo.

Rodearon un recodo del camino y llegaron a la orilla granítica del estanque Gloria del Amanecer, donde dos docenas de risueños elfos se bañaban a la luz de la mañana jugueteando en las humeantes aguas. Galaeron condujo a sus acompañantes hasta un rincón tranquilo donde un par de cautivadoras hermanas del sol estaban desenredando sus cabelleras.

La mayor, una belleza sorprendente de reflejos color violeta en los ojos, alzó la

vista.

—Galaeron, me alegro de que estés otra vez en casa. Ya nos hemos enterado de lo de Lohuenghris y tus guardias. Lo echaremos de menos.

Galaeron hizo una mueca al ver lo rápido que circulaban las noticias. Llegarían a oídos de su padre antes que él.

—Lo mismo que todos, Zharilee. —Señaló con un gesto hacia los que estaban a sus espaldas, donde casi podía sentir el calor que producían los humanos a la vista de las hermanas desnudas—. Éstos están a mi cuidado hasta que los Ancianos de la Colina decidan su suerte, y lamento decir que necesitarán un baño antes de presentarlos ante mi padre.

La más joven frunció la nariz.

—Vigíalos de cerca. —Les volvió la espalda y nadó hacia el centro del estanque—. No me gusta cómo me mira ese de la nariz ganchuda.

Se oyó el sonido de un fuerte coscorrón.

—Cierra los ojos o te quedarás sin ellos, Khul —sonó la voz de Vala.

Galaeron concedió a las hermanas un momento para retirarse y luego indicó a sus huéspedes que se metieran en el estanque.

—Por favor. —Echó una mirada a Melegaunt y añadió—: Es costumbre quitarse la ropa.

La expresión de los hombres pasó de la avidez al nerviosismo, y miraron a Vala esperando sus instrucciones.

Vala se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —dijo.

Se desprendió del cinto del que colgaba su espada y empezó a desatar sus altas botas. Sus hombres siguieron su ejemplo sin mucha convicción, y diez minutos después estaban retozando en el agua como las nutrias. Todos los hombres tenían un aspecto rudo, con una espesa pelambre en las fornidas espaldas y unos pechos enormes como toneles. Vala era fuerte pero mucho más pequeña, con curvas más marcadas que las de una mujer elfa y, por suerte, con matas de pelo en los lugares adecuados, pero su idea de la diversión era tan ruda como la de los hombres. Cuando ellos empezaron a jugar a esquivarla con una de sus botas, ella no vaciló en echar mano de cosas que la mayoría de los elfos hubieran considerado una grosería tocar, incluso entre buenos amigos. Los hombres le respondieron de igual forma, tocando donde podían para mantenerla a distancia. Incluso trataron de incluir a Galaeron en sus juegos, arrojándole la bota de la mujer y empujándola a ella contra él. El elfo no salía de su asombro al ver en los ojos de la mujer la misma mirada de deseo que había observado antes en los de los hombres cuando miraban a las elfas. Tan sorprendido estaba que no atinó a defenderse y permitió que ella superara sus defensas, quedando absolutamente atónito al ver dónde ponía la mano. La mujer consiguió hacerlo caer

de espaldas y, pasando su suave pecho por encima de la cabeza del elfo, consiguió recuperar su bota.

Galaeron salió a la superficie tosiendo y se encontró con Vala que sostenía la bota en la mano con coquetería.

—¿Qué pasa, elfo? —Le dirigió una de esas lascivas sonrisas humanas antes de arrojar la bota hacia la orilla—. ¿Todavía estás sucio?

—En absoluto. —Sintiéndose de repente avergonzado, Galaeron se dirigió hacia la orilla—. Mi casa no está lejos. Desayunaremos y después nos ocuparemos de hacer limpiar vuestras ropas y armaduras.

Todos salieron del agua y envolvieron sus armas dentro de sus capas. Así, despojados de su ropa, los humanos tenían un aspecto mucho menos amenazador y los miraban con menos desdén. No tardaron mucho en llegar a la cima del otero de Goldmorn. Dicho otero, situado muy en el interior de Evereska, no era tan alto como las Tres Hermanas ni tan extenso, pero en él crecía una considerable arboleda de sicomoros que había dejado Cormyr durante la Era de los Trastornos, cuando buscó refugio en Evereska. Galaeron no pudo por menos que sonreír al recordar la visión de aquella interminable fila de árboles que salía de su campamento siguiendo el Confín del Desierto hasta desaparecer en el Sharaedim. Llegó a la base de la Torre del Prado Lunar —antes de la llegada de los sicomoros, se encontraba en el centro de un prado especialmente adecuado para mirar las estrellas— y señaló una puerta con forma de agujero situada a veinte metros del suelo.

—Ésa es mi casa. Si en algún momento os perdéis en la ciudad, preguntad por Copa de Árbol en el Prado Lunar y os dirigirán hacia aquí.

—Copa de Árbol —repitió Dexon. El fornido humano echó atrás la cabeza observando a un par de elfos que pasaban junto a la puerta—. ¿Dónde está la escalera?

—No hacen falta las escaleras en Evereska —respondió Galaeron sonriendo al humano.

Sujetó su armadura debajo de un brazo, a continuación apoyó la palma de una mano y la planta del otro pie sobre la pared. Gracias a la magia del mythal, se sujetaron a la piedra y empezó a trepar.

—Hay que hacerlo siempre con la piel desnuda, sin guantes ni zapatos.

Vala y los demás lo observaron con recelo durante un momento hasta que se decidieron a apoyar sus propias manos y pies sobre la pared y seguirlo. Eso les produjo un deleite aún mayor que el estanque, y no pasó mucho tiempo antes de que empezaran a fastidiar a Galaeron con sus gritos y sus pullas.

Sólo Melegaunt, que en verdad parecía necesitar más músculo y menos magia, daba la impresión de no disfrutar de la experiencia. Se quedó esperando en el suelo durante algunos minutos, tratando de hacer un conjuro que fracasó tan

estrepitosamente como su magia de secado, hasta que finalmente renunció y empezó a subir por la pared. Cuando llegó a reunirse con Galaeron y los demás junto a la puerta, jadeaba y resoplaba tan fuerte que casi no podía hablar. Galaeron les mostró a los humanos el modo más seguro de entrar y salir por una puerta de agujero y que consistía en encararla desde el lado en lugar de trepar por la parte inferior.

Por fin entraron. El interior de Copa de Árbol era aireado y luminoso. Todo eran suaves curvas y paredes que emitían un tenue resplandor. Una escalera bajaba desde las plantas superiores, superaba un recodo en el vestíbulo, delante de ellos, y seguía hacia la parte inferior de la casa. A lo largo de las paredes había bancos de mármol blanco y mesas de alabastro translúcido sobre algunas de las cuales se habían colocado jarrones delicadamente labrados o etéreas estatuillas.

La hermana menor de Galaeron, que tenía ochenta años, apareció en el vano de la puerta.

—¡Galaeron! —Atravesó corriendo la estancia formando una estela con su largo pelo azul y su túnica entretejida con hilos de oro y lo abrazó—. ¡Qué alegría tenerte en casa otra vez! ¡Este año me pareció una década!

Feliz de que, por una vez, no se hablara de su patrulla perdida ni de si tenía más oportunidades de las que él creía con el capitán de los Guardianes de Tumbas, Galaeron dejó su armadura y la estrechó contra su pecho.

—¡Keya! ¡Cada vez que te veo te parece más a una dama! —La mantuvo abrazada un momento antes de soltarla para presentarle a todos sus compañeros—. Los Ancianos de la Colina me han pedido que atienda a estos huéspedes.

—Ya lo sé. —Keya echó una mirada a los montículos de carne peluda y dijo—. Estoy segura de que una de tus túnicas le irá bien a la mujer.

—Vala —se presentó la humana. Ofreció su mano libre a la elfa y la estudió como si fuera una presa—. Bien hallada.

Keya retrocedió, confundida a la vista de la mano.

—Debes estrecharla —explicó Galaeron a su hermana—. Es un gesto humano de amistad.

Keya alzó la mirada hacia Galaeron como preguntando con sus dorados ojos si eso era realmente necesario.

Galaeron cogió su mano y la puso en la de Vala.

—Tienes que perdonar a Keya —dijo, riendo—. Me temo que mi hermana sólo ha oído hablar de los humanos como ladrones y asesinos.

—¿Hermana? —La expresión de Vala se suavizó y sacudió calurosamente la mano de Keya—. No creas todo lo que dice Galaeron de nosotros. Espero que tú y yo seamos grandes amigas.

—Estoy segura de que eso sería... hum, interesante. Jamás he tenido un amigo humano.

Keya se volvió hacia los hombres y no de muy buena gana les fue dando la mano uno por uno, un poco sorprendida al ver que se ruborizaban y procuraban taparse. Hasta Melegaunt parecía incómodo, aunque lo disimulaba mejor que los demás.

—Probablemente pueda encontrar una capa para el rechoncho, pero estos otros... —Keya sacudió la cabeza—. Dudo de que nuestras mantas sean lo suficientemente grandes como para cubrirlos desde los hombros.

—Desde la cintura será suficiente, creo yo —dijo Galaeron—. ¿Está padre aquí?

—En la contemplación. —Keya señaló con un gesto la parte trasera de la casa y luego miró a Melegaunt—. Solicita que tú y Melegaunt vayáis a verlo en seguida. Ha llegado un mensajero de lord Duirsar.

—¿De Duirsar? —Melegaunt se permitió una sonrisa de superioridad antes de dirigirse hacia la arcada—. Debe de haber recapacitado, sin duda.

—Si eres tan gentil, Keya... —dijo Galaeron.

Dejó a su cargo a Vala y a sus hombres y siguió a Melegaunt. Condujo al mago a través de la gran estancia circular donde la familia hacía sus comidas en las raras ocasiones en que eran tantos como para llenarla y a continuación entró en la contemplación atravesando una arcada. Su padre estaba de pie en el fondo de la habitación llena de enormes libros, mirando por encima de las copas de los árboles a través de una ventana de teurglás. Posado en su dedo tenía un pinzón blanco como la nieve que piaba y gorjeaba rápidamente, sin duda transmitiendo las últimas habladurías llegadas de la colina Corona de Nubes, donde se encontraban los palacios de lord Duirsar y de los grandes nobles.

Galaeron se aclaró la garganta.

—Padre, hemos llegado.

Su padre se volvió en seguida. Una ancha sonrisa iluminaba un poco su expresión adusta.

—Hijo mío. Qué alegría que estés de vuelta.

El pájaro también canturreó un saludo, aunque Galaeron no estaba versado en el habla de las aves y sólo pudo responder con una inclinación de cabeza.

Galaeron señaló con un gesto a Melegaunt.

—Te presento a Melegaunt Tanthul, un mago humano de extraña magia y no pequeño poder.

El padre de Galaeron inclinó la cabeza.

—Bienvenido a la Copa del Árbol, mago Tanthul.

—En mi propia ciudad soy un príncipe —dijo Melegaunt, dándose cuenta de que el señor Nihmedu no sabía muy bien cómo dirigirse a él—, pero la verdad es que he estado lejos tanto tiempo que casi lo he olvidado. Llámame Melegaunt.

—Y yo soy Aubric.

—Bien hallado, Aubric, y gracias por abrirnos tu casa —Melegaunt paseó la

mirada por la contemplación, deslizando sus ojos por el sofá de la ensoñación y por el atril en busca de otra persona. Tenía entendido que había llegado un mensajero.

El padre de Galaeron levantó el dedo en que estaba posado el pinzón.

—Éste es *Muchosnidos*, ayudante de lord Duirsar.

Muchosnidos canturreó un saludo y a continuación los deleitó con una serie de gorgoritos.

—Lord Duirsar envía sus saludos —tradujo el padre de Galaeron—. Nos informa de que los magos de Evereska... —Un gorjeo de *Muchosnidos* hizo que se corrigiera—. De que nuestros altos magos necesitaron más de una hora para resolver tu laberinto de sombra.

Melegaunt abrió los ojos de par en par.

—¿Sólo una hora?

El pájaro empezó a piar otra vez, y el padre de Galaeron siguió traduciendo.

—Lord Duirsar quedó sorprendido de que les llevara tanto tiempo. Envía sus felicitaciones y pregunta si serías tan amable de proporcionarles las contraseñas para las trampas de los pasadizos de los enanos. Dada la complejidad que los altos magos encuentran en tu trabajo, el tiempo lo aconseja.

—Sí, por supuesto. —Melegaunt estaba tan sorprendido que se dejó caer en el sofá de la ensoñación, provocando una mueca de los dos Nihmedu cuando su espalda peluda tocó el inmaculado mármol—. La primera es «polvo púrpura» y la segunda «mañana oscura».

—¿Polvo púrpura y mañana oscura? —repitió el padre de Galaeron, traduciendo para *Muchosnidos*.

Cuando Melegaunt asintió, el pájaro gorjeó un agradecimiento y emprendió el vuelo, lanzándose hacia la ventana de teurglás casi antes de que el mayor de los Nihmedu pudiera pronunciar la palabra de mando que lo hacía penetrable.

Galaeron se acercó atónito a Melegaunt.

—Me has dejado sorprendido —dijo—, pero fue acertado no tratar de usar las contraseñas para exigir que te incluyeran en la batalla.

Los ojos de Melegaunt seguían todavía muy abiertos a causa de la conmoción.

—No habría servido de mucho. Si sólo les llevó una hora desentrañar el laberinto de sombra, a media mañana habrían tenido descifradas las contraseñas.

—De todos modos, habla muy bien de tus intenciones que no hayas vacilado —dijo Nihmedu padre—. *Muchosnidos* hablará de tu colaboración y eso tendrá gran importancia cuando los Ancianos de la Colina traten la cuestión de la profanación de tumbas.

—Espero que cuente tanto como la ira de lord Imesfor —dijo Galaeron—. Tropecé con Zharilee y Gvendor al ir a bañarnos, y los Oros ya habían empezado a hablar de la muerte de Louenghris.

Una sombra oscureció la mirada de su padre.

—Dudo de que la muerte de Louenghris tenga algún peso en contra los humanos. *Muchosnidos* me ha dicho que lord Duirsar ya está pensando en dejar a lord Imesfor fuera de la deliberación relacionada con la muerte de su hijo. Tu destino es otra cosa. Kiinyon envió al joven Imesfor al Confín del Desierto por una razón, y te culpará de cualquier mal que les suceda a los Guardianes de Tumbas debido a la muerte del muchacho.

—Me culpará de todos los problemas que pueda —dijo Galaeron—. Ya lo ha dejado muy claro... y hasta es posible que me lo merezca. Al fin y al cabo fui yo el que perdió a los dos tercios de su patrulla.

—E hiciste un bien más grande de lo que puedes imaginar. —Melegaunt se puso en pie mientras hablaba—. No quiero pecar de inmodestia, pero si me hubieras dejado en poder de los phaerimm, habría sido una gran pérdida para el mundo.

—¿Por qué? —preguntó Nihmedu padre.

—Porque habría sido un acto de cobardía —se escabulló Melegaunt, no más dispuesto a revelar cosas a Nihmedu padre que a Galaeron—, y tu hijo no es ningún cobarde. Teniendo en cuenta las circunstancias, hizo todo lo que se le podía pedir e incluso más. Kiinyon Colbathin tendrá que entenderlo si él y los demás tienen la suerte de sobrevivir.

—Entonces no hay nada de que preocuparse. —El padre de Galaeron palmeó al mago y a su hijo en los hombros y volvió con ellos al gran salón—. Kiinyon Colbathin siempre sobrevive. Ahora tal vez sea oportuno romper el ayuno. Es probable que al disponer de las contraseñas, los altos magos hayan destruido a los phaerimm a media mañana, y no quiero que os enfrentéis a los Ancianos de la Colina con el estómago vacío.

CAPÍTULO 5

23 de Nighnal, Año del Arpa sin Cuerdas

Los altos magos no pudieron reparar la Muralla de los Sharn antes del cénit del día veintiuno. Tampoco lo consiguieron antes del crepúsculo, ni siquiera bien entrada la noche. Agradecido por la ayuda que Melegaunt les había prestado, lord Duirsar mantenía a los Nihmedu informados a través de sus alados mensajeros. Kiinyon perdió una compañía de Guardianes de Tumbas cuando, tras haber superado la segunda trampa de Melegaunt, fueron sorprendidos por un par de phaerimm. Los altos magos entretuvieron a los monstruos con una efusión de relámpagos y fuego, pero el enfrentamiento los dejó tan exhaustos que tuvieron que retirarse a la superficie.

Melegaunt envió instrucciones de que evitaran atacar a los phaerimm directamente, ya que eran capaces de absorber magia y usarla en contra de quien la empleaba, o de usar su energía para curar sus heridas. Lord Duirsar le agradeció el consejo y le dijo que lo haría llegar.

Para cuando más altos magos y otra compañía de Guardianes de Tumbas fueron teleportados desde Evereska, media docena de phaerimm se habían introducido en las galerías de los enanos y habían desaparecido. Otras dos compañías de Guardianes de Tumbas fueron teleportadas desde las colinas del Manto Gris para seguir el rastro de las dos anteriores. Los supervivientes volvieron con la buena noticia de que habían herido a una de las criaturas.

Melegaunt se ofreció a acudir con Vala y sus hombres para participar en la batalla. Lord Duirsar le agradeció su interés, pero dijo que sería mejor que permanecieran en Evereska. Se comunicó a todos los guardias evereskanos que se pusieran bajo las órdenes del Colegio de Magia y Armas. Galaeron no fue incluido en la alerta, y Takari ya había partido hacia el Bosque Alto. Ehamond y los demás fueron asignados a otra patrulla.

Kiinyon Colbathin llegó a la Muralla de los Sharn con diez Guardianes de Tumbas y dos de sus tres altos magos. Después de examinar la brecha, los magos llegaron a la conclusión de que necesitaban a un tercero para repararlo. Kiinyon, que no tenía más idea de los entresijos de la alta magia que el resto de los legos, tuvo un ataque de ira. Mientras gritaba, dos phaerimm surgieron de debajo del Anauroch. Durante la batalla, Kiinyon dio con una espada oscura y la empleó para herir a ambos phaerimm, quemándose la mano con el frío, pero salvando a un gran mago. Antes de retirarse, hizo que los cuatro supervivientes de su patrulla recorrieran los túneles en busca de más espadas. Recuperaron dieciséis que Vala solicitó le fueran devueltas, ya que formaban parte de la herencia que su familia había recibido generación tras

generación.

Lord Duirsar no se dejó impresionar, pero prometió devolver las armas después de la batalla. Esperaba que hasta entonces no le molestase que el capitán de los Guardianes de Tumbas, Colbathin, las utilizara, y de paso preguntó si había alguna manera de evitar que las frías empuñaduras quemasen las manos de quienes las empuñaban. Por desgracia, no la había. La magia estaba acordada con la familia que las poseía. Melegaunt volvió a ofrecerse para acudir a la batalla con Vala y sus hombres. Lord Duirsar indicó que había sugerido lo mismo a Kiinyon y al Mago Supremo, cuyo nombre jamás era revelado a un humano. Tras largas discusiones decidieron tener en cuenta la oferta, aunque por el momento temían que una mezcla de métodos de combate acarrearía más problemas que ventajas. Se puso en situación de alerta a la Guardia del Valle, a la Caballería de la Pluma y al ejército de Evereska. Se dio orden a todos los Guardianes de Tumbas capaces de teleportarse de presentarse en la cripta de los Vyshaan de inmediato, y a los restantes, de que acudieran a caballo. Ya no había magos suficientes para transportarlos por medios mágicos.

Galaeron trataba de olvidar su frustración llevando a Vala y a sus humanos a dar paseos por Evereska. Visitaron los Jardines Flotantes de Aerdrie Gaenya, la Cueva de los Gemidos, la Torre Más Alta que el Pico Oriental, desde cuya altura podían ver la cripta de los Vyshaan y al ejército elfo acampado en torno a ella, o al menos eso les parecía. Habiendo notado que Vala estaba mucho más abierta, Galaeron le volvió a preguntar de dónde era y cuál era su relación con Melegaunt. Ella se limitó a asegurarle que su pueblo no tenía nada que temer de ellos. La Torre de Granito estaba lejos, muy lejos, demasiado para representar una amenaza para Evereska..., y eso era todo lo que estaba dispuesta a decir mientras siguiera siendo prisionera. Galaeron se dio cuenta de que tendría que conformarse con eso.

Con el cénit del día veintiuno, Galaeron empezó a observar que la gente le lanzaba tantas miradas feroces como a los humanos. Al atardecer, la gente empezó a reprocharle que hubiera puesto en peligro a Evereska por su mala cabeza. Que un elfo fuera objeto de semejante desprecio era algo sin precedentes. Galaeron cayó en una depresión y ya no quiso volver a salir de la Copa del Árbol. Vala le pidió que lo superara, que ella quería ver la estatua de Hanali Celanil.

El veintitrés de Nightal, los phaerimm se hicieron con los pasadizos de los enanos, obligando a Kiinyon y a sus últimos Guardianes de Tumbas a retirarse a la superficie. Empezaron a circular rumores sobre la aparición de extraños monstruos en lugares remotos. Galaeron regañó a Keya y se dio cuenta de que ella y Vala se habían hecho muy buenas amigas cuando Vala sacó su daga dispuesta a defenderla. El elfo se disculpó, y las águilas gigantes de la Caballería de la Pluma oscurecieron los cielos durante un cuarto de hora al partir para hacer un reconocimiento de la brecha de los

phaerimm.

Melegaunt sugirió a lord Duirsar que los Ancianos de la Colina ordenasen a Kiinyon y al innominado Mago Supremo que aceptaran su ayuda. Lord Duirsar respondió secamente que los Ancianos de la Colina no tenían más derecho a interferir en las decisiones de los comandantes de campo que un humano a interferir en el gobierno de Evereska. Después de eso, dejaron de llegar mensajes durante un tiempo, aunque Aubric Nihmedu pudo saber de otras fuentes que se estaba enviando el ejército de Evereska a todos los confines de Sharaedim, que la Guardia del Valle había recibido órdenes de establecer un perímetro en las montañas que rodeaban el valle y que los regimientos de veteranos de ambas academias del Colegio de Magia y Armas estaban en situación de alerta. Melegaunt propuso a Galaeron la idea de incorporarse a la batalla sin permiso, y Galaeron tenía tanto miedo que a punto estuvo de aceptar.

Ya era bien entrada la noche cuando Vala acudió a Galaeron con las mejillas enrojecidas y lágrimas en los ojos. Al principio, el elfo pensó que Melegaunt había faltado a su palabra y se había marchado, pero desechó esa idea cuando ella cogió sus manos y las acercó a sus labios.

—Galaeron, lamento ser yo quien te lo diga.

—¿Decirme qué? —Galaeron no podía imaginar nada capaz de hacer llorar a Vala—. ¿Acaso los phaerimm ya están aquí?

Vala sacudió la cabeza.

—Es Aubric.

—¿Mi padre? —Galaeron no comprendía. No había visto ninguna señal de que su padre estuviera preparando su viaje hacia el oeste—. A mi padre no le pasa nada.

—No. —Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Vala—. Ya no.

Llevando a Galaeron de la mano, entró en la contemplación, donde Aubric Nihmedu estaba echado en el sofá de mármol de la ensoñación con los ojos muy abiertos y un mamotreto abierto sobre el pecho. Tenía el aspecto más feliz que Galaeron le había visto desde hacía décadas. Sus labios estaban curvados en una leve sonrisa y las líneas de preocupación habían desaparecido de su frente.

Pasada su sorpresa, Galaeron cogió con sus manos las de Vala y volvió con ella al gran salón.

—Gracias —dijo en un susurro, tras cerciorarse de que nadie podía oírlos.

Vala frunció el entrecejo.

—¿Eso es todo? ¿Acaso los elfos no lloráis?

—Lo hacemos cuando hay una razón.

—¿No lo es la muerte de un padre?

—¿Muerte? —La idea era tan absurda que Galaeron soltó una carcajada que provocó un grito sobresaltado en la otra habitación.

Vala miró a través del arco y se puso blanca como una luna elfa.

—¡Ha vuelto!

—¿Volver? —El padre de Galaeron apareció bajo la arcada—. ¿Dónde estaba?

—¡Mu-mu-erto! —A Vala se le doblaron las rodillas y Galaeron la sostuvo.

—¿Muerto? —Aubric miró a Galaeron esperando una explicación.

—Tenías los ojos abiertos —dijo Vala—, pensé que te habías... ido.

—¿Ido? —Por fin Aubric pareció entender—. Ah, los ojos. Pensaste que me había...

—Muerto —confirmó Vala—. No te movías.

—La ensoñación —dijo Galaeron sin dejar de reírse—. ¿No te has preguntado por qué no tenemos camas? Los elfos no dormimos.

Vala pareció confundida.

—Todo el mundo duerme.

—No todos —dijo Aubric—, aunque supongo que la ensoñación puede considerarse una especie de sueño.

—Bueno, un poco tal vez. —Galaeron no quería confundir más a la pobre humana.

—¿Es como soñar despierto? —preguntó Vala.

—No es exactamente un sueño —dijo Galaeron—. Volvemos sobre acontecimientos de nuestras vidas.

—O nos reunimos con la comunidad —añadió su padre.

Vala seguía atónita.

—Para compartir nuestros sentimientos —continuó Galaeron—. Es reconfortante.

Vala entrecerró los ojos.

—¿Todos habláis mentalmente?

—No es hablar, sino compartir. —Galaeron trató de hallar una forma de describir la ensoñación—. Tú debes de tener una familia.

Vala frunció el entrecejo, sintiéndose insultada.

—¿Tengo pinta de haber nacido de una semilla?

—¿Nunca sientes lo que ellos sienten? ¿No hay veces en que sabes lo que necesitan sin preguntárselo, en que sientes su dolor a distancia?

Una luz brilló en los ojos de Vala.

—Me pasa a veces con mi hijo. ¿Vosotros sentís eso con todos los elfos?

—¿Tienes un hijo? —Galaeron estaba tan sorprendido que pasó por alto su última pregunta.

—Sí, tengo un hijo. —Vala se pasó los dedos por los lados del cuerpo—. Me has visto desnuda. ¿Pensaste acaso que este cuerpo podía ser estéril?

Galaeron sintió que enrojecía.

—Por supuesto que no, pero las mujeres elfas...

—No tienen caderas. Dar a luz debe de ser como si las acuchillaran. —Vala entrecerró los ojos y añadió—. Tal vez sea por eso que tenéis unas cabezas tan estrechas.

—¡Sin duda! —El padre de Galaeron apoyó una mano sobre el hombro de Vala—. Tienes una lengua como la de un elfo de los bosques, querida.

La expresión de Vala se transformó en pesadumbre.

—Lo siento, me olvidé de que...

—No tienes por qué. —Nihmedu padre sacudió la cabeza jubilosamente—. No había disfrutado tanto de una conversación desde que Morgwais no está aquí.

—¿Morgwais? —inquirió Vala.

La alegría desapareció de los ojos del elfo tan repentinamente como había surgido.

—La madre de Galaeron. No podrás conocerla.

Al ver que no seguía una explicación, Vala miró a Galaeron y hubo un momento de incómodo silencio. Galaeron se libró de tener que cambiar de conversación por un súbito aleteo. Algo blanco revoloteó por la estancia tres veces antes de que *Muchosnidos* se calmara lo suficiente para posarse en el dedo extendido de Nihmedu padre.

—Estaba aquí. —Aubric tuvo que interrumpir el gorjeo del pinzón blanco—. ¿Era demasiado trabajo usar la puerta?

Esto tranquilizó un poco al pájaro, que siguió piando y gorjeando tan rápidamente que hasta el padre de Galaeron tuvo que concentrarse para seguirlo.

—¿Cuándo fue la última vez que lord Duirsar supo algo de ellos?

El pájaro hizo una pausa y luego continuó otros veinte segundos. Finalmente, *Muchosnidos* agachó la cabeza y siguió moviendo nerviosamente las alas a la espera de una respuesta.

—Di a lord Duirsar que los Espadas de Evereska partirán en menos de una hora —dijo Aubric—. Me he tomado la libertad de prepararlo todo por si llegaba esa llamada.

El pájaro se lanzó hacia la contemplación y estuvo junto a la ventana antes de que Aubric pudiera pronunciar la palabra que hacía traspasable el teurglás.

—Ese pájaro se va a romper la crisma —dijo Melegaunt, entrando en la habitación acompañado de Keya y de los demás humanos—. ¿Por qué está tan excitado?

—Los Ancianos de la Colina perdieron contacto con Kiinyon y con los altos magos hace una hora.

—¿Hace una hora? —Melegaunt echaba chispas—. ¿Y han esperado hasta ahora para decirlo?

El padre de Galaeron alzó una mano.

—Todavía hay más. No pueden contactar con nadie al otro lado del Sharaedim.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Keya con gesto de preocupación—. No puede ser cierto.

—No creo que lord Duirsar se equivoque —dijo su padre—. No hay respuesta a sus envíos, y los que salen por las puertas no regresan.

—De modo que cualquier ayuda que manden de Siempre Unidos no conseguirá llegar a Evereska —conjeturó Melegaunt—. Tendrán que abrirse camino desde fuera, junto con las tropas enviadas por el resto de vuestros aliados.

—¿El resto de aliados? —preguntó Aubric—. ¿Qué aliados son éstos?

—Tengo entendido que Evereska ocupa un lugar preferente en el corazón de Khelben Arunsun —dijo Melegaunt—. Seguramente ya estará movilizando a las fuerzas de Aguas Profundas.

—Estás bien informado —dijo Aubric—. Khelben fue el primer humano que visitó Evereska, pero los elfos somos un pueblo orgulloso.

—¿No se lo habéis dicho? —Melegaunt cerró los ojos—. ¿Y qué me dices de Siempre Unidos?

—Se les dijo, pero no se solicitó ayuda. Lord Duirsar ha ordenado a todos los remanentes de la Caballería de la Pluma que informen a todos los amigos elfos del peligro en que nos encontramos.

—Fracasarán —dijo Melegaunt—. A los phaerimm no se les escapará una cosa tan obvia.

—Entonces puede pasar algún tiempo antes de que Siempre Unidos envíe ayuda —repuso Aubric—. Mientras tanto, debo disculparme. El deber me llama.

—¿El deber? —preguntó Vala.

—Padre es el Espada Mayor de los Espadas de Evereska. —En la voz de Keya había tanto miedo como orgullo.

Nihmedu padre asintió.

—Lord Duirsar nos ha pedido que exploremos e informemos.

Una expresión de alivio apareció en el rostro de Melegaunt.

—Bien, entonces vamos contigo.

El padre de Galaeron sonrió con cordialidad.

—Ojalá pudieras, amigo humano —dijo sacudiendo la cabeza.

—Pero, como comandante, seguramente lord Duirsar atenderá a tus deseos —insistió Melegaunt.

—Sin duda lo haría —dijo Galaeron—, pero los Espadas de Evereska son una milicia noble. El cargo de Espada Mayor es rotativo, y fácilmente podría trasladarse a algún otro por las maquinaciones de unos cuantos nobles.

—Mi mando es bastante endeble —dijo el mayor de los Nihmedu sin explicar por qué, pero todos sabían que era por la culpa que se atribuía a su hijo. Se volvió hacia

Galaeron—. *Muchosnidos* mencionó dos veces que la guardia de los conjuros está vigilando las salidas de la ciudad. Tú y tus amigos no beneficiaríais a nadie colgados en jaulas de huesos.

Galaeron estudió la cara de su padre.

—No tienes que preocuparte por nosotros. Ya desearía yo no tener que preocuparme por ti —exclamó mientras abrazaba con fuerza a su padre—. No olvides lo que te ha dicho Melegaunt sobre esos demonios. Nadie los conoce mejor que él.

—He tenido en cuenta cada palabra. —El padre devolvió el abrazo a Galaeron y, separándose de él, se volvió hacia Keya—. Me da pena dejarte sola, hija. ¿Querrás cuidar de Copa del Árbol hasta mi regreso?

—Por supuesto. —Keya se apretó contra el pecho de su padre—. Y no me dejas sola. Galaeron y sus amigos me harán compañía.

Galaeron y su padre intercambiaron una mirada por encima de la cabeza de Keya, tras lo cual, el mayor de los Nihmedu se volvió hacia Vala.

—Es posible que no volvamos a vernos, humana. Si así es, sé que tu ingenio y tu belleza me acompañarán siempre como un tesoro —con un gesto de la cabeza apuntó hacia Galaeron—, y haría mucho bien al corazón de un viejo elfo saber que velarás por su hijo.

—Entonces tendré mucho gusto en ser útil a un viejo elfo. —Vala dio un sincero abrazo al Espada Mayor, pero la perplejidad de su expresión hablaba bien a las claras de que no entendía del todo lo que estaba diciendo—. Agua dulce y risas ligeras, amigo mío.

La tradicional fórmula de despedida hizo que el anciano alzara las cejas asombrado.

—Otro día en Evereska y será imposible distinguirme de un elfo. —Riendo, se volvió hacia los demás humanos y repitió la fórmula—. Agua dulce y risas ligeras también para vosotros.

Casi antes de que Aubric hubiera abandonado la estancia, Keya se volvió hacia su hermano.

—Lo que dijo fue un poco extraño. ¿Adonde cree que irás?

—No lo sabe..., y así debe ser —respondió Melegaunt. Sin esperar a un gesto de confirmación de Galaeron, señaló la túnica de seda verde que llevaba Vala—. Quítate esto y ponte tu armadura.

—¿Armadura? —Keya abrió la boca sorprendida—. No debes dejarlos ir —exclamó dirigiéndose a Galaeron.

—Keya —dijo Galaeron cogiendo las manos de su hermana—, no los dejes ir, más bien los llevo conmigo.

CAPÍTULO 6

23 de Nightal, Año del Arpa sin Cuerdas

Una vez hubieron bajado de la Torre del Prado Lunar, los humanos se movieron con un sigilo sorprendente teniendo en cuenta sus armaduras y la dificultad de viajar como parte de un grupo invisible. Por momentos, Galaeron y Keya ni siquiera podían distinguir a los guerreros que iban detrás de ellos. Bajaron el collado de Goldmorn y pasaron como una exhalación delante del estanque Gloria del Amanecer sin atraer una sola mirada, y Galaeron empezó a confiar en que su plan funcionaría. Tuvieron que detenerse una vez y escuchar a una matrona de plateado cabello quien tranquilizó a Galaeron diciendo que nadie lo culpaba por haber liberado a los phaerimm, y que sólo los Oros escuchaban a Imesfor, pero ni siquiera ella pareció reparar en los humanos invisibles.

El bosque acababa abruptamente en el borde de la colina de la Oscuridad Lunar, donde sólo una baja pared de piedra los separaba del vacío. Una media luna de verdes prados se extendía allá abajo, salpicada de grises peñascos, ponis marrones y bosquecillos de abetos color esmeralda. Más allá de los prados, el tapiz de campos invernales negros y dorados subía hacia los viñedos envueltos en la niebla. Se podía ver a los Espadas de Evereska en las terrazas más elevadas, con su larga columna de ponis moviéndose como una larga cola al superar las últimas revueltas antes de internarse en los bosques del Valle Alto. No había a la vista otras compañías, aunque Galaeron sabía que sin duda habría algunos guardianes del conjuro apostados en las cuadras y en las demás entradas de la ciudad.

—Éste es tan buen momento como cualquier otro, a menos que prefiramos esperar hasta que anochezca —dijo.

—No nos arriesgaremos a esperar. —La voz de Melegaunt llegó del aire detrás de Keya—. Con los phaerimm, una hora es una eternidad.

—Necesitaré la cuerda —dijo Galaeron tendiendo la mano.

Una mano invisible depositó un delgado rollo de cuerda elfa en su mano. Galaeron se la colgó del hombro y trepó a un alto árbol de la noche, deslizándose a continuación por una robusta rama que sobresalía más allá del muro. Sujetó la cuerda y la fue soltando hasta que tocó el prado. Ninguna cuerda humana —al menos ninguna que pudiera transportar una persona— podría haberse estirado tantos cientos de metros, sin embargo, quedaba suficiente cuerda elfa para formar un abundante rollo en el suelo.

Galaeron volvió a donde estaban sus compañeros y se dejó caer junto a Keya.

—Todo está preparado. Manteneos apartados de la pared rocosa; si la tocáis, la magia defensiva de Evereska anulará mi conjuro.

—¿Vamos a ir todos a la vez? —preguntó Vala.

—Debemos permanecer a tres metros de ti o nos volveremos visibles —explicó Melegaunt.

—Esa cuerda no soportará a cinco de nosotros —objetó Kuhl.

—Podría soportar a cinco gigantes de piedra. —El tono de Keya no tenía nada de paciente—. Es nada menos que una cuerda elfa.

La explicación fue recibida con un cauteloso silencio.

—Adelante —dijo Vala.

Hubo algunas reticencias y quejas, y la robusta rama se inclinó peligrosamente.

—Te estaremos esperando abajo, Galaeron —dijo la mujer.

—Iré hacia allí directamente.

Galaeron concedió a los humanos un momento para empezar su descenso y después abrazó a su hermana.

—Cuanto más lejos vas —dijo—, antes hay que partir.

—La próxima vez —respondió Keya valientemente llevándose la mano del elfo a la mejilla—, no me traigas huevos de phaerimm.

—De eso puedes estar segura, hermanita. —Subió a la pared baja y echó una mirada a la rama del árbol de la noche—. ¿Recogerás la cuerda?

—Jamás sabrán de tu marcha —aseguró—. Agua dulce y risas ligeras.

—Espérame pronto con suaves canciones y rojo vino.

Galaeron pronunció un conjuro para hacerse invisible, a continuación fijó la mirada en el rollo de cuerda de abajo y saltó de la pared. Su salto fue al comienzo un vertiginoso remolino de aire y color, pero la magia del mythal impedía que cualquier nativo de Evereska sufriera el menor daño al lanzarse desde los acantilados. Al llegar al fondo, la caída se transformó en suave descenso. Se posó delicadamente sobre sus pies y ya estaba allí esperando cuando los humanos invisibles tocaron el suelo.

Keya recogió la cuerda y Galaeron, tras hacer que los humanos se dieran las manos, los condujo a través del prado hacia el perímetro del mythal. Trepó por una pared y saltó a un campo de trigo de invierno, deteniéndose bajo una enramada.

—¿Melegaunt? —llamó.

—Aquí estoy.

—Los guardianes del conjuro estarán vigilando la Puerta Secreta y no podremos pasar inadvertidos. Ésta sería la oportunidad de que tu andar de sombra nos llevara al otro lado del Pico Oriental.

—Me encantaría, pero creo que habrás observado que mi magia no funciona en Evereska.

—Ahora funcionará —dijo Galaeron.

—¿En serio? —Hubo una pausa tras la cual Melegaunt preguntó—. ¿Y cómo es eso?

Aunque sabía que el mago no podía verlo, Galaeron se encogió de hombros.

—Tú tienes tus secretos y yo tengo los míos —respondió.

—Eso parece —dijo el mago riendo por lo bajo. Luego añadió—: Muy bien, lo que hace el maestro no se le puede negar al novicio. Que todos me sigan y se cojan de las manos.

Aunque hacía más de cuarenta años que Galaeron había considerado por última vez a un mago su maestro, obedeció las instrucciones y cogió una mano. La voz grave de Melegaunt pronunció el encantamiento y el mundo se volvió oscuro y desdibujado. Cinco siluetas borrosas aparecieron a su alrededor, luego, una de las formas más pequeñas se separó del resto y empezó a avanzar.

—Caminamos en la frontera entre el mundo de la luz y el de la oscuridad —dijo Melegaunt—. Es fácil despistarse, de modo que no me soltéis. El tiempo y la distancia no tienen significado aquí. Si me perdéis de vista aunque sólo sea el tiempo que lleva pestañear, es posible que nunca os encuentre.

Galaeron se encontró sujetándose a un brazo pequeño que sólo podía pertenecer a Vala, y ella a su vez iba cogida de la mano de uno de sus guerreros que, con la otra mano, se sujetaba al cuello de Melegaunt como un tornillo. Aunque todas las manos entre Galaeron y el mago eran el doble de fuertes que la suya, pronto empezaron a arderle los ojos por miedo a pestañear. A un lado había sombras planas de color púrpura. A veces eran tan altas como montañas de perfil serrado que hacían pensar en picos y riscos. Otras veces eran troncos esbeltos con ramas de espantapájaros que se mecían a impulsos de un viento imperceptible y que amenazaban con asir a Galaeron con unos dedos de sombra que no podían tocar.

Al otro lado de las sombras refulgía un vasto horizonte de luz amarilla, cegadora y brillante, y tan ardiente como el sol del Anauroch. A pesar de la advertencia de Melegaunt, Galaeron sintió deseos de caminar hacia la luz. Su calor familiar ofrecía un tentador contraste frente a la fría fantasmagoría de las sombras, y había algo joven y asustado dentro de él que ansiaba apartarse de la oscuridad. Fijó la vista al frente, obligándose a concentrarse en la espalda de Vala.

Por fin, unas astillas de luz empezaron a desprenderse del horizonte y a caer a ambos lados de sus compañeros. Algunas pasaban junto a ellos y se perdían de vista. Otras caían de plano en el suelo o se colocaban entre montículos de oscuridad purpúrea creando un paisaje espectral de colinas y barrancos. A pesar de la cascada de haces, la luz nunca menguaba. El horizonte amarillo simplemente se extendió y se convirtió en una planicie que Galaeron no tardó en reconocer como las arenas del Anauroch.

En lugar de seguir hacia el desierto, Melegaunt cayó de rodillas y se inclinó hacia adelante. Galaeron pensó que iba a caerse, pero su cuerpo simplemente se extendió oblicuamente y quedó suspendido sobre el suelo hasta que el resto de la partida siguió

su ejemplo. Cuando todos estuvieron inclinados hacia adelante en el mismo ángulo, Melegaunt hizo que Galaeron desactivara sus conjuros de invisibilidad y a continuación los hizo descender a una oscuridad tan negra como el carbón. La sensación de descenso desapareció al cabo de doce pasos. Unos minutos después se detuvieron y la visión oscura de Galaeron empezó a funcionar.

—Ahora funcionará vuestra visión de sombra —susurró Melegaunt a los humanos.

Vala y sus hombres tocaron brevemente las empuñaduras de sus espadas y con un parpadeo recuperaron la visión. El grupo se encontró de pie en una pequeña cámara excavada en la dura roca. Las paredes habían sido cortadas con tal perfección que parecían pulidas. Junto a una de las paredes había una litera cubierta por un ondulante colchón de sombra solidificada. Al otro lado había un pequeño escritorio de piedra.

De la parte frontal de la cámara llegaba un sonido de gruñidos y de lucha. Galaeron se volvió y se encontró mirando a través de una grieta de treinta centímetros por la que vio a un humano ojeroso que corría medio agachado. El pelo y la barba del hombre estaban largos y descuidados, y su cuerpo escuálido estaba cubierto de mugre en la que el sudor había marcado surcos. Arrastraba un cajón de madera tan repleto de pergaminos, libros y manuscritos que la tapa no se cerraba del todo.

Melegaunt impuso silencio y se acercó a la grieta. Ejecutó una serie de gestos místicos manteniendo una mano abocinada junto a su oído y pasando las puntas de los dedos por la frente. Galaeron y los demás se miraban intrigados preguntándose dónde se encontraban. La respuesta llegó al cabo de un momento, cuando aparecieron unas fauces de enormes dientes rodeadas de brazos. Galaeron alzó las manos para lanzar un relámpago mágico y los humanos echaron mano de sus espadas negras.

Melegaunt se apartó de la grieta.

—¡No! —gritó, empujando hacia abajo las manos de Galaeron—. Tu magia haría que cayeran sobre nosotros como cuervos sobre el campo de batalla.

Galaeron miró hacia la grieta y vio que la criatura había pasado flotando sin dar muestras de haberlos visto, ondeando su cuerpo espinoso en el aire en un movimiento que imitaba en parte al de los peces y en parte al de una serpiente.

—Está furiosa por la lentitud de sus esclavos —susurró Melegaunt—. Se queja de que los mejores agujeros ya estarán tomados y les advierte que o se dan más prisa o se convertirán en bolsas de huevos.

—¿Adonde va? —preguntó Galaeron cuando la espinosa cola se hubo perdido de vista.

—¿Y dónde estamos? —añadió Vala.

—Creo que ya sabes adonde va —dijo Melegaunt, respondiendo primero a la pregunta de Galaeron.

—¿A los pasadizos de los enanos?

—A algún lugar en los montes Sharaedim —corrigió Melegaunt—. Deben de considerar que aquello es ahora un lugar seguro.

—¡Un lugar seguro! —Galaeron no pudo reprimir un grito ante aquella atrocidad—. ¡Jamás!

Melegaunt se llevó un dedo a los labios.

—En voz baja —dijo—. Esta magia de encubrimiento fue pensada para amortiguar los ronquidos, no los gritos. —A continuación pasó a responder a la pregunta de Vala—. Estamos en mi último refugio, no lejos del punto en que nos encontramos en los pasadizos de los enanos. Los phaerimm situarán sus Fuerzas Unidas en la abertura de la Muralla de los Sharn para asegurarse de que quede bien guardada.

—¿De modo que nos encontramos a «su» lado de la muralla? —preguntó la mujer.

Melegaunt asintió con la cabeza.

—Los phaerimm son tan inteligentes como malvados. Estarán alertas a la llegada de exploradores. Con un poco de suerte, no los esperarán por este lado.

Galaeron pensó en su padre, que cabalgaba desde Evereska con la misión descrita por Melegaunt.

—Pero los Espadas...

—Todavía están en la Puerta Secreta —dijo Melegaunt—. El tiempo es diferente en la Sombra. Si tenemos suerte, habremos descubierto todo lo que Evereska necesita saber antes de que los Espadas dejen los Altos Picos. Si no la tenemos... En ese caso me temo que tu padre tendrá que correr el riesgo.

Galaeron asintió. Evereska tenía que averiguar la magnitud de la victoria enemiga. Si él y sus compañeros humanos fracasaban, a los Espadas de Evereska les correspondía reunir por sí mismos la información, por pocas que fueran sus posibilidades de éxito. Al ver que el phaerimm había desaparecido, Galaeron señaló la grieta con un gesto.

—¿Vamos?

—Esperaremos un minuto —dijo Melegaunt—. Los phaerimm tienen conjuros para la detección de intrusos..., y estaría bien que pudieras entender tú mismo a los phaerimm. ¿Puedes copiar el conjuro que acabo de hacer?

—Tal vez... ¿una sencilla combinación de dos técnicas: escucha y discurso mental?

—Eres realmente un innatoth de indudable talento —dijo Melegaunt alzando una ceja.

—¿Innatoth?

—Innato —aclaró Melegaunt—. Lo que mi pueblo denominaría un Are-Natural, pero que en la mayor parte de Faerun se conoce con el nombre de «hechicero».

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó Vala.

—No es grande para vosotros, pero mucha para mí —dijo Melegaunt—. Incluso para los mejores magos, la magia es algo que se aprende lentamente, con dificultad, pero en el caso de los hechiceros es diferente. Para ellos es un don, un talento natural que puede mejorarse con el tiempo y la práctica, pero sigue siendo un don. De más está decir que todos los magos que deben trabajar su arte tienden a mirar con desconfianza a quienes no tienen necesidad de ello.

—Es la descripción más acertada que he oído jamás —dijo Galaeron—. ¿Eres tú un innatoth?

—¡Qué más quisiera! —respondió Melegaunt riendo—. Sospecho que para ti la Academia de la Magia resultaba poco menos que insoportable.

—Mucho más que eso. —Galaeron trató de despojar sus palabras de amargura—. Mi padre puso en juego toda su influencia política para conseguirme un puesto en la regiforma. Jamás he visto nada más inútil. Nunca encajé en ella. En un momento dado me acusaron de magia oscura y exigieron ver mi libro de conjuros. Por desgracia, nunca había tenido uno.

—Ahora haces que sienta envidia —dijo Melegaunt.

—No tienes de qué —replicó Galaeron con una triste sonrisa—. Fue necesaria la intervención de lord Imesfor para conseguirme un puesto en los Guardianes de Tumbas. —Guardó silencio, recordando el triste final que el patronazgo del alto noble había representado para su hijo. A decir verdad, no se podía culpar al alto señor por ir diciendo por ahí que incluso ese favor le había costado caro.

—La autoconmiseración es innecesaria. —En las palabras de Melegaunt había tanto de reproche como de consuelo—. Tu magia será la que salve a Evereska o yo jamás he hecho un conjuro.

—¿No dijiste antes que su magia llamaría la atención de los phaerimm? —En el tono de Vala había respeto pero también preocupación—. Este es el último lugar en el que quisiera ser atrapada por una de esas cosas.

—Sería un lugar mejor de lo que te imaginas —dijo Melegaunt sonriendo—, pero tienes razón sobre lo que dije. —Mirando a Galaeron añadió—: Tenemos que enseñar a nuestro amigo a usar la magia de otra manera.

—¿De otra manera? —preguntó Galaeron—. Eso llevará tiempo.

—Para ti no, supongo —replicó Melegaunt—. No, si tienes tanto valor como talento.

—¿Acaso no estoy aquí?

—Sí. —Los ojos de Melegaunt se tornaron tan negros como la obsidiana, tan oscuros que incluso Vala tragó saliva—. Tienes la valentía necesaria para enfrentarte a los monstruos afuera. Ahora veremos si la tienes para hacerles frente dentro.

La cara de Melegaunt se volvió extrañamente élfica al arquearse sus pobladas

cejas y ensancharse y alisarse la frente. Sus orejas crecieron, apuntando sus aguzadas puntas hacia afuera a través del oscuro cabello, y los ojos adquirieron el brillo malévolo de los de un demonio drow.

—¡Por el laúd de Corellon! —Galaeron se sintió presa de la confusión. Éste no podía ser el humano que le acababa de asegurar que él sería el salvador de Evereska, pero ¿acaso los demonios no se caracterizaban por engañar a los mortales?—. ¿Qué eres?

—Más de lo que tú piensas, con toda seguridad —fue la respuesta.

Sabedor de que no le daría tiempo a hacer un conjuro y de que, aunque lo consiguiera, no tenía la menor esperanza de vencer a Melegaunt en un duelo de magia, posó la mano en la empuñadura de la espada. La mano del demonio se disparó tan rápida como un latigazo y cogió a Galaeron por el cuello, lanzándolo contra la pared de piedra. Un par de marfileños colmillos asomaron entre las fauces de Melegaunt y su oscura barba se transformó en un grotesco mentón. Los humanos respiraban con dificultad y farfullaban, pero parecían demasiado aturdidos para actuar. Galaeron trató de sacar la espada, pero el demonio le sujetó la muñeca contra la pared.

Vala fue la primera en recuperarse, aunque sólo parcialmente.

—¡Poderoso señor! —dijo, liberando su espada y dando un paso adelante—. ¿Qué eres?

—¡No te acerques! —ordenó Melegaunt mirándola por encima del hombro—. ¡Por el Juramento de Bodvar te ordeno que obedezcas!

Vala hizo rechinar los dientes, pero se detuvo y bajó la espada, ordenando a sus hombres que permanecieran quietos. Cuando Melegaunt volvió a mirar a Galaeron, sus ojos se habían vuelto de color púrpura y sus colmillos eran tan largos como los de una víbora.

—¿Tú sabes lo que soy, elfo? ¿Tienes valentía suficiente ahora?

—S-s-s-í. —Galaeron casi no podía hablar. Como la mayoría de los elfos de la superficie temía a los drows tanto como los odiaba, y no podía imaginar peor castigo que convertirse en un muerto viviente al servicio de un vampiro-demonio drow—. Déjame coger mi espada...

Melegaunt golpeó a Galaeron contra la pared.

—No pienso hacerlo —sonrió—, pero te permitiré elegir.

Melegaunt extendió la mano a su espalda.

—¡Espadaoscura! —exigió.

Vala le ofreció la empuñadura, pero dudó antes de entregársela.

—¿Qué vas a hacer?

Melegaunt la miró con furia y su cuello llenó el recinto de crujidos sobrenaturales al girarse más de la cuenta.

—Nada que la Torre de Granito no me permita hacer.

Vala bajó la mirada y le puso en la mano el puño de la espada. Melegaunt siguió mirándola fieramente un momento y después apoyó la helada empuñadura en la mano izquierda de Galaeron.

—Te he dado a elegir, elfo. —Cogió la espada por la hoja y colocó la punta debajo de la mandíbula de Galaeron—. Puedes elegir entre servirme o no.

Galaeron sabía que ningún vampiro le daría ocasión de herirlo, pero también sabía que era muy propio de un drow darle la oportunidad para echarle en cara su cobardía hasta el fin de los tiempos. Alzó el mentón e, imprimiendo un giro a la espada, atravesó con ella la garganta y el pecho de Melegaunt.

El cristal pasó a través del mago como si su cuerpo fuera de humo. Melegaunt sonrió e hizo caer la espada de la mano de Galaeron.

—¡Cobarde! —dijo, devolviendo el arma a Vala y empujando la cabeza de Galaeron contra la pared.

Galaeron se debatió, pero el demonio drow era demasiado fuerte. Melegaunt bajó la cabeza y Galaeron sintió el contacto de sus colmillos en la garganta.

—¡No!

Dobló la rodilla clavándola en la ingle de Melegaunt, pero ni siquiera eso consiguió apartar al demonio. Un entumecimiento helado se propagó por el cuello de Galaeron, entonces Melegaunt levantó la cabeza. Por su mentón corrían dos hilos de sangre que empezaban a coagular. Sus ojos rojos relumbraban con una avidez malsana.

—¿Sientes el miedo? ¡Ábrete a él Galaeron! ¡Hazlo tuyo!

Galaeron no tenía la menor necesidad de abrirse a nada. El miedo circulaba por su interior. Lo podía sentir en el estómago vacío, en el dolor del pecho que le ardía por dentro, lo oía en el latir de su corazón y en el gemido que le subía por la garganta.

El grito no consiguió llegar a sus labios antes de que Melegaunt le tapara la boca.

—No puedes gritar, Galaeron. —La cara del mago empezaba a recuperar su aspecto normal, sus puntiagudas orejas se iban desvaneciendo entre el pelo oscuro, las arqueadas cejas se enderezaban y poblaban—. No debes hacerlo o los pherimm nos darán algo que temer.

Galaeron apartó a Melegaunt de sí. El mago salió volando por la habitación y fue a chocar contra la pared fronteriza tras haber recuperado plenamente su aspecto humano.

Cuando Galaeron consiguió reprimir el grito, Melegaunt le hizo un gesto invitador.

—Bien. Úsalo ahora, Galaeron. Usa el poder que tienes dentro de ti para lanzar tu conjuro.

—¡Estás loco! Para lo único que lo usaría es para matarte.

Galaeron sacó su espada e inmediatamente quedó separado de Melegaunt por Vala y por sus hombres.

—Así no, elfo. —La voz de Melegaunt sonó imperativa—. ¿Dominarás tu miedo o te convertirás en su esclavo?

Algo en el tono del mago hizo reaccionar a Galaeron. Se llevó la mano a la garganta, donde el demonio lo había mordido, y sintió la piel tersa.

—¡Ahora, Galaeron! —lo urgió Melegaunt—. ¡Lanza el conjuro!

Galaeron empezaba a entender por fin. Dejó caer la espada y realizó con sus dedos una serie de gestos místicos y acabó llevando la mano a su oído para hacer pantalla. Su miedo no se desvaneció tal como esperaba, sino que se abrió camino por su interior como un fuego, recorriéndolo como lanzas de dolor que fueron bajando hasta sus pies y se desvanecieron en la sombra debajo de ellos.

Galaeron creó con los dedos la otra mitad del conjuro. Cuando empezó a frotarse la frente, los rastros ardientes del dolor se volvieron fríos, llenándolo de un entumecimiento mordiente que empezó por los pies y se disparó a través de él como un relámpago helado.

Entonces la mente del elfo se llenó de voces susurrantes que hablaban todas a la vez pronunciando frases a medio formar. Exhaló un gruñido y se llevó las manos a los oídos. Melegaunt se adelantó a Vala y a los demás, cogió a Galaeron por los hombros y lo miró a los ojos.

Es un poco confuso. —Las palabras sonaron dentro de la cabeza del elfo, reverberando por encima de una docena de voces diferentes—. *Estás oyendo los pensamientos de todas nuestras mentes. Piensa que son como el viento y presta atención únicamente a lo que quieres oír. Resulta útil hablar mientras te acostumbras a ello.*

Galaeron retiró las manos de sus oídos.

—¿Qué me has hecho?

—Te he mostrado tu yo de sombra. —Tal como Melegaunt había prometido, las otras voces pasaron a un segundo plano—. Piensa en ello como el manantial del que brota otro tipo de magia.

—¿Qué clase de magia? ¿Vampírica? ¿Magia drow?

—Ni una cosa ni la otra, y no me culpes por eso. —Melegaunt rió entre dientes—. Lo que viste fue obra tuya.

Galaeron lo miró con furia.

—Yo no hice eso.

—Conscientemente, no —dijo Melegaunt—, pero cualquier cosa que haga un hombre, o un elfo, también la hace su sombra. Si se es valiente y honesto, hace una sombra de sí mismo que no lo es.

—¿De modo que un hombre hace una sombra de sí mismo que es una mujer? —

preguntó Vala.

—No, eso sería lo contrario —explicó Melegaunt—. Una sombra no es lo contrario, no es más que ausencia. En el día, es la ausencia de la luz que bloquea tu cuerpo. En un hombre es la ausencia del macho, no la presencia de la hembra. En el caso de la sombra de Galaeron, es la ausencia de bondad y de lealtad.

—Eso no era parte de mí —insistió Galaeron.

—No, no lo era —concedió Melegaunt—, pero tú lo creaste y a través de ello te pusiste en contacto con una magia nueva.

—Entonces debe de ser una magia maligna. —Galaeron recuperó su espada. Todavía podía sentir el extraño y frío vínculo que lo conectaba al suelo—. Desearía que nunca me la hubieras enseñado.

—No te dejes asustar por el guardián. —Melegaunt apoyó una mano humana y peluda en el hombro de Galaeron—. Los tesoros más preciados siempre están protegidos, y éste es la clave para derrotar a los phaerimm. Es la única magia que no entienden. Si queremos salvar Evereska, necesitaremos hacer buen uso de ella, y repetidas veces.

CAPÍTULO 7

23 de Nightal, Año del Arpa sin Cuerdas

Las Fuerzas Unidas de los phaerimm estaban exactamente donde Melegaunt había dicho que estarían, en los pasadizos enanos poco más allá de la brecha en la Muralla de los Sharn. En el aire flotaba una luz mágica y verdosa cuyo brillo era apenas suficiente para iluminar la estancia y hacer innecesaria la visión oscura de Galaeron. La pequeñísima cámara estaba atestada de phaerimm, el extremo final de cuyas colas arrastraba por el suelo para que pudieran flotar erguidos debajo del techo de poca altura. Estaban rodeados por los remolinos de polvo que levantaba una cacofonía de extraños vientos sibilantes similares a los diablos de arena que el elfo había visto algunas veces recorriendo el Anauroch.

En el fondo de la cámara, apenas visible entre los apretujados phaerimm y los remolinos de polvo, una jaula de pulidos huesos bloqueaba la entrada a un lado del pasadizo. Los barrotes verticales estaban hechos de una sucesión de sólidos fémures humanos unidos por los extremos por medios mágicos. Los barrotes horizontales, de un color más claro y por lo general de forma más delicada, probablemente pertenecían a elfos. La puerta era una trama de costillas en torno a cuatro cráneos, dos humanos y dos elfos, que todavía tenían los tristes ojos flotando en las cuencas.

La puerta estaba entreabierta, y la atención de los phaerimm parecía centrada en la pared del túnel del lado de la jaula, donde había un par de elfos sentados contra el muro de piedra. Entre el bosque de phaerimm, Galaeron reconoció las doradas juntas de la armadura de Kiinyon Colbathin. No consiguió identificar a la otra figura, aunque el hilo de oro y la seda roja que logró entrever parecían indicar que se trataba de un alto mago.

Resultaba difícil ver más. Él y Melegaunt estaban en el otro extremo de la Muralla de los Sharn, a cuatro patas el uno frente al otro para espiar por el agujero que había abierto el acechador Shatevar. Vala y sus hombres se encontraban a unos cien pasos de ellos, vigilando por si aparecían más phaerimm. Incluso a esa distancia, sus pensamientos afluían a la mente de Galaeron como una corriente ininterrumpida. Trató de centrarse en los tres phaerimm más próximos a los dos prisioneros.

Tu tosquedad no nos ha dejado más que cadáveres, Tha —decía el que estaba más cerca de Kiinyon. Aunque parecía que se dirigía a su compañero a través de los remolinos de viento, Galaeron lo comprendió sólo concentrándose en sus pensamientos. El esfuerzo hizo que le doliera la cabeza, ya que el mismo mensaje a menudo se perdía en un amasijo emocional de celos y desprecio—. *Es hora de permitir que alguien más hábil los sacuda.*

Es posible, Zay..., si hubiera alguien más hábil—respondió Tha.

Los demás se han desgañitado gritando y no te han dicho nada—replicó Zay—.

Primero tenemos que doblegar su voluntad, sólo entonces nos dirán las palabras.

Melegaunt dio unos golpecitos en el brazo de Galaeron.

¿Palabras?—El mago no lo dijo, sino que lo pensó.

Tal vez palabras de paso. —Galaeron evitó intencionadamente mencionar el mythal.

Tendría que haberlo supuesto— respondió Melegaunt—. *Hay un mythal.*

Yo no dije nada de un mythal. —Galaeron frunció el entrecejo.

Las palabras también tienen sombras. —Melegaunt se encogió de hombros.

Ya lo había notado —pensó Galaeron—, pero ¿que explicaría el mythal de Evereska..., suponiendo que lo hubiera?

Melegaunt esbozó una sonrisa cómplice.

Los phaerimm necesitan magia en su entorno para sobrevivir, del mismo modo que tú y yo necesitamos el aire. Sin él no podemos respirar.

¿Entonces cómo es que siguen vivos? No puede haber tanta magia en el Anauroch — retrucó Galaeron.

Más de la que piensas. ¿Qué crees que es la Muralla de los Sharn?

¿La barrera que los encierra es lo que los mantiene vivos? Vaya crueldad — pensó Galaeron.

Tal vez, pero no tanto como lo que ellos harían a Evereska..., si es que tiene un mythal — respondió Melegaunt—. *Los phaerimm son criaturas solitarias, poco sociables, pero hay casi cuarenta de ellas viviendo juntas en las ruinas de Myth Drannor.*

Galaeron asintió, comprendiendo el significado de las palabras mentales de Melegaunt. El antiguo mythal que otrora había protegido a Myth Drannor no había caído con la ciudad. Aunque se había deteriorado a través de los siglos, seguía siendo muy poderoso, lo suficiente, al parecer, como para alimentar a una colonia de phaerimm. Y si la magia en decadencia del mythal de Myth Drannor bastaba para el sustento de cuarenta de esas criaturas, el mero pensamiento de la cantidad que podrían abastecerse del mythal mucho más potente de Evereska era para echarse a temblar.

Galaeron sacudió la cabeza pensando en el mal que había desatado.

Melegaunt lo palmeó en la rodilla.

No fuiste tú quien desató esto. Estabas cumpliendo el juramento que habías hecho. Si hay algún culpable, ése soy yo.

Supe que estábamos en esto hasta el cuello en cuanto vi al acechador de Vala, y ella me lo advirtió. Si la hubiera escuchado... —Galaeron sacudió la cabeza al pensarlo.

Habrías incumplido tu juramento de proteger las criptas de tus ancestros, y eso no hubiera sido propio de ti — replicó Melegaunt—. *Y si yo no hubiera estado tan*

ansioso de escapar, no habría dado instrucciones a Vala de profanar una cripta, por más que fuese de los Vysham, para acceder a una mina enana. Al menos, es culpa de ambos, y no tiene sentido que tratemos de exculparnos mutuamente. Si tú hubieras sido un cobarde y me hubieses dado la espalda, el mal habría sido mucho mayor. Vamos a solucionar esto, tú y yo juntos, pero es algo que no sólo atañe a Evereska. Es mucho más extenso. Aunque fracasáramos y Evereska cayera, lo que hiciste seguiría valiendo la pena.

Tal vez para un humano —repuso Galaeron.

Aunque no lo pensó conscientemente, sabía que en caso de que Evereska cayera, su nombre sería vilipendiado en siglos venideros del mismo modo que el de los Vyshan o que los drows. Al menos en Faerun, ya que Evereska era el último reducto de la civilización de los elfos, todo lo que quedaba de los imperios que habían fundado poderosas ciudades como Cormanthor y Sylvanede. Más decidido que nunca a encontrar la forma de detener a los phaerimm, a destruir a toda su raza si era necesario, volvió a centrar su atención en las Fuerzas Unidas.

Tras haber convencido a su interlocutor sobre la mejor forma de seguir adelante con el interrogatorio, Zay sostenía a Kiinyon Colbathin abierto de brazos y de piernas por encima de su dentada mandíbula, mientras golpeaba con su cola llena de pinchos las juntas ensangrentadas de la vapuleada armadura del capitán de los Guardianes de Tumbas.

¿Qué te parecería eso, elfo? —El phaerimm se valía del discurso mental para dirigirse al prisionero, ya que no era probable que los elfos hablaran el lenguaje eólico de su raza—. *Sería un honor que depositara mi huevo en ti.*

Dobló la pinchuda cola acercándola a los labios de Kiinyon e indicando a varios de sus congéneres que se acercaran. Estos se pusieron a su mismo nivel y empezaron a recorrer con sus colas el cuerpo del elfo, buscando orificios o grietas en su armadura.

Tal vez permita que seas portador de los huevos de todos mis amigos —amenazó Zay.

Kiinyon parecía estar sumido en un estado de semiinconsciencia que casi no le permitía darse cuenta de la situación. Tenía los ojos hinchados y semicerrados, y la nariz rota formaba una mancha sanguinolenta en medio de su cara. Sus labios estaban partidos y de ellos sobresalía la punta de la lengua señalando el lugar donde deberían haber estado los dientes. Resultaba más difícil imaginar cómo estaría el cuerpo debajo de la armadura, aunque las grietas abiertas en ella permitían ver la carne maltratada.

¿Qué te parecería eso, esclavo? ¿Todas esas larvas creciendo en tu interior, abriéndose camino por tus entrañas, devorando el alimento de tu estómago?

—Imposible. ¡No! —gritó Kiinyon sacudiendo la cabeza.

Las palabras salían de su boca con tal dificultad que Galaeron a duras penas las entendió. Se sorprendió al darse cuenta de que no lo afectaba el dolor del capitán de los Guardianes de Tumbas. Los elfos, que mantenían un contacto razonablemente estrecho a través de la ensoñación y el tejido, estaban tan conectados entre sí que compartían al menos la sombra de las experiencias emocionales del otro. Sin embargo, a Galaeron sólo le llegaban la angustia y el miedo de Kiinyon a través del conjuro de escucha de Melegaunt. Le daba vergüenza admitirlo, pero incluso había una parte de él que realmente disfrutaba con el dolor del capitán de los Guardianes de Tumbas.

A Galaeron, esa extraña sensación le resultó tan inquietante como aterradora. Los elfos no eran rencorosos, ya que sus vínculos emocionales solían compensar esas bajas pasiones. En un sentido muy real, desearle mal a una persona era como desearlo para uno mismo, y ni siquiera el más arrogante de los elfos dorados era lo bastante tonto como para hacer eso. Los malos sentimientos que Galaeron albergaba le parecían demasiado humanos.

El phaerimm siguió sosteniendo a Kiinyon en esa posición durante largo rato mientras sus compañeros pasaban sus colas cubiertas de púas por encima del cuerpo del elfo, hasta que un gemido extraño, rítmico, brotó de los labios del capitán de los Guardianes de Tumbas. Galaeron no reconoció el sonido hasta que el otro cautivo, el elfo con vestiduras de alto mago, empezó a pronunciar la Plegaria de los Moribundos.

—Mira, allí, al oeste. Allí veo a mis camaradas y a mis amantes, a mis amigos de la infancia, a los que se han ido antes que yo y a los que todavía están por llegar. Allí los veo en los altos robles, en las altas ramas donde el sol dorado ilumina sus rostros.

»Me llaman por mi nombre. Me llaman por mi nombre. Me llaman hacia el oeste y hacia allá voy.

La voz era inconfundible. No sólo vocalizaba muy bien y tenía la entonación elocuente tan típica de los elfos del sol, sino que tenía el mismo timbre engolado que Galaeron había llegado a conocer tan bien durante sus dos últimos años de servicio. La voz pertenecía, sin duda alguna, al padre de Louenghris, a lord Imesfor.

Uno de los phaerimm le dio un revés al alto mago, obligándolo a guardar silencio, luego Zay levantó su cola y la descargó con fuerza sobre el pecho de Kiinyon. El aguijón penetró el acero del mithril y se hundió hasta su base, pero Galaeron no vio la convulsión muscular que había percibido cuando implantaron a Takari.

¿No? Entonces debes darme una razón —dijo el phaerimm—. *Dime la primera palabra y te dejaré morir sin desovar en ti.*

—Corazón Áureo —musitó Kiinyon—. La palabra es Corazón Áureo.

¡Embustero!

A una señal de Zay, doce agujones atravesaron la armadura de Kiinyon. Un par de colas empezaron a convulsionarse, pero los espasmos parecían más débiles y

lentos que los que habían implantado el huevo en Takari. El capitán de los Guardianes de Tumbas gritó y su cuerpo se hinchó y se elevó hacia el techo. El phaerimm lo sujetó y evitó que llegara a él.

Atónito como estaba Galaeron por el extraño efecto, aún lo estaba más al descubrir que realmente podía permanecer allí observando. Lo normal habría sido que se sintiera tan descompuesto como para atacar sin pensar en las consecuencias o para retirarse aterrorizado.

Felicitaciones, Zay —dijo Tha, hablando ahora en el lenguaje eólico de los phaerimm—. *La misma respuesta falsa.*

Zay metió a Kiinyon en la jaula de huesos, donde el capitán de los Guardianes de Tumbas se elevó hacia el techo y quedó allí, flotando indefenso, mantenido en su lugar por la extraña magia que le habían inyectado los phaerimm.

No puede ser que la respuesta sea falsa —dijo Zay—, *es sólo que nosotros no sabemos interpretarla.*

A Galaeron se le cayó el alma a los pies. Los phaerimm podían estar hablando de cualquiera de los diferentes portales de acceso a Evereska, pero lo más probable es que se tratara de la Puerta Secreta, el único paso por las montañas desde este lado. Era también el camino por el que estaban saliendo del valle los Espadas de Evereska, y Galaeron no quería ni pensar lo que podría suceder cuando su padre saliera del portal y cayera directamente en manos de una banda de phaerimm.

Lord Imesfor empezó a recitar la Plegaria de los Moribundos, esta vez por sí mismo. Galaeron retrocedió y dirigió la vista a otra parte. Con tantos phaerimm en el lugar, no veía modo alguno de llevar a cabo un rescate, y teniendo en cuenta las extrañas y vengativas emociones que había estado experimentando, no estaba seguro de querer descubrir cómo se sentiría cuando mataran al alto mago.

Sintió una palmada en la rodilla y al levantar la vista vio a Melegaunt.

Vamos, no tenemos mucho tiempo para hacer planes.

El mago se deslizó por el túnel delante de Galaeron hasta donde estaban reunidos Vala y sus hombres. Tenía que andar agachado, como el esclavo al que habían visto antes, ya que el pasadizo tenía menos de un metro y medio de diámetro y forma de tubo, mucho más cómodo para que flotaran los phaerimm que para que anduvieran por él los humanos. Galaeron se unió a los demás y se puso de rodillas, pues le dolía la espalda de caminar doblado.

Melegaunt pasó la mano por el techo y pronunció un encantamiento silencioso, creando una cortina de sombra entre el grupo y el pasaje que daba al lugar donde estaban las Fuerzas Unidas. Designó a Dexon para vigilar el otro lado, luego se volvió hacia los demás y les indicó que hablaran en voz baja.

—Podríamos matar a dos o tres, pero no a diecisiete —dijo Melegaunt—. Eso hace que haya que descartar la lucha, de modo que tendremos que hacerlo de otra

manera.

Galaeron alzó las cejas con gesto inquisitivo.

—Si están pensando en un rescate, debes saber que en Evereska tenemos por principio no arriesgar demasiadas vidas en un intento desesperado de salvar unas cuantas.

—¿Y cuántas veces se aplica ese principio? —preguntó Melegaunt.

—No muchas —respondió Galaeron sonriendo.

—Eso me parecía —dijo Melegaunt—. ¿Has visto cómo abrí el sendero de sombra?

—Me supera un poco —admitió Galaeron—, aunque si te tomas un momento para enseñarme...

—¡No! —La respuesta de Melegaunt fue tajante—. Eso lleva a la ruina. Está bien ponerte a prueba con la mansa magia de los elfos, pero no lo intentes con lo que yo te he mostrado. Serás consumido por tu propia sombra. ¿Está claro?

Galaeron quedó un poco desconcertado por la severidad de Melegaunt.

—Me limitaré a usar los conjuros que pueda dominar —dijo.

—Y jamás mezcles las dos magias. —Melegaunt señaló vagamente hacia la brecha en la Muralla de los Sharn—. Ya hemos visto cuáles son las consecuencias.

Galaeron volvió a asentir.

—Bien, esto es lo que vamos a hacer. —Explicó su plan y cuando acabó miró a Vala—. Por lo que he visto, Kiinyon Colbathin vacilaría antes de confiar en un humano, y nada nos hace pensar que un alto mago elfo del sol pueda tener menos prejuicios. Me temo que Galaeron debe ir contigo.

Vala estudió a Galaeron un momento y a continuación miró la vaina de su espada.

—¿Puedes manejar eso?

Sospechando que a ella no la impresionaría su tercer puesto en la graduación de aceros de su regiforma, se limitó a asentir.

—Sí, puedo, pero la espada no sirvió de mucho contra los phaerimm la última vez.

—Es su magia —explicó Melegaunt—. Ni siquiera los afecta el acero encantado.

Vala se volvió hacia Dexon.

—¿Podrías cambiar con él hasta que hayamos terminado con esto?

Una punta del bigote del hombre se elevó como si la idea no le gustara mucho, pero finalmente asintió.

—Siempre y cuando él lo entienda.

—¿Entienda?

—Si pierdes el arma, el nombre de su hijo se perderá —dijo Vala—. En nuestro valle, el título de un noble va unido a su espada.

Melegaunt frunció el entrecejo al oírlo.

—Esa no fue nunca mi intención.

—Has estado lejos demasiado tiempo —dijo Vala—. Así son las cosas ahora.

—No importa. —Galaeron mostró las palmas de sus manos—. No puedo sostener esa espada. La última vez que lo intenté, un frío intenso me quemó los dedos.

—No sentirás el frío esta vez —dijo Melegaunt.

Hizo un gesto con la cabeza a Vala, que se despojó de la vaina de la espada y la apoyó contra la pared, colocándose a continuación de rodillas ante Galaeron. Él hizo lo mismo con la suya y se la pasó a Dexon, ocupando después su lugar frente a Vala. Melegaunt encendió una antorcha. Hizo que ataran y amordazaran a Galaeron y a Vala y apostó un guerrero detrás de cada uno de ellos. Sacó su daga de cristal de la vaina y, arrodillado junto a Vala, empezó su encantamiento.

Un manto de sombra oscureció los ojos de Vala, y su expresión se transformó de inmediato en otra de vanidad y desconfianza. Sin haber acabado del todo de pronunciar las sílabas de su conjuro, Melegaunt pasó su daga de cristal por el suelo junto a la mujer, recortando la sombra proyectada por su antorcha. La mirada de Vala se volvió inmediatamente feroz y airada. Giró hacia Melegaunt y dio un salto de lado en el aire clavándole las rodillas en las costillas a pesar de que tenía los pies atados. Kuhl se arrojó encima de ella, aplastándola contra el suelo con su cuerpo y manteniéndola inmovilizada.

Separada ahora de su cuerpo, la sombra de Vala se puso de pie y se mantuvo erguida, curvando su cuerpo contra la pared del túnel de tal manera que su cuerpo jamás habría conseguido. La sombra recuperó la funda de donde Vala la había colocado y se volvió a esperar a Galaeron.

El elfo no podía apartar la mirada del castigado cuerpo prisionero bajo el de Kuhl. Cuando Melegaunt se arrodilló junto a él y comenzó el encantamiento, el corazón de Galaeron empezó a latir desbocado. La idea de volverse tan loco como Vala lo aterrorizaba. Después de todo, los espíritus de los elfos eran diferentes de las almas de los humanos, y no estaba nada seguro de poder encontrar la forma de regresar a su cuerpo. No obstante, se obligó a permanecer tranquilo e inmóvil, ya que lo inquietaban las emociones vengativas que había experimentado antes y estaba decidido a redimirse, aunque sólo fuera ante sus propios ojos.

Galaeron tuvo la sensación de transformarse en piedra, luego se encontró mirando a su propio cuerpo, tratando de ver a través de Melegaunt mientras éste pasaba el cuchillo cristalino por el suelo junto a su pierna. Realmente podía sentir la hoja, helada y afilada, que lo liberaba de su cuerpo. Cuando el mago acabó, Galaeron fue presa de un frío espantoso. Su cuerpo se transformó en algo salvaje que giró el torso en un intento furioso de golpear la cabeza contra Melegaunt.

Dexon se lanzó sobre el cuerpo de Galaeron, aplastándolo contra el suelo y manteniéndolo inmóvil. Galaeron sintió preocupación por aquel cuerpo sometido,

pero la apartó de su mente y cogió la funda de Dexon del cinto de éste. La colgó donde se suponía debía estar, en su propio cinto, tal como Melegaunt le había indicado, y la espada se fundió con su propia forma. Galaeron estiró la mano y sintió el contacto de la empuñadura en la palma, pero no sintió el peso sobre su cadera. Tampoco notó ningún frío particular en el arma. Más bien tuvo la sensación de que todo el mundo, es decir, las paredes del túnel, la espada oscura, su propia forma, se habían convertido en la sustancia misma del frío.

—¿Listo? —La voz de Vala sonaba tenue y profunda.

Galaeron asintió y la siguió túnel arriba, más que andando, fluyendo a lo largo de las paredes. Se desorientó al deslizarse a través de la cortina de sombra que Melegaunt había colgado en el comienzo del pasadizo, pero luego siguió adelante guiándose por la luz del conjuro de los phaerimm. Vala se deslizaba por el techo mientras el lo hacía por el suelo, y juntos atravesaron la entrada de los pasadizos enanos.

Zay tenía a lord Imesfor sujeto con dos manos mientras con una tercera le tapaba la boca para impedirle pronunciar algún encantamiento inesperado, y se valía de una cuarta para tirar de los anillos de oro del mago. Como muchos de los anillos eran demasiado pequeños para pasar por los nudillos rotos del elfo, el phaerimm quebraba y desprendía minuciosamente cada uno de los dedos en el nudillo adecuado. Lord Imesfor aceptaba esto con una calma asombrosa, mirando a su torturador con más rabia que dolor.

Debajo de lord Imesfor había una verdadera pila de amuletos, aparatos, cinturones y todo tipo de artilugios mágicos. Otra media docena de phaerimm flotaban a escasos centímetros del polvoriento suelo, disputándose el tesoro y discutiendo quién tenía derecho a cada cosa.

Tha ya tenía en una mano el libro de conjuros de guerra del alto mago, pero eso no impidió que arrebatara una diadema de plata a uno de sus compañeros. Galaeron confiaba en que la orgía de codicia fuera distracción suficiente como para que no repararan en ellos. Sin saber dónde estaban los ojos de los monstruos, tenía constantemente la sensación de que lo estaban observando.

Vala se mezcló con las sombras del techo y empezó a aproximarse a lord Imesfor. Galaeron se deslizaba por la pared con movimientos cortos y oscilantes, tratando de imitar los movimientos normales de una sombra. Melegaunt le había asegurado que, aunque los monstruos podían ver la magia normal con tanta facilidad como él veía de noche, nunca habían detectado ninguno de los conjuros que él había hecho con su «otra fuente de magia». El mago no había podido decirle si podían ver cosas normales, sombras por ejemplo.

Galaeron se fue abriendo camino por el borde de la estancia y luego se introdujo en la oscuridad para atravesar el túnel. Al hacer eso sintió que algo frío tiraba de él,

intentando atraerlo más hacia la oscuridad. El resplandor del conjuro se convirtió en una esfera verde en la distancia, y le llevó un momento darse cuenta de que se estaba empequeñeciendo. Sofocó un grito de alarma y se concentró en avanzar hacia la luz verde, que recuperó el tamaño de antes llenando la cámara por delante de él. Pensando que prefería ser descubierto por un phaerimm antes que ser arrastrado hacia la oscuridad por lo que había tirado de él, cruzó al otro lado por el borde de la luz y se deslizó entre los barrotes de hueso.

La jaula estaba llena de elfos inermes, todos con pinchazos inflamados en algún lugar de su torso, y todos afectados de fiebre intermitente, habiendo entrado muchos en una especie de trance comatoso del que era imposible recuperarse. En los casos más graves se veían serpientes del tamaño de un brazo debajo de la piel, por lo general siguiendo el camino de los intestinos, pero a veces enroscadas alrededor del corazón u oprimiendo las costillas.

En el centro de la jaula flotaba el gran Kiinyon Colbathin, totalmente desnudo y clavándose las uñas en las heridas. A diferencia de las de los otros prisioneros, las suyas no mostraban signos ni de inflamación ni de infección. Recordando cómo se había sumido Takari inmediatamente en un estupor y cómo se había hinchado su herida, parecía poco probable que hubieran depositado un huevo en el capitán de los Guardianes de Tumbas. Galaeron se deslizó hasta el techo y se pegó al costado del capitán.

Kiinyon se estremeció y soltó un grito. Galaeron apoyó una mano espectral sobre la boca del elfo y sintió que se hundía en la carne. Lejos de quedar amortiguada, la voz de Kiinyon atravesó su mano.

Varios phaerimm volvieron sus fauces abiertas hacia la jaula, y Galaeron se envolvió alrededor del cuerpo de Kiinyon con la esperanza de pasar realmente inadvertido como le había asegurado Melegaunt. El capitán empezó a tiritar. Los phaerimm siguieron con las bocas enfocadas hacia la jaula. Por fin, Kiinyon no pudo contenerse más y lanzó un único alarido de terror.

Los phaerimm desviaron su atención e intercambiaron impresiones en su extraño lenguaje eólico. Galaeron esperó a que se centraran en su tesoro de artilugios mágicos otra vez y a continuación aplicó sus labios de sombra al oído de Kiinyon.

—Capitán Colbathin, sujeta tu lengua o juro por la Flecha Negra que te abandonaré aquí —susurró Galaeron—. ¿Entendido?

Los ojos de Kiinyon se abrieron como platos.

—¿Sabes quién soy?

Kiinyon asintió, aunque en sus ojos se reflejaba una segunda pregunta.

—Bien, no voy a perder tiempo preguntando si te alegra verme —dijo Galaeron—, pero si quieres vivir, debes confortar a lord Imesfor con la Plegaria de los Moribundos.

El capitán guardó silencio mientras miraba primero sus propias heridas y luego las inflamadas lesiones de un elfo que yacía próximo a él.

—Sea lo que sea lo que te han inyectado los phaerimm, no fueron huevos, o estarías tan mal como todos los demás —le aclaró Galaeron—. Ahora, eleva la plegaria si quieres vivir.

Kiinyon no obedeció.

—¿Y qué será de los demás? —preguntó.

Galaeron miró a los elfos inertes y su corazón se volvió tan pesado como el oro.

—No van a moverse, y ya viste lo que pasó cuando traté de taparte la boca. ¿Conoces alguna forma de llevarlos?

—No. —Kiinyon cerró los ojos, habiendo llegado, sin duda, a la misma conclusión que Galaeron. Sólo podía hacer dos cosas: salvarse y dejar a los demás abandonados o quedarse y morir con ellos—. Eso no está bien.

—No, es cierto, pero haremos lo que podamos. —En el techo, al otro lado de los barrotes, Galaeron vio una sombra que iba y venía y se dio cuenta de que Vala le estaba haciendo señas—. Se nos acaba el tiempo. Habla si quieres vivir.

Kiinyon se debatía ante lo espantoso de la decisión.

—Es necesario que viva —dijo por fin. Se oyó un grito de terror y Kiinyon miró hacia la puerta—. Sé fuerte, Imesfor. Mira, allí, al oeste...

La plegaria se vio interrumpida por el alarido ensordecedor de un phaerimm herido. Galaeron se deslizó hasta el frente de la jaula y a continuación se situó sobre la pared. En el suelo, al otro lado de la puerta, en medio de un charco de sangre color óxido, se veía el brazo de un phaerimm cortado limpiamente a la altura del bíceps. Lord Imesfor yacía en el suelo, con las manos mutiladas sobre el corazón, la cabeza echada hacia atrás y mirando conmocionado el muñón del brazo amputado de Zay.

El phaerimm dijo algo entre alaridos, a tal velocidad que Galaeron no pudo entender nada, ni siquiera con el conjuro de escucha de Melegaunt, y a continuación volvió a echar mano de Imesfor. La espada oscura de Vala bajó del techo, surgiendo de las sombras como esgrimida por la roca misma, y se clavó en el lomo lleno de púas del phaerimm.

Zay chilló y se revolvió en el aire, arrastrando a Vala tras de sí. Por un instante, el torso de la mujer quedó estirado entre el techo y el phaerimm, una silueta vagamente femenina que sostenía una espada negra cristalina y tridimensional. Entonces empezó a imprimir a la espada un balanceo y la hoja de sombra empezó a cortar otra vez. El cuerpo de Zay se abrió en canal y sus vísceras se derramaron por el suelo. Vala apenas tuvo tiempo de replegarse contra la roca antes de que una andanada de fuego y relámpagos se estrellase contra el techo.

Galaeron apareció por la esquina y habló en alto elfo.

—¡A la jaula! —dijo. Tuvo que gritar para que lo oyeran—. ¡Al lado de Kiinyon

y dentro del túnel de sombra!

El alto mago abrió mucho los ojos, pero se puso de rodillas y, usando sus mutiladas manos como zarpas, trepó a la jaula.

¡Es el amarillo! —articuló Tha, señalando a lord Imesfor—. *Es su...*

Galaeron desenfundó la espadaoscura que le habían prestado y la vio aparecer en el aire. Silenció a Tha de un violento tajo que le destrozó las uniones de la mandíbula, y la boca del phaerimm se abrió desmesuradamente escupiendo sangre. Galaeron enfundó la espada y siguió deslizándose por el suelo, logrando ponerse a salvo mientras la piedra a sus espaldas se convertía en una erupción de magia líquida.

La voz profunda de Melegaunt surgió brevemente desde el lado de la Muralla de los Sharn. Un remolino de sombra llegó disparado desde la brecha, atravesando la cámara y derribando a los conmocionados phaerimm a su paso como una fuerza de la naturaleza. Se extendió a través de la puerta de la jaula y se detuvo. Diminutos zarcillos de sombra se desprendían de su extremo como los hilos de una prenda que se deshilacha, enredándose en los barrotes de hueso de la jaula.

Esta vez los phaerimm se recuperaron más rápidamente, demasiado rápido para su gusto, pensó Galaeron. Una docena se arremolinó en torno a Melegaunt, descargando sobre él toda la fuerza de su magia. Fue imposible saber si el ataque había afectado al mago, porque en el momento en que los conjuros entraron en contacto con la Muralla de los Sharn, explotaron en una oleada de calor ardiente. Los ataques lanzados contra la brecha de la muralla simplemente se desvanecieron en el interior del remolino de sombra para salir despedidos al exterior instantes después.

Los phaerimm que quedaban centraron su atención en el lado de la estancia donde se encontraba Galaeron, lanzando andanadas de meteoros y tormentas de hielo hacia la jaula de huesos. El grueso del ataque se desvaneció en la red de sombra que era prolongación de la columna espectral, pero un número suficiente consiguió abrirse paso, con el consiguiente olor a carne quemada mezclado con los gritos medio enloquecidos de los elfos.

Galaeron se impulsó por el suelo y ocupó un puesto en la pared opuesta a la puerta, disponiéndose a atacar en cuanto los phaerimm trataran de atravesar la red de sombra. Entre la trama de zarcillos oscuros apenas pudo entrever la figura de lord Imesfor que, con sus manos sin dedos, trataba de encauzar a los maltrechos elfos hacia la boca del túnel de sombra. Kiinyon lo ayudaba en la medida de sus posibilidades, pero atrapado como estaba contra el techo, resultaba todavía menos eficaz que el mago.

Galaeron empezaba a preguntarse dónde estaban los humanos de Vala, y la respuesta le llegó al ver un par de robustas manos que tiraban de un elfo inerte hacia la boca del túnel. Los otros dos, por supuesto, seguían sujetando su cuerpo y el de Vala.

Convencidos de que su magia no podía traspasar la Muralla de los Sharn ni desde fuera ni desde dentro, los phaerimm que estaban del lado de la cámara donde se encontraba Melegaunt, concentraron su ataque en la vertiginosa columna de sombra.

Al igual que antes, sus conjuros simplemente se desvanecieron en la negrura para luego volver a salir disparados. Uno de los phaerimm incluso trató de meterse en el cono de sombra y perdió dos brazos en el remolino. Otro creó una esfera relumbrante que iluminó la totalidad de la cámara con su brillante luz plateada, pero, como es lógico, donde había luz había sombra. El cono se convirtió en algo culebreante, parecido a una serpiente, que evolucionaba por los recovecos oscuros de la caverna en pos de los phaerimm en movimiento, para desaparecer a continuación en el polvo que flotaba debajo de los cuerpos flotantes.

A los phaerimm del lado de la cueva donde estaba Galaeron les tocó mejor suerte. Un par de ellos flotaron flanqueando el cono de sombra e hicieron una pausa ante la jaula. Los pulidos huesos se desprendieron cayendo en una pila sobre el suelo y dejando sólo la espectral trama que se había tejido con el extremo del túnel de Melegaunt. Uno se atrevió a introducir el dedo en la red. Al ver que no pasaba nada, se atrevió a introducir la mano entera, y la perdió rápidamente de un tajo de la espadaoscura de Vala.

Las reacciones de los phaerimm superaban con mucho lo que un elfo podía concebir. La criatura se limitó a agitar las manos que le quedaban y se apoderó de la empuñadura del arma haciendo que se soltara de la mano de sombra de Vala. El phaerimm se estremeció ante el helado contacto, pero la retuvo mientras su compañero bombardeaba la pared con relámpagos y magia.

Galaeron se lanzó de inmediato contra la criatura, deslizándose por el techo del túnel y descargando la espada de través sobre su cuerpo, que explotó, salpicando todo el túnel de un fluido verdoso, y cayó al suelo como una masa informe de carne espinosa.

Sin embargo, no era tan fácil matar a aquel monstruo que, rehaciéndose, lanzó contra el techo una corriente de fuego. Galaeron se encogió al sentir el contacto ardiente en la pierna. Se lanzó pared abajo y atravesó el suelo protegiéndose tras el cuerpo del otro phaerimm.

Entre quejidos sibilantes, la criatura que estaba en el suelo se arrastró por el polvo. Galaeron buscó a Vala en las paredes y en el suelo, pero la mujer no era visible para él ni para los phaerimm.

¡Cobarde! —rugió el phaerimm tras el cual se ocultaba. Pasándose la espada de Vala de una mano a la otra, la criatura se abrió camino a través de la helada red hacia los elfos que huían—. *¡No son más que sombras!*

Galaeron levantó su espadaoscura y cortó la mano que sostenía el arma de Vala, apoderándose de ella mientras caía. La hizo girar y la clavó hasta la empuñadura en el

phaerimm que no paraba de chillar. La criatura reaccionó con una descarga de magia pura sobre el suelo. Galaeron se dejó fluir pared arriba mientras gritaba a Kiinyon e Imesfor en alto elfo:

—¡Ya está! Hemos salvado a todos los que pudimos.

El phaerimm herido se volvió hacia el punto del que había salido la voz y lanzó un haz de rayos contra la pared, pero Galaeron ya estaba otra vez en el suelo, lanzándole estocadas desde abajo con ambas espadas para atraer su atención. Kiinyon e Imesfor no facilitaban las cosas. Quedaban sólo tres elfos en la jaula, y el alto mago se detuvo para coger a uno con sus mutiladas manos y arrastrarlo hacia el túnel de sombra. Kiinyon sujetó a los otros dos por la ropa y lentamente se fue abriendo camino por el techo, arrastrándolos tras de sí.

Galaeron escapó a otra descarga de hielo y fuego dejándose flotar hacia el techo, pero cuando se volvió a mirar vio a media docena de phaerimm que flotaban a través de la red de sombra. Consciente de que jamás los eliminaría a todos con sus espadas, se colgó las armas del cinto, es decir, del lugar donde debería haber estado su cinto, y se arrancó un mechón de pelo de sombra. Desplazándose por el techo para evitar que lo atravesara una lanza de luz dorada, se abrió a su miedo, tal como Melegaunt le había enseñado.

Con tanto phaerimm acechándolo, no fue difícil encontrar el miedo. Lo inundó, llenándolo de la energía fría, estremecedora, que ya había sentido antes. Arrojó entonces el mechón de pelo contra los phaerimm y lanzó un improvisado conjuro eólico.

Una ráfaga rugiente atravesó la jaula, bombardeando a los phaerimm con una sólida pared de polvo. El conjuro no era suficiente para producirles daño, pero al menos los obligaría a hacer un alto y eso era todo lo que Kiinyon necesitaba. Llevado por la ráfaga, superó la garra amenazadora del último phaerimm y se desvaneció en el túnel de sombra.

Con intención de sacar el mejor partido a la oportunidad, Galaeron esgrimió la espada y se revolvió para rematar a su enemigo herido, pero sintió que una mano espectral lo cogía de la muñeca.

—Es hora de irnos, elfo —dijo Vala mientras lo arrastraba hacia el túnel de sombra—. ¡Y dame mi espada!

CAPÍTULO 8

24 de Nightal, Año del Arpa sin Cuerdas

A Galaeron el cuerpo le quedaba como una armadura humana. Lo sentía pesado, agobiante y dolorosamente incómodo. Le dolían los hombros, la cabeza le latía, movía el cuello con dificultad. La mano con la que asía su lado de la litera flotante estaba tan helada que dudaba de poder enderezar los dedos alguna vez, y sin embargo se sentía afortunado. Dexon, que lo había estado sujetando, tenía los dos ojos negros, había perdido un diente y estaba cubierto de contusiones que parecían un camuflaje en el reino de las sombras.

Una mezcla de grito y borboteo surgió del centro de la litera. Galaeron y los demás portadores —Kiinyon, Vala y sus tres hombres— se pararon y miraron hacia el lugar de donde había proveniendo el grito. Un elfo catatonico manoteaba, tosía, se ahogaba y golpeaba al resto de los heridos. Incluso desde el borde de la plataforma era posible ver una larva de phaerimm del tamaño de un brazo serpenteando debajo de su piel, abriéndose paso a través del pecho hacia la garganta del desgraciado. Instintivamente, Galaeron estiró la mano y lo mismo hizo Kiinyon desde el otro lado, pero la víctima estaba rodeada por una docena de heridos y era imposible llegar a ella.

—Haced que se calle. —Melegaunt llegó corriendo y se subió a la litera sin prestar atención a aquellos a los que pisoteaba. Después dio una bofetada al elfo en plena boca—. Bajadnos —ordenó.

Galaeron y los demás obedecieron. Para cuando Melegaunt consiguió sacar al guerrero a rastras de la litera sólo se veía la cola de la larva, un cordón del grosor de un dedo que culebreaba hacia el esófago. El mago oprimió el pecho del elfo con una rodilla e introdujo su daga debajo de la piel, dejando al descubierto un tentáculo cubierto de pinchos del tamaño del brazo de Galaeron. Tirando, extrajo la larva del cuerpo de la víctima y la mantuvo sujeta mientras desprendía la diminuta boca que tenía en la parte superior.

El mago no había terminado todavía, cuando el pie del elfo se deslizó hacia las tinieblas que bordeaban el camino. Empezó a deslizarse hacia la oscuridad, pero estaba demasiado débil para hacer otra cosa que quejarse. Galaeron trató de cogerlo por el brazo, pero casi fue derribado por uno de los fornidos brazos de Melegaunt.

—¡No hagas eso!

—Algo lo tiene cogido. —Galaeron trató de acercarse.

—¡Y te cogerá a ti si eres lo bastante tonto como para animarlo! —dijo Melegaunt, sujetándolo.

Mientras era arrastrado, los ojos vidriosos del guerrero se fijaron en la cara del

mago y no se apartaron de ella hasta que ésta se desvaneció entre las sombras. El mago desvió la vista con expresión tan dura como impenetrable.

—Coge a tus amigos y no dejes de moverte —añadió, indicando con un gesto la gran litera de sombra—. Debemos irnos antes de que aparezcan más shadator.

Sólo Kiinyon se resistió a coger su lado de la litera.

—No podemos dejarlo aquí —protestó.

—No sólo podemos, sino que debemos —replicó Melegaunt, poniéndose nuevamente en marcha—. Los shadator no suelen venir solos.

Kiinyon no se movió.

—Los elfos no somos cobardes. No abandonamos los espíritus de nuestros muertos en lugares como éste.

Melegaunt se volvió, esta vez con una expresión de auténtico pesar.

—Lo siento por tu amigo, pero realmente no podemos hacer nada. Cuando llegue el resto de los shadator atacarán a presas más capaces. Atacarán desde abajo, cogiendo al principio a uno o dos de nosotros. Pero el frenesí devorador empezará rápidamente y todos nuestros espíritus quedarán abandonados en la sombra. ¿Es eso lo que quieres?

—Por supuesto que no —el rostro de Kiinyon estaba gris de rabia—, pero he visto lo suficiente de tu magia para saber que puedes hacer algo.

Una nube ensombreció la expresión de Melegaunt.

—Desgraciadamente, te equivocas —dijo mientras reanudaba la marcha—. Puedes quedarte si te parece. A mí me da igual.

Con los ojos desorbitados, Kiinyon se fue tras él.

—¡Tú... no... te irás!

Galaeron se dio cuenta de que el capitán había perdido el autocontrol y tal vez incluso el juicio tras los últimos días de muerte y derrota, de modo que le bloqueó el camino.

—Capitán Colbathin, si Melegaunt dice que ha hecho todo lo posible, así es. A él debes agradecerle estar ahora aquí. Yo estaba dispuesto a darte por muerto, pero él insistió en que era posible rescatarte.

La feroz mirada de Kiinyon se fijó entonces en Galaeron, un avance indudable, ya que era poco probable que Galaeron se impacientara y lo arrojase a las sombras.

—¿Por qué será que no me sorprende? —dijo Colbathin— Tú y tu endeble magia; debería haber sabido que tú también eras un cobarde.

—Basta ya. —Vala se puso al lado de Galaeron.

Aunque su tono era tranquilo, no lo fue el golpe que llegó a continuación. El capitán se desplomó hacia atrás y cayó de espaldas contra Burlen, que lo estaba esperando. Cuando tuvo los brazos inmovilizados a ambos lados del cuerpo, Vala sacó un cordón y le ató las manos.

—Ni Galaeron ni Melegaunt merecen estos insultos. —No estaba claro si se dirigía a Kiinyon o a lord Imesfor. Su mirada iba más allá del capitán de Guardianes de Tumbas, hacia el alto mago, cuya mirada vidriosa parecía apenas consciente de la confrontación—. Además, no tenemos tiempo para esto.

—Haz lo que debas hacer. —Lord Imesfor tenía los brazos cruzados sobre el pecho y las manos apretadas sobre él—. El capitán lo entenderá cuando recobre el sentido.

Entonces el alto mago inclinó la cabeza hacia el camino que habían dejado atrás.

Galaeron miró y vio una silueta espectral cruzando la luz entre dos prominentes sombras. Tenía cuatro tentáculos cortos donde debía estar su nariz. Desvió la mirada sin darle importancia.

—¿Illitas? —preguntó.

—Llevan tiempo siguiéndonos —dijo el alto mago—. Me pregunto si serán nativos de este lugar.

—No. —A pesar de su tono tranquilo, la voz de Melegaunt sonaba enfadada—. Son servidores de nuestro enemigo. Supongo que los phaerimm han encontrado una forma de seguirnos.

Hizo un gesto en dirección a Burlen. El guerrero tragó saliva y parpadeó confundido.

—Te acostumbrarás en seguida —dijo Melegaunt—. Alguien tiene que cubrir la retaguardia.

Burlen se llevó una mano cautelosa a la parte trasera del casco.

—Podrías haberme prevenido. Eso no es... natural.

Melegaunt señaló el laberinto de sombra y luz que los rodeaba.

—Cuatro ojos son tan naturales como cualquier otra cosa.

El mago hizo a Vala una señal con la cabeza y empezó a andar. La mujer cargó a Kiinyon en la litera de sombra con los heridos, entonces Galaeron y los demás ocuparon sus puestos y siguieron camino.

Lord Imesfor se adelantó poniéndose a la par de Melegaunt.

—Tal vez deberíamos quedarnos atrás. Si los shadator son atraídos por el sonido, podríamos usarlos para ahorrarnos el trabajo de tender después una emboscada a los illitas.

—Buen plan —respondió Melegaunt sin dejar de andar—, pero no tenemos tiempo para ello. Ahora que los phaerimm por fin han descubierto dónde estamos, acudirán a bloquearnos el paso.

—¿Por fin? —inquirió lord Imesfor—. Los altos magos ya intentaron el caminar por la sombra.

Anteriormente, Imesfor les había contado cómo el ejército de Evereska había caído en una emboscada de los phaerimm y no había podido escapar mediante

conjuros de teleportación, puertas mágicas o puertas dimensionales. De que cada vez se daban de bruces con otra trampa, hasta que ya no quedaron más que grupos dispersos de supervivientes. El golpe final llegó cuando Imesfor trató de planear hasta Siempre Unidos y fue a aparecer en el lugar donde lo habían encontrado.

—Lo siento —dijo Imesfor—. No escaparemos a través de las sombras.

—Sí, si nos damos prisa —replicó Melegaunt—. Las sombras son un lugar muy grande, y sólo hay dos maneras de seguir a alguien a través de ellas.

—Por supuesto, una es seguirlo físicamente. —Lord Imesfor echó una mirada significativa hacia atrás—. La otra es mucho más fácil y consiste en seguirlo mediante medios mágicos.

—Exactamente. —Melegaunt intentaba ser paciente y condescendiente al mismo tiempo—. El seguimiento de la magia de los elfos es fácil, pero la mía es otro cantar.

Galaeron luchaba contra las ganas de mirar hacia atrás, porque veía lo que planeaba el mago. Mientras pensaran que habían pasado inadvertidos, los illitas se tomarían su tiempo y esperarían a que fueran los phaerimm quienes atacaran. Si Melegaunt y los demás lograban escabullirse delante de ellos, podrían llegar a Evereska sin que los molestaran.

Lord Imesfor no compartía la fe de Galaeron.

—¿Me estás diciendo que los phaerimm no pueden ver tu magia?

—Es cierto —dijo Galaeron, hablando desde su puesto cerca de la parte delantera de la litera—. Además, no pueden defenderse de ella, ya has visto cómo atravesaban las espadas oscuras sus defensas.

—¿Cómo? —preguntó Imesfor, mirando alternativamente a Galaeron y a Melegaunt. En su tono había más de cavilación que de desconfianza, pero también tenía cierto tono condenatorio—. No lo entiendo.

—¿Qué es lo que hay que entender? —inquirió Melegaunt con aspereza—. Todo lo que necesitas saber es que puedo salvarte de los phaerimm. ¿Lo deseas o no?

—Claro que sí —lord Imesfor trató de mantener el tono de su voz—, pero tal vez no tenga sentido volver a Evereska. ¿No sería mejor que nos llevaras a Aguas Profundas?

—¿Aguas Profundas? —intervino Kiinyon—. ¿Acaso pedirías ayuda a los humanos?

Imesfor miró hacia atrás, echando una mirada furtiva hacia sus perseguidores. Una sombra de inquietud dio a entender que había visto a uno.

—Me propongo pedir ayuda a cualquiera que esté dispuesto a prestarla —dijo el alto mago.

—Los humanos cobran cara su ayuda —replicó Kiinyon.

Imesfor entrecerró los ojos.

—Estoy seguro de que nuestros compañeros, mejor dicho nuestros salvadores,

entienden que has estado sometido a una gran presión.

—Así es —dijo Melegaunt—, pero de todos modos no podemos llevaros a Aguas Profundas.

—Lo que yo suponía —volvió a intervenir Kiinyon—. Es muy propio de los humanos abrir las compuertas del infierno y huir hacia tierras altas.

Melegaunt perdió por fin la paciencia.

—El lugar al que huyo —respondió, amenazando a Kiinyon con un dedo acusador— es el único donde podemos conseguir ayuda para salvar a tu reino miserable, que es más de lo que tu especie... —Melegaunt dejó la frase inconclusa y su cara se volvió tan negra como su pelo—. ¡Elfos! Tenéis más ardides de los que os conviene.

—Puede que así sea —dijo lord Imesfor—, pero también es cierto que los tuyos siempre han dado la impresión de medir lo que es bueno para los demás por lo que es bueno para sí.

—¿Los míos? —Las pobladas cejas de Melegaunt formaron una línea continua.

Esta vez fue Imesfor quien sonrió satisfecho.

—Sí, sea cual sea el significado de esa palabra. Ningún ser humano tendría el poder ni la razón necesarios para vivir durante tanto tiempo en las cavernas de los pherimm.

Melegaunt siguió estudiando durante un momento la expresión del alto mago, después miró a Kiinyon y finalmente a Vala.

—Creo que puedes cortar las ataduras del capitán Colbathin y dejar que nos ayude. Creo que él y lord Imesfor nos han estado tomando por tontos.

Con un único movimiento, Vala sacó su espada oscura y cortó las ligaduras del capitán de los Guardianes de Tumbas.

—En mi tierra tenemos un dicho —dijo con expresión sombría—: «La piel del zorro astuto es la mejor».

Kiinyon sonrió y de un salto se bajó de la litera.

—Entonces tendré que tener cuidado de que no me despellejen.

Melegaunt se volvió hacia lord Imesfor.

—Os pondré a salvo sacándoos del Sharaedim, a continuación podéis teleportaros a Aguas Profundas o a donde queráis para pedir ayuda.

—Ya veo. —Los ojos dorados de Imesfor dejaron traslucir su decepción—. Al menos te estaré agradecido por eso.

—Déjalo para después, para cuando vuelva a Evereska con la única ayuda capaz de salvarla —dijo Melegaunt.

—Muy bien, te daré las gracias entonces. —Sin embargo, el alto mago no parecía convencido—. Por desgracia hay algunas complicaciones menores.

Las complicaciones no tenían nada de menores. En primer lugar, estaba la

cuestión de la teleportación. Incluso sin dedos, lord Imesfor era capaz de hacer el conjuro, ya que para ello sólo se requería una complicada sucesión de sílabas místicas. Por desgracia, había agotado sus encantamientos en el intento de salvar al ejército de Evereska y no podía teleportarse ni teleportar a nadie a menos que volviera a aprender el conjuro.

Melegaunt solucionó el problema, aunque a regañadientes, prestándole al alto mago su propio libro de conjuros. Esto dio lugar a celos, ya que sorprendió al elfo repasando con curiosidad otras fórmulas, especialmente después de que el tono acusador usado por Imesfor para defenderse parecía sugerir que los encantamientos eran de naturaleza peligrosa o directamente corrupta. La única respuesta de Melegaunt consistió en una breve inclinación de cabeza para volver a continuación al conjuro que se suponía debía estar estudiando Imesfor.

El segundo problema era de más difícil solución. Ni siquiera en plenitud de facultades Imesfor podría teleportar a todos los elfos heridos a Aguas Profundas. Galaeron sugirió un rodeo para dejarlos primero en Evereska, pero cuando tomaron esa dirección, los illitas se apresuraron a darles alcance. Melegaunt se desvió del valle. Cuando los illitas retrocedieron, entregó a Kiinyon una pequeña luz, y le dijo que se llevara la litera y a los hombres de Vala y siguiera la luz, que lo pondría a salvo llevándolo a la Puerta Secreta. Ansioso de cuidar de Keya y de ver la suerte que habían corrido su padre y los Espadas de Evereska, Galaeron se ofreció voluntario para acompañar a Kiinyon en el peligroso viaje de regreso al valle. Melegaunt tenía otras ideas, y le pidió al elfo que lo acompañara, prometiéndole que podría volver al valle cuando regresara con ayuda. Eso tranquilizó mucho a lord Imesfor, que aprobó el plan con entusiasmo, diciendo que si él había podido sacrificar un hijo en esta guerra, Galaeron bien podía pasar unos días sin saber qué destino habían corrido su padre y su hermana.

Galaeron se quedó. Melegaunt enmascaró la partida de Kiinyon con una ilusión de sombra, y los illitas aparentemente no se dieron cuenta hasta mucho más tarde, cuando las formas ilusorias de los miembros ausentes de la partida se desvanecieron finalmente en volutas de negra niebla. En ese momento las criaturas parecieron realmente sorprendidas, y enviaron un grupo de tres exploradores para buscar a la presa perdida. Dos de ellos se desvanecieron en las sombras y nunca regresaron. El tercero tuvo un final horrible, a juzgar por los alaridos que llegaron de la dirección en la que había partido.

El ruido fue más que suficiente para convencer al resto de los illitas de que ya había pasado el momento del sigilo. Más de una docena de figuras con tentáculos en la cara se materializaron saliendo de la sombra y flotando con sus largas vestiduras. Ni Galaeron ni Imesfor necesitaron que nadie les dijera que corrieran. Las criaturas consideraban que los cadáveres de elfos de mil años eran un bocado delicado, y el

Guardián de Tumbas tenía que ahuyentarlos constantemente.

Vala, en cambio, no parecía comprender lo que podían hacer aquellas criaturas si les permitía ver sus ojos. Así que sacó su espada oscura y les hizo frente, pero inmediatamente soltó un alarido, se llevó las manos a los oídos y se desplomó entre convulsiones.

Melegaunt giró sobre sus talones y atacó sin mirar a las criaturas, descargando una sucesión de rayos encadenados en todas direcciones.

—¡Cogedla! —dijo.

Galaeron ya la tenía en sus brazos. Con la armadura pesaba el doble que él, pero no había tiempo para pronunciar un conjuro de levitación.

A corta distancia, las criaturas eran capaces de vaciar de pensamientos la mente de una víctima sin establecer contacto visual.

Cuando Galaeron se cargó a Vala sobre el hombro, la espada oscura de la mujer se deslizó y desapareció en el negro suelo. Sabiendo lo que le haría si la rescataba a ella pero no a su espada, el elfo puso una rodilla en tierra e introdujo la mano en la niebla de sombra hasta que palpó algo y sintió el frío en los dedos.

—¿Qué estás haciendo? —Melegaunt soltó otra sucesión de negros relámpagos. Algo emitió un silbido y cayó—. ¡De prisa! —gritó.

Galaeron cogió la espada por el filo y la extrajo de las sombras. Tratando de pasar por alto el hecho de que se había rebanado la yema de dos dedos, arrojó el arma al aire y se las ingenió para cogerla por la empuñadura. Sintió el frío abrasador en la palma de la mano.

—¡Ya la tengo!

Dando la vuelta huyó hacia lord Imesfor, que se encontraba doce pasos por delante de él sacudiendo furioso sus manos inútiles. Melegaunt cogió a Galaeron por el hombro y lo guió dejando atrás al alto mago.

—¡Por aquí! —dijo.

Melegaunt hizo una pausa para asegurarse de que lord Imesfor los seguía y a continuación penetró en un corredor de sombra. No habían recorrido más de veinte pasos cuando el primer illita rodeó el recodo que quedaba a sus espaldas, arrojando su aliento sibilante hacia el corredor. Melegaunt apuntó con un dedo por encima de su hombro y desató a sus espaldas una tormenta de negros meteoros.

Cargado como iba Galaeron con Vala y todas sus armas, le costaba tanto respirar que a duras penas oía los gritos entrecortados de sus perseguidores. Melegaunt recorrió una curva del largo pasadizo y llegó a una intersección de donde partían dos caminos: uno que se desviaba entre dos colinas hacia una luz distante y otro que se internaba más en la oscuridad.

Melegaunt empujó a lord Imesfor hacia la luz.

—Por ahí, no más de cien pasos. Saldrás cerca del pantano de Chelimber.

—¿Tan lejos hemos llegado? —El elfo puso los ojos como platos.

—¡Así es! —Los sibilantes ruidos empezaron a oírse a la vuelta de la esquina que acababan de superar. Melegaunt empujó al alto mago hacia la luz—. Corre y lanza tu conjuro en cuanto veas el pantano.

Lord Imesfor salió corriendo hacia la luz, gimiendo de dolor al zarandear sus maltrechas manos. Galaeron hizo intención de correr en la otra dirección pero, sorprendido, sintió que una manaza lo sujetaba por el hombro. Al volverse vio a Melegaunt que se llevaba un dedo a los labios y observó con creciente curiosidad cómo el mago echaba un velo de sombra delante de ellos.

Los illitas llegaron a la intersección un momento después. Galaeron estaba tan asustado que casi no sentía la mano quemada por el hielo con la que sostenía la espada de Vala, pero las criaturas se desviaron y corrieron tras lord Imesfor.

Mientras escuchaba el ruido sibilante de la procesión, Galaeron empezó a sentirse cada vez más descompuesto. Seguía esperando que Melegaunt hiciera saltar su trampa y lanzara contra las espantosas criaturas algún conjuro inmensamente poderoso que acabara con ellas de inmediato. Melegaunt permaneció silencioso e inmóvil. Lo único que hizo fue echar mano de la espada de Vala al darse cuenta de lo blanca que se le estaba poniendo la mano a Galaeron.

Por fin, Galaeron cayó en la cuenta de que el mago no tenía intención de tender una emboscada a los illitas, sino que había usado a lord Imesfor como cebo. Entonces dejó el cuerpo inerte de Vala en el suelo de sombra, sacó su propia espada y trató de adelantar a Melegaunt.

El mago le plantó una mano en pleno pecho, parándolo en seco.

—Levántala. Vas a atraer a un shadator.

Galaeron sacudió la cabeza.

—Ya veo cómo hacéis las cosas los humanos —dijo, apoyando la punta de su espada en la garganta de Melegaunt—. ¡Os salváis vosotros y sacrificáis a los demás!

—Ves menos de lo que yo pensaba. —Melegaunt rodeó con su mano libre la espada de Galaeron. Tan grande era el poder de los encantamientos de protección del mago que ni siquiera la espada mágica podía cortar su carne—. Lord Imesfor sobrevivirá, siempre y cuando haga lo que le dije.

—Eso no puedes saberlo.

—¿Que no puedo? —Hizo a un lado la espada de Galaeron—. Aun cuando no pudiera, ¿acaso lord Imesfor vacilaría en usarte como cebo? ¿Querías que lo hiciera si eso significara la salvación de Evereska?

Galaeron bajó la espada.

—Tendrías que haberle advertido.

—¿Habría confiado en mí? —Melegaunt volvió a colocar la espada de Vala en su vaina y a continuación levantó a la mujer él mismo—. Pienses lo que pienses,

nosotros somos los que tenemos que llegar a nuestro destino. Por más que Imesfor encuentre ayuda en Aguas Profundas, o incluso en Siempre Unidos, no hará más por detener a los phaerimm que Kiinyon y sus Guardianes de Tumbas. Al menos tú has visto lo suficiente como para saber que eso es verdad.

Era uno de esos raros momentos que eran cada vez más escasos en que Khelben «Bastón Negro» Arunsun encontraba tiempo suficiente para acompañar a su mujer, Learal, en su «siesta» del solalto y además estaba lo suficientemente relajado como para disfrutar de ella, momentos en que los problemas parecían muy lejanos y las dificultades mundanas no le pesaban sobre los hombros. Por todo eso le disgustó sobremanera oír las pisadas de un aprendiz subiendo las escaleras.

—¡Maestro Bastón Negro! —Era el joven Ransford, el más nervioso de todos los novicios y, al menos en aquel momento, el más desconsiderado—. ¡Lady Manodeplata!

—¡Ay! —Learal volvió la cabeza y fijó en Khelben su mirada verde y somnolienta—. Con cuidado, querido.

Khelben bajó la vista y vio que los nudillos de sus manos, las manos que dos segundos antes acariciaban suavemente los hombros de Learal, estaban ahora blancos. Hizo un esfuerzo por aflojar la presión y por respirar hondo, y a continuación procuró que su voz sonara relajada.

—Lo siento, amor mío.

—¡Levántate, mi señor! —La urgencia se acentuaba en la voz de Ransford a medida que se acercaba—. ¡Señora, despiértate!

Rechinando los dientes, Khelben pasó una pierna por encima de la espalda de Learal y colocó los dos pies en el suelo.

—Como me venga otra vez con lo de las ranas de tres patas le voy a arrancar la lengua a ese muchacho para usarla en una poción de ventriloquia.

Se echó encima la túnica negra y le lanzó a Learal su bata color plata.

Ransford llegó al descansillo y golpeó la puerta.

—Mi señor, despierta...

—¡Calma, muchacho! —Khelben abrió la puerta tan repentinamente que Ransford entró trastabillando y cayó de cuatro patas sobre el suelo—. ¿Es que no sabes lo que significa la palabra «siesta»?

—Lo siento, maestro Bastón Negro, pero —Ransford pudo entrever un jirón de la piel pálida de Learal cuando ella se echó encima la bata, entonces se ruborizó y empezó a tartamudear—, p-p-pe-pero...

—¿Qué pasa? —Khelben cogió al muchacho de una oreja—. Dilo de una vez.

—Ha-a-hay un e-e-elfo —tartamudeó—, y u-un, un il-il-il... ¡Ven a verlo tú mismo!

Ransford cogió a Khelben de la mano y lo llevó a la ventana, pero el chico estaba tan nervioso que Khelben tuvo que pronunciar él mismo la palabra de transparencia. Cuando lo hizo quedó tan atónito que a punto estuvo de empezar a tartamudear él también.

Afuera, en el patio, un elfo maltrecho al que le faltaban los dedos daba patadas y manotazos a un desollador de mentes en un intento desesperado de arrancar uno de los tentáculos de aquella cosa de un pequeño agujero redondo abierto en su cráneo.

—¡Por el Tejido, Learal! —Khelben echó la mano al bastón al que debía su nombre y, en el mismísimo instante, sintió el reconfortante contacto de su pulida madera—. ¡Creo que ahí abajo está Gervas Imesfor!

CAPÍTULO 9

24 de Nightal, Año del Arpa sin Cuerdas

Parecía que había pasado toda una vida desde la última vez que Galaeron había sentido el deslumbrante sol del desierto sobre su cara, o desde que se había bañado en la luz lechosa de la luna, o había echado un vistazo a una titilante estrella azul, y realmente tenía sed de luz. No de la luz sin relieve, de la luz blanca sin paliativos de estas interminables tierras de sombra, sino de luz verdadera. Una luz que pudiera sentir, caliente y mordaz sobre su piel, una luz que le hiciera sentir sed y oler el sudor de su ropa. Una luz que le diera cierta sensación de orientación, que marcara el paso del tiempo con su aparición y su fluir.

Daba la impresión de que llevaban horas marchando, pero era posible que hubieran sido sólo minutos, o días sin fin, dando vueltas por un laberinto de formas sinuosas y de siluetas de aristas cortantes. Hacía tiempo que Galaeron había renunciado a encontrar sentido a lo que veía y sólo lo registraba como sombras que pasaban. Si la falta de luz molestaba a Melegaunt, al menos no daba muestras de ello. Se limitaba a seguir adelante, señalando el camino al mismo ritmo ligero.

Vala, ya recuperada de su choque con el illita, lo seguía pisándole los talones. Aunque jamás se le oía una queja, por lo cansino de su paso y por la forma en que echaba hacia atrás la cabeza para mirar hacia el cielo, Galaeron sabía que echaba de menos la luz tanto como él.

Daba la impresión de que se estaban acercando a algún tipo de borde de sombra, una cortina de oscuridad absoluta que Galaeron veía una y otra vez al final de largos canales oscuros o asomando tras las formas de unas colinas. Cada vez que veía la cortina, el trecho era más largo. A veces veía dos tramos al mismo tiempo, uno que era como un gran lecho de sombra, el otro surgiendo tras una pendiente cercana. Cada vez, la cortina parecía más alta y más oscura, como si no fuera tanto una barrera como una gran extensión de oscuridad pura, no iluminada.

Por fin, rodearon un recodo y ya no vieron nada más que la cortina negra en todas direcciones, con su funesta corona recortada contra el púrpura más claro del cielo de sombra, sus pies oscuros arraigados en las arremolinadas nieblas negras del suelo. Vala hundió los hombros y un gemido apenas audible salió de sus labios. Galaeron supo que había llegado el momento de decirle algo a Melegaunt antes de que Vala y él se volvieran locos.

—Melegaunt, espera.

El mago giró sobre sus talones. Sus ojos negros exploraron el fantasmal paisaje detrás de sus dos acompañantes.

—¿Qué pasa?

—Nada, es sólo que estoy a punto de volverme loco —dijo Galaeron—. ¿Acaso esto no te inquieta?

—¿Esto? —Melegaunt miró en derredor—. ¿Después de los phaerimm? ¿Bromeas?

El mago volvió a emprender la marcha hacia la cortina de sombra. Vala lo imitó, pero se detuvo y miró hacia atrás al darse cuenta de que Galaeron no los seguía.

—¿Vienes, elfo? —preguntó.

—¿Ahí dentro? —Galaeron señaló con un gesto la negrura que tenían por delante—. No, no voy a internarme más sin haber disfrutado de unos instantes de luz solar.

—¿Internarte? —inquirió Melegaunt, dándose la vuelta.

—En las sombras. —Galaeron señaló otra vez a la cortina de sombra—. Unos minutos de sol..., por favor.

Vala dio muestras de estar de acuerdo.

—De verdad, esta negrura ataca los nervios. Yo también agradecería un poco de sol, especialmente si vamos a seguir internándonos.

—¿Internarnos? —Melegaunt frunció el entrecejo y miró hacia adelante, hacia la oscuridad—. ¿Internarnos en qué?

—En la sombra —dijo Galaeron—. Hasta yo puedo ver que...

—Es un bosque —afirmó Melegaunt con un gruñido.

Galaeron aguzó la vista. Ahora que el mago lo mencionaba, la cortina se parecía al confín sombrío de un bosque espeso, y la ondulante corona se parecía a la fronda exterior de un bosque.

—El Bosque Olvidado, para ser precisos —dijo Melegaunt—. Jamás os haría traspasar la Linde.

—¿La Linde? —inquirió Galaeron.

—El límite entre los mundos de la luz y la Sombra Profunda. —Melegaunt abarcó con un gesto el terreno circundante—. Vosotros no podríais dar ni cien pasos más allá de la Linde.

Vala frunció el entrecejo y se dispuso a discutir, pero Galaeron se lo impidió.

—¿Mundos de la luz?

—Hay muchos mundos, joven elfo. La Sombra Profunda los conecta a todos. Es el único espejo que da forma a sus muchas luces. —Melegaunt se puso en marcha nuevamente—. Y ahora, si no os importa seguir camino, veréis vuestra preciosa luz en Dekanter. Me gustaría estar allí antes de la Transición.

Galaeron miró a Vala y alzó una ceja con expresión inquisitiva, pero ella se encogió de hombros y partió en pos del mago.

—Es mejor no quedarse atrás —farfulló.

Aunque la explicación no había aquietado su desazón, Galaeron se puso en

marcha tras sus compañeros. Cuando hubieron formado otra vez una fila inequívoca, Melegaunt volvió un poco la cabeza para que Galaeron y Vala pudieran oírlo.

—¿Habéis notado cómo cambian las sombras cuando el sol cruza el cielo? —preguntó—. ¿Y cómo bailan a la luz de una vela?

—Claro que sí —dijo Galaeron.

—¿Qué pasa cuando el sol se pone?

—Se hace oscuro. —Esta vez fue Vala quien respondió.

—Hay sombra —la corrigió Melegaunt—. El sol no ha desaparecido, simplemente se ha ocultado a la vista. Su luz está bloqueada por el horizonte.

—Una sutil distinción —observó Galaeron.

—Pero importante —aseguró Melegaunt—. En Faerun sólo hay sombra. Todo lo que la gente llama «oscuro» o «noche» no es más que luz bloqueada por el propio mundo.

—¿Incluso en las cavernas? —preguntó Vala.

—Incluso en las cavernas. Si no estuvieran rodeadas de roca, el sol las iluminaría —explicó el mago—. Pero hay lugares, otros planos, donde no hay sol ni luz. Allí no existe la sombra, sólo la oscuridad, auténtica y negra oscuridad.

—Y esto ¿qué tiene que ver con la Transición? —preguntó de nuevo Vala.

—Sólo esto —respondió Melegaunt—. La oscuridad es, por naturaleza, falta de movimiento y de vida, pero las sombras son todo movimiento y vigor. Danzan, se arremolinan y vacilan, y constantemente toman la forma de extrañas criaturas que sólo la luz puede a veces concretar.

—Entonces, cuando el sol se pone, pierden forma y se ponen en movimiento —dijo Galaeron—: La Transición.

Melegaunt asintió.

—Se podría decir que se convierten en movimiento. —Giró la cabeza para dedicarle una sonrisa a Galaeron—. Vaya, elfo, todavía vamos a hacer de ti un configurador de sombra.

—Estoy segura de que eso les va a encantar a los Ancianos de la Colina —dijo Vala.

Aunque Vala no se había quejado en absoluto, por la forma en que se pegaba a los talones de Melegaunt, Galaeron se dio cuenta de que había llegado a la misma conclusión que él: si querían sentir la luz del sol sobre sus rostros en Dekanter, tenían que darse prisa.

Al acercarse al bosque, la oscuridad se resolvió en una valla de profundidades negras como el carbón, entrelazadas por negras matas de maleza jalonadas por las columnas de ébano de unos troncos de altura inverosímil. El hecho de saber que se trataba del bosque, o, para ser más exactos, de la ausencia de un bosque, hizo que Galaeron se sintiera un poco más tranquilo. Los elfos, incluso los que viven en

ciudades, se sienten cómodos en los bosques. Si él podía sentirse a salvo en algún lugar de la Linde, sería allí. Se acercó más a Vala y se dirigió a Melegaunt por encima del hombro de la mujer.

—¿Es en Dekanter donde vamos a conseguir la ayuda que prometiste?

—Desgraciadamente, no —explicó Melegaunt—. Mis... eh... amigos se encuentran algunos días más al norte... y al oeste, creo. Pero siempre he querido ver Dekanter, y como da la casualidad que nos queda de camino, pensé que sería un buen lugar para hacer noche.

Por las noticias que tenía Galaeron, Dekanter era el último lugar de Faenan donde podían visitarse todavía las ruinas de la antigua Netheril. Poco más que unas cuantas torres y docenas y docenas de agujeros en el suelo. La ciudad no tenía mucho que ver y no era ni mucho menos un lugar donde acampar, pero Galaeron sospechaba que los goblins y las gárgolas que normalmente atormentaban a los visitantes pronto se darían cuenta de que lo más prudente era no meterse con Melegaunt.

—Me daría mucha tranquilidad de espíritu saber quiénes son esos amigos a los que te refieres, Melegaunt —dijo Galaeron—. ¿Qué es lo que te hace estar tan seguro de que pueden detener a los phaerimm cuando ni siquiera los altos magos de Evereska lo consiguieron?

—¿Es que no has oído nada de lo que te he dicho? —le soltó Melegaunt—. Estoy seguro porque se han preparado precisamente para liberar a Faerun de este mal. Es mala suerte que tengan que hacerlo en Evereska y no en Anauroch, pero de todos modos lo conseguirán.

—¿Mala suerte? —Galaeron tuvo una visión de su amado valle reducido a ruinas y cubierto por las sombras y el humo—. ¿Por qué?

—¿Por qué va a ser? —Melegaunt empezaba a impacientarse—. Los phaerimm ya han matado a cientos de Tel'Quess y es muy probable que maten a miles todavía. —El mago llegó a la linde del bosque y siguió adelante y, repentinamente, empezó a volverse translúcido—. Pero no hay razón para temer por la propia Evereska. No permitiremos...

La voz del mago se fue desvaneciendo a medida que su cuerpo se hacía transparente, y desapareció del todo al desvanecerse éste.

—¿Poderoso señor? —llamó Vala.

—¿Melegaunt? —gritó Galaeron.

Al no recibir respuesta desenfundaron sus espadas. La reacción instintiva del elfo fue buscar shadators, como si realmente pudiera ver uno, e illitas y acechadores, o cualquiera de las mortíferas criaturas del mal que estaba empezando a relacionar con Melegaunt y con sus enemigos, los phaerimm. La reacción de Vala fue más directa y oportuna. Cogió a Galaeron por el brazo y se dirigió hacia el interior del bosque.

—¡Vala! ¿Estás...? —fue todo lo que dijo el elfo antes de darse cuenta de que ella

estaba haciendo lo correcto—. ¡Está bien! ¡Ya voy...!

Un viento vespertino empezó a revolverle el cabello por encima de las orejas, y se encontró metido hasta el tobillo en la helada nieve de Nightal, contemplando los esqueletos invernales de un espeso bosque de robles, nogales y copasombras.

Melegaunt se encontraba sólo a tres pasos por delante de ellos, rodeado por un semicírculo de ocho árboles que todavía conservaban las hojas. El más grande, un roble de siete metros, les bloqueaba el paso agitando ante el mago una rama nudosa y rugiendo con una voz tan profunda como el trueno.

—¡Por mi bosque no pasarás, Melegaunt Tanthul!

—Pero es el camino más corto, gran Fuorn —protestó Melegaunt—, y el único que conozco.

—Poco importa —replicó el árbol.

Una vez recuperado de su estupor, Galaeron pudo distinguir los rostros tortuosos de corteza de los ocho árboles. Sus ojos eran nudos, sus bocas unos huecos dentados, los muñones de ramas cortadas hacían las veces de nariz. Los labios y las cejas estaban formados por excrecencias de la corteza y los pómulos eran engrasamientos granulados. Su madre lo había llevado una vez al Bosque Alto y reconoció en estas criaturas a seres de la misma naturaleza.

—Tu magia es algo frío y oscuro —manifestó Fuorn—, y en este bosque no entrará.

—Si mi magia te parece extraña es porque nunca antes has tenido contacto con ella ni con su poder. —Melegaunt señaló hacia el este, hacia el Anauroch—. La utilizo por una buena causa, contra las malvadas criaturas que transformaron los antiguos bosques en tierras desérticas.

Fuorn miró hacia donde señalaba el mago.

—Sí, recuerdo a los magigusanos. —Su corona de hojas rojizas se sacudió hacia atrás y hacia adelante en una especie de señal de asentimiento—. Poco más grandes que los hombres, pero con una mordedura como la de los dragones. Hemos visto a un par de ellos merodeando por nuestro bosque, husmeando en los matorrales debajo de nuestras ramas.

Melegaunt se puso en guardia.

—Esos mismos, los phaerimm. He venido a deshacer lo que han hecho.

Fuorn pareció asentir una vez más.

—Entonces, bien te deseo, pero no aquí. No quiero ninguna batalla en mi bosque.

—Te agradezco tu advertencia, árbol —dijo Melegaunt—. Tienes mi palabra de que ningún daño se hará a tu bosque.

El mago bajó el brazo y ahuecó la mano por debajo de la manga, y Galaeron se dio cuenta de que algo terrible estaba a punto de suceder. Golpeó el talón de Vala con la parte interna de su pie y la hizo caer al suelo con un movimiento del brazo, a

continuación se deslizó hacia adelante y empleó la misma técnica para derribar al mago.

Melegaunt bramó y se dispuso a alzar la mano sospechosa, pero el pie de Galaeron lo obligó a mantener el brazo pegado al pecho.

—No, mi amigo humano —dijo el elfo—. Ni siquiera por Evereska.

Aunque no había soltado su espada, Galaeron puso mucho cuidado de mantenerla apartada de Melegaunt, y no sólo porque sabía que nunca traspasaría la magia del humano. Vala ya se había puesto de pie y avanzaba hacia él, con la espada oscura lista para atacar.

—¿Has perdido la cabeza, elfo? —Aunque en su expresión había algo de pesar, la firmeza de su mandíbula y la dureza de su mirada no dejaban duda sobre sus intenciones—. Sabes que he jurado defenderlo.

—Un poco tarde para eso, querida mía —rió Melegaunt entre dientes—, pero no hay daños.

El mago le indicó que se mantuviera al margen y después sacó la mano de la manga y mostró una gran almendra ennegrecida.

—Para ayudar a los treants a proteger su mundo en futuras batallas. —Melegaunt se la entregó a Galaeron y su voz reflejó la pena que sentía—. No puedo creer que hayas pensado que iba a atacarlos.

—No supe qué pensar. —Al ver que los treants los miraban con una expresión mezcla de estupor y de sospecha, Galaeron envainó su espada y examinó la semilla. Tenía aproximadamente el tamaño de una bellota, pero era tan brillante como el carbón y estaba llena de una oscuridad arremolinada—. Te pido que me disculpes. ¿Qué es esto?

—Una semilla de tormentasombra. —Melegaunt se puso de pie y miró a Fuorn—. Arrójala al suelo y todos los seres que no estén arraigados en él serán barridos hacia la Sombra Profunda. Habrá viento y relámpagos, pero cualquier batalla que pueda librarse cerca de tu bosque cesará de inmediato, o por lo menos será trasladada a un lugar donde no pueda hacer ningún daño.

Fuorn consideró la cuestión.

—¿Y la lluvia? —preguntó.

—Si la arrojas al aire —dijo Melegaunt—, pero no recurras a ello salvo que estés muy desesperado, el diluvio que desencadena matará hasta al fuego más pertinaz, pero las aguas serán negras y frías..., mucho más frías que cualquier tormenta de hielo.

Esto provocó en los treants un tremolar de hojas, ya que sólo la perspectiva de morir quemado era más espantosa que la de caer partido en dos por el peso de una corona de hielo. Fuorn bajó una rama retorcida y Galaeron depositó la semilla en la palma de la mano de madera.

—Con tu regalo seré muy cauto —dijo, guardando la semilla en un pliegue de la corteza—, y como retribución te daré una palabra de advertencia. Últimamente, las sombras del norte a menudo han adoptado la forma de grandes alas y largas colas.

—Dragones de sombra —conjeturó Melegaunt—. ¿Penumbras Trémulas?

La corona de hojas de Fuorn se agitó a modo de negación.

—En el viento llega la historia de que Maza de Guerra, el de la larga barba, mató al gran wyrm cuando reclamó Mithral Hall, pero es posible que las simientes de las Penumbras Trémulas hayan empezado a brotar y se manifiesten. Harías bien en recorrer el camino de sombra con cautela una vez rodeado el bosque.

—¿Rodear el bosque? —inquirió el mago Melegaunt—. ¿Nos sigues negando el paso?

—Te agradecemos tu semilla de tormentasombra —respondió Fuorn—, pero ¿qué has arriesgado al darla?

Sin esperar una respuesta, Fuorn dio un paso atrás y se colocó junto a sus congéneres. Se irguió y se quedó inmóvil. No miraba a los viajeros, sino que esperaba que éstos tomaran una decisión. Deseoso de que Melegaunt no lo hiciera equivocadamente, Galaeron intentó sujetar su brazo, pero sintió que Vala hacía lo propio con el suyo.

—Ya me has sorprendido una vez —dijo.

—No seas ridícula —protestó Galaeron—. No pretendo hacerle daño.

—Bien —respondió la mujer con una sonrisa forzada—, porque eso te perdería.

Melegaunt dio la espalda a los treants y emprendió camino hacia el este, siguiendo la linde del bosque. Vala le indicó a Galaeron que lo siguiera y luego se situó detrás de él, y ambos tuvieron que despabilarse para seguir las largas zancadas del mago.

Galaeron no sabía a ciencia cierta en qué momento había guardado Vala la espada, pero estaba en su vaina cuando llegaron al Páramo Solitario justo antes del anochecer. Galaeron y Vala se tomaron un momento para disfrutar de la radiante luz del poniente, después acamparon y cocinaron una comida a base de ratones del pantano que asaron sobre un fuego de llama negra que había encendido Melegaunt. A pesar de los glifos y las protecciones que el mago estableció en todo el perímetro del campamento, se dividieron en tres turnos para montar guardia y se prepararon para una noche húmeda.

Tal como estaban las cosas, Galaeron habría podido hacerse cargo de los tres turnos. Ya fuese por la desconfianza de Vala o por la preocupación por su padre y por Takari allá en Evereska, en ningún momento logró sumirse en la ensoñación. Pasó toda la noche envuelto en su capa, mirando las estrellas y también combatiendo un sentimiento de culpa tan vago y ambiguo que sólo podía tratar de adivinar la causa. Sin duda estaba preocupado por el papel que había desempeñado en la liberación de

los phaerimm, pero su arrepentimiento en este caso era algo concreto, tangible, se trataba de una emoción tan manifiesta que casi podía tocarla. Lo que lo preocupaba era algo mucho más sutil, un inquietante vacío con visos de deslealtad y de traición, por más que no podía por menos que preguntarse a quién había traicionado. ¿Había hecho mal en desconfiar de Melegaunt? ¿O en aceptar con tanta facilidad la explicación del mago sobre la fortuita traición de Imesfor? Fuese cual fuese la respuesta, Galaeron se temía que no disfrutaría de una ensoñación revitalizante hasta que la hubiera encontrado.

El amanecer los sorprendió a todos fríos y despiertos, listos para calentarse con una breve marcha antes del desayuno. Antes de partir, Melegaunt insistió en arrodillarse entre Galaeron y Vala, sosteniendo sus manos en las sombras y contemplando primero una, después la otra, desde el momento en que el sol asomó en el horizonte hasta el momento en que se separó definitivamente de él. Sólo entonces se puso de pie.

—Vamos, amantes del sol. Hoy no habrá caminar por la sombra para nosotros.

—No es que lo lamente, pero me gustaría saber por qué —dijo Galaeron.

—Porque he leído el día que nos espera y no tengo el menor deseo de luchar contra dragones de sombra. Será mucho más fácil hacerlo con los osgos.

—¿Osgos? —Galaeron se quedó boquiabierto—. ¿Tienen osgos los phaerimm?

—Es posible. —Melegaunt se encogió de hombros—. Los phaerimm controlan a muchas criaturas, muchas que ni siquiera lo saben, pero no lo sé todo. Me limito a leer las sombras. —Se puso en marcha en dirección norte, indicando a Galaeron y a Vala que lo siguieran—. Id bien vigilantes. No tendremos problemas si no dejamos que nos sorprendan.

Por supuesto, esto era más fácil de decir que de hacer. Avanzaron trabajosamente hacia el norte atravesando unos cuantos kilómetros de una turbera, después rodearon el extremo norte del Bosque Olvidado y tomaron dirección noroeste siguiendo el Valle Abandonado. Al cruzar las nevadas llanuras, Galaeron se mantenía atento a las aves, pero sabía que no tendrían mucho de que preocuparse hasta llegar a las montañas del Pico Gris.

Justo después del solalto, las estribaciones estaban lo bastante cerca como para distinguir algunas hondonadas, y los pináculos de las propias montañas coronadas de nieve empezaron a aparecer en el horizonte. Galaeron no dejaba de pensar en su imposibilidad para entrar en la ensoñación la noche anterior. La explicación que había dado Melegaunt para usar a Imesfor como señuelo era bastante sensata, pero seguía sonándole a engaño, y pensó que estaba confiando demasiado en un humano al que en realidad no conocía muy bien. Dejó que el mago se adelantara un poco para que no pudiera oírlo y se dirigió a Vala hablándole por encima del hombro.

—Lamento si te ofendí al dudar de Melegaunt —se disculpó—. Tal vez si supiera

más sobre él...

—Sabes que está tratando de salvar Evereska —respondió Vala, empujando al elfo para que no perdiera de vista a Melegaunt—. Sabes que está tratando de reparar un error que tú cometiste. ¿Qué más necesitas saber?

—¿Cuánto sabes tú misma? —preguntó Galaeron, tratando de pasar por alto lo de su «error»—. Exige mucho, pero revela poco.

—Es un buen hombre.

—¿De dónde es? —inquirió el elfo—. Nunca he visto una magia como la suya.

—Eso no significa que sea mala. —Vala hablaba en voz tan alta que Melegaunt giró levemente la cabeza—. El Melegaunt Tanthul que yo conozco no es malo.

—Pero en lo que a mí se refiere, no lo conozco —repuso Galaeron—. Tal vez me resultaría más fácil entenderlo si supiera más sobre vuestra relación. Ahora que ya no sois prisioneros de Evereska, quizá...

—Muy bien —Vala suspiró—. Hace cien años mis antepasados vivían en grandes barracones de troncos con techo de paja y barro y luchaban contra las hordas de orcos con armas de hierro trabajado en frío. Morían más niños a manos de los worgs y los gnolls de los que daban a luz nuestras mujeres.

—Y supongo que Melegaunt cambió las cosas.

—Así es —dijo Vala. Veinte pasos por delante de ellos, el mago parecía asentir satisfecho para sus adentros—. A cambio de una miseria de servicio se ofreció a construir para mi bisabuelo un recinto inexpugnable de granito negro y a armar a veinte guerreros con espadas negras capaces de traspasar las armaduras del enemigo.

—Una ganga que tu ancestro evidentemente aceptó —conjeturó Galaeron.

—No tan rápido como piensas, porque nosotros, los Vaasan, hemos sido siempre muy amigos de regatear —respondió Vala—. El pago de la deuda se haría en un momento futuro, cuando una compañía de guerreros armados con esas mismas espadas negras fueran llamados a servicio. Bodvar accedió, siempre y cuando todas las espadas se mantuvieran intactas y el recinto de granito no fuese nunca tomado.

—Supongo que las condiciones se cumplieron.

Vala asintió.

—Mi propio padre oyó la voz hace menos de un año, pero él estaba demasiado viejo y enfermo para liderar a los hombres. Me tocó a mí coger la espada.

—¿Y eso es todo lo que sabes de Melegaunt? —preguntó Galaeron.

—Es todo lo que necesito saber. —El tono de Vala era casi dulce—. ¿Los servicios de veinte guerreros por el bien que ha hecho a mi pueblo? Vosotros, los elfos, sois demasiado desconfiados.

—Es posible —concedió Galaeron—. No siempre fuimos desconfiados. Eso es algo que hemos aprendido de los humanos.

Echó una mirada al alargado valle que conducía hasta Dekanter y empezó a

orientarse hacia él, preguntándose mentalmente por qué Melegaunt querría visitar las ruinas si la ayuda que buscaba estaba en otra parte, y qué clase de ayuda podía estar buscando, si así era.

En cuanto dieron alcance a Melegaunt y entraron juntos en el barranco, Galaeron, demasiado preocupado por detectar a los osgos se olvidó de todo lo demás. El desfiladero era perfecto para una emboscada, con abundancia de lugares estrechos flanqueados por paredes de piedra y recovecos oscuros, pero resistieron a la tentación de subir a terreno más alto por miedo a quedar más expuestos a los exploradores de los phaerimm. Dos veces estuvieron a punto de caer en emboscadas de tribus de goblins, pero un simple alarde de magia bastó para que las criaturas huyeran en desbandada.

Cuando llegaron al final del desfiladero sin haber encontrado ningún osgo y subieron a las colinas propiamente dichas, Galaeron empezó a pensar que Melegaunt no era tan infalible como parecía. Las torres en ruinas de Dekanter eran apenas visibles a la distancia: una breve sucesión de agujas absurdamente retorcidas y de equilibrio imposible que se recortaban sobre las laderas nevadas. El sol ya se estaba poniendo tras la estrecha grieta del paso de los Huesos Blancos.

La vista de las torres pareció dar a Melegaunt un nuevo vigor. Abandonando todo intento de mantener un paso moderado, atravesó un cerro sembrado de piedras hacia el camino hundido que una vez había conectado Dekanter con el resto del imperio netheriliano. Vala corrió tras él, abandonando aparentemente su propósito de no volver a permitir que Galaeron marchase detrás de ella.

—¿Y los osgos, Melegaunt? —preguntó.

—Sí, sí, estoy seguro de que los hay por aquí —respondió el mago—, pero para las ruinas todavía queda más de un kilómetro y tengo que llegar allí antes de que se ponga el sol.

Melegaunt siguió adelante casi corriendo, sin dejar a Vala y a Galaeron otra opción que mantenerse alerta y confiar en su suerte. Muy pronto, las torres se manifestaron como rarezas de corrupción arquitectónica de brillantes colores, formas grotescas que se doblaban y retorcían en direcciones inverosímiles sin una configuración o una función identificables. Algunas no tenían puertas ni ventanas, una parecía tan sólo una puerta retorcida que ascendía hacia el cielo y otra tenía todo el aspecto de una enorme ventana sin la menor profundidad interior.

Las torres estaban esparcidas entre las grandes minas que habían justificado la existencia de Dekanter en los días de Netheril. Agotadas hacía tiempo, todo lo que quedaba de las antiguas excavaciones eran montones de piedras cubiertos por la nieve y las entradas abiertas y pozos abismales de las propias galerías. Hasta Melegaunt parecía afectado por la melancolía insana de aquel lugar. Caminaba en silencio entre las ruinas, inspeccionando cada torre retorcida como un hijo errante que al volver a

casa la encontrase ocupada por otra familia.

Cuando la curva de la base del sol por fin tocó el distante collado del paso de los Huesos Blancos, se arrodilló en la sombra de la torre puerta y apoyó la frente en la oscura tierra. Pronunció algunas sílabas en una lengua que Galaeron no entendía, después enderezó el cuerpo y sacudió lentamente la cabeza.

—La locura —dijo—. La inconcebible locura.

Cuando las lágrimas empezaron a bañar sus mejillas, Vala se puso a su lado y deslizó una mano bajo su brazo.

—¿Hay tiempo para probar con otra torre? —preguntó—. Todas las historias no pueden ser la misma.

Dio la impresión de que la idea animaba a Melegaunt. Dejó que ella lo ayudara a ponerse de pie y a continuación se encaminó por un sendero de cantos rodados hacia la torre ventana.

—Sí —dijo—. Otra torre estaría bien.

No habían dado más de una docena de pasos cuando Galaeron observó a un trío de cuervos que volaban en círculos por encima de sus cabezas. En lugar de emitir sus habituales graznidos sonoros, los pájaros guardaban silencio, como pescadores temerosos de ahuyentar a los peces.

—Alto.

Galaeron no había hecho más que pronunciar la palabra cuando Vala ya había desenfundado su espada y Melegaunt la había imitado.

—¿Dónde?

—No lo sé —dijo Galaeron—. Aquí.

Media docena de pasos más adelante, un par de puntiagudas orejas asomaron por encima de una piedra del tamaño de un caballo. Vala las detectó instantáneamente y las señaló en silencio con su espada. Farfullando algo para sí, Melegaunt sacó algo del bolsillo de su túnica, y Galaeron se dio cuenta de que la aparición de las orejas había sido muy oportuna. Los osgos no suelen cometer errores tan tontos.

—Melegaunt, cuid...

Llegó demasiado tarde. El mago apuntó con el dedo, pronunció una sola palabra y un relámpago de oscuridad atravesó la piedra de lado a lado. No se oyó ningún golpe ni el rugido angustiado de un ser vivo. En lugar de eso, junto al banco de nieve que había al lado, surgió una cara viscosa de color malva con un hocico de tentáculos y fijó en Melegaunt una mirada vacía.

El mago emitió un grito, se llevó la mano a los ojos y a continuación se desplomó.

—¿Un illita? —Mientras formulaba la pregunta, Vala lanzaba contra la criatura un tajo de su espada oscura—. Melegaunt no dijo nada de illitas.

La espada hizo una pirueta en el aire y fue a cortar limpiamente la cabeza del

illita.

Un instante después, una docena de osgos saltaron de detrás de las piedras y de la nieve amontonándose a ambos lados del camino. Galaeron desenvainó la espada con una mano y buscó algo en el bolsillo de su capote.

—¡Vala! —gritó—. ¡Espada!

Le pasó su espada y a continuación sacó la otra mano del bolsillo y arrojó un par de hojas verdes a los osgos que estaban más cerca. Los monstruos eran enormes. Les sacaban una cabeza a los corpulentos hombres de Vala y eran más anchos de hombros, pero con unos horribles hocicos de murciélago y ojos rojos relucientes. Vala cogió la espada de Galaeron con la mano que le quedaba libre y la hizo girar ante las bestias que cargaban contra ella.

Galaeron entonó su encantamiento, pero en lugar de sentir que la magia fluía hacia su cuerpo desde el Tejido omnipresente, subió a través de sus piernas en un relámpago frío. Con doce osgos vociferantes en su camino, no había tiempo para sentirse conmocionado. Se limitó a lanzar la mano contra la ladera montañosa y una nube de miasma putrefacto de color pardo rodeó las cabezas de los osgos. Cuatro de las cinco criaturas cayeron boqueando. La quinta murió cuando Vala se lanzó contra sus pies, se colocó entre sus piernas y le clavó la espada mágica de Galaeron en pleno vientre.

Galaeron paró a las bestias que quedaban con un puñado de arena y una rápida palabra mágica que sumió a dos en un profundo sopor. Vala detuvo a otra de una estocada en la rodilla, parando a continuación un feroz hachazo con la espada de Galaeron. El osgo siguió empujando, confiado en que su fuerza bastaría para hacer bajar la guardia a la mujer.

Vala estiró una mano en la dirección del illita muerto y la espada llegó volando hasta su mano. La mujer apuntó con la negra hoja debajo del vientre del atacante y le clavó la punta directamente al corazón. Galaeron apuntó al osgo que estaba más cerca de Vala. Una vez más, la magia brotó del frío suelo y el relámpago que salió de su dedo para abrir en dos el pecho del osgo fue negro como la noche.

Al ver que seguían a una distancia de tres pasos de donde estaba Vala y que tenían escasas posibilidades de acercarse más, las dos últimas bestias se dieron la vuelta para huir. No era cuestión de dejarlas escapar, ya que su compañero illita no dejaba la menor duda sobre la identidad de sus jefes. Galaeron descargó sobre una de ellas otro relámpago mágico desde atrás. Vala salió en persecución de la última, que trataba de superar la cima de la colina, y el eco de un aullido sofocado se propagó ladera arriba.

Galaeron usó un par de relámpagos y una bola de fuego para acabar con los osgos a los que había dejado incapacitados con sus conjuros anteriores. Sintió la misma afluencia de magia fría cuando arrojó el primer relámpago, pero descubrió que si se concentraba en el Tejido viviente que lo rodeaba, podía producir conjuros

normalmente. De todos modos, cuando Vala regresó de su incursión lo encontró tiritando de frío; era como si éste surgiera de su interior y como si la médula de los huesos se le hubiera transformado en sombra.

—¿Pasa algo? —le preguntó, devolviéndole la espada—. Parece que sea la primera vez que has matado algo.

—Ojalá fuera eso. —Galaeron se arrebujaó más en su capote. Se volvió hacia donde Melegaunt yacía en el suelo, babeante y con los ojos vidriosos—. Yo estoy bien, pero ¿y él?

Vala se lo quedó mirando un momento y después se encogió de hombros.

—Bueno, al menos consiguió ver sus torres.

CAPÍTULO 10

25 de Nighal, Año del Arpa sin Cuerdas

Cuando Galaeron bajó a la cuenca rocosa donde habían establecido el campamento la noche antes, encontró a Vala tendida junto a su espada desenvainada, mirando fijamente su hoja cristalina con expresión vacía. En el rostro de un elfo, sus cejas arqueadas y su sonrisa melancólica habrían hecho pensar en una soledad no del todo desdichada, pero no estaba seguro de qué significaba en un rostro humano. Su primera reacción fue de envidia, ya que él mismo había pasado toda la noche sin un solo momento de ensoñación. Después recordó que los humanos no tenían ensoñación.

—¿Vala? —Galaeron estiró la mano para sacudirla.

La mano de ella se disparó y lo cogió de la muñeca en un rápido bloqueo. A duras penas consiguió desasirse y echarse hacia atrás antes de que la espada oscura atravesara el aire donde él acababa de estar de rodillas. Galaeron dio un salto mortal y desenvainó su propia espada para defenderse.

Vala se puso de lado. Su mirada era inexpresiva y peligrosa.

—Vala —gritó Galaeron—, soy yo, el elfo...

La expresión de la mujer se suavizó y la razón volvió a asomar a sus ojos. Hizo un gesto de extrañeza al ver la espada en manos de Galaeron.

—¿A qué viene eso? —Si se había dado cuenta de que ella estaba apuntándolo con su espada, su rostro no lo revelaba—. ¿Acaso intentas matarme en sueños?

—No dormías. Tenías los ojos abiertos.

Dio la impresión de que esto le hacía recuperar la memoria.

—Es cierto... estaba de visita —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Y me interrumpiste?

—¿De visita?

—La Torre de Granito. —Devolvió la espada oscura a su funda—. Soñando despierta, ya sabes.

Galaeron sacudió la cabeza.

—¿Es como la ensoñación?

—No exactamente. —Vala miró hacia el este, donde una brillante franja gris presagiaba la llegada del día—. No me despertaste para mi guardia.

—No podía descansar —respondió encogiéndose de hombros—, y pensé que quizá tú sí podrías.

—Gracias, pero deberías haberlo intentado. Tienes un aspecto horrible. —Con un tono más amable, explicó—: Yo lo llamo «visitar». Con el correr del tiempo, cada espada oscura parece haber heredado unas cuantas manías de su familia. La de

Burlem canturrea en combate, la de Dexon habla en sueños.

—¿Y la tuya, «visita»?

—Tal vez sería más adecuado decir que espía. —A Vala se le encendieron las mejillas—. Le gusta, veamos..., mostrarme lo que sucede en los dormitorios de la Torre de Granito.

Galaeron alzó las cejas.

—No es algo que me guste hacer.

—Oh, no, claro —dijo Galaeron, disfrutando de esta rara oportunidad de atormentarla—. Sin embargo, parecía que sonreías.

—Miraba a Sheldon mientras dormía. —Aunque no había indignación en su voz, su tono se volvió solemne y Galaeron lamentó haberse burlado—. Es mi hijo.

—¿No podéis estaros callados? —retumbó la voz de Melegaunt. El mago se había incorporado y se oprimía los ojos con las manos—. ¿Qué le ha pasado a mi cabeza?

—Illitas —aclaró Vala—. Con los osgos.

Melegaunt apartó las manos.

—Entonces los phaerimm están un paso por delante. —Se pasó los dedos por el pelo oscuro y se puso de pie—. Nos iremos en cuanto haya leído el día.

Recogieron su equipo, y después treparon a las rocas que los rodeaban y se colocaron a la luz del sol naciente. Melegaunt se arrodilló entre Vala y Galaeron, como había hecho antes.

—Un día de encuentros —anunció—, pero nada que temer si somos cautelosos.

—¿Cómo de cautelosos? —quiso saber Galaeron.

—Cosas indeseables en las montañas —Melegaunt hizo un gesto hacia el oeste, hacia el paso de los Huesos Blancos—, pero el camino de sombra parecía despejado hacia el norte. Buenas noticias ¿no os parece?

Vala y Galaeron se miraron con miedo.

—¿Era muy malo lo que viste en el paso? —preguntó Vala.

—Los dragones de sombra son criaturas terribles, incluso en un mundo de luz —dijo Melegaunt—. Además, hay que considerar la velocidad. A los phaerimm no les resultará fácil superar el mythal de Evereska, pero si les damos tiempo suficiente, descubrirán una forma de hacerlo.

Galaeron les indicó que iniciaran la marcha.

Melegaunt echó una última y melancólica mirada a las tortuosas torres de Dekanter y a continuación pronunció las palabras del conjuro de caminar por la sombra. A su alrededor todo se volvió impreciso y sin carácter, con una cadena dentada de formas montañosas a la izquierda y un desvaído resplandor de amanecer a la derecha. Galaeron sintió de inmediato el frío y el aislamiento, y por la mirada inquieta de Vala supo que ella había sentido lo mismo.

El mago se arrebujo en la fría penumbra como en una prenda suave, dejando

escapar un suspiro de satisfacción y poniéndose en marcha casi a la carrera. Vala le indicó a Galaeron que lo siguiera y a continuación se situó tras él.

—¿Cómo os las arreglasteis para luchar sin mi ayuda? —La voz de Melegaunt tenía un tono de fingida inocencia—. Supongo que estando presente un desollador de mentes debe de haber sido un combate difícil.

—No demasiado —dijo Vala—. Fue el primero que maté. Después Galaeron se hizo cargo del resto con su magia.

—¿De verdad? —Melegaunt echó un vistazo por encima del hombro—. ¿Y funcionaron todos tus conjuros?

—No estoy a tu altura como usuario de la magia —respondió el elfo, cauteloso. El interés del mago parecía reflejar ciertas expectativas, y Galaeron no se encontraba precisamente ansioso de confirmarlas—. Funcionaron como de costumbre.

—Cumplieron su función. —Melegaunt volvió a centrar su atención en el camino con aire de desencanto—. Eso es lo que cuenta.

Galaeron reprimió la urgencia de pedirle una explicación sobre lo que había hecho con él. La pregunta delataría más de lo que él quería, y ya había comprobado que Melegaunt no era dado a revelar fácilmente sus secretos. Siguieron adelante en silencio, recorriendo una senda tortuosa entre un laberinto de formas que parecían colinas. Las siluetas dentadas de las montañas permanecían a su izquierda, pero por lo demás, a Galaeron le parecía que avanzaban sin ton ni son. El mago se dirigía unas veces hacia la luz y otras tomaba el sentido contrario, lo mismo se metía por depresiones oscuras como atravesaba las formas de las colinas, bajaba o subía.

A medida que transcurría el día —o lo que se suponía que era el día en la Linde —, la franja de luminosidad de la derecha fue ascendiendo en el cielo y después se dividió en formas irregulares y se diseminó por todo el paisaje.

Cuando empezaron a surgir por todas partes sombras de montañas, Galaeron se dio cuenta de que estaban subiendo a las montañas del Pico Gris. Pronto perdió el sentido de la orientación. En la Linde le parecía que todo era plano bajo sus pies. Cuando pensaba que estaban subiendo, estaban bajando, y cuando pensaba que estaban dando un rodeo, caminaban recto.

Pronto las formas se volvieron azules y fantasmales, y Melegaunt empezó a dudar antes de tomar una dirección. Cuando las siluetas se tornaron transparentes y grises, el mago empezó a mascullar y a desandar el camino. Por fin las sombras se desvanecieron, y Melegaunt se detuvo y empezó a andar en círculos.

—¿Qué pasa? —preguntó Galaeron—. ¿Acaso nos hemos perdido?

—¿Perdido? —Melegaunt describió lentamente un círculo, escrutando la grisácea y monótona niebla que los rodeaba—. Me temo que sí.

—Vaya —gruñó Galaeron—. Y no puedes anular el conjuro.

—No sería prudente —respondió el mago—. Tal vez volveríamos a nuestro

propio Faerun, pero en algún punto tomé una senda equivocada.

—¿Y si nos dirigiéramos hacia aquel fuego? —sugirió Vala.

—¿Fuego? —preguntó Melegaunt—. ¿Dónde?

Señaló hacia algún punto dentro de la niebla, pero Galaeron no vio la menor señal de fuego.

Melegaunt pasó al lado del elfo y miró por encima del hombro de Vala.

—Bien hecho —dijo palmeándola en el hombro y sonriendo.

Galaeron retrocedió dos pasos y echó un vistazo por encima del hombro de Vala. Vio entonces dos diminutas cintas amarillas y blancas que parpadeaban entrelazándose.

—¿Estás seguro de que eso es fuego?

—Ése es el aspecto que tiene en la Linde —respondió Melegaunt.

Unos pasos más adelante, las cintas se expandieron en un pequeño círculo de llamas rodeado de una bruma gris y atorbellinada. Melegaunt indicó a Vala y a Galaeron que dispusieran sus armas y a continuación los condujo hacia la luz del fuego.

Las llamas se volvieron instantáneamente del color naranja que les es propio, y una voz llorosa dio un grito de sorpresa.

—¡Por el Único! —Al otro lado de la hoguera apareció un hombrecillo gordinflón vestido con un capote y una caperuza blancos que alzó los brazos para demostrar que no iba armado.

—¡No me hagáis daño y os daré todo lo que poseo..., por poco que sea!

Melegaunt le indicó que bajara los brazos.

—No tienes nada que temer de nosotros siempre y cuando no tengamos nada que temer de ti.

El hombrecillo miraba ora al fornido mago, ora a sus armados acompañantes y seguía con las manos en alto.

—¿Por qué habrían de temer tres tipos tan poderosos a un humilde mendigo como yo?

Aunque la ropa del hombre se veía ajada por el viaje y llevaba la barba desaseada, para nada tenía el aspecto de un mendigo. Su cara era redonda y tersa, su vientre orondo y sus ojos vivarachos. Había establecido su campamento en un pequeño barranco apartado en lo alto de las montañas del Pico Gris, donde un bosquecillo abigarrado de pinos ofrecía al menos cierta protección de la ventisca que soplaba del este, y que Galaeron supuso había sido la causa del extraño desvaimiento que había obligado a Melegaunt a abandonar el camino de sombra. Había una cabalgadura de ojos tristes atada a un cobertizo hecho de troncos, y la montura y las alforjas estaban tiradas de cualquier manera en el interior del refugio. La expresión del caballo parecía tan abatida como la de su amo, pero su pelaje brillaba, fruto de un cepillado

diario, y, si algo parecía, era sobrealimentado. Melegaunt estudió el campamento, recorriendo con la vista el fuego, el cobertizo, el caballo, como si todo estuviera exactamente donde él esperaba.

Empeñado en mantener las manos en alto, el hombrecillo señaló el tronco en el que había estado sentado.

—Bienvenidos seáis a compartir mi fuego. —Empezó a cerrar la boca, como si hubiera acabado de hablar, pero de repente pareció sorprendido y dijo—: De todos modos, no os lo podría impedir.

—No quisiéramos imponerte nuestra presencia. —Melegaunt miró en derredor—. Estoy algo perdido en medio de esta nevada. Si quisieras señalarnos el camino hacia Mil Caras, nos pondríamos en camino.

—¿Por el paso? —El hombrecillo sacudió la cabeza enérgicamente—. No podéis, no por aquí.

—¿Tienes pensado impedirnoslo? —preguntó Vala con sorna.

El hombrecillo abrió los ojos como platos.

—N-n-no..., pero ni siquiera vosotros tres os podríais enfrentar a tantos acech... acechadores.

—¿Acechadores? —La pregunta de Melegaunt reflejaba menos sorpresa que decepción—. ¿Cuántos?

—Suficientes. —El hombrecillo sacudió su encapuchada cabeza con gesto desesperado—. He tenido mala suerte toda mi vida. Primero fueron los desolladores de almas en Huesos Blancos, después los zhentarim en el paso del Amanecer, y ahora son los acechadores. ¿Cómo saber lo que me espera en el Alto Desfiladero? ¡Os digo que no vamos a encontrar un lugar seguro por donde cruzar hasta que hayamos pasado el Bosque Lejano!

—Puede que no —dijo Melegaunt—. Voy a echar una mirada a esos acechadores. A veces sé cómo tratarlos.

El hombrecillo alzó una ceja.

—¿De verdad? Si consigues que crucemos estas malditas montañas estaré eternamente en deuda contigo..., sin duda porque casi nunca pago un favor. —Una sombra de desaliento cruzó por su cara, pero cautelosamente bajó las manos y saludó a los compañeros con una inclinación de cabeza—. Malik el Samiyn Nasser a vuestro servicio.

Khelben se paseaba a los pies de la cama de Imesfor: dos pasos y vuelta; dos pasos, mirada; dos pasos y vuelta. El mago no veía en el elfo ninguna mejoría desde el día de su llegada, salvo que ya no tenía un tentáculo illita sondeándole el cerebro. La mirada de Imesfor era vidriosa y vacía, tenía los ojos amoratados y sus mejillas tenían la palidez del marfil. La lengua le colgaba inerte fuera de la boca y no parecía que

fuera a volver a hablar, al menos a corto plazo.

Khelben dio dos pasos lentamente, dio la vuelta, se detuvo y miró a la aradonesa que estaba inclinada sobre el malherido elfo.

—Llevas con él casi dos días. ¿Cuándo volverá a hablar?

La sacerdotisa elfa fijó en Khelben sus ojos negros.

—Tu preocupación por tu amigo es conmovedora. Convéncete de que si su espíritu permanece en su cuerpo es sólo gracias a esa preocupación.

—Lord Imesfor y yo hemos sido amigos durante casi cinco siglos —gruñó Khelben—. Sabe bien lo que siento por él, y yo sé lo que siente por Evereska. Si supiera lo que está pasando allí...

—Sí que lo sabe —dijo la sacerdotisa, Angharad Odaeys—. ¿No es ése el motivo por el que intentáis despertarlo?

Khelben la miró con furia.

—Sabes bien lo que quiero decir. Si supiera que no podemos acercarnos al lugar... —Dejó la frase sin terminar y pasó la mano por uno de los postes del dosel con tanta fuerza que toda la cama se sacudió—. ¡Rayos nebulosos!

Learal pasó una mano por el hueco de su brazo.

—Tal vez deberíamos intentar otra táctica, Khelben. —Tiró de él hacia el lado de la cama opuesto a Angharad y con un gesto atrajo una silla que atravesó toda la habitación hasta colocarse a su lado—. Fue a ti a quien Gervas vino a ver. Tal vez si tú...

—Lady Bastón Negro, no creo que eso sea prudente. —Angharad se dispuso a rodear la cama—. El tacto humano no es lo mismo. No hay vínculo emocional.

—¿De veras? —Learal miró a la elfa con mirada glacial—. ¿Entonces por qué acudió a Khelben y no a la reina Amlaruil?

La pregunta fue peor que un golpe para la orgullosa elfa dorada.

—Estoy segura de que debe de haber algún motivo. —Se detuvo a los pies de la cama para pensar uno—. Es posible que el desollador de mentes...

—Todo lo que sabemos es que vino a ver a lord Bastón Negro —la interrumpió Learal. A continuación miró a Khelben—. No veo que haya nada de malo en hacerle saber que estás aquí. Háblale como si estuviera despierto. Dile lo que está sucediendo.

Lo primero que se le ocurrió a Khelben fue que lo que proponía Learal era una absoluta pérdida de tiempo, pero no lo dijo. Learal era la única persona a la que nunca trataba con cajas destempladas, bueno, a la que al menos intentaba no tratar con cajas destempladas, y los demás métodos habían valido de muy poco. Había tratado de teleportarse a los montes Sharaedim una docena de veces y lo único que había conseguido era encontrarse hundido hasta la cadera en un pantano maloliente o resbalando por una empinadísima duna, tan lejos de su objetivo que ni siquiera podía

ver las montañas, y mucho menos saber lo que estaba sucediendo en Evereska.

Khelben recogió en la suya la mano de Imesfor.

—Viejo amigo —le dijo—. Las cosas no van bien. A decir verdad, van de pena. Sé que llegaste aquí en busca de ayuda, pero primero tienes que ayudarme tú. Al parecer, no puedo ni acercarme a Evereska...

—Fie... ream. —La palabra salió tan débil de los labios de Imesfor que Khelben pensó que se la había imaginado.

Angharad se quedó boquiabierta. Después corrió al otro lado de la cama y miró los ojos de Imesfor. Pareció que el elfo fijaba la mirada en la suya, pero otra vez se volvió vidriosa.

Khelben sintió la mano de Learal empujándolo hacia el elfo.

—Sigue hablándole.

Khelben se inclinó hacia su viejo amigo.

—¿Fie qué? ¿Qué pasa en Evereska?

Los ojos de Imesfor se enfocaron otra vez.

—¡Fieream!

—¿Fieream? —repitió Khelben, y de pronto cayó en la cuenta—. ¿Fueron los phaerimm los que te hicieron esto?

—No —Imesfor negó con la cabeza—. Los phaerimm no..., a mí... un illita.

—Ya sabemos lo del illita. —Khelben miró a Learal—. Haz un envío.

Learal asintió.

—Ya lo he hecho. Elminster estará aquí... —fue interrumpida por el suave crujido de un conjuro de teleportación—. Ahora mismo.

Oliendo todavía al humo de la pipa de su estudio, Elminster apareció en el centro de la habitación, parpadeando y tambaleándose mientras procuraba adaptarse a su nuevo entorno. Reprimiendo la irritación que le producía el espectacular despliegue de poder (Elminster era el único mago de Toril capaz de superar las protecciones de Khelben y de teleportarse directamente a la torre de Bastón Negro), Khelben le hizo señas de que se acercara.

—Aquí. Está volviendo en sí.

La voz de Khelben ayudó al mago a orientarse, y se acercó a la cama.

—Gervas —dijo—. Pareces el escupitajo de un gusano carroñero.

Learal le dio una palmada en el hombro.

—Sé amable con él. Lord Imesfor no está para aguantar tus ingeniosas bromas.

—Estoy lo bastante despierto para reconocer... ese espantoso olor a hierba de fuego. —Imesfor intentó sentarse, pero se acomodó con una mueca para mantener los ojos abiertos—. Gracias por venir, Barba Maloliente.

—Gracias por esperarme despierto —dijo Elminster—. Ahora, ¿por qué no nos cuentas cómo te hiciste ese agujero en la cabeza?

—Estábamos huyendo de los phaerimm...

—¿Los phaerimm?

Elminster se volvió a mirar a Khelben, que se limitó a encogerse de hombros.

—Es la primera noticia que tengo —afirmó—, pero ¿qué otros podrían desviar de todo el Sharaedim la magia de transporte?

—Se me ocurren unos cuantos..., y cualquiera de ellos sería preferible a los phaerimm —dijo Elminster con tono lúgubre.

La expresión de Gervas fue de preocupación.

—¿No lo sabéis? —Miró a Angharad—. ¿Cómo es posible?

La sacerdotisa miró hacia otro lado.

—No estaba en mi mano decidirlo.

—Pero tú eres de Siempre Unidos —insistió el elfo.

Angharad asintió.

—Se me dijo que se trataba de un problema de los elfos. —Eché una mirada incómoda a Khelben y a Elminster y después se acercó más a Imesfor—. Evereska es nuestro último bastión en el continente. El Consejo Insular temía que los humanos aprovecharan la oportunidad para apoderarse de ella.

—¿Qué? —Khelben estaba tan indignado que a punto estuvo de teleportarse hasta el otro lado para estrangular a la sacerdotisa. Al menos eso explicaba el incesante trasiego de magos que había habido durante todo el día desde los sótanos de la Torre de Bastón Negro. Había allí una puerta elfa que permitía a los elfos pasar libremente de Aguas Profundas a Siempre Unidos y viceversa, y la habían estado usando constantemente desde que pidió a la reina Amlaruil que enviase un sanador para lord Imesfor.

—¿Evereska es invadida por los phaerimm y a tu pueblo sólo le preocupan los humanos?

—No puede decirse que Evereska haya sido invadida —dijo Angharad.

—Sí que lo está —la rectificó Imesfor—. Todavía no han llegado al valle, pero nuestros ejércitos ya no existen. —Dejó de lado a la sacerdotisa, que se había puesto casi tan pálida como él, y se dirigió a Khelben—. Nos sorprendieron por la espalda, y cuando quisimos huir..., fue increíble. Ya estaría muerto de no haber sido por Melegaunt y sus humanos.

—¿Melegaunt? —preguntó Khelben.

—Un configurador de sombras que tuvo que ver con la ruptura de la Muralla de los Sharn —explicó Imesfor. Miró a Angharad—. ¿El consejo transmitió al menos esa información?

La sacerdotisa sacudió la cabeza.

—Ni siquiera me lo dijeron a mí.

—Entonces tal vez podrías tener la amabilidad de decirles algo de mi parte. —

Elminster rodeó la cama para colocarse entre lord Imesfor y la sacerdotisa—. ¡Diles que el consejo haría bien en recordar cuántos amigos verdaderos tienen los elfos entre los hombres, no sea que los ahuyenten a todos con su cabeza hueca!

Angharad abrió mucho los ojos.

—Yo no podría...

—Podrías y lo harás. —Elminster le señaló la puerta—. Y que sea rápido, antes de que te convierta en una cariátide.

Learal también le señaló la puerta.

—Te aconsejo que te des prisa, ya sabes lo impulsivos e impacientes que podemos ser los humanos.

Angharad se quedó mirando a lord Imesfor, pero antes de que pudiera preguntarle su parecer, alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Khelben con voz autoritaria.

—Mi señor Bastón Negro —sonó la voz nerviosa del joven Ransford—. Lord Piergeiron quiere intercambiar contigo unas palabras sobre el número desusado de elfos que se está juntando en la ciudad.

—Que le digan que lo atenderé en cuanto quede libre.

—Yo preferiría hablar de ello ahora mismo, Khelben —llegó la voz profunda del guardián. La puerta se abrió y la figura imponente de Piergeiron Paladinson apareció en el dintel—. Amenazan con comprar hasta el último caballo que queda en la ciudad.

La mirada penetrante del guardián se paseó por toda la habitación y se detuvo en Elminster y lord Imesfor el tiempo suficiente como para dejar bien claro lo que pensaba acerca de que no lo hubieran informado de esa reunión.

Learal fue la primera en reaccionar. Empujó a Angharad hasta Ransford.

—Acompaña a la aradonesa a la puerta elfa, Ransford, y ocúpate de que haga uso de ella, tiene un mensaje importante que entregar en Siempre Unidos.

Piergeiron se hizo a un lado para dar paso a la elfa. Después miró con extrañeza a Khelben.

—¿Quiere alguien explicarme qué demonios pasa aquí?

—Una excelente idea. —Elminster hizo surgir del aire un par de sillas que levitaron hasta colocarse de su lado de la cama—. ¿Por qué no entras y te sientas y lo escuchamos juntos?

Khelben asintió, agradecido a su viejo amigo por resolver la situación con tanta facilidad.

—¿Por qué no empiezas desde el principio, Imesfor?

El elfo asintió y les contó toda la historia, empezando por el descubrimiento que había hecho Galaeron Nihmedu de la irrupción en una cripta del Confín del Desierto, su captura de Vala Thorsdotter y sus guerreros, para pasar después a la aparición de

los phaerimm y su liberación. En ese punto hizo una pausa para reunir fuerzas antes de narrar la muerte de su propio hijo, Louenghris, y los desastrosos esfuerzos de Evereska por llegar a la Muralla de los Sharn y reparar la brecha abierta. Acabó con la descripción de cómo Galaeron Nihmedu había desafiado a los Ancianos de la Colina para rescatarlos a él y a Kiinyon Colbathin, y de cómo Melegaunt Tanthul lo había ayudado a escapar a través del camino de sombra.

Cuando el elfo terminó, todos se quedaron en silencio pensando en la historia que acababan de oír y tratando de hacerse a la idea del mal espantoso que se había desatado sobre el mundo. Finalmente, Khelben palmeó la mano de su amigo.

—Evereska no está sola en esto, Gervas —dijo Khelben.

—Ya lo sé. —El elfo acompañó sus palabras con una inclinación de cabeza.

—No tiene sentido. —Elminster estaba mirando al techo cuando dijo esto—. Independientemente de lo inteligente o lo desaprensivo que sea ese Galaeron Nihmedu, ¿cómo es posible que atravesara la Muralla de los Sharn? No puede haber sido por accidente.

Khelben frunció el entrecejo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que el configurador de sombras lo hizo a propósito?

—Eso tendría más sentido que un accidente, ¿no te parece? —dijo Elminster—. Piénsalo bien. Los netherilianos han desaparecido del mundo hace mil quinientos años...

—A excepción de Refugio —señaló Khelben. Refugio era una antigua ciudad netheriliana que se decía había escapado a la caída de Netheril transportándose al plano de la sombra—. Nadie sabe lo que fue de Refugio, pero si este configurador de sombras es netheriliano...

—Eso es lo que pretendo decir —dijo Elminster—. Ya sea un único superviviente, lo cual haría de él un archimago de poder realmente impresionante, o un expatriado en busca de venganza, ¿no tendría sentido para él tratar de transformar a los phaerimm en nuestro problema?

Nadie necesitó preguntar de qué podría querer vengarse Melegaunt. El imperio netheriliano estaba formado sobre todo por ciudades flotantes construidas sobre la base emergida de montañas truncadas y mantenidas a flote por la increíble magia de los archimagos del imperio. Sin ellos saberlo, su uso indiscriminado de la magia estaba destruyendo el país subterráneo de toda la raza phaerimm, que dependía de la magia propia de la naturaleza para sobrevivir. Para salvarse, los phaerimm habían creado un poderoso conjuro que dejaba sin vida las tierras netherilianas, convirtiendo sus campos en dunas y sus lagos en planicies áridas de tierras cuarteadas.

Al irse agostando las tierras, al imperio empezó a resultarles difícil alimentar a su gente y la situación desembocó en una serie de extrañas guerras. Algunas se libraban para mantener ocupado al populacho descontento, y otras para conquistar las escasas

tierras cultivables que quedaban. El resultado fue una carrera interminable de armas mágicas que culminó en el descabellado intento del mayor archimago del imperio, Karsus, de robar el manto de divinidad de la propia diosa de la magia, Mystryl.

Desgraciadamente para todos, Karsus no estaba a la altura de la misión. El repentino influjo de conocimiento divino lo dejó demasiado aturdido como para desempeñar el papel más importante de la deidad de la magia, es decir, el de reparar constantemente el Tejido de vida y poder místico que era la fuente de la magia de Faerun. Fue así que el Tejido empezó a deteriorarse.

Para salvarlo, la diosa Mystryl se vio obligada a sacrificarse, interrumpiendo temporalmente el vínculo entre Faerun y su Tejido mágico. Sin magia para mantenerse a flote, las ciudades de Netheril se hundieron en el suelo. El propio Karsus murió siendo consciente de lo que había hecho, cayendo a plomo al suelo en forma de un enorme promontorio rojo. A excepción de Refugio, que de algún modo había sentido el desastre a tiempo para retirarse al plano de las sombras, el resto del imperio se hundió con él. Para cuando Mystryl pudo reencarnarse en Mystra, la nueva diosa de la magia, el imperio había desaparecido.

Todos quedaron en silencio, sopesando la idea que había lanzado Elminster, hasta que la voz de Learal pronunció la pregunta que latía en la mente de todos.

—Seguramente, ni siquiera un netheriliano, sobreviviente o descendiente, dejaría libres a los phaerimm sólo para vengarse.

Todos se sorprendieron al ver que Imesfor negaba con la cabeza.

—No creo en modo alguno que sea así. Ese Melegaunt arriesgó demasiado para salvarme la vida y la de Kiinyon, y me pareció que su empeño no consistía en destruir a los phaerimm, sino en solucionar lo que él y Galaeron habían hecho mal.

—¿Y ese Galaeron? —preguntó Khelben—. Perdóname, pero no sería la primera vez que un elfo traicionara a su propia especie.

—Lo sé —concedió Imesfor—. Yo mismo he pensado mucho en ello, pero conozco al padre y al hijo desde hace más de un siglo. Aunque la familia Nihmedu es noble más por tradición que por rango o poder, Aubric goza de tanto prestigio que ha servido a los Espadas de Evereska como Espada Mayor desde hace cinco décadas.

—Es del hijo del que hablamos ahora —dijo Elminster.

—Lo sé —respondió Imesfor—. Galaeron tenía fama de arrogante y de tozudo en las academias del Colegio de Magia y de Armas, pero ha servido sin quejarse en el Confín del Desierto durante veinte años. De haber pretendido traicionarnos, lo habría hecho antes. Conocía muy bien su integridad y por eso confié a mi propio Louenghris a su patrulla, e incluso ahora no lo culpo más de la muerte de mi hijo de lo que lo haría cualquier padre.

Elminster se volvió a mirar a Imesfor.

—Si puedes contestarme una cosa podré descansar tranquilo esta noche.

—Lo intentaré —dijo Imesfor con una inclinación de cabeza.

—¿Cómo fue que ese tal Melegaunt pudo liberaros a ti y a los demás delante de las mismas narices de los phaerimm? Son capaces de ver la magia del mismo modo que los enanos ven el calor del cuerpo. ¿Y cómo fue que te sacó por el camino de sombra de Sharaedim cuando ni Khelben ni yo mismo ni ninguno de los Elegidos podencos poner siquiera un pie en sus fronteras?

—Ya me gustaría saberlo —respondió Imesfor sacudiendo la cabeza.

Una idea inquietante empezó a tomar forma en la cabeza de Khelben.

—Entonces debemos considerar al menos otra posibilidad. —Sintió la mano de Learal en la suya y de repente agradeció el calor—. Cuando el illita te atacó, ¿dónde estaba Melegaunt?

Imesfor frunció el entrecejo.

—Acabábamos de separarnos. Yo debía abandonar el camino de sombra y teleportarme hasta aquí, y él... —El elfo no terminó la frase—. ¡Humano bastardo!

—Lo mandó detrás de ti, ¿no es cierto? —preguntó Elminster.

—No sólo a uno —dijo Imesfor—, sino a varios.

CAPÍTULO 11

26 de Nighthal, Año del Arpa sin Cuerdas

Incluso con el velo de nubes de tormenta que coronaba los acantilados y la ventisca que barría el barranco, Mil Caras tenía más de museo que de paso. A la entrada había dos gigantescas estatuas de piedra de guerreros, tan reales que daba la impresión de que sus pechos se agitaban con la respiración. Más allá de estos guardianes estaba esculpida en altorrelieve la reproducción de toda una galería de personajes. Había un herrero martillando el filo de un hacha, un cazador que llevaba un par de elcos de montaña colgando de las patas, una madre que miraba cómo luchaban sus dos hijos y un centenar de otras figuras oscurecidas por la ventisca cada vez más fuerte. Por encima de los gigantes volaban unos pinzones de la nieve y halcones de las alturas, los primeros lanzándose en picado a través de un vertiginoso laberinto de árboles cortados, y los segundos sobrevolando unas montañas sublimes. No había acechadores a la vista, pero tampoco había gigantes, al menos no de carne y hueso.

—¿Dónde has visto a esos acechadores? —preguntó Melegaunt en un susurro.

El mago estaba tendido en el suelo entre Galaeron y Malik, observando el cañón, escondido entre las ramas de un pino. Vala estaba al otro lado de Galaeron, tocando su cuerpo a la altura del hombro y la cadera.

—Encuentra al guardián de la ley —dijo Malik—. Mira en la puerta de la derecha.

Galaeron buscó en el cañón hasta dar con un anciano gigante de piedra que sostenía una tablilla en una mano y una daga en la otra. A su lado había una puerta flanqueada por dos columnas. No era muy ancha y terminaba en una pared a la altura del fondo de la escultura, disimulando hábilmente el portal como si fuese parte del relieve. El efecto era tan convincente que de no haber observado Galaeron una multitud de diminutos reflejos en forma de ojo que brillaban en un rincón oscuro, jamás habría adivinado que la entrada era real.

Una vez descubierta esta característica del arte de los gigantes, volvió a examinar las paredes del cañón y detectó varias aberturas más. Había otras dos entradas, una disimulada como puerta y la otra como un hueco entre dos árboles, y media docena de ventanas. Desde casi todas vigilaban una multitud de acechadores.

—Malik, nos has salvado la vida —dijo Galaeron—. Gracias.

—No estoy seguro de que nos haya salvado la vida —farfulló Melegaunt—, lo que sí sé es que nos ha ahorrado algunos problemas. Hay más acechadores de los que pensaba.

—¿Cómo puede haber tantos? —preguntó Vala—. Todos los que yo me he

encontrado luchaban solos.

—Tú vives lejos de la civilización de los acechadores —dijo Melegaunt—. Los phaerimm han esclavizado a toda una ciudad.

—¿Los phaerimm? —inquirió Malik. El hombrecillo se metió aún más debajo del árbol—. Tal vez no lleve tanto tiempo rodear las montañas después de todo.

Melegaunt lo cogió por el capote.

—Aquí no hay phaerimm, y puedo burlar a los acechadores.

Empezó a abandonar el escondite del árbol.

—¿Vas a abandonar a los gigantes de piedra? —preguntó Vala.

—Están muertos o desaparecidos —dijo Melegaunt sin detenerse.

—No todos.

Vala señaló hacia la cima del acantilado, donde se veía a lo lejos un par de piernas de color gris que salían de las nubes y se balanceaban sobre el ala pétrea de un águila esculpida. Ante los ojos de los compañeros, un pie se movió acantilado arriba en busca de un punto de apoyo, pero al no encontrarlo volvió de mala gana al lugar que antes ocupaba.

—Eso complica las cosas. —Melegaunt salió de debajo del árbol—. Tendremos que darnos prisa si queremos salvarlo.

—Te ruego que me perdones, pero creo que has perdido la cabeza —dijo Malik saliendo detrás de él—. ¡Los muertos no salvan vidas!

—De más está decir que eres libre de tomar otro rumbo. —Melegaunt se puso de pie y se dispuso a rodear una pequeña colina—. Pero no hay nada de que preocuparse. Tú y los demás atravesaréis el paso como había planeado. Solamente yo daré un pequeño rodeo y ayudaré al gigante a abandonar la montaña.

Galaeron entró rápidamente, siguiendo a Malik y a Vala, en una especie de chimenea recogida donde habían dejado sus enseres y el caballo de Malik.

—No puedes hacer eso —dijo.

Melegaunt lo miró con expresión contrariada.

—No estoy dispuesto a abandonar a alguien para que se convierta en juguete de un acechador, no si está en mis manos evitarlo.

—De acuerdo, pero eres el único que sabe adonde vamos y a quién estamos buscando —dijo Vala, sacándole a Galaeron las palabras de la boca—. Si algo fuera mal...

—Pero si se trata apenas de unos cuantos acechadores —replicó Melegaunt, indignado.

—No puedo permitir que corras ese riesgo, no cuando lo que está en juego es el destino de Evereska —dijo Galaeron. La firme determinación de Melegaunt de rescatar al gigante acalló muchas de las dudas que el elfo había tenido sobre el mago—. Seré yo quien rescate al gigante, a menos que antes me digas cómo encontrar a

quienquiera que sea que andamos buscando.

La expresión del mago se volvió más tenebrosa que de costumbre.

—Ten cuidado con lo que deseas, joven elfo. —Miró primero a Galaeron, después a Vala y nuevamente a Galaeron—. Muy bien, lo haremos a tu modo, siempre y cuando todavía puedas usar la otra magia que te mostré.

Malik aguzó el oído al oír esto.

—¿Qué significa eso de «otra magia»?

—No es de tu incumbencia. —Melegaunt le dio la espalda al hombrecillo—. Y aunque así fuera, no hay tiempo para explicaciones —recalcó.

—Lo entiendo perfectamente. —Malik maniobró hasta colocarse directamente entre Galaeron y Melegaunt—. Pero siempre he creído que el Tejido es la única fuente de magia.

Melegaunt lo miró con aire de suficiencia.

—¿Por qué habría de interesarte? ¿Acaso eres mago?

—Soy un hombre con intereses muy amplios —dijo Malik—, y la magia es uno de ellos, porque mi señor...

—Ya hablaremos más tarde —lo interrumpió Melegaunt.

Una mirada a Vala bastó para que ésta cogiera a Malik por el cuello de su capote y, mientras éste trataba de explicar cuál era su interés, lo sacara de en medio. Sus rudos modales hicieron brillar una débil luz de advertencia en la mirada triste del caballo.

Melegaunt volvió a centrar su atención en Galaeron.

—Por lo que respecta a la otra magia...

—Sigue estando a mi alcance —dijo Galaeron, decidido a no revelar por el momento hasta qué punto lo estaba—. He aquí lo que estuve pensando.

Galaeron describió su plan a grandes rasgos.

Cuando hubo terminado, Malik intervino desde el lugar donde lo había arrastrado Vala, cerca de su caballo.

—¿Puedes hacer los mismos conjuros dos veces? —preguntó en voz alta—. ¿Cómo supiste que debías estudiar esos conjuros más de una vez? ¿O es que puedes hacerlo por la «otra» magia?

—¡Cállate! —gruñó Melegaunt entre dientes.

Se volvió para dirigirle una mirada asesina, pero Vala ya había rodeado el cuello de Malik con su brazo y le había tapado la boca con la mano que le quedaba libre, colocándolo hábilmente entre ella y el caballo cuando el bruto se disponía a echarle un mordisco.

—¿Es que te has propuesto delatarnos? —preguntó.

Malik se puso pálido y sacudió la cabeza.

Melegaunt volvió a dirigirse a Galaeron.

—Recuerda, los acechadores no tienen tanta capacidad como los phaerimm para detectar tu magia de sombra, pero de todos modos pueden contrarrestarla. Si descubren tu presencia, no te expongas a los rayos de sus ojos centrales.

—Esa lección la aprendí del primero con el que luchamos —respondió el elfo.

—Bien. —Melegaunt buscó en su manga y sacó un pequeño jirón de algo que parecía niebla negra—. Esto es sedasombra, el elemento básico de gran parte de la magia de configuración de sombras. Voy a mostrarte un conjuro que puede resultarte útil y a continuación nos pondremos en camino.

El mago empezó a evolucionar con las manos hasta que reparó en que Malik estaba observando. Dio entonces la espalda al hombrecillo.

—Hay en él algo que no me inspira confianza —le dijo a Galaeron en voz baja.

—Sí, los humanos misteriosos tienen sin duda la virtud de despertar sospechas —respondió Galaeron, resistiendo apenas la tentación de hablar de su propia inquietud respecto al mago—. Me estabas mostrando una variación del conjuro de la red.

Melegaunt arqueó las cejas.

—No había pensado en ello como una red, pero sí, supongo que es el meollo de la cuestión.

El mago acabó su demostración. Galaeron repitió las palabras y los gestos para asegurarse de haber entendido correctamente.

—Sorprendente. —Melegaunt se limitó a sacudir la cabeza—. La magia no suele resultar tan fácil para nadie.

—Realmente no lo es —le confió Galaeron—. Debo practicar como cualquiera para aprender algo nuevo, pero cuando es básicamente un conjuro que ya conozco no representa un problema incorporar unos cuantos cambios y lo que producen.

—¿Unos cuantos cambios? —Melegaunt sacudió la cabeza con incredulidad—. ¡No es un problema realmente!

Se acercó a Malik y a Vala, después describió con la mano un círculo sobre el terreno, creando un disco de sombra flotante similar al que habían usado para transportar a los elfos heridos. Malik observaba con interés, después soltó la cincha del caballo y colocó la montura en el centro del círculo flotante.

—No hace falta que dejemos al caballo —dijo Melegaunt cuando el hombrecillo le quitó el bocado—. Si le tapamos los ojos, no se enterará de que nos movemos.

—No lo entiendes, *Kelda* no necesita anteojeras —Malik cogió a la yegua por el roncal y no tuvo problema para convencerla de que se subiese al disco—, pero ha sido siempre un caballo fiel, y si vosotros estáis tan locos como para arriesgar la vida de todos por culpa de un gigante cobarde que no tiene el valor de morir con el resto de su tribu, no la dejaré para que se muera de hambre en estas montañas por haber cometido la torpeza de no sacarle el arnés y el bocado.

El hombrecillo se subió al disco y besó a la yegua en pleno morro. Galaeron miró

a los demás y vio por su expresión que les resultaba tan incomprensible como a él mismo. Melegaunt y Vala se colocaron junto a Malik, y con otro conjuro el mago hizo que la plataforma se volviera invisible con todo lo que contenía. Hubo un relincho sobresaltado seguido del ruego en voz baja de Malik de que guardara silencio o los matarían a todos. Una ráfaga de viento removió la nieve formando un blanco remolino que salió del refugio hacia el camino y se desvaneció entre la ventisca.

—Te veremos al otro lado, Galaeron —dijo Vala—. Ten cuidado.

—Podéis contar con ello —respondió Galaeron—, pero si algo sucediera...

—Sólo dependerás de ti mismo —afirmó Melegaunt—. No te preocupes.

—Eso es lo más sensato que he oído de cualquiera de vosotros desde que os salvé con mi hoguera —añadió Malik.

Galaeron les dio un pequeño margen para que pudieran deslizarse sin peligro y después hizo dos conjuros para sí mismo. Sorprendido, descubrió que la magia fría no fluía hacia él como lo había hecho durante el ataque de los osgos. Para hacer que afluyera tuvo que pensar en su yo sombra, aferrarse a él realmente, y abrirse a la presencia de la magia fría. No sabía si esta lentitud se debía a la falta de sombras en la ventisca o a que en ese momento él no estaba en medio del fragor de la batalla. Lo que lo satisfizo fue descubrir que tenía más control del que creía sobre su magia.

Galaeron se lanzó a la copa del pino con un suave salto y a continuación se impulsó por encima de las cabezas de las dos estatuas de los gigantes de piedra. Para evitar la posibilidad de un choque, habían acordado que Galaeron volaría por encima de la altura de un gigante y Melegaunt lo haría por debajo. Esto exponía al grupo del mago más directamente a la observación de los acechadores, pero no había manera de evitarlo. La plataforma flotaría a no más de cuatro metros del suelo.

Galaeron se detuvo a la entrada del cañón y usó un conjuro para detectar la presencia de protecciones mágicas. Pudo ver a una docena de acechadores vigilando desde los portales en sombras de la gruta. El reflejo de sus ojos parecía una nube de luciérnagas doradas. Con tantos ojos mirando en su dirección, Galaeron estaba tan nervioso que temía que la magia fría no acudiese a él tan fácilmente. Aunque la presencia de dos guardianes esculpidos sería indicativa de guardas defensivas en la mayor parte de las comunidades elfas, no era ése el caso con los gigantes de piedra. Las estatuas eran sólo eso, elementos decorativos diseñados para dar la bienvenida, o tal vez para intimidar a cualquiera que entrase en el desfiladero.

Galaeron siguió volando, elevándose hasta el borde de la garganta. Las piernas del gigante estaban totalmente ocultas tras una nube baja que flotaba siguiendo la cima del acantilado, pero el elfo pudo ver el águila de piedra en la que tenía apoyados los pies. A veinte pasos de la gigantesca ave, Galaeron quedó atónito al ver otra nube de ojos que espiaban desde una ventana oculta bajo la gran ala del pájaro. Tal vez el

hombrecillo tuviera razón después de todo. Según la doctrina de los Guardianes de Tumbas, Galaeron no debería intentar siquiera el rescate del gigante. La salvación de una vida no justificaba poner otras cuatro en peligro.

Era una suerte que nadie cumpliera ese principio.

Galaeron llegó a la pared y se metió entre las nubes, pasando una mano por el acantilado para orientarse en medio de aquella masa algodonosa. Sintió el ala del águila deslizarse debajo de sus dedos y a continuación superó la borrosa silueta de un pie tan largo como su antebrazo. ¿Cómo era posible que unos dedos tan enormes pudieran aferrarse a un saliente tan exiguo? No podía concebirlo, pero el enorme tobillo temblaba de agotamiento. Galaeron se fue guiando en su ascenso por la pierna del gigante hasta llegar a su cintura, donde tuvo que rodear un cinto del que pendían mazas de acero de diversos tamaños para llegar por fin al costado del gigante. Evitó el hueco de la axila y rodeó el poderoso bíceps, pasó junto a un cuello tan grueso como una columna y se encontró de frente con un par de ojos que eran tan grandes como platos de mesa.

Galaeron sacó de su bolsillo un filamento de cobre y lo frotó entre el pulgar y el índice. La magia de sombra lo inundó y entonces apuntó a la cabeza del gigante.

—No grites, gigante. No tienes nada que temer.

El gigante se estremeció, y al perder apoyo uno de sus dedos, emitió un sordo gruñido. Maldiciendo la falta de disciplina de aquel grandote, Galaeron se dejó caer unos metros por el acantilado y después echó mano de la sedasombra que Melegaunt le había entregado. Un atisbo de esperanza apareció en la cara del gigante, y sus grandes ojos buscaron en derredor a su salvador.

—¡Ten cuidado! —Aunque el susurro del gigante era tan sonoro como el silbido del viento, Galaeron no tuvo miedo de que lo oyeran. El conjuro que había hecho podía evitarlo—. ¿Dónde estás?

Antes de que Galaeron pudiera contestar, un acechador pasó flotando entre él y el gigante. Aquello estaba al alcance de su pie, y varios de sus pequeños tentáculos oculares se movían en dirección al elfo, aunque no parecía notar la presencia invisible de Galaeron.

Un cono de luz azulada salió de su enorme ojo central y empezó a explorar el cuerpo del gigante de piedra. Galaeron levantó las manos para hacer el conjuro que Melegaunt le había enseñado, pero se detuvo al ver que el gigante seguía aferrado al acantilado sin dar más muestras de miedo que antes. Evidentemente, ni el gigante ni el contemplador se sorprendían de verse, y Galaeron se dio cuenta de que sus enemigos conocían a Melegaunt mejor de lo que el mago pensaba.

El acechador desplazó su haz hacia el acantilado y lo movió de un lado para otro aleatoriamente. Sin perder de vista los muchos ojos de la criatura, Galaeron flotó hasta colocarse detrás de ella. Lo más prudente habría sido alejarse de inmediato,

pues sabía demasiado como para pensar que podría escapar a cualquier trampa destinada a capturar a Melegaunt, pero era demasiado tarde. Ya había visto la esperanza en los ojos del gigante.

El acechador terminó de explorar la superficie del acantilado y giró en redondo, disparando su haz de un lado para otro en el interior de la nube. Galaeron se refugió al otro lado del tronco del gigante.

Finalmente, el acechador se dio por vencido y se volvió hacia el gigante.

—¿A qué se debió ese gruñido?

—Resbalé —dijo el gigante.

—No le mentirías al pobre Kanabar, ¿verdad? —Mientras hablaba, uno de los ojos menores se volvió hacia el gigante—. No cuando Kanabar les dijo a los demás que tenía un destino para ti, ¿no es cierto? No le mentirías a Kanabar cuando te salvó la vida, ¿verdad?

—No, no le mentiría.

El cuerpo del gigante se puso en tensión tratando de resistir la atracción mágica del ojo del contemplador, y Galaeron empezó a preocuparse. El acechador de Vala había matado a uno de sus mejores exploradores con nueve ojos atados. ¿Qué esperanza podía tener él enfrentándose a uno capaz de usar los once?

El gigante volvió a hablar, esta vez con una voz que parecía un sonsonete.

—Aris jamás mentiría a su amigo Kanabar.

Galaeron se apartó del acantilado y miró hacia el otro lado, de la amplia espalda a tiempo para ver una sonrisa malévola en la boca dentada del acechador.

—Está bien —dijo el acechador—. Entonces, ¿por qué gruñó Aris?

—P-p-porque su pie resbaló. —El cuerpo del gigante temblaba a ojos vistas.

—¿Y por qué resbaló su pie? —preguntó el acechador—. Díselo a tu amigo Kanabar.

Mientras el contemplador decía esto, Galaeron arrojó un jirón de seda-sombra hacia él y pronunció las palabras que le había enseñado Melegaunt. Los ojos del acechador apuntaron hacia el lugar de donde surgía la voz, pero el conjuro fue demasiado rápido y un momento después Kanabar estaba cubierto de una masa pegajosa de sombra.

—¡Eh! —dijo el gigante con voz atronadora, volviéndose a mirar a Galaeron que había perdido la invisibilidad en el instante mismo en que atacó—. ¿Qué le haces a mi amigo, elfo estúpido?

—No es tu amigo —replicó Galaeron, tratando de pensar en una manera de rescatar a un gigante presa de un encantamiento—. Yo sí lo soy.

El primer impulso de Galaeron fue echar mano de su espada, pero lo pensó mejor cuando vio el rayo destructor de magia del acechador que quemaba la sombra gomosa que se cernía sobre su ojo central. Pronunció una serie de sílabas vagamente místicas

y se refugió tras el cuerpo del gigante. En su desesperación por desbaratar el conjuro de Galaeron, el acechador se balanceó hacia él y pasó su haz de luz azulado por la espalda del gigante.

El haz se reflejó en el hombro del elfo, que se salvó de una caída en picado sujetándose al cinto de herramientas de Aris. El acechador trató de dar la voz de alarma, pero con la boca llena de goma de sombra sólo consiguió balbucear algo ininteligible.

Pasando un brazo por el cinto del gigante, Galaeron sacó la espada y se aprestó a luchar con el monstruo, pero se quedó sin aliento al ver que la mano de Aris más alejada de él salía de la niebla y cogía a Kanabar. El acechador parecía un melón riys en la palma del gigante.

—Conque amigo ¿no? —gruñó el gigante.

El acechador volvió a balbucear algunas sílabas inconexas cuando Aris lo estrelló contra la pared rocosa.

—¡Gracias al señor de las hojas! —dijo Galaeron con voz entrecortada—. No sabía si su rayo conservaba sus poderes mágicos.

—Sí que los conservaba —le aclaró Aris—, pero me temo que te has arriesgado para nada, elfo.

El gigante señaló tres formas redondas que flotaban hacia ellos saliendo de la niebla. Galaeron miró hacia atrás y vio a otros dos, y otros dos más salían de la nube que tenían a sus pies. Envainó la espada y sacó otros dos hilos de la sedasombra que le había dado Melegaunt.

—Parecía mejor idea visto desde abajo.

—Me lo imagino —dijo Aris—. En caso de que me hechicen otra vez...

—No lo tomaré a mal —lo cortó Galaeron—. Haz lo que yo te diga y no llegaremos a eso.

Arrojó primero uno y después el otro hilo de sedasombra y repitió dos veces el conjuro de Melegaunt en rápida sucesión. Aunque había aprendido a hacer conjuros encadenados en la Academia de Magia, ésa era la única técnica que no se le había dado bien, por eso se puso a practicarla como loco hasta que consiguió que le saliera de forma más natural que todo lo demás. Los dos encantamientos funcionaron a la perfección, aunque estaba empezando a sentir cansancio y tenía la sensación de que el frío de la nueva magia estaba a punto de quebrar sus huesos.

Los acechadores emitieron un borboteo de alarma al verse engullidos por la masa de sombra. Después chocaron y se quedaron firmemente pegados. Sin esperar a ver el efecto que tendría esto sobre los demás, aunque rogando para sus adentros que los detuviera, Galaeron apuntó hacia el extremo más lejano del paso y lanzó su conjuro más potente. Una oleada entumecedora de fría magia circuló por sus huesos, y luego apareció debajo de él un cuadrado negro.

—¡Pasa por la puerta! —ordenó.

—No voy a caber —dijo Aris mirando hacia abajo.

—¡Ahora! —Sin soltar el cinturón, Galaeron saltó hacia el cuadrado esperando que el gigante lo imitara—. ¡Salta!

Con un hondo bramido, Aris se soltó del acantilado y le obedeció. Galaeron pudo vislumbrar un rayo azulado que recorría las nubes hacia su puerta mágica antes de sumergirse en las sombras.

Un escalofrío le recorrió la carne y a continuación sobrevino una caída oscura y eterna. Galaeron se sintió débil y descompuesto, y tuvo la sensación de que su corazón dejaba de latir. La cabeza le daba vueltas, los pensamientos se le deshacían en una madeja de temores indefinidos y se encontró de regreso en el mundo, precipitándose a través de una blanca y rugiente tempestad. Un bramido ensordecedor llenó el aire detrás de él. Galaeron miró hacia atrás y se encontró con una enorme figura gris que se precipitaba junto con él, después vio pasar como un relámpago las copas de los árboles y el mundo hizo erupción en una cacofonía de crujidos y ramas arrancadas. Dando volteretas fueron cayendo hacia el suelo, zarandeados a un lado y a otro por las ramas con que tropezaban a su paso. Galaeron trató de apartarse de aquella figura granítica, pero se dio cuenta de que no podía.

Un segundo después chocó contra el gigante y quedó semiinconsciente, esforzándose por recordar dónde estaba y de dónde había venido. Un gruñido contenido sacudió el aire a su alrededor, y después empezó a sentir la atracción del suelo mientras el cuerpo gigantesco giraba poniéndose de espaldas.

El sopor del conjuro se desvaneció y, de golpe, Galaeron supo dónde estaba y con quién.

—¡Aris! ¡Espera!

El gigante gritó sobresaltado y se detuvo en medio de una voltereta.

—¿Elfo?

—El mismo. —Galaeron liberó su brazo y cayó en la nieve—. ¿Estás bien?

—Por ahora —respondió el gigante, señalando hacia el interior de la tormenta.

Galaeron se puso de pie con dificultad y miró por encima de la cadera de Aris. La silueta de un acechador, semejante a una luna, se precipitaba hacia ellos atravesando la tormenta, tan rápido que rebotaba en los troncos de los árboles.

—¡Haz algo! —gritó Aris alarmado—. ¡Otro conjuro!

—No creo que pueda. —La magia fría que había circulado por él había dejado a Galaeron tan exhausto que no podía dejar de temblar—. Estoy demasiado cansado.

—¿Cansado? —tronó Aris, buscando una piedra entre la nieve—. ¡Tendrás toda la eternidad para descansar!

Reconociendo que el gigante tenía razón, Galaeron sacó otro hilo de su tejido de sedasombra y lo arrojó al aire en la dirección de la que venía el acechador. No había

hecho más que iniciar el conjuro cuando gritó conmocionado al sentir que la magia fría se derramaba a borbotones por su interior. Todo su cuerpo quedó entumecido y se redujo a la mitad de su tamaño normal. Cuando siguió con el conjuro, su piel se puso tan rígida como el mármol y tan pálida como la nieve. Consiguió balbucear una palabra más y sintió los labios tan rígidos y fríos que apenas pudo pronunciar la última sílaba.

El acechador se convirtió instantáneamente en una enorme bola de sombra negra y gomosa para volver en seguida a la normalidad cuando un cono de luz azul surgió de la ventisca envolviéndolo desde atrás.

—¡Allí! —gritó Aris, señalando una silueta más pequeña que venía en pos de la primera—. ¡Haz dos, igual que antes!

—N-no puedo.

A pesar de sus palabras, Galaeron sacó otros dos hilos de sedasombra. Esta vez, cuando se abrió a la nueva magia, ésta explotó en su interior y el dolor se propagó por todo su cuerpo. Galaeron se echó al suelo hecho un ovillo, gritando y revolcándose en la nieve. No percibió el crepitar de la nieve al derretirse ni el silbido del vapor, pero el mundo se volvió de repente muy gris y oscuro, como si lo viera a través de una nube de humo.

—¿Elfo? —Aris miró hacia atrás y frunció el entrecejo con expresión atónita. Después se dejó caer de rodillas con una gran piedra en la mano—. Elfo, ¿tienes algún amigo por aquí?

Luchando contra el dolor, Galaeron consiguió incorporarse y miró hacia donde estaban los acechadores. Su visión borrosa hacía que todo pareciera doblemente desvaído en medio de la ventisca, pero a pesar de ello percibió que tenía al primer contemplador tan cerca que casi podía tocar sus tentáculos. Del segundo podía ver perfectamente la forma del ojo central, y detrás de él..., muy por detrás..., había una figura a caballo. No podía ser un fantasma. Estaba demasiado débil para saber si eran Vala o Melegaunt, pero supo que era uno de ellos.

—¡Vaya locura! —Con gran dificultad se puso de pie y sacó la espada—. Sí, seguro que es un amigo..., un amigo que no debería estar aquí, pero eso hace que tenga mucho más valor.

—Es muy buena noticia. —El gigante no sonó tan exultante como hubiera sido de esperar—. Entonces, todo lo que tenemos que hacer es seguir vivos hasta que llegue.

Aris lanzó la piedra, que describió un arco en el aire y descendió hacia el acechador más próximo. El monstruo desplazó un ojo hacia la parte superior de la cabeza y un rayo de luz plateada interceptó el ataque. La roca estalló en una lluvia de pedruscos. Calculando que tenía unos dos segundos hasta que la criatura estuviera a distancia suficiente para usar su rayo contra ellos, Galaeron se refugió detrás de un árbol. Sentía las piernas entumecidas y torpes, y la espada que llevaba en la mano

parecía más la pesada hoja de un orco que el acero forjado en un fuego élfico.

—¡Sigue atacando! —dijo Galaeron—. Tienes que llamar su atención.

—Eso no es nada difícil.

El gigante arrojó otra piedra que también se hizo polvo bajo otro rayo de plata. Galaeron se lanzó hacia adelante y buscó protección tras el delgado tronco de un pino, y a punto estuvo de perder la cabeza cuando un rayo atravesó el árbol. La copa cayó delante de los acechadores, creando una pequeña barrera de camuflaje. Galaeron se escondió entre las ramas y se quedó muy quieto, confiando en que la magia de su capote lo mantuviera oculto hasta que pudiera atacar.

—¡Elfo! —El pánico se reflejaba en la voz del gigante—. Pero ¿qué estás haciendo?

Galaeron no respondió hasta que la luz azul de un rayo antimagia pasó sobre su hombro neutralizando los poderes de su capote. Se deslizó hacia el lado del árbol caído que estaba junto a Aris mientras el acechador se colocaba al otro lado, usando su rayo plateado para desintegrar una rama de tres metros de largo.

Galaeron se lanzó contra el acechador abriéndose camino entre las ramas hasta el tronco y tomando impulso otra vez para aterrizar encima de la criatura. Con un mandoble le cortó media docena de tentáculos y a continuación, describiendo un arco con la espada, la hundió en el ojo central del contemplador.

La hoja se hundió hasta la profundidad de su pulgar y entonces se detuvo en seco.

—¡Elfo! —Aris dejó escapar un bufido mientras arrojaba otro pedrusco y luego gritó—. ¿Estás loco?

Más que ver, sintió la piedra que pasaba volando por encima de su cabeza antes de estallar en mil pedazos, y se dio cuenta que tenía al segundo acechador casi sobre él. Se apartó del primero, liberando su espada mientras se lanzaba en picado. Su brazo consiguió esquivar una roca. Cayó de cabeza y, dando una voltereta, se refugió tras un gran pino, donde se encontró frente a frente con dos acechadores. De los muñones de los tentáculos cortados del primero manaba una sustancia verde y pegajosa, pero no parecía reparar en ello.

Galaeron levantó la espada, pero su vista quedó bloqueada de inmediato por la ancha espalda de Melegaunt. Casi no tuvo tiempo para reparar en lo extraño que era que el mago tuviera una sombra oscura, perfectamente definida en medio de la luz sin relieves de la ventisca, cuando los dos acechadores bombardearon al hombre con sus rayos plateados.

—¡No! —Blandiendo su espada, Galaeron saltó hacia adelante para impedir lo que sabía sería el fin de Evereska. Algo se puso delante de su pie cuando trataba de cruzar la sombra de Melegaunt y lo hizo caer de bruces—. ¡Por la Luna Roja!

Seguro de que su fin estaba próximo, miró hacia abajo y se encontró con que la sombra del mago lo tenía cogido por el tobillo.

—Tú ya has hecho tu parte —le dijo la voz familiar de Melegaunt.

No había terminado de decir esto cuando se oyó el sonido amortiguado de unos cascos atravesando el bosque. En lugar de atacar a Galaeron, el gran acechador se volvió hacia la fuente del sonido. Murió sin un solo grito cuando la espada negra de Vala llegó volando desde la dirección opuesta y fue a clavarse justo en su centro.

El más pequeño de los acechadores orientó sus diez tentáculos oculares en la dirección de donde había partido la espada, pero fue derribado cuando Malik salió volando de su caballo por detrás y cortó todos sus tentáculos con una daga.

Galaeron se puso de pie y corrió a ayudar, pero para entonces Vala ya estaba encima de la criatura. Mientras con una mano recuperaba su arma, con la otra aplastó un ojo cuando el tentáculo giró en su dirección. Después clavó en el cráneo del acechador su espada que, a diferencia de la de Galaeron, se hundió hasta la empuñadura.

—¿Elfo? —La figura imponente de Aris miraba por encima del árbol caído. Llevaba una gran piedra en cada mano—. Elfo, ¿estás vivo?

—Por ahora sí —respondió.

Al volverse vio que el cuerpo aplastado de Melegaunt se disolvía transformándose en sombra, y ésta se convertía en un cuerpo saludable.

—Melegaunt, no deberías haber arriesgado tu vida —dijo Galaeron—. Eso fue lo que convinimos por el bien de Evereska.

—Ya —respondió el mago—, pero después de los trabajos que te tomaste para salvarlo, no podía dejar que el gigante muriera.

CAPÍTULO 12

27 de Nightal, Año del Arpa sin Cuerdas

Galaeron sintió que se ponía tenso y, a continuación, que una mano lo cogía fuertemente por el hombro. Aunque era imposible, supo que un intruso lo había sorprendido mientras hacía guardia. Dio una voltereta, apartándose del árbol contra el que había estado apoyado, y se enredó en un pesado capote con el que no recordaba haberse tapado.

—¡A las armas! —dijo la voz de alarma temiendo que ya fuera demasiado tarde—. ¡Están sobre nosotros!

A pesar del capote que le impedía andar, Galaeron se las arregló para ponerse de rodillas y hacer frente a su atacante. Entonces se encontró ante tres humanos atónitos y un gigante de piedra de expresión muy consternada.

—Somos nosotros, Galaeron —dijo Vala—. Debe de haber sido un mal sueño.

—¿Un sueño? —Galaeron se desprendió del capote y, sin dejar de mirar entre los árboles que tenían detrás, buscó su espada—. No estaba soñando. ¿Cómo podría haber estado soñando?

Vala puso los ojos en blanco.

—Pues es lo que hace la gente cuando duerme.

—Dirás que es lo que hacen los *humanos* cuando duermen —la corrigió Galaeron recalcando la palabra «humanos». No estaba seguro de cuál era la insinuación que más le molestaba, si la de identificarlo con los Tel'Quess, o la de que había descuidado su obligación durmiéndose durante una guardia—. Y yo no estaba dormido.

—¿No? —preguntó el hombrecillo de cara redonda y ojos saltones. Galaeron necesitó un momento para recordar qué estaba haciendo con ellos—. ¿Entonces qué es lo que haces cuando cierras los ojos y roncas?

Galaeron se dio cuenta de que la noche parecía extrañamente clara. Frunció el entrecejo y miró hacia el oeste, donde una esfera amorfa de luz estaba en suspenso sobre las montañas Pico Gris. A pesar del espeso manto de nubes de nieve que lo ocultaban, no había la menor duda de que ese resplandor perlado era el sol matutino.

—¿Me he quedado dormido? —La alarma en la voz de Galaeron era inconfundible—. ¿En medio de mi guardia?

—No te sientas mal. —Vala recogió su capote sacudiéndole la nieve y se lo ofreció—. Malik se hizo cargo y tú necesitabas descansar.

Galaeron aceptó el capote y se puso en cuclillas. Después de dos días sin ensoñación, era indudable que necesitaba descansar. Pero ¿quedarse dormido? ¿Por accidente? De repente empezó a sentirse perdido y vacío, como si dentro de él algo se

hubiera desvanecido.

—¿Qué es lo que tanto te preocupa? —dijo Melegaunt acudiendo a su lado—. Los elfos duermen realmente. Yo los he visto.

—Ocasionalmente —dijo Galaeron—. Cuando estamos enfermos o heridos, a veces en situaciones de desánimo o cuando caemos presa del abatimiento, pero sobre todo cuando nos hacemos viejos y se acerca el momento de dirigirnos hacia el Oeste.

—Cuando tenéis necesidad de escapar del dolor y de descansar —dijo Vala, asintiendo con la cabeza—. No es tan diferente de lo que les pasa a los humanos.

—Muy parecido —concedió Galaeron—, salvo que nosotros nunca nos quedamos dormidos así, por las buenas. Siempre es un acto voluntario.

—Debe de ser una gozada —exclamó Malik—. Lo que es yo, siempre estoy despierto cuando debería estar dormido, y duermo cuando debería estar despierto. Tan sólo este año ha estado a punto de costarme la vida una docena de veces. —Vaciló un momento mientras hacía unos gestos extrañísimos con la boca al tratar de no decir más, hasta que lo soltó por fin—. ¡Casi no me atrevo a cerrar los ojos por temor a que esa bruja arpista, Ruha, me corte el cuello!

Galaeron frunció el entrecejo. Los arpistas eran de los pocos humanos a los que generalmente se dejaba entrar en Evereska, y el simple hecho de que uno de ellos tuviera a Malik por enemigo lo hacía sospechoso a sus ojos. Por otra parte, el hombrecillo realmente había arriesgado su vida por salvar a Galaeron y Aris de los acechadores, y si había algún conflicto entre humanos, no era de la incumbencia del Guardián de Tumbas ni de Evereska.

Al parecer, a Vala y a Melegaunt les interesó todavía menos la revelación de Malik. Vala frunció los labios como preguntándose por qué el hombrecillo habría pensado que podía importarles, y Melegaunt se limitó a atusarse la barba y a estudiar a Galaeron.

—Las cosas no salieron exactamente como las habíamos planeado con el rescate de Aris —dijo por fin—. ¿Hasta qué punto tuviste que esforzarte con la magia que te enseñé?

—Pienso en ella como magia fría —dijo Galaeron—. Mucho. No tuve elección. A Melegaunt se le torció el gesto.

—¡Mentecato! ¿No te advertí que no te pusieras a prueba con esta magia?

—No me puse a prueba —dijo Galaeron—. No tuve otra elección.

—Siempre hay otra elección —replicó Melegaunt—. Sería mejor entregar tu cuerpo a los acechadores que rendir tu espíritu a la sombra.

Melegaunt se acercó y cogió la cabeza de Galaeron entre sus manos. A continuación se la inclinó hacia atrás y le abrió los párpados.

—Ya lo veo. Has dejado que tu sombra se te metiera dentro.

Galaeron sintió que un frío intenso le atenazaba el estómago.

—¡Pues sácala fuera!

—No puedo. —Melegaunt le soltó los párpados y dio un paso atrás—. Debes aprender a controlarla antes de que ella aprenda a controlarte a ti.

—¿Controlarla? ¿Cómo?

—Con cuidado, con mucho cuidado —dijo Melegaunt—. Las sombras son cosas sutiles. Tratará de subvertir tu naturaleza, de hacer que veas el lado oscuro de todo lo que te rodea.

—¿Ver la parte oscura? —preguntó Galaeron—. ¿Quieres decir motivos oscuros?

—Sí, en cierto modo. Toda luz tiene una sombra. Te hará mirar a la sombra en lugar de a la luz, ver lo egoísta que puede ser cualquier acto noble. Cuando eso sucede, eres tu sombra.

Galaeron sintió que se le secaba la garganta y no pudo pronunciar ni una palabra más.

—Galaeron, debes aprender a hacer lo más difícil de todo —continuó Melegaunt—. Tienes que asegurarte de poner siempre la luz por delante de la sombra.

—Debe de ser difícil. —Galaeron pensó en las sospechas que lo habían atormentado unos días atrás así como en su decisión de mantener en secreto la forma en que la magia había circulado por su interior durante la batalla que mantuvieron con los osgos—. ¿Por qué habrás tenido que enseñarme esa magia, Melegaunt?

—¿Tan débil eres? —Melegaunt lo cogió del brazo y tirando de él lo obligó a ponerse de pie—. ¿Te doy el don máspreciado del mundo y piensas que es una maldición? Eso es que tu sombra ya te está ganando, elfo.

Aquellas palabras fueron para Galaeron como una bofetada, ya que sus problemas para entrar en la ensoñación habían comenzado con sus dudas sobre el carácter de Melegaunt. ¿Tendría ya la sombra dentro entonces? A pesar del frío, sintió que se acaloraba y empezaba a sudar.

—Hay algo que debería haberte dicho sobre la batalla con los osgos —dijo Galaeron.

—¿Sentiste la llegada de la nueva magia?

—Fue algo espontáneo —respondió Galaeron—. Al hacer mis conjuros se me metía por su cuenta. Tenía que concentrarme para mantenerla fuera.

Melegaunt asintió con la cabeza.

—La muerte inminente es capaz de acercarte más a tu yo de sombra. —El mago se lo quedó mirando—. Lo más preocupante es que me lo hayas ocultado.

—Tú también guardas muchos secretos. —El propio Galaeron percibió un tono defensivo en sus palabras—. Y después de que le hubieras echado encima los illitas a lord Imesfor, realmente tenía motivos para dudar de ti.

—Ya hablamos de eso. Si no te satisfizo mi explicación, tendrías que habérmelo dicho. —En la voz de Melegaunt se notaba que había perdido la paciencia habitual—.

Va a haber lucha, elfo, y no sé si la ganarás tú.

Galaeron sintió que se le caía el alma a los pies.

—No quiero esa magia. Tiene que haber algo que puedas hacer.

—Lo hay. —Melegaunt echó una mirada significativa a la espada de Vala—. Y si fracasas, lo haré.

—¿Podría ser tan malo?

—Sin duda —respondió Melegaunt—. Y yo no estoy dispuesto a dejar otro mal suelto por el mundo.

—Yo tampoco querría eso. Tomaré tus palabras como una promesa. —Galaeron se volvió hacia Vala—. Y también te pido a ti que me lo prometas.

La mujer enarcó las cejas y miró a Melegaunt. Cuando el mago asintió lúgubrementemente, se encogió de hombros y su expresión se tornó triste.

—Espero que sepas lo que me estás pidiendo.

—Sólo pide lo que es correcto —dijo Melegaunt. Dirigió la mirada hacia el este, donde Mil Caras permanecía oculto por la nieve y los árboles y a menos distancia de la que ninguno de ellos hubiera deseado—. Debemos ponernos en marcha. Los acechadores vendrán a buscarnos...

—Yo os mostraré un camino seguro —fue lo primero que dijo Aris—. ¿Vais al río Delimbyr?

—Sí, un poco más allá —confirmó Melegaunt—, pero ése sería un buen punto de partida.

—Seguidme, entonces.

Aris subió por el estrecho barranco donde habían acampado y empezó a abrirse paso a través de la ventisca. Melegaunt iba detrás de él, hundiéndose hasta la rodilla en la nieve. Con el caballo de Malik cerrando la marcha, a duras penas podían evitar que la imponente silueta del gigante desapareciera engullida por la tormenta.

Mientras ascendían, Galaeron casi ni se daba cuenta de que la ladera se hacía cada vez más empinada. No podía evitar sentir miedo, miedo de lo que podría llegar a ser, más miedo todavía de lo que podría *dejar* de ser. Los elfos que no podían entrar en seguida en la ensoñación ya de por sí se convertían en otra cosa. Incapaces de entrar en comunión con almas semejantes, caían en una tristeza inconmensurable y se volvían seres solitarios. Llegaba un momento en que esos lobos solitarios eran consumidos por la desesperación o abandonaban su hogar, prefiriendo una vida de soledad, o incluso entre los humanos, a tener constantemente ante sus ojos la bendición que ya no podían compartir.

Sin esa conexión con sus semejantes, Galaeron no sabía si tendría la fuerza necesaria para controlar a su sombra. Incluso ahora, le parecía razonable estar en guardia frente a Melegaunt. Los humanos eran bien conocidos por su propensión a la traición, y las formas furtivas del mago sin duda invitaban a la desconfianza. ¿Por

qué no podía decir lo que esperaba encontrar, o por qué había estado estudiando a los phaerimm, o de dónde provenía esta nueva magia?

Le dio por pensar que la advertencia de Melegaunt podría ser un plan para hacerlo dudar de sus propios recelos. Evidentemente, no hay mejor forma de acallar las sospechas de alguien que convertirlas en motivo de temor. Apenas acababa de cruzar este pensamiento por su mente cuando afloró otro que su sombra había encadenado con el anterior. Había entrado en una espiral en la que cada idea llevaba a su contraria y ninguna de ellas era digna de confianza. Tenía la sensación de que el suelo había desaparecido debajo de la nieve y él había quedado indefenso, a merced de los elementos. Por fin se cansó de luchar y simplemente se entregó a la ventisca.

Después de cierto tiempo, cruzaron un gran prado blanco y llegaron a un profundo barranco lleno de nieve. Aris les advirtió que se mantuvieran bien pegados a los lados, entonces abocinó las manos y lanzó un grito atronador. Se produjo un rumor sordo, tan profundo y bajo que, más que oírlo, Galaeron lo sintió. Un instante después, una tremenda avalancha surgió del barranco y se extendió por el prado.

Aris esperó unos minutos a que la nieve se asentara y entonces señaló algo pendiente arriba.

—La cumbre desciende hacia el valle del Delimbyr. Permaneced en la cresta y seguidla hasta el río. Los árboles son altos y espesos, de modo que sólo podrán veros unos cuantos gigantes de piedra que van por el mismo camino. No os ocultéis de ellos, decidles lo que habéis hecho por mí y no os harán el menor daño.

—¿Y qué va a ser de ti, Aris? —preguntó Galaeron—. ¿Estarás bien?

—Me temo que no. —El tono de Aris era tan sordo y airado que tuvieron la sensación de que otra avalancha se precipitaba ladera abajo. Partió la copa de un pino de diez metros de altura y empezó a arrancar las ramas una a una—. La masacre de mi pueblo fue algo terrible, pero lo que esos ojos les hicieron a las Cuevas de Saga... para destruir la obra de dos mil años... Haré que paguen por ello.

—Desgraciadamente, no podrás —dijo Melegaunt—, al menos no tú solo. ¿Te ayudarán otros de tu especie?

El gigante sacudió la cabeza.

—No me atrevería a pedir tal cosa. Ellos no son responsables.

—No, pero nosotros sí —dijo Melegaunt—, tal vez incluso más que tú.

Malik abrió mucho los ojos.

—¡Piensa en lo que estás diciendo! ¡Y a quién se lo dices! —Echó la cabeza hacia atrás para mirar al gigante—. El mago habla por sí mismo.

El gigante no prestó atención al hombrecillo y se arrodilló al lado de Melegaunt.

—Explícate.

—¿Conoces a los phaerimm? —preguntó el mago—. Aunque es posible que los acechadores ni siquiera lo sepan, los phaerimm son sus amos. Ellos fueron quienes

los enviaron a Mil Caras a buscarnos.

—No existe un tonto más grande que un hombre sincero —exclamó Malik montando a caballo—. ¡Espero que no nos hayas condenado a muerte a todos!

Ni Aris ni ninguno de los presentes prestó la menor atención al hombrecillo. El gigante se tomó un tiempo para sopesar las palabras del mago, después se frotó la alargada barbilla y se volvió hacia Galaeron.

—¿Y a pesar de saber que os estaban buscando arriesgasteis vuestras vidas por salvar la mía?

—Si te hubiera abandonado —respondió Galaeron, acompañando sus palabras de un gesto afirmativo—, la culpa no me habría dejado vivir.

—A punto estuviste de no sobrevivir por salvarme —dijo el gigante—. No fue una actitud prudente.

—Fue más prudente que volver solo para enfrentarse a los acechadores, que fue lo que hiciste tú —repuso Melegaunt—. Te acompañaríamos si pudiéramos, pero hay un mal todavía mayor que combatir y debemos seguir camino.

El gigante afirmó con la cabeza.

—Ya hicisteis bastante con salvarme.

—Si te enfrentas tú solo a tantos acechadores, nuestros esfuerzos habrán sido inútiles —dijo Melegaunt—. Con suerte podrías matar a uno o dos.

—Entonces haría justicia a uno o dos. —Aris miró a Galaeron y se puso de pie—. ¿Cómo podría vivir si no vengo a los míos al menos en la medida de lo que puedo?

—Haciendo más —respondió Galaeron. Sabía lo que sentía el gigante porque era muy parecido a lo que él mismo había experimentado al ver que los phaerimm rodeaban Evereska—. ¿No sería más útil asestar un golpe a los responsables de lo que sucedió en Mil Caras?

El gigante de piedra puso cara de preocupación.

—¿Cómo puedo hacer eso?

—Viniendo con nosotros —contestó Melegaunt, que aprovechó el camino abierto por Galaeron—. Hemos jurado destruir a los phaerimm, esos mismos phaerimm que enviaron a sus acechadores a Mil Caras.

Aris no necesitó más de diez minutos, un tiempo muy corto para un gigante de piedra, antes de contestar.

—Pero vosotros tendréis que prometerme algo.

—Si está en nuestras manos —dijo Melegaunt.

—Creo que sí —indicó el gigante—. Tenéis que prometerme que vais a aceptar mi ayuda hasta el final. Para vengar lo que sucedió en Mil Caras, tengo que formar parte de ello.

—Hecho —acordó Melegaunt—, y también te prometo que los acechadores que se adueñaron de tu hogar no estarán mucho tiempo en este mundo. Antes de que todo

haya terminado, lamentarán el día en que pusieron sus ojos sobre tu pueblo.

—Trato hecho. —Aris se inclinó para bajar a Malik de su montura.

—¿Qué estás haciendo? —Malik sacó una daga diminuta de debajo de su capote y lo amenazó con ella—. Debo advertirte que...

—La colina es muy empinada —dijo Aris sin prestar la menor atención a la daga. Depositó a Malik en el suelo y levantó en el aire al caballo del hombrecillo—. Yo llevaré esto por ti.

Se puso el caballo bajo el brazo y empezó a subir la cuesta haciendo caso omiso de las coces y los relinchos de terror del caballo. Malik avanzaba detrás a trompicones, alternando las amenazas al gigante en caso de que hiciera daño a su *Kelda* con palabras cariñosas para tranquilizar al animal.

Galaeron y los demás los siguieron, y pronto se encontraron descendiendo una pendiente nevada hacia el amplio valle del Delimbyr. Con Aris abriendo camino, avanzaban con rapidez. Sólo les llevó un día y medio andando a buen paso llegar al pie de las montañas, y habrían tardado sólo un día de no haber hecho dos «breves» paradas para que Aris advirtiera a los gigantes con los que se cruzaban en el camino sobre los acechadores.

Al oír la triste descripción que hacía Aris del destino de Mil Caras, Galaeron pensó en Evereska. Seguramente su propia ciudad seguiría intacta. Ni siquiera los phaerimm podían violar la magia del mythal, al menos no tan rápido. Según Melegaunt, los phaerimm de Myth Drannor se habían visto atraídos a la zona por el mythal, y eran usuarios muy aventajados de la magia. ¿Y si sabían cómo desmembrar sus defensas? Si conseguían entrar en la ciudad, ni los guardianes del conjuro podrían hacerlos volver atrás. Galaeron se convertiría en alguien como Aris, en un superviviente que sólo vivía para vengarse. En un gigante de piedra, una existencia así era una tristeza inimaginable. En un elfo, especialmente uno que tenía que luchar con su propia sombra, se convertiría en una desgracia insoportable.

Galaeron se moría por ir más rápido, por insistirle a Melegaunt para que usara su magia y así llegar antes, incluso por pedirle que los llevara otra vez por la Linde de la Sombra, pero sabía que no debía hacerlo. Después del enfrentamiento que había tenido lugar en Mil Caras, los phaerimm estarían atentos a cualquier manifestación de magia, e incluso la extraña magia de Melegaunt provocaría sutiles incongruencias en el mundo capaces de llamar la atención de un explorador minucioso. Era mejor evitar por completo el uso de la magia y dejar que la ventisca los ocultara.

La travesía del valle resultó más difícil. Estaban aproximadamente a medio camino cuando la ventisca cesó, dejándolos expuestos a más de un kilómetro del río. Sin un viento que borrara sus huellas, una partida de osgos no tardó en descubrir sus pisadas y en iniciar su persecución. En lugar de recurrir a la magia para eliminar la amenazarlos compañeros se lanzaron al río y cruzaron el hielo. Cuando los osgos

intentaron seguirlos, Aris arrojó varias enormes piedras al centro del río, rompiendo el hielo y precipitándolos a todos a las gélidas aguas.

No tuvieron tanta suerte a la tarde siguiente, cuando dos círculos grises asomaron por el horizonte. Al principio, los compañeros hicieron como que no habían notado la presencia de sus perseguidores, con la esperanza de que fueran lo suficientemente necios como para darles alcance y atacarlos. Al ver que los contempladores no tragaban el anzuelo, Melegaunt se volvió para lanzar un conjuro. Los acechadores desaparecieron de la vista.

Cerca de media hora después, Galaeron entrevió a uno que todavía los seguía. El otro no aparecía por ningún lado.

—Ha ido a buscar ayuda —aventuró Vala.

Galaeron asintió.

—Con suerte, serán sólo acechadores.

—Sólo acechadores, dice. —Malik respiraba con dificultad—. ¡Estás tan loco como un cornudo en su harén!

—Mejor acechadores que phaerimm —dijo Melegaunt—. A menos que te sumes a nuestra lucha, éste sería un buen momento para separarnos.

—¿Para que puedas enviar a tus enemigos detrás de mí? —En los ojos oscuros de Malik brillaba la indignación—. No soy tan tonto como parezco, hombre.

Melegaunt se encogió de hombros.

—Quedas advertido.

El mago sacó un trocito de sedasombra de su capote y trazó un laberinto de sombra sobre la nieve. Cuando terminó, él y Galaeron hicieron conjuros de vuelo sobre cada uno de los miembros del grupo, incluido el sorprendido caballo de Malik, y los compañeros salieron volando hacia el Bosque Alto. El acechador evitó el laberinto de sombra de Melegaunt dando un gran rodeo y pasó a convertirse en una presencia amenazadora que aparecía de vez en cuando en el horizonte para recordarles que el peligro los acechaba.

Por fin llegaron al Bosque Alto y se colaron en la espesura. El acechador se detuvo detrás de una colina y permaneció allí flotando, asomando uno de sus tentáculos para espiar por encima de la cumbre. El resto de los tentáculos aparecía y desaparecía, mirando en todas direcciones en busca de ayuda.

—Ya los tenemos —dijo Melegaunt. Sacó un trozo de sedasombra de su capote y separó una hebra que tendió entre dos árboles—. Casi hemos llegado a Karse.

—¿A Karse? —A Malik casi se le atragantaron las palabras—. ¿Para qué vamos allí?

—Nada de «vamos». —Melegaunt le pasó a Galaeron otro trozo de sedasombra y le indicó que empezara a sacar hebras—. Una vez que hayamos terminado aquí, quedas en libertad para seguir tu camino. Estoy seguro de que estarás tan ansioso de

ocuparte de tus cosas como lo estamos nosotros de ocuparnos de las nuestras.

—No tengo nada de que ocuparme —Malik hizo una pausa como si no fuera a decir nada más, después inclinó lentamente la cabeza hacia un lado y añadió—, salvo vosotros.

—¿Nosotros? —Melegaunt siguió tendiendo hebras de sombra entre los árboles—. ¿Y qué es lo que tienes que ver con nosotros?

Malik se puso pálido.

—Nada... salvo...

El resto de la explicación se perdió en medio de un terrible estruendo proveniente del bosque a sus espaldas. Galaeron giró sobre sus talones y vio a un enorme roble que venía dando grandes zancadas y agitando las ramas como loco. De una enorme cavidad abierta en su tronco salía un gruñido furioso.

—¡No! —dijo el árbol con voz atronadora. Al llegar frente a Galaeron agitó una rama contra las hebras que el elfo había estado tendiendo entre los árboles. La rama pasó a través de las fibras de sombra sin efecto alguno. Un terrible estremecimiento agitó las hojas doradas del árbol y sacudió una rama frente a la cara de Galaeron—. ¡En mi bosque no!

—No queremos hacer ningún daño al bo-bo-bosque —tartamudeó Galaeron. Una vez recuperado de su sorpresa, reconoció que el roble era el treant más viejo que había visto en su vida. Tenía una larga barba de moho y un tronco de más de diez metros de diámetro. Consciente de que aquella criatura consideraría una amenaza el garrote de madera de Aris, Galaeron le indicó al gigante que vigilara en la linde del bosque y luego se volvió hacia el treant—. Debemos tomar medidas para protegernos. Nos persiguen acechadores.

—«Un» acechador. Ojos tengo. —Para demostrarlo, el treant guiñó un par de agujeros a más de tres metros por encima del suelo—. Y vuestro bienestar no es cuestión mía. Vuestra magia tiene algo malo, y en mi bosque no la quiero.

—Sin duda se trata de una magia diferente —dijo Melegaunt—, pero eso no significa que haya algo malo en ella.

—Hace que no sea buena para el Bosque Alto. —El treant volvió a tratar de quitar la red de sombra, y al ver que no podía se volvió hacia Galaeron—. Quítala.

Galaeron empezó a recoger la sedasombra en un ovillo, provocando una mirada de desaprobación de Melegaunt.

—¿Qué estás haciendo?

—Esta es la heredad de Turlang —dijo Galaeron, adivinando la identidad del treant. Sólo Turlang, el renombrado señor del Bosque Alto, podría ser tan enorme y tan viejo—. Debemos respetar sus deseos.

Melegaunt puso los ojos en blanco en un gesto de desesperación.

—Sabes perfectamente que eso significa que nos van a coger. —Echó una mirada

a Turlang y a continuación añadió—: Y entonces habrá una batalla.

—Los susurros de Fuorn nos hablaron de tu regalo al Bosque Olvidado, Barba Oscura, de modo que una amenaza perdonaré. —El treant se inclinó para mirar a los ojos a Melegaunt—. Sus susurros también dijeron algo del problema del que huyes, y no estoy dispuesto a admitir gusanos mágicos en mi bosque.

—Entonces harías bien en ayudarnos. —Melegaunt señaló a Galaeron y a los demás—. Todos hemos jurado devolver a los phaerimm a su prisión, y la ayuda que necesitamos reside en tu bosque, en el templo de Karse.

Turlang se irguió cuan alto era.

—¿Qué ayuda puedes necesitar de Wulgreth? Que tengas como amigo a un lich no hace más que confirmar el mal que percibo en ti.

Galaeron sintió que lo recorría un escalofrío.

—¿Un lich? —repitió, comprendiendo por fin por qué Melegaunt había sido tan discreto respecto de la ayuda que venían a buscar—. ¿Qué otras mentiras nos has estado contando?

Melegaunt alzó un dedo de advertencia contra Galaeron.

—Ten cuidado con esa sombra, amigo mío. —Y volviendo la vista hacia Turlang dijo—: Wulgreth no es mi amigo, pero todo tesoro tiene su guardián, y espero tener tratos con él, aunque no de la forma que tú crees.

Turlang se quedó callado y quieto, presumiblemente sopesando por un lado las palabras de Melegaunt y por otro el «tufillo» maligno del grupo. Aunque Galaeron sospechaba de Melegaunt, temía que el treant advirtiera la malevolencia de su propio espíritu oscuro. Por mucho que lo intentara, el elfo no podía evitar atribuir los motivos más egoístas a cada acción. Melegaunt esperaba llegar a un acuerdo con un malvado lich. Malik quería robar el secreto de la magia de las sombras. Turlang se negaba a ayudarlos porque temía la ira de los phaerimm. Galaeron estaba perdiendo la batalla contra su sombra.

Por todo esto, el elfo dio un paso adelante y se colocó directamente enfrente del treant.

—El Turlang del que habla mi madre jamás abandonaría a un amigo de los árboles.

—Tampoco lo haría el que ahora se encuentra frente a ti —dijo el treant—, si estuviera seguro de que sois amigos de los árboles.

—Entonces no nos rechazarás. —Cuando Galaeron hizo una señal con la mano a sus compañeros, encontró sólo a Melegaunt, a Vala y a Aris, que seguía vigilando en la linde del bosque. Malik y su caballo habían desaparecido, habiendo decidido, al parecer, aceptar el consejo de Melegaunt de separarse de ellos—. Te juro por mi vida que ninguno de los aquí presentes haremos ningún daño al Bosque Alto, ni permitiremos que le ocurra el menor daño por algo que cualquier de nosotros

hagamos o dejemos de hacer.

Turlang se lo quedó mirando largo tiempo.

—Tu vida no significa nada para mí —dijo por fin—. Sé que eres de Evereska por tu forma de vestir y de hablar, pero hay en ti algo oscuro que no me inspira confianza.

—Vienen más diablos con ojos —gritó Aris desde la linde del bosque.

—¿Cuántos? —preguntó Vala, asumiendo el papel de jefa.

—Están demasiado lejos para saberlo —dijo el gigante—. No son más que puntos, pero también hay algo parecido a un demonio del polvo.

Galaeron y Vala intercambiaron miradas de inquietud y Melegaunt perdió la paciencia.

—Vamos con retraso, árbol —gruñó el mago—. Está en peligro algo más que tu bosque, y no te quepa la menor duda de que vamos a pasar a través...

—Lo que haremos es atenernos a la voluntad de Turlang —lo interrumpió Galaeron. Aun suponiendo que Melegaunt fuera lo bastante poderoso para vencer a Turlang y a sus numerosos aliados, y Galaeron sospechaba que la batalla sería más reñida de lo que suponía el mago, para un elfo desafiar a un treant en su propio bosque sería un acto de maldad tan terrible como la traición. Galaeron se volvió hacia el árbol—. Si el gran Turlang no da valor a mi promesa, estoy seguro de que valorará la de mi madre.

—¿Ofrecerías la vida de tu madre por la tuya? —La voz de Turlang era desaprobadora—. ¿Quién es esa afortunada elfa?

Galaeron tuvo que reprimir una oleada de rabia.

—Morgwais Nightmeadow.

Turlang alzó los pliegues que pasaban por cejas.

—¿Morgwais?

Galaeron asintió.

—Conocida por los pobladores del Bosque Alto como Morgwais la Roja.

Vala y Melegaunt cruzaron miradas de sorpresa. El treant se quedó considerando lo dicho por Galaeron durante largo rato. Mientras tanto, Aris seguía dando cuenta de lo que veía.

—Son pequeños círculos..., seis, y algo como un embudo con una cola. El que está detrás de la colina vuela a su encuentro...

Por fin Turlang habló.

—Si mentís sobre esto, pagaréis con vuestras vidas. —Miró a Vala y a Melegaunt—. Las de todos —añadió.

—De acuerdo —dijo Galaeron.

Vala y Melegaunt se apresuraron a hacer un gesto de asentimiento.

—Galaeron puede dar mi vida como garantía —dijo Aris.

—Entonces tenemos un trato. —Turlang bajó dos ramas—. Voy a necesitar

vuestras armas y vuestra promesa de no usar la magia oscura hasta entrar en el Bosque Espectral.

Galaeron se despojó de la funda de su arma y la depositó en una mano de ramas sarmentosas.

—Como quieras —dijo.

Vala se quitó el cinto y lo envolvió alrededor de la empuñadura del arma para impedir que la negra hoja se saliera, a continuación la depositó junto al arma de Galaeron. Melegaunt sacó su daga enfundada pero vaciló antes de unirla a las demás armas.

—La daga la entrego de buen grado —dijo el mago—, pero la magia voy a necesitarla para confundir a nuestros enemigos.

—Estarán confundidos —le aseguró Turlang—. Yo me ocuparé de ello.

—No son seres corrientes —le advirtió Melegaunt—. Los phaerimm no se dejan engañar por la magia normal, y los acechadores pueden anularla con una mirada.

—No será la magia lo que los despistará. —El tono de Turlang era desusadamente malhumorado para un treant—. ¿Vas a prometerlo o no?

Melegaunt dirigió a Galaeron una mirada vacilante.

—Decídelo ahora —dijo Galaeron—. Si mientes, la vida de mi madre está en juego.

Desde la linde del bosque llegó la voz de Aris.

—Se están desplegando, y... ¡Y volviéndose invisibles, los muy cobardes!

Melegaunt seguía mirando a Galaeron.

—¿Estás seguro?

—Es la única forma —respondió Galaeron.

—Está bien, lo prometo —dijo Melegaunt encogiéndose de hombros.

Turlang se quedó estudiando a Melegaunt durante un minuto antes de dirigir la mirada hacia Aris.

—¿Estás preparado, gigante?

Aris se quedó aún un momento mirando a través del valle con una sonrisa de desprecio y odio. Cuando por fin asintió y entró en el bosque, sus ojos grises tenían la frialdad del hielo.

—Vamos.

Turlang alargó una rama hacia el garrote de madera del gigante.

—Tu arma —dijo.

Aris entregó el garrote. El treant lo mantuvo un poco alejado, estudiándolo un momento, hasta que pareció caer en la cuenta de que estaba hecho de un tronco completo de árbol. Su rostro reflejó una extraña expresión de tristeza y de rechazo y dejó caer el arma en la nieve. La madera tomó inmediatamente un color marrón y se deshizo en humus.

—Ahora podemos irnos.

Turlang empezó a internarse en el oscuro bosque. Su enorme cuerpo se movía entre los árboles con la gracilidad de un elfo. Galaeron indicó a los demás que los siguieran y él mismo ocupó un lugar junto a Vala al final de la hilera.

La mujer se acercó y se inclinó hacia él.

—¿Tienes idea de qué puede haber sido de Malik?

—Ni una pisada de su caballo —respondió Galaeron. Miró hacia atrás y no le sorprendió ver a una docena de árboles que se disponían formando un bosque, mientras que un número igual de druidas evolucionaba de un lado para otro, borrando todo rastro del paso del grupo y disponiendo una huella falsa en la dirección contraria —, pero espero que no haya ido hacia el sur.

CAPÍTULO 13

28 de Nightal, Año del Arpa sin Cuerdas

El explorador y su hipogrifo bajaban del cielo gris, un jinete espectral en una montura espectral, casi imposibles de ver contra el fondo de nubes aceradas, incluso con la magia de detección funcionando plenamente. Khelben echó una mirada a Laerm Ryence, su homólogo y comandante conjunto de la Caballería Ligera, y vio que los ojos de plata del elfo estaban fijos en el camino que tenía ante sí. Aquí estaban, corriendo al encuentro de un ejército de phaerimm a toda la velocidad que les permitían sus monturas encantadas, y aquel tonto todavía no se había molestado en usar su magia de detección. Semejante negligencia no decía mucho a favor de la compañía expedicionaria de Siempre Unidos.

El explorador llegó volando junto a la columna. Las alas de su hipogrifo agitaron el aire al disminuir la velocidad. Lord Ryence dio un salto perceptible, llevando la mano libre al cinto donde llevaba las varitas mágicas y girando el cuello para mirar por encima del hombro equivocado.

—No hay de qué asustarse —gritó Khelben, con la voz sofocada por el ruido del galope de su montura. Enrolló las riendas en torno al arzón de su montura y a continuación hizo un conjuro para amortiguar el sonido atronador de los cascos de los cuatrocientos caballos que venían detrás de él—. Es mi explorador.

Los dedos de Ryence por fin lanzaron rápidamente un conjuro de detección.

—Ya veo —dijo. Como la mayoría de los elfos, parecía poco cómodo en los poderosos corceles de guerra que lord Piergeiron había elegido para el viaje—. No soy ciego.

Pasando por alto la agria respuesta de éste, Khelben se volvió hacia su explorador.

—¿Cuál es tu informe? —preguntó.

—Unos tres kilómetros más adelante —respondió el jinete, un hombre de rostro demacrado que lucía una barba de dos días—, el Aguas Serpenteantes forma una curva a tiro de flecha del Páramo Alto. A menos de mil metros más allá, el Cola de Serpiente forma una horquilla al norte y obstruye tu camino.

—¿Es buen lugar para una emboscada?

—El mejor. Estaríais atrapados contra el Aguas Serpenteantes con el Cola de Serpiente cortándoos el camino hacia adelante.

Khelben echó una mirada a la empinada pendiente que flanqueaba su camino hacia el norte. Aunque el declive no tenía más de treinta metros de altura hasta el Páramo Alto, su superficie estaba húmeda y resbaladiza, lo cual la hacía difícil de escalar en circunstancias normales, e imposible cuando desde arriba les llovían las flechas y rayos refulgentes. Al otro lado del páramo estaba el Aguas Serpenteantes,

un río que fácilmente tenía doscientos pasos de anchura, con un tenebroso canal central que corría entre dos orillas de hielo sólido.

—Tendremos que cruzar —dijo Khelben, señalando el río con un movimiento de cabeza—. Puedo tender un puente con una puerta para plegar el espacio, pero los jinetes tendrán que pasar de uno en uno. Tal vez sería más rápido que tu Selu'taar hiciera un puente de mayor amplitud.

Ryence trató de parecer sorprendido.

—¿Qué te hace pensar que hay altos magos entre nosotros?

—Estás poniendo a prueba mi paciencia, lord Ryence —dijo Khelben con tono amenazador. De haber estado Learal allí se habría sentido orgullosa de él por no haber llamado mentiroso al elfo—. No es el momento más adecuado para seguir manteniendo secretos mezquinos.

Fue el ayudante de Ryence, un venerable elfo dorado de nombre Bladuid, quien respondió.

—Un conjuro de puente no sería difícil. Bastaría con media hora.

—Demasiado tiempo —refunfuñó Ryence, molesto de que Bladuid hubiera traicionado su identidad. El comandante elfo señaló con el mentón hacia la pared de árboles cubiertos de nieve de la margen meridional del río—. Y además tendríamos que volver a cruzar o enfrentarnos al Bosque de Wyrms a lo largo de ciento cincuenta kilómetros.

—Es preferible perder una hora o dos cruzando ríos que media compañía en una emboscada.

Los ojos de Ryence lanzaron un rayo plateado.

—¿Has visto emboscadores en el páramo? —preguntó al explorador de Khelben.

Aunque algo reticente, el jinete sacudió la cabeza.

—Por supuesto que no —dijo Khelben—. No si los phaerimm están usando su magia.

—Estoy dispuesto a correr ese riesgo.

—Pues yo no —dijo Khelben—. Debe quedar un número suficiente de nosotros para resistir cuando llegemos a nuestro lado de la puerta. Si los phaerimm la destruyen, el ejército tardará un mes en llegar a Evereska.

—No me sorprende oír hablar así a un humano —dijo Ryence—. Cómo se ve que los phaerimm no están amenazando a una de vuestras ciudades.

—Puede que no sea una ciudad humana la que están atacando, pero mucha sangre humana se derramará para defenderla. —Khelben procuraba por todos los medios ocultar el profundo desprecio que le inspiraba este elfo. Había visto bastantes nobles ambiciones como para reconocer a alguien que trata de hacerse un nombre, y sabía que esos necios pocas veces tienen el buen gusto de morir solos—. Harías bien en no derrocharla.

—Ningún elfo te ha pedido que derroches nada —dijo Bladuid, apurando a su montura para ponerse a la par de Ryence—. Por lo que a nosotros concierne, ésta es sólo una cuestión de los elfos.

Aunque Khelben era plenamente consciente del desprecio de la mayoría de los elfos dorados por los humanos, estaba poco habituado a sentirlo en carne propia. Irguiéndose en toda su altura echó una mirada furiosa al alto mago que estaba más allá de Ryence.

—Tal vez hayas olvidado quién soy. Mi padre era Arun Maerdrym, noble sucesor de la Casa Maerdrym de Myth Drannor. —Lo que Khelben no añadió, aunque era obvio por su aspecto plenamente humano, fue que Arun había sido un semielfo y, como tal, el primer hijo de una raza mixta en ser reconocido por una casa noble—. Y yo, personalmente, soy uno de los pocos humanos, elfos u otra cosa, que realmente recuerda haber vivido en Myth Drannor.

—Entonces deberías saber lo que pasa cuando elfos y humanos se juntan —replicó el alto mago—. ¿Cuánto tiempo hace que cayó la Ciudad de la Belleza?

—Menos de lo que hace que cayó Aryvandar —retrucó Khelben—, y no creo que se pueda culpar de ello a los humanos.

La burla arrancó a Ryence una mueca despectiva y a Bladuid una mirada funesta. A ningún elfo, especialmente a ningún elfo dorado, le gustaba que le recordasen cómo las Guerras de la Corona habían dado al traste con la edad dorada de la civilización elfa.

Khelben suavizó el tono.

—Por suerte, el espíritu de Myth Drannor sigue vivo en algunos..., incluso en Evereska. Yo mismo he sido siempre bien recibido en el valle.

—Sí, tal vez si más humanos arriesgaran sus vidas ayudando a los elfos en lugar de saquear sus tumbas, recibirían la misma bienvenida que tú. —El alto mago se refería a la época de la que hacía casi mil años en que Khelben había estado a punto de morir salvando a tres evereskanos de una emboscada de los phaerimm. Cuando los agradecidos elfos se lo llevaron a casa para que se recuperase de sus heridas, pasó a ser el primer humano que jamás hubiese visto Evereska.

—Si se me permite el atrevimiento —dijo el explorador de Khelben, que todavía seguía volando un poco por encima de su hombro—, es lo que estamos tratando de hacer ahora, ayudar.

—¡Qué noble de vuestra parte! —ironizó Bladuid—. Y por supuesto vuestra generosidad no tiene nada que ver con lo que sucederá a las tierras de los humanos si triunfan los phaerimm, ¿verdad?

—Aguas Profundas está muy lejos de Evereska, mago. —El explorador volvió la mirada hacia Khelben y señaló el camino—. Ahí está la curva, señor, si vas a cruzar, será mejor que lo hagas pronto.

Khelben miró directamente a Ryence.

—¿Qué me dices? ¿Querrás complacerme por esta vez?

El jefe elfo sólo dedicó un segundo a considerar su petición.

—No hay necesidad. Debemos de estar a trescientos kilómetros de Evereska. Los phaerimm no van a tendernos una emboscada aquí.

—Entonces te deseo suerte —dijo Khelben, tirando de las riendas de su caballo para hacerlo salir de la formación.

A Ryence se le abrieron los ojos como platos.

—¿Qué estás...?

Fue todo lo que oyó Khelben antes de que la voz de Ryence se perdiera en la distancia. Levantó la mano e indicó a todos los jinetes de Aguas Profundas que se reunieran con él mientras observaba con el corazón lleno de pesar cómo los guerreros elfos seguían adelante, volviendo la cabeza para mirar hacia donde él estaba. Se habría sentido mejor si su expresión hubiera sido menos indignada y más perpleja.

El explorador aterrizó junto a Khelben, manteniendo cortas las riendas de su hipogrifo para que no tratase de lanzar un bocado a los caballos que empezaban a reunirse.

—Sabia elección, mi señor. —En la nube cada vez más densa de aliento humeante de caballo, la forma invisible del explorador era apenas perceptible incluso para Khelben—. Ese elfo está demasiado ansioso de encontrar su propia muerte.

—Esperemos que eso ocurra lo más tarde posible. Puede que Ryence sea un necio y Bladuid un intolerante, pero sus guerreros son valientes y dignos o no hubieran venido hasta aquí para participar en una batalla que no es suya. —Khelben fijó la mirada en el explorador—. Shandar ¿verdad?

—Una memoria excelente, lord Bastón Negro.

—No hay más de una docena de vosotros —dijo Khelben, rechazando el cumplido con un gesto de la mano—. Dime qué aspecto tenía el páramo cuando lo sobrevolaste. ¿Podrían cruzarlo los caballos?

—El suelo parecía bastante helado, pero el hielo estaba demasiado resquebrajado. Supongo que la mitad de ellos sufrirían accidentes.

El último de los jinetes elfos había pasado ya, dejando al archimago a solas con su compañía de voluntarios, apenas cien guerreros y menos de veinticinco magos guerreros. Los hombres intercambiaban miradas nerviosas, esperando en silencio a que su comandante les explicase por qué había dividido a la Caballería Ligera. Khelben no les prestó atención, convencido de que se enterarían muy pronto de la razón, pero con la esperanza de que eso no sucediera.

Shandar finalmente perdió la paciencia.

—¿Lord Bastón Negro? ¿El río?

Khelben miró al otro lado del Aguas Serpenteantes, a los árboles desnudos,

consciente de lo difícil que sería volver a cruzar el río si los elfos sufrían una emboscada.

—No podemos correr el riesgo de cruzar el río. —Khelben desmontó y puso sus riendas en manos del jinete más próximo, después sacó su bastón de la funda en que lo llevaba, y empezó a subir la cuesta—. Vamos a necesitar a esos elfos.

El primer indicio de la aldea fue el olor afrutado del humo de la hierba de fuego, un olor que había guiado a Galaeron al campamento de más de un perezoso mago saqueador de tumbas incapaz de privarse de satisfacer sus vicios durante unas cuantas noches. Este humo en especial era especialmente repugnante, y tuvo una visión repentina de su madre y sus amigas andando a gatas por la nieve, fuera de su refugio para caso de tormenta, con las manos abocinadas en torno a sus pipas de espuma de mar y las cabezas envueltas en nubes de humo pardusco. Los elfos del bosque eran los más caprichosos entre los Tel'Quess, siempre dispuestos a probar algún nuevo deleite y a animar una fiesta con un toque de intemperancia, y no le resultó difícil imaginar que se estaban volviendo esclavos de la pipa después de ver a algún mago humano exhalando anillos de humo a través de la amarillenta barba.

Mientras Turlang conducía al reducido grupo hacia el interior de la aldea, oyeron una voz masculina que entonaba una canción picante que hablaba del amor de una noche. Cada estrofa era saludada con fuertes risotadas, y Galaeron no tardó mucho en identificar la voz de su madre entre las demás. Como siempre, despertó en él un anhelo juvenil que hacía tiempo creía superado... y también emociones más profundas, más borrascosas, que juzgó conveniente no entrar a analizar si quería mantener a raya a su sombra.

Como la mayoría de los asentamientos Sy'Tel'Quess, la aldea invernal de Rheitheillaethor tenía más de campamento que de ciudad. En el suelo había unas rudimentarias chozas de troncos y barro construidas sólo para despistar a los intrusos, ya que las verdaderas viviendas de los elfos estaban en lo alto de los árboles. Eran una especie de nidos modestos tanto por su tamaño como por su construcción que por lo general no pasaban de unas tiendas de cuero encerado que cubrían una plataforma de troncos que se habían caído de viejos. Las paredes solían estar decoradas con pintura monocromática con toques de color representando escenas invernales, plasmadas con tal arte que eran capaces de aumentar la impresión de camuflaje. Para ahorrar a los residentes el esfuerzo de bajar a la tierra del bosque cuando querían ir a alguna parte, todas las chozas estaban conectadas por una intrincada red de pasarelas y cuerdas, todas sabiamente disimuladas como sarmentosas ramas cubiertas de hojas de vid. Con una fresca nevada crepuscular como la que había ahora en el suelo, un observador poco avezado podía atravesar fácilmente todo el Rheitheillaethor sin haber visto en ningún momento la aldea real.

Los acompañantes de Galaeron no eran observadores poco avezados. Vala y Melegaunt hacían como que no notaban los ojos que los observaban desde las madrigueras de los centinelas, pero el cuidado que ponían en evitar los campos de fuego hacía sospechar que conocían perfectamente dónde estaban apostados los arqueros de la aldea. Aris no era tan sutil. Se limitaba a pasar de un árbol a otro admirando el trabajo artístico, que le hacía soltar expresiones íntimas de admiración. Si observó a las inquietas madres elfas recogiendo a sus hijos de mirada asombrada hacia los lugares más apartados de sus viviendas, no dio señales de ello.

Por fin llegaron al centro de la aldea. Turlong se hizo a un lado y dejó a la vista la única edificación permanente del Rehitheillaethor, una casa alargada de mármol blanco. Aris se puso inmediatamente de cuatro patas para estudiar el bajorrelieve que rodeaba el edificio.

Cincuenta pasos más allá de la construcción, cien elfos de los bosques estaban sentados en troncos caídos cubiertos de nieve, bebiendo hidromiel muy concentrada y escuchando la picante canción cuyo sonido llevaban un rato oyendo los compañeros. La cantaba un humano de voz ronca sentado en el Asiento de Honor, una piedra plana encajada en una horquilla junto a la orilla del río Sangre del Corazón. El hombre tenía una cara delgada y curtida, unos ojos alegres y una barba larga que se había vuelto amarillenta en torno a la boca. En una mano sostenía una larga pipa que por sí sola había cubierto el claro con una nube de humo color turquesa, mientras que con la otra palmeaba el trasero de una risueña elfa de los bosques que tenía sentada en sus rodillas.

Con los ojos ambarinos, el cabello de color miel que le llegaba hasta la cintura y un rostro tan cobrizo que sólo podía considerarse rojo, la Dama del Bosque estaba tan asombrosamente bella como siempre, y Galaeron tardó un momento en aceptar que era realmente su madre la que estaba en las rodillas del humano. Aunque Morgwais desdeñaba a los humanos todavía más que la mayoría de los elfos del bosque, que sentían por ellos un aborrecimiento legendario, daba la impresión de que este humano no le desagradaba. Con uno de los brazos le rodeaba el cuello y tenía el pecho bien pegado a su mejilla, y si le molestaba la mano que el hombre apoyaba en su trasero, lo disimulaba muy bien.

Turlang esperó hasta que el humano terminó su canción antes de agitar su ramaje.

—Perdonad la intrusión, amigos de los árboles.

Al oír la voz de un treant, la madre de Galaeron sonrió abiertamente y se volvió a mirar. Su mirada de alegría hablaba a las claras de la alta consideración en que los elfos tenían al señor del bosque.

—¿Turlang?

—Tengo necesidad de palabras, lady Morgwais.

—Claro —respondió ella. Saltó de las rodillas del hombre y se adelantó con los

brazos tendidos—. Bienvenido.

—Siempre es un placer —dijo el treant, haciendo una inclinación con la copa.

—¿Qué es lo que os trae a Rheitheillaethor, amigo mío? —Al pasar junto a los demás elfos pareció reparar por fin en Aris, que estaba de rodillas junto al refugio—. ¿Y quién es tu altísimo amigo?

—Aris no es ni mi amigo ni mi enemigo... aún. —Turlang bajó una rama hacia Galaeron—. Viene en compañía de alguien que se dice hijo tuyo.

—¿Galaeron? —La mirada de Morgwais se desplazó hacia donde estaba Galaeron, a la sombra de las ramas de Turlang, y pasó junto al treant para abrazarlo—. ¡No te sentí entrar en el bosque!

—¿No? —El comentario produjo un extraño resentimiento en el elfo, que lo tomó como una insinuación por parte de su madre de que pretendía sorprenderla. Echó una mirada de disgusto al humano de barba blanca que ahora seguía a su madre como un ciervo a su cierva—. Puede que estuvieras distraída con tu amigo humano.

Morgwais retrocedió un paso y alzó una ceja con aire reprobatorio.

—¿Es que Aubric te envió para velar por mi virtud? Estoy segura de que tu padre tiene cosas más importantes que hacer.

Esto provocó ciertas risitas tontas entre los elfos del bosque, que consideraban que los celos eran una perversión. Galaeron se sintió enrojecer y empezó a enfadarse con su madre por ponerlo en evidencia, hasta que se dio cuenta de que nadie más que él era culpable de su ridículo. Para los Sy'Tel'Quess, el coqueteo formaba más parte de la vida que la buena comida y la bebida abundante, y ni siquiera su padre se habría molestado por encontrar a Morgwais sentada en las rodillas de otro. La causa de la indignación de Galaeron no era la conducta de su madre, sino algo mucho más profundo y oscuro.

—Te ruego que me perdones —dijo—. Dudo de que padre sepa siquiera que estoy aquí. Es sólo que me resultó tan extraño encontrarte en compañía de un humano que no supe qué pensar.

La sonrisa que volvió a los labios de Morgwais sólo era dubitativa a medias. Cogió a Galaeron de la mano e indicó al hombre de la barba blanca que se adelantara.

—Elminster no es un humano corriente.

—¿Elminster? —fue Melegaunt quien pronunció el nombre—. ¿Del Valle de las Sombras?

—El mismo. —Al adelantarse el anciano y colocarse junto a Morgwais, el centelleo de sus ojos se volvió fiero—. Y tú eres Melegaunt Tanthul, si no me equivoco.

Los ojos de Melegaunt se entrecerraron y su expresión pasó de la preocupación a algo entre el temor reverencial y el terror.

—Lo soy, pero tú ya lo sabes.

Elminster dio una chupada a su pipa.

—Tus esfuerzos no han pasado inadvertidos, muchacho. Se habla por ahí de lo que has hecho por Evereska.

—¿Y es por eso por lo que estás aquí? —Galaeron estaba tan asombrado por la idea de que alguien pudiera llamar «muchacho» a Melegaunt como entusiasmado al enterarse de que el propio Elminster se hubiese enterado de la situación en que se encontraba su patria—. ¿Para ayudarnos?

Elminster seguía mirando a Melegaunt.

—Eso depende de lo que busquéis en Karse.

Melegaunt arqueó las cejas.

—¿Qué te hace pensar...? —De repente pareció darse cuenta de cuál era la respuesta—. Los gigantes de piedra, por supuesto..., y lord Imesfor piensa que soy netheriliano.

—Y yo no estoy convencido de que esté equivocado.

—Puedes creer lo que quieras, pero si has hablado con los gigantes de piedra, debes de saber también que los phaerimm están desesperados por detenernos. Eso debería bastar para convencerte de que servimos al mismo objetivo.

El tono de Elminster se volvió cortante.

—Lo estaría más si lord Imesfor no hubiera llevado un illita pegado a su cerebro cuando llegó hasta Khelben. Dijo que había visto a toda una banda de ellos.

—Entonces está bien. —Aunque la respuesta de Melegaunt era una afirmación, su audacia no impidió que se encogiera de miedo ante la ira de Elminster—. A veces no es tan fácil distinguir entre el bien y el mal. Imesfor tenía que sufrir para que Evereska pudiera salvarse.

—¿Es eso así? —El tono de Elminster sugería que no lo era—. De haber llegado sin agujeros en el cráneo, creo yo que Khelben se hubiera puesto en camino mucho antes.

—¿Khelben va hacia Evereska? —preguntó Galaeron—. ¿Khelben Arunsun?

—Por supuesto, muchacho. ¿Creías que iba a dejar que se apoderaran de ella los phaerimm? —El mago apuntó con su pipa hacia el sur—. Mientras nosotros estamos aquí conversando, él atraviesa con una compañía las planicies occidentales para levantar una puerta translocacional.

—¿Qué clase de compañía? —Había alarma y pena en la voz de Melegaunt—. Sólo estáis enviando a hombres vivos en pos de los muertos.

La irritación apareció en los ojos de Elminster.

—No debes subestimar a Khelben Arunsun.

—Jamás, pero él no puede hacer más contra los phaerimm que los evereskanos — Melegaunt señaló a Galaeron—, y el joven Nihmedu puede decirte lo que les sucedió a ellos.

Galaeron miró a Elminster a los ojos y asintió.

—Los Guardianes de Tumbas, la guardia de fronteras, la guardia de los conjuros...

—Sí, sí..., y la mitad de los altos magos también. —Elminster despachó la enumeración de Galaeron con un movimiento de su pipa—. Imesfor nos lo contó todo, pero Khelben tiene ciertos recursos que ni siquiera los altos magos poseen.

Galaeron no pidió ninguna explicación al viejo mago. Al menos en Evereska era bien sabido que, al igual que el propio Elminster, Khelben era uno de los Elegidos de Mystra. Nadie sabía con exactitud qué significaba ser un Elegido, pero estaba bastante generalizada la creencia de que esos individuos estaban investidos con algo del poder divino de la diosa de la magia. Según los rumores, eran prácticamente inmortales, y podían echar mano del poder que poseían para realizar hazañas de magia realmente fantásticas. Sin duda era bueno tener a los Elegidos del lado de Evereska, pero Galaeron seguía pensando que con uno no era suficiente.

—Buen mago, harías bien es escuchar a Melegaunt con respecto a eso —dijo Galaeron—. Si no es ya demasiado tarde para contactar con lord Kh...

—Hay pocos hombres tan tercos como Khelben Arunsun —Elminster alzó una ceja y fijó una mirada inquisitiva en Galaeron—, pero podría tratar de hacerlo desistir si hubiera un buen motivo.

—Sólo puedo decirte que sin Melegaunt Tanthul, lord Imesfor estaría incubando un huevo para los phaerimm ahora mismo —dijo Galaeron—. Melegaunt es el único que parece capaz de enfrentarse a nuestros enemigos en pie de igualdad.

Elminster sacudió la cabeza.

—Khelben es un hombre orgulloso, me temo. Tal vez si me dijerais lo que buscáis en Karse...

—Algo para derrotar a los phaerimm. —Galaeron miró a Melegaunt esperando que él diera más detalles, pero el mago de sombra mantuvo la vista fija en Elminster e hizo como si no se diera cuenta—. Es todo lo que me ha dicho.

—Eres un espíritu confiado, muchacho —dijo Elminster—. Eso dice mucho de tu propia honestidad, pero poco de tu buen juicio.

—Los phaerimm nos han venido pisándonos los talones constantemente —explicó Melegaunt—. Pensé que era más oportuno mantener el plan en secreto por si empeoraban las cosas.

—Sabia precaución —Elminster se acercó más a Melegaunt y puso el oído junto a la boca de éste—, pero a mí me lo puedes decir.

Melegaunt retrocedió y Vala se interpuso entre su señor y quien lo interrogaba. Si a Elminster le había pasado desapercibida la sutil tensión que se apoderó del cuerpo de la mujer, a Galaeron no.

—Puedo valerme solo aquí —dijo Melegaunt—. Si realmente quieres hacer algo

positivo, será mejor que te unas a Khelben en el sur. Otra mano capaz de lanzar el fuego argénteo de Mystra ayudaría mucho a salvar a su compañía.

Este comentario hizo aparecer una sonrisa forzada en los labios de Elminster.

—Veo que sabes más sobre mí que yo sobre ti..., y también veo que así es como quieres que sigan las cosas.

—La fama de tus Hazañas te precede —dijo Melegaunt— Yo he llevado una vida más retirada, pero Galaeron puede decirte que mis intenciones son buenas.

—Yo sigo mis propios criterios con respecto a esas cosas. —El tono de Elminster se endureció.

—Es tu privilegio —dijo Melegaunt—. Y también el mío.

Elminster esperó alguna explicación, pero por fin sacudió la cabeza.

—Vaya, confiaba en poder hacer esto de una manera más sencilla.

Sigilosamente metió una mano en el bolsillo. Vala cayó instantáneamente sobre él, buscando con una mano su garganta y con la otra el brazo amenazador.

Cuando estaba a punto de tocar su cuerpo, un aura azulada refulgió bajo sus dedos. La mujer dio un grito y retiró los brazos. Después, mirándose las puntas de los dedos chamuscadas se apresuró a meterlas en la nieve. Elminster le dirigió una mirada divertida y, a continuación, sacando una brizna de hierba de fuego del bolsillo relleno su pipa.

—¿Qué pensaste, muchacha? ¿Que quería sonsacarle sus secretos con un encantamiento? —Elminster chasqueó los dedos y mantuvo una pequeña llama sobre la cazoleta de la pipa—. Tengo métodos mejores.

El mago dio una nueva chupada a su pipa y echó a Melegaunt una mirada asesina a través de la nube de humo maloliente. En la mirada de Melegaunt la inquietud superaba a la furia, sin embargo no desvió la vista. Tanto Galaeron como los demás observaban en medio de un tenso silencio. Aunque la presencia de Turlang y las imponentes ramas que éste mantenía extendidas sobre las cabezas de los dos contendientes les garantizaban que aquello no fuera a transformarse en un duelo de manifestaciones mágicas, la idea de que pudiera iniciarse una pelea hacía que ni siquiera se atrevieran a respirar. Hasta Aris se apartó del refugio para ocupar una posición desde donde contemplar el enfrentamiento que se encontraba ahora en un punto muerto.

Galaeron no sabía cómo interpretar la situación. Por lo que sabía, Elminster era un amigo leal de los elfos y un hombre de carácter, pero se percibía una presunción excesiva en las exigencias que planteaba a Melegaunt. Por otra parte, Melegaunt había usado a lord Imesfor para sacarse de encima a los illitas, algo que podía causar muy mala impresión a cualquiera que no entendiese lo importante que era que ellos escapasen. A pesar de saber que Imesfor había sobrevivido, la idea todavía producía en Galaeron un estremecimiento de culpa. ¿No era natural que a Elminster, que no

había visto jamás a Melegaunt arriesgar su vida por los demás, la naturaleza esquiva del mago de la sombra le resultara sospechosa?

Galaeron se interpuso entre los magos.

—Me apena ver que vuestra relación tiene tan mal comienzo. —Se dirigió entonces a Elminster—. Teniendo en cuenta lo que le sucedió a lord Imesfor, tus sospechas son razonables, pero Melegaunt no hizo nada reprochable. La vida de Imesfor le pertenecía y podía hacer con ella lo que quisiera.

No fue únicamente Elminster quien abrió los ojos lleno de asombro, pero el mago fue casi tan rápido como lady Morgwais en entender lo que Galaeron quería decir.

—¿La Regla del Rescate? —exclamó Elminster—. ¡Hace quinientos años que no oigo a nadie invocarla!

—A pesar de que eres muy atractivo, no eres un elfo —dijo Morgwais, acercándose a Elminster y dándole un significativo tirón de barba—. Si Melegaunt le salvó la vida a Imesfor...

—Y lo hizo. —Galaeron se calló deliberadamente la parte que había desempeñado él en el rescate—. Lo vi con mis propios ojos.

—¿Lo ves? Melegaunt no hizo nada de malo. —Morgwais le dedicó a Elminster una radiante sonrisa antes de cogerlo por la mano y encaminarlo hacia la orilla del río—. Volvamos a nuestra fiesta y ahogemos este malentendido bebiendo.

Elminster dirigió a Melegaunt una mirada sarcástica que indicaba que la discusión no estaba zanjada ni mucho menos, pero que él era demasiado educado para rechazar la petición de la Dama del Bosque. Dejó que una joven elfa lo condujera de vuelta a la Silla de Honor mientras Morgwais se volvía hacia el treant.

—Te doy las gracias por traer a mi hijo a Rheitheillaethor, Turlang. Únete a nosotros.

Turlang sacudió su corona de hojas.

—Eso no puede ser. Un gusano mágico se internó en el bosque siguiendo a tu hijo y a los demás, y debo volver para vigilar. —Bajó una rama y señaló con ella a Galaeron—. Sólo quería asegurarme de que éste era quien decía ser. Hay en él una oscuridad que no me inspira confianza, y me gustaría saber si tú respondes por él y por sus amigos.

Una sombra cruzó por el rostro de Morgwais.

—¿Una oscuridad dices?

Cogió a Galaeron de la mano y miró por encima del hombro de éste. Su mirada se volvió desenfocada, como durante la ensoñación, y una preocupación se reflejó en su expresión sin mancha. Estuvo así varios minutos hasta que por fin recuperó su mirada normal y asintió.

—Es cierto. Me pareces perdido, hijo. Es como si estuvieras... —Desvió un tanto la vista como si se sintiera confundida, después vaciló y se obligó a fijar otra vez la

vista en él—. Es como si estuvieras dormido.

El comentario fue como un golpe para Galaeron, y se dio cuenta con un sobresalto de que tampoco él sentía a los demás elfos. La ausencia le había parecido bastante normal durante sus viajes con los humanos, sobre todo teniendo en cuenta sus problemas para sumirse en la ensoñación, pero debería haber percibido la presencia de los demás elfos al internarse en el Bosque Alto. Sin embargo, no había sentido nada, ni la menor señal de acogida, de calidez, de seguridad. Nada más que el enojo y los celos que había experimentado al ver a su madre en las rodillas de Elminster.

Galaeron se impuso sostener la mirada de su madre.

—He pasado por momentos difíciles, y es posible que ni siquiera yo me fié de mí mismo, pero sé que puedo confiar en estos humanos —y señaló con un gesto a Melegaunt y a Vala.

Morgwais estudió a los humanos un momento. Su mirada se detuvo más tiempo en Vala que en Melegaunt. Por fin esbozó una sonrisa melancólica y dio un paso hacia la mujer.

—Vala —dijo ésta, tendiéndole la mano—. Vala Thorsdotter.

Poco familiarizada con las costumbres humanas, Morgwais se quedó mirando sorprendida la mano tendida de Vala.

—¿Querrás cuidar de Galaeron?

Vala dirigió una breve mirada a Melegaunt, que inclinó con solemnidad la cabeza.

—Esa promesa ya la he hecho.

Morgwais se encogió de hombros y se volvió hacia Turlang.

—Soy la madre de Galaeron. —Miró a Vala y su sonrisa se hizo más franca al responder—. Por supuesto que respondo del buen comportamiento de ellos.

Cogió la mano de Vala y la puso en la de Galaeron, y fue en ese momento cuando una esbelta elfa de los bosques que llevaba el uniforme de los Guardianes de Tumbas se abrió paso entre los reunidos. Tenía una sonrisa familiar, parecida a un arco de cupido, y unos enormes y suaves ojos pardos que Galaeron habría reconocido a través de una cerradura. En cuanto llegó al lado de Morgwais su mirada reparó en las manos juntas de Galaeron y Vala.

—¡T-Takari! —balbució Galaeron.

Takari alzó una mirada cuyo brillo se había desvanecido. Todavía estaba demacrada y amarillenta como consecuencia de su herida, y la ropa colgaba un poco de sus hombros huesudos.

—No debería sorprenderme —dijo Takari, mirando a Vala de arriba abajo. Suspiró ostensiblemente y después se adelantó a la mujer para atraer a Galaeron hacia sí—. ¡Pero tendrá que compartir!

CAPÍTULO 14

28 de Nightal, Año del Arpa sin Cuerdas

Khelben no había hecho más que culminar la pendiente cuando el primer bramido de la guerra retumbó en los helados pastizales. A un kilómetro escaso aparecieron en la linde del páramo una serie de figuras que, a pesar de un conjuro de invisibilidad, se delataban al arrojar piedras y rayos sobre los elfos de lord Ryence. Khelben trazó un círculo por encima de su ojo con el pulgar y el índice y pronunció un conjuro. Las figuras se resolvieron en un par de cientos de osgos, unos veinte acechadores y una docena de desholladores de mentes. Un par de phaerimm levitaban juntos cerca del centro.

—Tal como lo predijiste, señor —dijo el explorador Shantar, aterrizando con su hipogrifo invisible junto a Khelben—. Tendamos una emboscada a los emboscadores y acabemos con esto.

—Nuestros enemigos no nos lo van a poner tan fácil —observó Naneatha Suaril, situándose al lado de Khelben. Naneatha, una belleza rubia cuyos dientes de perla y brillantes ojos no parecían propios de sus cincuenta inviernos, era sacerdotisa de la Luna Alta, de la Casa de la Luna en Aguas Profundas, y comandante no oficial del pequeño grupo de sacerdotes que acompañaban a Khelben—. Son criaturas de la oscuridad, llenas de engaño e impostura.

Khelben asintió y miró por encima del hombro. El resto de la compañía estaba subiendo la pendiente, armada con arcos y varitas mágicas. Dio instrucciones al capitán de los Espadas de que ordenara formación de combate y al maestro de los magos guerreros de que distribuyese a los hombres por el campo de batalla detrás de ellos. Después de volvió hacia Naneatha y Shantar.

—¿Volverán los demás exploradores al oír el ruido de la batalla?

—Vendrán de un momento a otro —confirmó Shantar.

—¿Y pueden vuestras monturas admitir más de un jinete? —preguntó Khelben.

—Sólo durante poco tiempo —a los ojos de Shantar asomaba la curiosidad—, y descartando el uso de la lanza.

—Los conjuros os serán de más utilidad —dijo Khelben—. Haz que los exploradores se reúnan tras la línea de batalla y recojan a los sacerdotes de Naneatha. Deben volar alto y en círculos, a algo más de medio kilómetro por detrás de nosotros. Eso impedirá que ni siquiera los phaerimm puedan penetrar vuestra invisibilidad.

—El lugar de un sacerdote está en el campo de batalla —dijo Naneatha frunciendo el entrecejo.

—Y allí estarán. —Khelben apuntó con su bastón hacia un montecillo de pinos enclenques y después hacia un montón de piedras cubiertas de musgo—. Desde allí,

buscad su retaguardia. Tú y los exploradores debéis atacarlos por detrás, y con dureza.

Naneatha mantuvo el gesto de contrariedad.

—¿Y si no hay retaguardia?

—La habrá. —Khelben se volvió hacia Shantar—. Haz tu envío, después espera a que lady Suaril esté libre para acompañarte.

—Como órdenes.

Shantar pasó el dedo pulgar por su anillo de explorador para activar su envío de magia, y cuando Khelben se volvió encontró que su pequeña fuerza de ataque estaba lista. El archimago dejó a un lado su bastón y él y Naneatha empezaron a lanzar conjuros de protección sobre la compañía. Fueron necesarios algunos minutos para completar los conjuros, pero Khelben ni siquiera se planteó la posibilidad de avanzar antes de que estuvieran listos. Enviar a sus hombres contra los phaerimm sin esa precaución habría sido un crimen.

Una vez terminado el último conjuro, Khelben envió a Naneatha con Shantar, después recogió su bastón y se puso al frente de sus hombres, partiendo a galope tendido. La compañía lo siguió en silencio, enmudecido por la magia de guerra su clamor habitual. A pesar de que la hierba estaba helada y de que el viento les soplaba en la cara, cubrieron el terreno velozmente, enardecidos por la proximidad de la batalla y por las plegarias con que Naneatha los había bendecido.

Hasta el propio Khelben, que había librado demasiadas batallas como para disfrutar de la perspectiva de una más, sentía la sangre palpitando en sus muñecas. Era la parte apasionante de la batalla, cuando se saboreaba por anticipado la victoria, el miedo a un final violento, el goce temerario de un juego mortal. Después llegaban los cien hedores de la muerte, el dolor, los cuerpos mutilados. La compañía superó el bosquecillo de pinos que Khelben había señalado a Naneatha y llegó a apenas trescientos pasos del enemigo. El archimago puso su caballo al paso y levantó el bastón, indicando a sus arqueros que lanzaran las flechas.

Un par de truenos sonaron en el bosquecillo, y dos rayos chocaron contra el escudo mágico de la compañía llenando el cielo de luz plateada. Llegó a continuación un coro de gruñidos de los osgos seguido de una lluvia de piedra. Los proyectiles de las hondas chocaron contra la protección mágica y rebotaron, pero una docena de arqueros de Khelben dispararon sus flechas al suelo.

Sin molestarse en mirar hacia atrás, Khelben hizo que su compañía se detuviera y bajó su bastón. Los arqueros dispararon una lluvia de flechas negras. La mitad de ellas se quedó corta y las otras fueron paradas en seco quedando suspendidas en el aire a unos seis metros por encima de sus objetivos. Los phaerimm mostraron a Khelben sus mandíbulas llenas de dientes, pero al parecer fueron los únicos que repararon en el ataque. Los osgos y los acechadores que los acompañaban seguían

sembrando la muerte ladera abajo, sin prestar atención a los intentos de los elfos de responder con una cortina de fuego de magia elfa que se estrellaba sin el menor efecto sobre los conjuros que los protegían.

Otra andanada de piedras y de rayos alcanzaron a la propia protección contra proyectiles de Khelben desde atrás. Entonces, Naneatha y sus sacerdotes desataron un estruendo de relámpagos y explosiones que recorrió el páramo helado acompañando a su furia desatada. El coro de gemidos angustiados que le respondió no dejó lugar a dudas sobre la suerte que había corrido la retaguardia. Khelben apuntó con su bastón a los phaerimm y avanzó decididamente al paso, atacándolos con una lluvia de feroces misiles y descargas de magia. Los ataques estallaron en ígneas tormentas y explosiones de estrellas contra los escudos protectores del enemigo sin producir daño alguno, pero dejando a los phaerimm imposibilitados de ver a Naneatha y a los demás jinetes en sus hipogrifos.

Los phaerimm recurrieron a sus bolas de fuego y a sus relámpagos para desorientar a los humanos, y un pequeño grupo de acechadores y osgos se volvió para hacer frente al avance de Khelben. Se sintió casi insultado. Había destruido la retaguardia de los phaerimm y había llegado a sus líneas con facilidad, y a pesar de todo, las criaturas creían que podían destruir su compañía con un puñado de conjuros.

Los acechadores avanzaban flotando tras una pantalla de osgos, usando a los peludos gigantes como escudos hasta cerrar filas a doscientos cuarenta pasos, lo bastante cerca para usar sus rayos de alteración de la magia sobre los conjuros de protección de Khelben. Este dio orden a la compañía de hacer un alto, plantó su bastón a un lado y extrajo del bolsillo un trozo de ámbar. Tras pasarlo por la barba, empezó a frotar un puñado de alfileres de plata en el ámbar, uno por uno.

Para cuando terminó, los osgos que iban delante habían avanzado hasta ciento setenta pasos, fuera ya de las protecciones mágicas de los phaerimm. Khelben arrojó los alfileres al aire y pronunció una sílaba mística, después emitió un gruñido mientras un rayo salía de su pecho y alcanzaba al osgo más cercano. La enorme criatura explotó transformándose en roja bruma y piel chamuscada, lo mismo que el acechador que tenía detrás y los dos osgos siguientes, después el rayo continuó recorriendo la fila en un destello cegador que daba la impresión de que no iba a terminar nunca. Un segundo acechador y otros dos osgos estallaron en llamas y otra media docena de criaturas presentaban agujeros humeantes en la parte central del cuerpo.

De haber sido cualquier otro mago el que hubiera realizado el conjuro, el rayo lo habría dejado muerto allí mismo, pero Khelben no era un mago corriente. Era un Elegido de la propia diosa de la magia, imbuido del poder del Tejido y, con sus más de novecientos años de edad, casi inmortal, capaz de soportar energías que hubieran incinerado a cualquier hombre. El rayo continuó su marcha, dejando secas a otras

doce víctimas antes de que las primeras doce hubieran tocado el suelo. Con cada golpe, los agujeros humeantes se fueron reduciendo, empezando por el tamaño de un melón y llegando al de una bellota. Por fin ya no hubo más agujeros. Un osgo y dos acechadores murieron por la sola conmoción. El último osgo trató de escapar, dio tres pasos vacilantes y cayó sujetándose el pecho.

Cuando el hechizo se agotó, todo lo que quedaba para mantener la ofensiva eran media docena de osgos y dos acechadores de ojos desorbitados. Los osgos se dieron la vuelta para salir corriendo y murieron al instante bajo una cortina de fuego, ya que los phaerimm no toleraban la cobardía en sus filas. Los dos acechadores se miraron con sus grandes ojos centrales, rodeándose mutuamente de un cono púrpura de irradiación supresora de la magia.

—¡Flechas contra los acechadores! —ordenó Khelben.

Una andanada de flechas voló hacia las criaturas, que no tuvieron más remedio que desactivar los rayos supresores y recurrir al resto de tentáculos para defenderse. Los magos guerreros de Khelben desataron una auténtica lluvia de magia, y los contempladores se desvanecieron en una rugiente tormenta de fuego.

—¡Adelante! —ordenó Khelben.

Cuando la compañía inició su avance, los phaerimm azotaron el escudo mágico de Khelben con una tempestad de fuego y magia. Aunque la bruma que la acompañaba impedía ver lo que estaba sucediendo delante, Khelben se alegró de que sus enemigos por fin le mostraran algo de respeto. Un poco de precaución contribuiría mucho a aligerar el ataque contra los elfos.

Es posible que, de haberlo querido, Khelben hubiera hecho que los dos emprendieran una retirada. Como uno de los Elegidos de Mystra, era portador de una pequeña parte del poder de la diosa, un poder que se manifestaba como «fuego de plata».

Podía invocar el fuego de plata para protegerse de casi todos los peligros, de ahí sus novecientos años, y para descargar sobre sus enemigos una ráfaga de blanca y pura magia del Tejido. Hasta los más poderosos usuarios de la magia temblaban ante su visión, porque por lo general reconocían su auténtica naturaleza y sabían lo que significaba para su supervivencia, pero Khelben no estaba dispuesto a revelar todos sus secretos. Los dos phaerimm se teleportarían en cuanto la suerte les fuera adversa, y no quería que al volver a Evereska fueran por ahí diciéndoles a sus amigos a qué se enfrentaban.

Khelben y sus magos guerreros devolvieron el ataque a los phaerimm con la misma moneda, llenando la zona intermedia de una pared cegadora de destellos. En un momento dado se acercarían lo suficiente para atacar las protecciones mágicas respectivas con magia de supresión, y entonces empezaría la matanza.

Khelben pasó el pulgar por encima de su anillo de sello, activando su magia de

envío. Se representó mentalmente el rostro de Shantar y habló con él telepáticamente.

No puedo ver. ¿Qué está pasando? —preguntó.

Los elfos se están reagrupando lentamente —la respuesta de Shantar llegó a la mente de Khelben—. *Ciento cincuenta pasos y entrarán en el cuerpo a cuerpo. La mitad de su compañía está girando para enfrentarse a ti.*

Khelben dio un suspiro de alivio.

—Dispuestas las flechas —ordenó—, después vendrán las espadas.

Cien guerreros respondieron al unísono colocando las flechas en los arcos y siguieron avanzando. Una niebla negra apareció sobre su escudo de conjuros. Khelben la despejó con un viento mágico.

—¡Alto, magos! ¡Dejad que los guerreros os sirvan de pantalla!

Los magos se pararon en seco, ajustando sus varitas mágicas para lanzar bolas de fuego y tormentas de hielo por encima de las cabezas de los camaradas que avanzaban. El propio Khelben se retiró, colocándose detrás de un par de arqueros, y siguió la marcha. Calculó que treinta pasos más adelante estaría lo bastante cerca como para desactivar los escudos de conjuros del enemigo.

—Quietos ahora —ordenó.

Media docena de acechadores se separaron de las filas enemigas, abandonando la seguridad del escudo de conjuros por un campo de relámpagos y fuego. En medio de tantos fogonazos y rayos parecían simples sombras nebulosas, pero eso no impidió que los seguidores de Khelben los asaltaran con poderosos proyectiles y sibilantes flechas. Tres de las criaturas ardieron en cuanto abandonaron la protección mágica, y otras dos cayeron víctimas de las flechas.

El sexto contemplador siguió deslizándose y abriéndose camino hacia adelante mediante el haz de su mirada desactivadora de la magia, que usaba intermitentemente a fin de que sus otros tentáculos con ojos pudieran difundir hacia adelante su magia de variada forma. Destruyó varias flechas con su haz desintegrador y desvió una nube entera con sus rayos telequinésicos, pero todo eso no fue suficiente. Arrojó varias lanzas y se lanzó al suelo, después se arrastró hacia adelante tres pasos y entonces apareció delante de Khelben.

Un cono de luz azul se proyectó desde el enorme ojo central de la criatura y tocó la pared frontal de las protecciones mágicas de Khelben, creando un óvalo de radiación reverberante. El círculo vibró y se expandió al resto del escudo en un destello desactivador de la magia. Los conjuros del enemigo pasaron de destellos disipadores a rayos restallantes de marcado olor sulfuroso. Los hombres empezaron a gritar, la carne a crepitar y el cielo helado a retumbar. De repente, el páramo se impregnó de olor a carne chamuscada y entrañas abiertas, del cielo llovieron piedras y los guerreros empezaron a caer por docenas.

¡A la carga! —ordenó mentalmente Khelben, valiéndose de un encantamiento

para hacerse oír—. *¡Cargar o morir!*

Khelben apenas tuvo tiempo de dar la orden cuando el aire se volvió argentado y todo a su alrededor se llenó de un nuevo olor. El hombre que estaba a su lado estalló en una erupción de sangre hirviente, a continuación un relámpago atravesó al archimago y descargó contra el siguiente hombre de la línea. Khelben recibió en la cabeza el golpe de un miembro cercenado y cayó al suelo. Para cuando pudo levantar la cabeza, el rayo, chisporroteando, fue a detenerse a diez hombres de donde él estaba.

Antes de ponerse de pie, Khelben se refugió detrás de los guerreros que iban a la carga. Iba protegido de los relámpagos y rayos mágicos por el fuego de plata de Mystra, pero cada segundo que los phaerimm lo retrasaban tenía como coste docenas de vidas humanas. A gatas, avanzó hacia el frente, después dejó el bastón a un lado y se puso de pie. Aunque las protecciones mágicas de los phaerimm todavía relumbraban con los estallidos de la magia al disiparse, se veía una fila de osgos justo al otro lado de la barrera, enarbolando sus hachas y listas para responder a la carga. Los últimos acechadores, de los que Khelben contó cuatro, levitaban a lo largo de la línea a intervalos regulares, barriendo con sus tentáculos oculares en todas direcciones para sembrar sus mortíferos rayos de diez variedades distintas. A los únicos que no se veía era a los aniquiladores de mentes. Khelben alzó sus manos hacia la protección mágica del enemigo y pronunció tres sílabas místicas.

Tras una reverberación, la barrera se desvaneció. Los magos guerreros de Khelben avanzaron corriendo, usando sus varitas mágicas de guerra para lanzar sobre los osgos y los acechadores una lluvia de rayos y bolas de fuego. Los dos phaerimm respondieron con una horrenda andanada de llamaradas y agujas, nieblas negras y nubes ácidas, pozos humeantes y tentáculos estranguladores. Media docena de magos cayeron a los pocos pasos.

Khelben envolvió una pizca de carbón en un trozo de tela de algodón y lo arrojó en dirección a los phaerimm. Cuando el envoltorio cayó al suelo, levantó una mano en aquella dirección y empezó su encantamiento. Mientras pronunciaba las vibrantes sílabas místicas, puso mucho cuidado en mantener el dedo apuntando hacia la tierra y no hacia las criaturas. Hacía siglos que Khelben había aprendido que los phaerimm eran seres de naturaleza mágica y naturalmente resistentes a su poder. Cualquier conjuro dirigido directamente contra sus cuerpos tenía muchas posibilidades de rebotar hacia quien lo hacía o de ser usado para curar sus heridas, de modo que tuvo mucho cuidado de usar una magia que afectara al área que los rodeaba y no a los propios phaerimm. Acabó su encantamiento y una esfera de gasa negra ascendió como un torbellino rodeándolos y envolviéndolos en un capullo de fibras tenebrosas. Aunque la influencia de su magia no quedó anulada, sí perdió buena parte de su efecto.

Los espadachines más rápidos de Khelben estaban a cincuenta pasos de las filas enemigas, donde los osgos parecían contentarse con esperar. Fue un error que lamentarían. Khelben recuperó su bastón.

—¡Magos! —gritó—. ¡Nube roja!

Los magos guerreros cambiaron sus varitas mágicas de guerra por mechas de algodón y empezaron su encantamiento. Mientras pronunciaban las palabras, usaban conjuros sencillos para encender las mechas y a continuación sostenían los pábilos llameantes con el brazo extendido.

Decidido a impedir que los phaerimm interfirieran la nube roja, Khelben hizo con un pergamino un rollo mágico y lo transformó en un cono que se llevó a la boca. Cuando empezó a emitir a través de él las sílabas de otro conjuro, su voz sonó mucho más próxima al gran capullo negro, como si estuviera al otro lado del mismo.

Los phaerimm no respondieron, ni siquiera cuando el conjuro que había pronunciado transformó el capullo en un bloque de piedra maciza. O bien no se habían dejado engañar o decidieron que había llegado el momento de huir. Khelben confiaba en que hubiera sido lo segundo.

Las primeras mechas de los magos se consumieron. Por encima de las cabezas de los osgos apareció un jirón de niebla roja, crepitando tan levemente que sólo un puñado de ellas miró hacia arriba. A medida que se iban consumiendo más pábilos, el jirón rojo se fue convirtiendo en un fibroso banco de niebla color carmesí, y el crepitar fue subiendo de tono. Grupos enteros de osgos miraron hacia arriba, y los tentáculos oculares de los pocos acechadores que quedaban se orientaron en el mismo sentido. Para entonces, los últimos pábilos se consumían ya y la niebla se había convertido en una rugiente nube de fuego.

—¡Ahora! —ordenó Khelben con voz tonante.

Los magos guerreros estrujaron los restos renegridos de las mechas, y una cortina de fuego descendió arrolladora de la nube roja.

Un solo acechador consiguió retraerse y poner en funcionamiento su ojo anulador de la magia, abriendo una pequeña brecha en la extensa pared de fuego.

Khelben apuntó con su bastón al lado inferior de la criatura y lanzó contra él una bola de fuego, que no sólo se llevó al contemplador, sino también al puñado de osgos que habían sobrevivido hasta ese momento.

Al no tener ante sí más que una cortina de rugientes llamas, sus Espadas se pararon en seco. Había demasiadas brechas en sus líneas como para que Khelben se sintiera satisfecho, ya que los phaerimm se habían cobrado un terrible tributo. Un tercio de sus guerreros había caído, y tal vez una cuarta parte de sus magos guerreros. Otra «victoria» como ésa y no le quedarían hombres suficientes para defender la puerta, eso suponiendo que Ryence hubiera conseguido mantener vivos a sus magos para levantarla.

Khelben ya alzaba los brazos para anular la ígnea cortina y así poder acudir con los supervivientes de su compañía a salvar a los elfos de Ryence, cuando vio a un guerrero de poblada barba arrodillado junto a una mata congelada. El hombre dio un grito y levantó el cadáver de un camarada muerto apretándolo contra su pecho. Cuando el archimago vio que no quedaba nada del cuerpo por debajo de los hombros, bajó los brazos y buscó entre sus ropajes una pluma. Sus hombres ya habían hecho bastante por los elfos ese día.

¡Khelben! ¡Ven rápido! —Esta vez, el mensaje de Shantar le llegó en un tenue suspiro. El explorador sólo podía usar la magia de emisión de su anillo una vez por día, pero, como Elegido de Mystra, Khelben podía oír algo más cuando alguien pronunciaba su nombre en algún lugar de Toril—. *¡Persiguen a los altos magos!*

Khelben no preguntó quiénes los perseguían. A diferencia de un conjuro de envío, su don de escucha no permitía una réplica. Por otra parte, tenía la sensación demoledora de saber a quiénes se refería el explorador. Pasó la pluma por sus brazos y sus piernas, pronunció un encantamiento y se levantó el vuelo.

Después de atravesar el muro de fuego, se encontró suspendido sobre una ladera de turba que caía en picado hacia el punto donde confluían el Cola de Serpiente y el Aguas Serpenteantes. A juzgar por el número de cadáveres de orejas puntiagudas esparcidos por la parte inferior del barranco, Ryence había tratado de proteger su cruce enviando a una parte de sus fuerzas en un ataque cuesta arriba. El hecho de que la última fila de cadáveres estuviese cerca de la cima de la pendiente era prueba elocuente del coraje de los elfos, aunque no de la prudencia de quien los comandaba.

Una carga enemiga había sorprendido al grueso de la compañía cuando se disponía a atravesar el río. Los elfos habían acabado con la mayor parte de los aniquiladores de mentes y prácticamente con la mitad de los osgos en su descenso, dejando la mitad inferior de la pendiente sembrada con casi tantos enemigos como elfos. Los supervivientes se habían dado de bruces con el resto de la compañía en la culminación de la pedregosa ribera del Cola de Serpiente, donde siguió un feroz combate cuerpo a cuerpo en el que los osgos trataban de proteger a los dos últimos aniquiladores de mentes de los asaltos del reluciente acero elfo. Casi dos docenas de magos de la espada se retorcían en el suelo, tapándose los oídos con las manos en un inútil intento de bloquear las descargas mentales de los illitas, pero Khelben no se paró a lanzar ningún conjuro en ese momento del combate. Mientras se deslizaba hacia el campo de batalla, un par de osgos cayeron con el corazón atravesado por el acero de los elfos, y tres descargas doradas penetraron por la brecha resultante alcanzando al aniquilador de mentes más próximo.

En medio del Cola de Serpiente, la escena resultaba mucho menos alentadora. Ryence se desplomaba lentamente desde su caballo al agua. Por delante de él, Bladuid y otros dos elfos dorados, presumiblemente el resto de los altos magos que

formaban parte de su ejército, también se deslizaban de sus sillas, uno de ellos casi doblado en dos debido a la columna de agua levantada a causa de una ráfaga mágica. A éstos les seguían varias docenas de guardaespaldas, sorprendidos mientras giraban en sus monturas para arrojar rayos y ráfagas contra dos phaerimm que levitaban tras ellos.

Uno de los phaerimm se movía con igual lentitud, víctima también, como Ryence y los altos magos, de la potente magia alteradora de la realidad de su compañero. El autor del conjuro flotaba hacia adelante a través del contingente de guardaespaldas, lanzando trallazos con sus cuatro brazos a diestro y siniestro para abrir las gargantas de quienes interferían en su camino hacia Ryence. Si Khelben hubiera creído que su objetivo era únicamente Ryence, habría puesto en juego todo su poder para salvar al elfo, lanzando sobre el phaerimm un conjuro de muerte o arrastrándolo hacia las profundidades del noveno infierno.

Pero Ryence no estaba solo. Se encontraba acompañado de sus altos magos, y Khelben no podía correr el riesgo de que su conjuro fuera reflejado o absorbido por el phaerimm. Necesitaba algo poderoso y directo, algo que aniquilase incluso la resistencia natural a la magia de un phaerimm.

Necesitaba su fuego de plata.

Una vez más, Khelben maldijo el nombre de Laerm Ryence. El phaerimm se desembarazó del último de los guardaespaldas y apuntó con un brazo a la garganta de Ryence y con los otros tres a la de Bladuid. Khelben se dejó caer de cabeza desde las alturas detrás de la criatura. Con una mano apuntó a la boca abierta del phaerimm e invocó el fuego de plata. Un dolor enajenador se abrió camino en su interior, se acumuló un momento en la boca del estómago y por fin brotó de su mano en una larga llamarada de rugiente fuego. El phaerimm se precipitó de cola al suelo, y la llamarada de plata penetró por su garganta abriéndolo en canal en medio de un halo de fuego blanco.

El conjuro alterador de la realidad culminó con la muerte de la criatura. Ryence y sus altos magos acabaron de caer levantando gran cantidad de agua. Khelben se enfrentó al phaerimm que quedaba, buscando frenéticamente en su mente la manera más segura de destruirlo con rapidez. Tendría que pasar una hora antes de que su cuerpo pudiera reabsorber suficiente magia de Mystra en estado puro para usar otra vez el fuego de plata y tener ocasión de hacer un conjuro.

Un traqueteo atronador llenó el aire, y los elfos empezaron a gemir. Un tornado restallante de luz reluciente y multicolor apareció debajo de él y empezó a cruzar el río, atenazando a los guardaespaldas de los altos magos con sus tentáculos de luz letal. Cada color provocaba una muerte más terrible que el anterior. Los que fueron alcanzados por el rojo estallaron en llamas. La carne de aquellos a quienes tocó el verde se deshizo en el aire en una nube de gas color esmeralda. El azul provocaba

ahogamiento; el amarillo, las enfermedades más hediondas; el naranja, hemorragias espontáneas por todos los poros. Los que recibían el contacto de un tentáculo negro rezumaban podredumbre por todos lados, y el contacto del blanco provocaba la congelación de los cuerpos, que eran arrastrados por una corriente gélida.

Khelben jamás había visto semejante conjuro de guerra. Casi la mitad de los guardaespaldas yacían muertos o moribundos, y la otra mitad huía en todas direcciones. El phaerimm no daba señales de haber percibido la presencia del mago que flotaba por encima de él. Dejando que el tornado siguiera su propio curso, la criatura se deslizó hacia las formas chapoteantes de los altos magos.

Era demasiado tarde como para sentirse a salvo. Khelben se dejó levitar e invocó su conjuro más mortífero. El phaerimm permaneció en suspenso sobre un montón de cadáveres elfos y estiró la mano para recuperar, junto a un peñasco cubierto de hielo, la cola de su maltrecho compañero. Khelben enfocó la palma de la mano hacia la criatura y pronunció una sílaba con voz ronca.

El phaerimm no agitó los brazos ni trató de enderezarse, ni siquiera intentó un último y desesperado contraataque. Al sonido de la voz de Khelben, simplemente salió teleportado hacia la distancia, dejando que su conjuro cayera inerte en las aguas heladas.

Pero ¡qué rápidos eran!

CAPÍTULO 15

28 de Nightal, Año del Arpa sin Cuerdas

La celebración transcurrió en medio de un clima de inquietud, y no sólo porque Elminster no paraba de echar miradas amenazadoras a Melegaunt, sino porque Galaeron atisbaba una sombra oscura por fuera del círculo de luz, una figura pequeña y robusta que se desvanecía entre las sombras en cuanto se volvía a mirarla. De no haber sido por la agitación de los centinelas, habría hecho caso omiso de la aparición, considerándola el producto de su cansancio mental, pero los vigilantes nocturnos no dejaban de revolotear bajo las estrellas, de un árbol a otro o deslizándose silenciosamente por las ramas secas para examinar algo en el suelo. De todos modos, en ningún momento lanzaron el canto de la lechuza, con lo cual era posible que se tratase de juegos mágicos de los traviosos niños elfos de los bosques, y Galaeron se limitó a seguir el ejemplo de la gente de su madre.

En el cielo, la luna brillaba argentada vertiendo sobre el bosque su luz lechosa, y los laúdes estelares desgranaban sus melodías alegres y despreocupadas, como era costumbre entre los elfos de los bosques. Takari arrancó a Galaeron del lado de su madre y también de Vala y Melegaunt, y abrió el baile. Aunque la melodía era más propia para un paso pluma, ella se hizo rodear por los brazos de Galaeron e inició unos brincos retozones.

—No te excedas —le dijo Galaeron, procurando no perder el paso mientras se deslizaban por la nieve brillante bajo la luna—, todavía pareces débil.

—Estoy bastante bien —replicó Takari, frunciendo los labios con gesto enfurruñado—. La única herida que me preocupa es la del corazón, y ésa me la hiciste tú esta noche.

—Lo siento. —Galaeron era sincero, ya que había estado tan absorto con Elminster, Turlang y los demás que ni siquiera se había acordado de preguntar si Takari había llegado—. Tendría que haberme pasado por tu nidal de camino hacia aquí.

—¿Mi nidal? —Takari le restregó el talón por la pantorrilla—. ¡Estoy hablando de Vala, nariz de orco! ¿Qué pasa contigo? Preferir a esa humana como pareja... y no a mí.

—¿Vala? —Galaeron estuvo a punto de perder pie—. ¡No la he tomado por pareja!

—¿Ni siquiera una vez? —Takari lo miró con desconfianza.

Esta vez Galaeron sí que se cayó. Tropezó con un tronco semienterrado y los dos rodaron por la nieve. La caída desató un coro de risotadas, y los músicos todavía los pusieron en peor situación al pasar a una danza más lenta.

—Ni una vez —dijo Galaeron en un susurro, tirado en la nieve—. Aunque no es asunto tuyo a quién tomo o dejo de tomar.

—Pero podría serlo —replicó Takari con una risa picara. Dicho esto se puso en pie de un salto y le hizo una reverencia juguetona. Después tendió una mano hacia Vala—. Ven a ayudarme, humana. Éste es tan torpe que se necesitan dos para que no pierda el paso.

Antes de que Vala pudiera negarse, Morgwais la empujó para que se uniera a Galaeron y a Takari, y los tres se pusieron a dar vueltas por el círculo de luz cogidos de las manos. Vala podía seguir incluso el paso más rápido, pero tenía una forma pesada y llamativa de bailar para el estilo elfo. De todos modos, las payasadas de los tres inspiraron a los demás elfos, que no tardaron en formar tríos y empezar a dar vueltas con paso marcial y alzando las rodillas como centauros en un desfile. Hasta la propia lady Morgwais se unió al jolgorio, pasando un brazo por la cintura de Elminster y el otro por la de Melegaunt, tarea nada fácil teniendo en cuenta lo voluminosos que eran los dos.

En un momento dado, Aris dejó caer una piedra de casi dos metros junto a la Silla de Honor y se puso a trabajar, martillando al son de la música. La piedra no tardó en tomar la forma aproximada de tres cuerpos danzantes, y los bailarines empezaron a pasar a su lado para comprobar sus progresos. Las figuras parecían brotar por medios mágicos, como si el gigante no les diera forma sino que la buscara dentro de la piedra, y pronto se dieron cuenta todos de que el gigante dejaría a sus anfitriones un tesoro digno de los mayores maestros de Rheitheillaethor.

A mitad de la noche, a los humanos empezaron a cerrársele los ojos, y a Galaeron también. Poco dispuesto a admitir públicamente que ahora tenía necesidad de dormir, se excusó con el pretexto de llevar a sus compañeros a un lugar donde pudieran descansar. Takari se apresuró a ofrecer su nidal, y se durmieron al son del cincel de Aris y de los laúdes de los elfos.

Galaeron se despertó en medio de la oscuridad y del silencio. No se oía el menor ronquido de Melegaunt ni la voz de Vala murmurando en sueños el nombre de su hijo. Tampoco sonaban los laúdes a lo lejos, ni el cincel de Aris. Sólo el rumor de la brisa entre las paredes y los crujientes árboles y, más a lo lejos, el Sangre del Corazón corriendo entre las piedras. Sintió una mano sobre su hombro y una leve sacudida. Abrió los ojos y se encontró con que una delgada película de mucosidad le impedía ver.

Se los frotó. Ésa era una de las cosas que peor llevaba del sueño, ese medio segundo en que le parecía que se había quedado ciego cada vez que se despertaba.

Cuando se le aclaró la vista, encontró a Takari de rodillas a su lado. Una sonrisa divertida le bailaba en los labios. No había nadie más en el nidal.

—Los demás están fuera —explicó siguiendo su mirada—. Necesitaban tiempo para bajar sin hacer ruido, y yo quería mirar cómo dormías.

Galaeron hizo una mueca. Había visto babear a los humanos mientras dormían suficientes veces como para saber el aspecto que tenía el sueño.

—No es un espectáculo agradable.

—Horrible —coincidió Takari frunciendo la nariz—. ¿Por qué lo haces?

Galaeron también se lo preguntaba.

—Creo que es una mala costumbre que copié de Melegaunt. —Se incorporó, se encogió de hombros y se sorprendió pasándose las manos por la cara como hacían a veces los humanos. Apartó las manos—. ¿Qué sucede?

—Están llegando unos acechadores.

—Pero las llamadas de lechuza... —Galaeron ya estaba de pie y totalmente despierto.

—Los vigilantes nocturnos todavía no saben. —Aunque Takari llevaba su capote de Guardián de Tumbas, no hizo el menor intento de levantarse mientras él se calzaba su cota de malla—. Tu amigo de ojos de rana me advirtió.

—¿Amigo de ojos de rana?

—Creo que su nombre es Malik —dijo Takari—. ¿Por qué no lo trajiste a la celebración?

—No sabía que todavía estuviera con nosotros —confesó Galaeron, tratando de encontrar algún sentido a lo que estaba oyendo—. ¿Mencionó él a los phaerimm?

—Dijo que había uno. Melegaunt pensó que era mejor partir sigilosamente y atraerlos hacia el Bosque Espectral.

Galaeron asintió, después se echó el capote por encima de los hombros y buscó el cinto con su espada. Después de haber visto lo que las criaturas habían hecho en Mil Caras, a Galaeron no lo seducía la perspectiva de que hubiera una batalla en Rheitheillaethor, ni siquiera contando con la ayuda del gran Elminster.

—Melegaunt dijo que puede ir sin ti —dijo Takari cogiéndolo de la mano—. Que el descanso te vendría bien.

—Eso no me parece propio de Melegaunt. ¿Estás segura?

—Mírate —dijo Takari sin responder—. Te estás convirtiendo en humano, durmiéndote en mitad de la noche y manteniendo una lucha interior. Lady Morgwais no está del todo desencaminada, lo sabes. Es posible que te estés enamorando de Vala.

—Es difícil —Galaeron habló con un tono más áspero de lo que hubiera deseado. Retiró la mano de ella de su cinto y se encaminó a la puerta—, pero necesito ver esto con ojos humanos. Yo soy el que abrió la Muralla de los Sharn.

—Estabas cumpliendo con tu deber.

Galaeron se deslizó por la puerta sin responder y Takari lo siguió hasta la rama.

—Y no eras el único que estaba allí.

Bajo la lechosa luz de la luna, Galaeron pudo ver el borde de su armadura de cuero asomando por el cuello de su capote.

—Todavía no estás del todo recuperada, y si Melegaunt no me necesita a mí, no te necesita a ti.

—Por supuesto que sí —Takari saltó de la rama y cogió una cuerda que la depositó en el suelo nevado—, a menos que creas que puedes encontrar el Bosque Espectral.

Por la forma en que lo dijo, Galaeron supo que no podría. Como elfo que era, se sentía bastante cómodo en la mayoría de los bosques, pero también sabía lo enloquecedor que puede ser navegar por una interminable masa de árboles, especialmente si el objetivo que uno persigue está oculto mediante magia de protección. Sin buscar más argumentos en contra, cogió la cuerda y se lanzó en pos de Takari.

Tocaron el suelo no muy lejos del círculo de luz, donde Melegaunt, Vala y Malik estaban esperando al lado de Aris y de su escultura. El trabajo representaba a Galaeron bailando con Vala y con Takari, y era la obra maestra que había esperado, aunque un tanto comprometedor. El cuerpo de Vala estaba muy próximo al suyo, con la vaina de la espada y las piernas casi horizontales mientras se balanceaba sobre la cadera del elfo. Tenía el mentón levemente alzado, como si estuvieran a punto de besarse, y la sonrisa que bailaba en sus labios era cautivadora y tierna. Del otro lado, Galaeron rodeaba a Takari con el brazo. Sus cuerpos no llegaban a tocarse, pero la cabeza de ella estaba echada hacia atrás en un gesto de apasionado abandono. Aunque tenía la boca abierta en una carcajada, había en su expresión una melancolía que Galaeron sólo había visto una vez en el rostro de una elfa de los bosques, cuando su madre había convocado a la familia para comunicarles cómo le dolía el corazón por tener que volver a Rheitheillaethor.

La sonrisa del propio Galaeron parecía perdida y solitaria, y su mirada estaba fija a cierta distancia. Aunque físicamente apresado entre las dos mujeres, su ánimo estaba muy lejos, como lo demostraban su expresión cavilosa y sus ojos entrecerrados. La expresión hacía que pareciese hosco y como enzarzado en una lucha interior, pero era imposible decir si Aris realmente había captado estos sentimientos o si era el propio Galaeron quien los atribuía a la escultura.

Takari anduvo en círculos alrededor de la estatua durante largo rato, después se detuvo por fin junto a Vala y le cogió la mano. Vala alzó una ceja y miró sus dedos entrelazados, pero no trató de liberarse.

—¡Es asombroso! —balbució Takari. Se volvió hacia Aris y, al ver que sus ojos estaban a la altura de la rodilla del gigante, inclinó la cabeza hacia atrás—. ¡Es la piedra más hermosa que haya visto jamás!

Esto hizo aparecer un esbozo de sonrisa en los labios de Aris.

—La belleza estaba en la danza. —Aunque lo dijo en voz baja, su voz profunda se propagó entre los árboles como un trueno—. Se trata sólo de capturar lo que se ve. Melegaunt se llevó el dedo a los labios.

—Silencio —susurró—, o los capturados seremos nosotros. —Se volvió hacia Takari—. ¿Se ha marchado Elminster?

—No tengáis miedo de él —dijo Malik—. Elminster tardará en despertarse.

—¿Qué? —La voz de Melegaunt reflejaba alarma—. ¿No habrás hecho nada...?

—¿Yo? ¿Un asesino yo? —exclamó mofándose—. ¡Ni siquiera soy capaz de decir una mentira decente! Sólo digo que está durmiendo en la cabaña de troncos.

—¿Dormido? —Melegaunt frunció el entrecejo—. ¿Estás seguro de que era Elminster?

—Por supuesto que estoy seguro —dijo Malik—. Lo vi con mis propios ojos, bien arrebujado bajo sus pieles con dos mujeres.

—Ésos son los efectos que tiene la hierba de fuego sobre los humanos —dijo Takari con una risita divertida.

A Galaeron aquello no le divertía precisamente.

—¿No serán mujeres elfas? —Sentía crecer en su interior una ira helada—. ¿Qué mujeres?

Takari frunció el entrecejo al advertir los celos en su voz.

—Tu madre no. Vi a lady Morgwais dirigirse sola a su nidal.

—Eso no significa nada. —Las palabras se deslizaron de su boca antes incluso de que se diera cuenta de que estaba hablando—. Puede que después haya vuelto sigilosamente.

La expresión de Takari pasó de la desaprobación a la sorpresa, pero el que habló esta vez fue Melegaunt.

—Cuidado con esa sombra, amigo mío. —Después hizo un gesto a Takari—. Tal vez deberíamos irnos si queremos dar una pista falsa a los acechadores.

—De acuerdo. —Takari seguía mirando a Galaeron—. Creo que Galaeron ya ha satisfecho su cuota de Rheitheillaethor.

Los guió en dirección contraria al río. Pasaron lo bastante cerca del refugio como para que Galaeron pudiera oír los húmedos ronquidos humanos. Hizo intención de mirar dentro, pero sintió una mano en su hombro.

—Te estás haciendo daño —dijo Melegaunt—. La sospecha alimenta la ira.

—Si lady Morgwais no está ahí, será el fin de mis sospechas.

—No lo será. —Melegaunt soltó el hombro de Galaeron, dejándolo en libertad para que hiciera lo que quisiera—. Dudarás de lo que hayas visto, o pensarás que aunque no estuviera allí en el momento en que miraste podría haber estado la noche anterior. La duda es la modalidad de la sombra, y es una modalidad muy poderosa.

Sólo la confianza puede vencerla.

Melegaunt se unió a los demás, dejando que Galaeron decidiese por sí mismo.

—Ve y mira —dijo Malik que venía detrás de Galaeron—. Por experiencia propia, toda la vigilancia que se tenga con una mujer, es poca. Son todas unas furcias traicioneras dispuestas a engañar a sus maridos a la menor oportunidad.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó Galaeron.

—Ya te lo dije, por mi propia experiencia —dijo Malik—. A mi propia esposa la dejaba bien cerrada en mi casa de Calimshan, pero me traicionó cuando se le presentó la ocasión.

—¿De veras? —Sacudiendo la cabeza con perplejidad por lo extraño de la conducta humana, Galaeron siguió a los demás—. Entonces aprenderé de ti esa lección.

Malik pareció intrigado, pero acomodó su paso al del elfo.

—Supongo que hay cosas que un hombre prefiere ignorar sobre su madre.

—Por fortuna, soy elfo. —Aunque a Galaeron le sentó muy mal aquella expresión ofensiva sobre su madre, se mordió la lengua por temor a dar a su sombra un nuevo asidero—. Las decisiones de mi madre le pertenecen a ella. Ella y mi padre no han compartido casa en treinta años.

—Lo siento —dijo Malik con expresión comprensiva—. Debe de ser muy duro para tu padre ver su nombre mancillado de una forma tan baja.

—¿Mancillado? —Galaeron sintió que su enfado subía de punto y se dio cuenta de que la ira que sentía no era suya. Ningún elfo consideraría deshonroso que una mujer siguiera los dictados de su corazón—. Las cosas no son iguales entre los elfos. Su decisión no tuvo nada de deshonroso.

—¿En serio? No sabía que los elfos fueran tan liberales con sus mujeres. —Malik miró hacia el interior del bosque, musitando algo así como que los tontos no tienen honor.

Dejaron atrás los límites de la aldea, donde los vigilantes nocturnos observaban desde sus atalayas de los árboles. Takari no dio explicación alguna sobre su marcha furtiva. Los habitantes de Rheitheillaethor eran libres de ir y venir a su antojo siempre y cuando no hicieran nada que pudiera considerarse una traición para su pueblo. Ni ella ni Galaeron respondieron a los gestos de despedida con que los saludaban a su paso. Habiendo humanos presentes, era inconcebible revelar la posición de los centinelas.

—¿Tú no tenías un caballo, Malik? —preguntó Galaeron cuando ya se habían alejado cien pasos de la aldea.

—Su nombre es *Kelda*.

Malik abrió la mano para mostrar unas riendas y, de repente, la yegua apareció detrás de él, dejando rastros de baba sobre el hombro de su amo. Galaeron miró hacia

atrás y quedó sorprendido al ver sobre la nieve plateada una larga línea de huellas de cascos.

—Empiezo a darme cuenta de cómo te colaste en Rheitheillaethor —dijo Galaeron—. Realmente impresionante.

—Es un don del Único —replicó Malik, encogiéndose de hombros.

—¿El Único?

Malik hizo como que no había oído la pregunta, lo cual hizo que la curiosidad de Galaeron rozara la sospecha. Empezó a imaginar que el hombrecillo era agente de algún poderoso archimago o de un tirano inclemente, o incluso de los propios phaerimm, pero eso era ridículo. Malik a duras penas parecía capaz de cuidar de sí mismo y de su caballo, y mucho menos de los intereses de un poderoso y nefasto amo. Esas sospechas sólo podían ser obra de su sombra.

Continuaron en silencio durante un trecho.

—Gracias por volver a advertirnos sobre los acechadores —dijo Galaeron por fin—. Si podemos librar a Rheitheillaethor de su acción depredadora, tendrás para siempre la gratitud de todos los elfos del Alto Bosque.

—No le des importancia —dijo Malik—. No representó ningún problema. El hecho de no ver a un hombre no significa que no esté.

Galaeron estuvo pensando un rato sobre lo que había dicho.

—¿Estuviste todo el tiempo entre nosotros?

—Un poco por atrás —dijo Malik—. Los árboles parlantes siempre han puesto nerviosa a *Kelda*.

Galaeron lo miró con extrañeza.

—Si estuviste con nosotros, ¿cómo puedes saber que los acechadores han escapado a la vigilancia de Turlang?

—No sé si lo han hecho —respondió Malik—, sólo sé que pronto estarán aquí.

—¿Y cómo lo sabes? —El tono de Galaeron era de irritación.

—Porque los seguidores de Turlang no despistaron a todos nuestros perseguidores —explicó Malik—. Uno de los acechadores era muy hermoso y taimado. Se quedó rezagado y entró en el bosque algo más al norte que los demás, y encontró..., bueno... —parecía estar luchando con las palabras, hasta que por fin dijo—. ¡Aquella cosa era un verdadero genio! No lo vi hasta que lo tuve encima, mirándome con aquellos ojos extraordinarios.

Galaeron tuvo un funesto presentimiento.

—¿Cómo conseguiste escapar?

—Yo... es que... *Kelda* resulta muy... —Malik procuraba recordar, pero finalmente se dio por vencido y con un encogimiento de hombros dijo—: ¿Qué importancia tiene? Lo importante es que me encuentre aquí para advertiros.

La náusea que empezaba a sentir Galaeron se transformó en miedo y sintió que

las manos se le cerraban transformándose en puños.

—¿Y qué sucedió con el acechador? ¿El de los ojos maravillosos?

—Se fue con los demás, creo. Habría sido peligroso para él seguirnos solo.

El rechinar de sus dientes llenó los oídos de Galaeron.

—¿Y cómo marcaste nuestra huella?

—¿Qué? —La mano de Malik se escondió bajo su capote, sin duda buscando una daga escondida—. ¿Me acusas de traición?

—Claro que no. —Seguro de que el enfado que sentía era tanto suyo como de su sombra, Galaeron se obligó a pensar en cómo había engañado el acechador a Aris en Mil Caras. Aun cuando Malik hubiese marcado su rastro, no se lo podía culpar de sus acciones—. Pero ¿por qué crees que te dejó ir el acechador?

—Ya veo lo que estás pensando. —Malik introdujo una mano en su turbante para rascarse la cabeza—. No soy tan tonto. Los acechadores son indudablemente criaturas taimadas y hermosas, pero yo soy un hombre de gran fuerza de voluntad y de mente más fuerte aún. Jamás podrían engañarme.

—Ya, jamás.

Mientras hablaba, hizo un gesto con la mano sobre la cara de Malik, y poniendo cuidado en no utilizar la magia fría de Melegaunt, inició el encantamiento de un conjuro para anular la magia.

—¡Hechicero asesino! —La mano de Malik bajó del turbante hacia su capote y sacó una daga curva—. ¡Sujeta tu lengua!

Galaeron acabó el encantamiento justo a tiempo de saltar hacia atrás evitando ser abierto en canal. Sintió que se desataba en su interior un torrente de miedo y agitación, y con él llegó su sombra desde lo más profundo y oscuro de su ser. Vio cómo su pie salía disparado y golpeaba a Malik en la parte posterior de la rodilla, haciéndolo caer de espaldas. Galaeron se lanzó de inmediato sobre él y se encontró con el morro y la mirada furiosa de *Kelda* mientras con un pie sujetaba la mano que sostenía la daga contra el suelo.

—¡Detén tu mano, te lo ruego! —Malik levantó el brazo que le quedaba libre para protegerse la cabeza—. ¡Lo juro por mi vida, jamás tuve intención de traicionaros a ti y a tus amigos!

Vala corrió a sujetar el brazo de Galaeron.

—En nombre del Guantelete Rojo, ¿qué estás haciendo?

Galaeron empujó hacia un lado el morro de *Kelda* y retiró el pie que sujetaba la muñeca de Malik.

—Uno de los acechadores lo engatusó. Tuve que usar mi magia.

—Entonces, ¿para qué necesitabas eso? —preguntó Vala mirando el brazo que sujetaba.

Galaeron miró hacia abajo y quedó atónito al ver que su mano sujetaba una

espada a medio desenvainar.

—¡Por el arpa lunar! —juró. Estaba tan sorprendido que no podía hacer otra cosa que mirar el arma. No recordaba haber echado mano de ella, y no tenía la menor idea de lo que pretendía hacer con el arma. Dejó que la espada se introdujera otra vez en la vaina y empezó a manipular el cinto al que iba sujeta. Le temblaban las manos de tal forma que no conseguía soltar la hebilla—. ¡Podría haberlo matado!

—Sí, y te habrías perdido. —Melegaunt se deslizó junto a Vala y se detuvo frente a Galaeron—. ¿No te advertí sobre el uso de la magia?

—No usé la magia fría, sólo la que me es propia.

—Ninguna magia te pertenece —dijo Melegaunt. A pesar del tono severo de sus palabras, su voz era tranquila—. Todo el poder mágico es prestado, y el poder que uno no se ha ganado siempre abre las puertas de la ruina.

Por fin dejaron de temblarle las manos el tiempo suficiente como para poder soltarse el cinturón.

—Déjalo donde está —dijo Melegaunt—. Mejor recurrir a la espada que a un conjuro.

—Para ti es fácil decirlo. —Malik se incorporó—. No fue a ti a quien atacó.

—Al menos su espada está todavía envainada —indicó Vala, dirigiendo una mirada significativa a la daga de Malik—. Me atrevería a decir que ninguno de los dos estaba en sus cabales.

Malik pareció tan sorprendido como Galaeron al ver un arma en su mano.

—Un hombre tiene que protegerse —exclamó con un encogimiento de hombros.

Llegaron Takari y Aris. Éste se puso de rodillas junto a Vala, y a pesar de todo superaba en altura a todo el grupo. Takari se detuvo junto a Vala y arqueó una ceja al ver el caballo de Malik. Antes de ponerse de pie, Malik cogió un pliegue de su túnica y limpió con él la hoja de su daga. Cuando la hubo limpiado, Galaeron observó una mancha resinosa sobre la misma.

—Malik, ¿has marcado nuestra huella con una señal?

—¿Una señal? —preguntó Malik—. ¿Qué quieres decir?

Abrió su túnica para guardar la daga, pero Takari se la arrebató de la mano. Pasó el dedo sobre la resina pegajosa varias veces y a continuación se lo acercó a la nariz.

—Esta hoja tiene savia. —Por la forma en que miró a Malik, parecía dispuesta a clavársela en el pecho—. Has estado marcando la corteza de los árboles.

Los ojos de Malik parecían huevos de pájaro.

—Por el Sol Negro... ¡Los acechadores! ¡He dejado nuestro rastro para ellos!

—¿El Sol Negro? —Vala también parecía dispuesta a matar a Malik antes de que pudiera hacerlo Takari—. ¿Eres adorador de Cyric?

Malik se estremeció, después cerró los ojos y asintió.

—Os lo ruego: ¡No me hagáis ningún daño! No fue culpa mía si os traicioné.

—Nadie te hará daño —dijo Aris poniendo de pie al hombrecillo—. Yo mismo he sido engañado por la magia de los acechadores.

Malik se atrevió a mirar hacia arriba.

—¿Vas a protegerme?

—No es culpa tuya —dijo Aris—. Su magia es poderosa.

—Pero lo que sí es cierto es que cortó los árboles de Turlang..., y fuimos nosotros los que lo introdujimos en el bosque —dijo Vala. Se volvió para mirar a Galaeron—. ¿Qué significará eso para tu madre?

Fue Takari quien respondió.

—Turlang no volverá a confiar jamás en la palabra de lady Morgwais, pero si la aldea cuida de los árboles heridos y no los deja morir, creo que dejará que nos quedemos.

—¿Dejar que os quedéis? —Galaeron respiró profundamente para tranquilizarse y después se dirigió a Malik—. ¿Cuándo fue la última vez que viste al acechador?

Malik se quedó un momento pensando y después se estremeció.

—Después de que terminara el baile. Estarán esperando... —Hizo una pausa y miró hacia adelante, buscando en el bosque una señal familiar, después señaló hacia un lugar indeterminado—. Donde el camino gira hacia la aldea. Yo, vaya..., allí también dejé una señal.

Takari miró a Galaeron con expresión inquisitiva, pero él sólo respondió con un leve movimiento de cabeza y desvió la vista. Los dos sabían perfectamente lo que quería decir Malik, pero Galaeron no quería revelar a los humanos el rastro laberíntico, sobre todo cuando ya habían hecho tanto para poner en peligro a Rheitheillaethor.

—Ahora no podemos hacer nada con las señales —dijo—, y cada minuto de duda hace más probable que traten de encontrar la propia aldea. Tenemos que dejar otro rastro e intentar atraerlos hacia nosotros.

Takari apuntó a Malik con un dedo acusador.

—¿Y qué hacemos con éste? Eres responsable de él porque Morgwais le dijo a Turlang que también respondía por él.

Vala apoyó una mano en la empuñadura de su espada oscura.

—Se me ocurre una solución.

—Eso no sería justo —manifestó Aris con voz sorda—. No sé nada sobre ese Sol Negro al que adora, pero para mí ha sido un verdadero amigo.

—Entonces supongo que no tenemos más remedio que llevarlo con nosotros —dijo Melegaunt—. Es indudable que no podemos dejarlo suelto en el bosque de Turlang.

—¿No? —La sonrisa que se dibujó en la cara de Malik le pareció a Galaeron sospechosamente franca—. ¡Que el Único derrame mil bendiciones sobre todos

vosotros!

—Yo, en tu lugar, preferiría quedarme sola —dijo Vala con voz ronca—. En el mejor de los casos, Aris sólo te debe una vida.

Galaeron se puso al final de la fila, detrás de Vala, y sugirió a Melegaunt que él y Aris siguieran a Takari dejando entre ellos una docena de pasos. Mientras describían un ángulo hacia el norte, Galaeron miró atrás y vio el rastro que Malik había señalado. Dentro de algunas horas, alguien de la aldea descubriría la atrocidad y tataría las heridas con ungüentos especiales para ayudar a que la corteza cicatrizara, pero el daño estaba hecho, porque mientras los árboles siguieran en pie, la larga línea de señales marcaría el camino hacia el Sangre del Corazón, donde Rheitheillaethor permanecía oculta tras un meandro del río. No fue ésta la primera vez que se preguntó qué precio tendría que pagar por la salvación de Evereska.

Unos minutos después se internaron en una región de vegetación espinosa e impenetrable y ocultos precipicios, donde el único camino practicable era el centro de un sendero nevado. Un conjunto asombroso de encrucijadas y ramificaciones se abría desde el camino principal, formando una sinuosa red que bordeaba los abismos y se abría paso por túneles abiertos en medio de las zarzas, pero los humanos eran incapaces de encontrar esas rutas alternativas. La magia del laberinto funcionaba a la inversa que la intuición. En vez de presentar al intruso un conjunto desconcertante de opciones, el rastro laberíntico sólo permitía ver el sendero que estaba siguiendo en ese momento determinado. Todos estos rastros se entrecruzaban y formaban una madeja de enredos interminables que trasladaban al huésped indeseable de un círculo a otro sin que éste se diera cuenta. Aunque Rheitheillaethor no se enfrentaba a muchos invasores, los que pretendían asaltar la aldea generalmente eran hallados en el laberinto, o bien muertos de hambre o bien atrapados en el fondo de un pozo recóndito.

Por fin salieron del rastro laberíntico sin que los humanos hubieran aprendido nada nuevo. La luz azogada de un amanecer invernal iluminaba el cielo por detrás de los árboles, al este, llenando el bosque de sombras tan sutiles que eran casi imperceptibles. Recorrieron poco menos de dos kilómetros antes de que Galaeron llamara a Takari imitando el canto de un cardenal. Ella respondió con el de un carbonero, y Galaeron supo que había localizado a sus enemigos. Estudió el bosque hacia el sur y lo único que vio fue un entrecruzamiento interminable de ramas cargadas de nieve. En el Confín del Desierto podría haber competido con la aguda mirada de Takari, pero aquí, en su medio natural, no tenía más remedio que dejarlo todo en manos de la exploradora. Así se lo comunicó repitiendo dos veces la llamada del cardenal, y ella siguió indicando el camino.

Viajaron en fila india, pisando sólo sobre las pisadas de Takari para evitar poner el pie sobre una rama medio oculta o sobre un montoncito de leña menuda. Las

pisadas de Aris eran tan silenciosas como las del propio Galaeron, pero Malik y su montura eran, con mucho, los más silenciosos, ya que *Kelda* apoyaba sus cascos más a la manera de un unicornio que a la de un caballo. Galaeron estaba seguro de que Malik era algo más que un simple adorador de Cyric, pero no quería dar cobijo a sus sospechas, no fuese a propiciar un ataque poco oportuno de su yo sombra.

Las sombras de la mañana empezaban a hacerse más oscuras cuando Takari aceleró el paso, conduciéndolos con tanta rapidez que era poco menos que imposible no hacer ruido. Melegaunt hizo que a todos les corriera un escalofrío por la columna vertebral cuando pisó una rama cuyo crujido se propagó por todas partes. Vala resbaló en una cuesta y cayó de rodillas con un sonido sordo y un juramento sofocado. En el cruce de un ancho riachuelo, Aris rompió el hielo y un chapoteo se coló entre los árboles. Galaeron no necesitaba mirar para saber que sus enemigos les venían pisando los talones. Takari había apurado el paso para atraer su atención, y ahora ya se estaban acercando al Bosque Espectral.

Por fin el sol se manifestó plenamente como un disco anaranjado suspendido muy cerca de los árboles, derramando su luz en el interior del bosque y proyectando sobre la nieve sombras de troncos tan largas como algunos caminos. Takari empezó a variar el paso, aminorando la marcha por momentos y recorriendo un curso errático, y lanzándose luego hacia adelante en una repentina y firme arremetida. Galaeron supo sin mirar que sus enemigos se aprestaban a atacar, tratando de deslizarse inadvertidos por los flancos para cortarles el camino. Takari estaba usando la misma táctica que una banda de Darkhold Zhentarim había usado en una ocasión contra la patrulla de Galaeron, fingiendo fatiga y falta de disciplina en la esperanza de sorprender al grupo descansando. Galaeron trató de colaborar desempeñando su papel, engullendo para ello puñados de nieve e indicando a los demás en silencio que lo imitaran. Una o dos veces incluso se rezagó, tratando de convencer a los acechadores de que, con paciencia, podrían sorprender a un rezagado y hacer su trabajo mucho más fácil.

Por fin, el bosque empezó a ralearse ante ellos. Los desnudos troncos de los arces y los copasombras fueron reemplazados por una extensión blanca y borrosa. Al principio, Galaeron pensó que habían llegado a una pradera o a un lago cubierto por la nieve, pero al acercarse, el pálido borrón se resolvió en una pared de robles albinos. Era sorprendente, pero todavía conservaban todo su follaje y eran totalmente blancos, desde la base de sus troncos de alabastro hasta las copas que los coronaban. Galaeron pudo ver incluso algunas bellotas marfileñas colgando de los blancos tallos.

Takari imitó el canto tenue del lugano y Galaeron comprendió que se encontraba ante el Bosque Espectral. Había supuesto que sería más oscuro, más amenazador, retorcido y reconociblemente maligno. Pero en realidad parecía salido de un mito elfo, hermoso, ilusorio y más antiguo de lo imaginable. Galaeron contestó con su canto del cardenal y Takari se detuvo. Con un solo movimiento colocó una flecha y

se volvió para dispararla.

—Corred hacia los árboles blancos —dijo Galaeron empujando a Vala—. Allí Melegaunt podrá usar su magia.

La flecha de Takari pasó silbando por encima de la cabeza de Galaeron y fue a clavarse en algo blando. El elfo cogió el arco que llevaba a la espalda y se tiró al suelo saltando por encima de un tronco, para levantarse a continuación con su propia flecha preparada y apuntando en la misma dirección.

Un acechador apareció levitando y aullando a unos setenta pasos de distancia, sus tentáculos oculares lanzaban rayos de colores en todas direcciones y en su gran ojo central tenía clavada la flecha de Takari. Galaeron apuntó la suya al mismo blanco, pero entonces, a veinte pasos por delante de la criatura, atisbo un penacho de nieve que se elevaba del suelo al correr algún enemigo invisible hacia el Bosque Espectral. En un instante, Galaeron corrigió su puntería y lanzó la flecha.

La saeta debió de haberse clavado en su blanco a la altura de las costillas, arrancándole un grito de sorpresa antes de rebotar e ir a hundirse en la nieve.

—¡Cuidado ahí! —gritó Galaeron—. ¡El phaerimm es invisible y tiene un escudo antiflechas!

A cambio de su valentía recibió un negro foganazo de uno de los ojos del acechador, pero ya había corrido a buscar refugio detrás de una piedra nevada. El tronco en el que se había ocultado estalló en una masa de pulpa corrompida. El contemplador volvió a gritar al ser alcanzado por otra de las flechas de Takari. Galaeron colocó una nueva flecha en el arco y salió de su escondite, apuntando mientras corría. Un cono de luz dorada salió de uno de los tentáculos oculares del acechador y la piedra se hizo polvo. Galaeron erró la flecha que había arrojado al gran ojo de la criatura y vio cómo se perdía de vista.

Esta vez, el acechador no gritó. Simplemente cayó en la nieve con los tentáculos oculares caídos sobre el cuerpo como si fueran viñas marchitas. Galaeron y Takari clavaron sendas flechas en el cuerpo sin vida como medida de seguridad y buscaron corriendo nuevos escondites. Acto seguido levantaron la cabeza para evaluar la situación.

Malik y su caballo habían desaparecido, por supuesto, y Aris cargaba en la dirección que había señalado Galaeron, enarbolando un gran tronco caído en un noble, aunque no muy acertado, intento de aplastar al enemigo invisible por pura casualidad. Vala y Melegaunt corrían en la dirección equivocada, cargando a través de la nieve hacia Galaeron y Takari.

Por señas les indicó que volvieran atrás, pero por única respuesta los vio detenerse y hacer gestos en su dirección. Volvió a intentarlo, esta vez de forma apremiante. Cuando Melegaunt llegara al Bosque Espectral podría usar su magia de sombras, y si alguna posibilidad tenían de escapar de los phaerimm y de sus secuaces

era la magia del archimago.

Vala no le hizo el menor caso, en lugar de eso señaló con su espada oscura al acechador caído.

—Era sólo el explorador —gritó—. ¿Quieres dejar de hacer payasadas y enfocar hacia aquí tus puntiagudas orejas?

Al ver que no se proyectaba ningún rayo de ningún color para silenciar a la mujer, Galaeron se atrevió a mirar hacia atrás. Con gran alivio observó que el resto de los acechadores estaban todavía a un centenar de pasos y, aunque se acercaban rápidamente, no eran más que esferas del tamaño de un puño que avanzaban entre los árboles. Tras ellos levitaba la figura semejante a un tornado de un phaerimm, no mayor que el pulgar de Galaeron, pero igualmente aterradora a pesar de la distancia.

Un golpe seco resonó en el bosque al acertar Aris al enemigo invisible. Galaeron vio con sorpresa que el gigante de piedra no se convertía instantáneamente en un pilar llameante ni caía muerto con un agujero atroz en el pecho. En lugar de eso, gruñó de satisfacción y volvió a intentar el golpe, sacudiendo la nieve de los árboles que lo rodeaban al golpear el suelo con su improvisado garrote.

—¡Aris! —gritó Melegaunt—. ¡Deja eso de inmediato!

Una serie de fognazos de colores cruzaron el aire por delante de Galaeron cuando los acechadores empezaron a probar el alcance de sus rayos oculares. Todavía no estaban lo bastante cerca como para atacar, pero no pasaría mucho tiempo antes de que sus rayos empezaran a dar en el blanco. Al ver que los insensatos humanos estaban decididos a no entrar en el Bosque Espectral a menos que lo hicieran todos juntos, llamó a Takari con un silbido y corrió hacia ellos. Aun corriendo a todo lo que les daban las piernas no tenían muchas posibilidades de llegar antes de que los rayos de los acechadores pudieran alcanzarlos, pero zigzagueando un poco tal vez consiguieran llegar vivos al bosque.

Cuando Galaeron y Takari se acercaron, Vala los cogió de las manos y los obligó a refugiarse detrás de un árbol. Los rayos de los acechadores empezaban a abrir grandes agujeros en los troncos de los enormes copasombras y derribaban arcos enteros. A Turlang no iba a gustarle nada el daño que estaba sufriendo su bosque, pero mientras que Melegaunt no usase su magia dentro del bosque, el treant no podría responsabilizarlos ni a ellos ni a lady Morgwais.

A Aris lo alcanzó un rayo en plena carrera. El haz le habría volado el torso a un hombre normal, pero a Aris sólo le abrió un boquete del tamaño de un melón en el muslo. Dejó escapar un estruendoso grito y se desplomó, haciendo retumbar todo el bosque.

—¡Ya vale! —gritó Melegaunt, dirigiéndose a Vala.

Esta cogió la mano de Galaeron y la unió a la de Takari. A continuación pasó su brazo por el de Galaeron y se agarró a Melegaunt con el otro. El archimago sujetó la

mano de la mujer en el pliegue del codo y colocó la palma de la mano en el bíceps del gigante antes de empezar a pronunciar las palabras de un conjuro de sombra.

Galaeron se soltó del brazo de Vala.

—¿Qué estás haciendo? Si rompes la palabra dada a Turlang...

—¡Mira la sombra, elfo! —Vala volvió a asirse al brazo de Galaeron y señaló con el mentón la sombra del tronco bajo la cual se encontraban—. Está dirigiendo su magia al Bosque Espectral.

Galaeron miró en la dirección que ella señalaba y vio que la sombra del árbol superaba claramente el anillo de robles blancos. Aunque no estaba seguro de que Melegaunt estuviese tomando al pie de la letra la promesa que había hecho a Turlang, no era momento de discusiones. Media docena de acechadores aparecieron a uno y otro lado, sembrando el aire de haces relumbrantes de destrucción.

Los rayos pasaron de largo sin tocar a ninguno de los integrantes del grupo, y sólo entonces se dio cuenta Melegaunt de lo desdibujados y desenfocados que se veían los contempladores. Varios de ellos pasaron a tiro de piedra del grupo sin dar muestras de verlos.

—No perdáis contacto conmigo —advirtió Melegaunt—. En este momento sólo somos sombras para ellos..., ésa es toda la protección que tenemos.

—Entonces salgamos de aquí —dijo Takari—. El Bosque Espectral está a menos de cien pasos.

—Y es como si estuviera a cien kilómetros —dijo Aris—. Mirad al frente.

Una cortina de fuego negro hasta la altura del tobillo había surgido en el límite del bosque blanco. Aunque Galaeron suponía que las llamas serían invisibles para cualquiera que no estuviera en la Linde, no veía razón alguna para que un mago con el poder de Melegaunt no pudiese dispersarlas.

—No podemos ocultarnos en las sombras para siempre —dijo—. Disípalas y sigamos nuestro camino.

—Lo haría gustoso... de no ser porque es precisamente lo que Elminster espera —respondió Melegaunt.

—¿Elminster? —inquirió Aris—. Pero si estaba durmiendo.

—Los Elegidos de Mystra no duermen —lo interrumpió Melegaunt. Hizo un gesto amplio hacia los pies del gigante y realizó con los dedos los movimientos de un conjuro de detección—. Y lo que es seguro es que no roncan.

Una figura fantasmal con un sombrero de fieltro apareció veinte pasos más allá de los pies de Aris. Se arrastraba lentamente hacia el Bosque Espectral, espiando por encima del hombro al grupo central de acechadores y al levitante phaerimm, así como a los exploradores del contemplador, que no hacían más que atravesar una y otra vez la sombra en la que Galaeron y sus amigos estaban ocultos gracias al conjuro de Melegaunt.

Una chispa de comprensión brilló en los ojos de Elminster y empezó a acercarse al lugar donde estaban escondidos. Melegaunt terminó su conjuro apuntando con un dedo al archimago. Casi de inmediato, los acechadores dirigieron sus tentáculos oculares hacia Elminster y empezaron a lanzar sobre él rayos negros y dorados. Todos los ataques, sin excepción, se deshicieron en destellos inofensivos contra los escudos mágicos del archimago, pero el chaparrón bastó para que el anciano desistiera de su empeño. Melegaunt aprovechó ese momento para lanzar otro conjuro. Esta vez, el haz dorado no se detuvo a un palmo de él como había sucedido con los anteriores, sino que le dio de lleno y lo hizo rodar por la superficie nevada.

—¿Qué estás haciendo? —Galaeron estuvo a punto de soltar la mano de Takari para sujetar el brazo de Melegaunt—. Lo vas a matar.

—Lo veo difícil.

Cuando por fin consiguió detener el ataque, Elminster miró con furia a Melegaunt. Levantó un dedo acusador... y el phaerimm apareció flotando, agitando los cuatro brazos hacia donde estaba el anciano mago.

Elminster desapareció en una nube de encendidas llamas y Melegaunt pronunció de inmediato lo opuesto a un conjuro de teleportación.

Un instante después, la figura de Elminster apareció a unos cincuenta metros en dirección este, envuelto en fuego y agitando un largo dedo llameante. Aunque el gesto pretendía apuntar a Melegaunt, tenía una desviación de unos diez grados hacia la izquierda, lo que Galaeron interpretó como una muestra palpable de que el mago más grande de todo Faerun no podía penetrar ni el más simple de los conjuros de sombra de Melegaunt.

El phaerimm se lanzó como un rayo hacia donde estaba Elminster diciendo algo en tono airado en su sibilante lenguaje que atrajo a los acechadores. Elminster optó por huir, cubriendo su retirada con una cortina de brillantes colores. El phaerimm y los acechadores hicieron una pausa para hacer desaparecer la cortina y a continuación se lanzaron en persecución del mago.

—Ahora estamos preparados para el Bosque Espectral —dijo Melegaunt con una sonrisa.

CAPÍTULO 16

29 de Nightal, Año del Arpa sin Cuerdas

El Bosque Espectral era mucho más oscuro y siniestro de lo que parecía desde fuera. Bastó con internarse una docena de pasos para que la inmaculada nieve se convirtiera en turba mojada y los robles albinos fueran reemplazados por las profundidades sombrías de un bosque petrificado. Los árboles eran tan negros como el carbón. Las ramas oscuras acababan en muñones astillados y troncos retorcidos que se apoyaban los unos en los otros formando ángulos inverosímiles. Debajo de los árboles, el suelo era tan rojo como la sangre, lleno de escoria y materia en descomposición que despedía un fuerte olor a podrido. Galaeron no podía imaginar una forma de salir de aquel cenagal, y mucho menos de llegar a Karse.

—¿Por dónde? —preguntó mirando a Takari.

Ella se encogió de hombros.

—Jamás he pasado del Círculo Pálido, pero no hay de qué preocuparse. Jhingleshod nos encontrará.

—¿Jhingleshod?

—El sirviente de Wulgreth. —Takari acompañó sus palabras de una sonrisa enigmática.

—¿Su sirviente? —exclamó Malik. En cuanto el phaerimm y los acechadores desaparecieron en pos de Elminster, el hombrecillo había vuelto a aparecer junto al escondite del grupo, llamándolos en un susurro hasta que Takari tiró de él y lo metió en la sombra. Malik todavía no le había perdonado el susto que hizo que ensuciara sus pantalones—. Tal vez sea más fácil llamar la atención de Wulgreth buscando una trompeta que tocar.

—No todos los sirvientes quieren a sus amos —replicó Takari.

—Aunque eso es una verdad indudable, no significa que tenga que querernos a nosotros.

—Nos ocuparemos más tarde de Jhingleshod —dijo Galaeron, echando una mirada al bosque de Turlang que habían dejado atrás—. Pero no podemos esperar aquí. Tarde o temprano Elminster o el phaerimm volverán, o tal vez los dos. Nos iremos en cuanto Aris esté listo.

Kelda echó una mirada al pantano y resopló, a lo que Malik respondió acariciándola.

—No tienes de qué preocuparte, chica. Aris estará encantado de llevarte.

Galaeron ni siquiera estaba seguro de que el gigante pudiera con su alma, y mucho menos con el caballo de Malik. Aris estaba sentado en el borde interior del Círculo Pálido, tallando como loco una pequeña roca para hacer un cilindro de

granito capaz de llenar el boquete que el rayo desintegrador del acechador había abierto en su muslo. De un soplido eliminó el polvo que quedaba, sostuvo un momento la piedra sobre la herida, corrigió un poco uno de los lados y se la pasó a Vala que, con mucho cuidado, la encajó en el agujero.

El gigante hizo una mueca de dolor, después apoyó el martillo sobre la herida y pronunció una plegaria incomprensible al adusto dios de su raza. Una nube de vapor carmesí salió por las dos bocas de la herida, y entonces Aris se recostó contra un tronco y mantuvo el martillo en su sitio mientras la herida se llenaba de carne del color de la piedra. Aunque su mandíbula apretada hablaba a las claras de lo dolorosa que era la curación, mantuvo un estoico silencio.

Cuando el vapor se volvió de color rosado, Aris guardó el martillo en su bolsa. La herida todavía se veía hinchada, pero sus movimientos fueron firmes cuando se puso de pie y echó mano de *Kelda*. La yegua reculó, arrastrando a Malik con ella hacia el Círculo Pálido.

—No va a ser necesario que cargues con ella —dijo Melegaunt, y volviéndose hacia Takari estiró la mano—. Si haces el favor de prestarme tu espada.

Takari miró a Galaeron y después, aunque de mala gana, le pasó su arma. Melegaunt apuntó con ella al sol y pronunció un conjuro sin dejar de pasar la palma de la mano por el lado inferior de la hoja. La parte del lado de su palma se volvió negra y brumosa, mientras que el acero expuesto al sol emitía un resplandor plateado. Takari hizo una mueca y alargó la mano hacia su arma, pero Galaeron le indicó que no lo hiciera. Aunque jamás había visto nada parecido a este hechizo, reconocía la forma general de una fabricación, y no creyó que fuera a dañar el arma de Takari.

Cuando Melegaunt terminó, el lado oscuro de la hoja era tan negro y profundo como una grieta en el suelo de una caverna, mientras que el lado luminoso brillaba tanto que era imposible mirarlo. Orientó la cara oscura hacia la ciénaga y apareció una franja negra sobre la superficie del agua. Cuando ajustó el ángulo, la franja adquirió un ancho superior a medio metro y un largo de unos treinta pasos.

Melegaunt le devolvió entonces la espada a Takari.

—Pon la sombra donde quieras —dijo—. Nos mantendrá los pies secos.

Takari recibió la espada con la boca abierta y a continuación puso el pie sin demasiada convicción sobre la sombra. Al ver que no se metía en el agua, empezó a avanzar.

Melegaunt les señaló a los demás la franja negra.

—Rápido. El sendero sólo dura unos momentos.

Vala sacó su espada y se puso en marcha sin vacilación, seguida de Malik y *Kelda*, a quien sólo se pudo convencer de marchar por la senda de sombra bajo amenaza de ser cogida otra vez por Aris. Este dio dos pasos inseguros antes de anunciar que era como caminar por un alambre y prefería meterse en el agua. El

siguiente fue Melegaunt, y Galaeron cerró la marcha.

El pantano era peor de lo que parecía, con un fondo cenagoso que tiraba de las botas de Aris produciendo un ruido como de alguien que está sorbiendo la sopa y que se propagaba a todo el bosque petrificado. La senda escogida por Takari era necesariamente quebrada e irregular, ya que tenía que rodear amasijos de árboles que bloqueaban el paso y en ocasiones se reducía a unos cuantos centímetros al pasar por debajo de un tronco medio caído. El aire era húmedo y cortante, hasta el punto que no sentían la cara ni las manos a causa del frío. Al cabo de cien pasos, todos estaban tiritando y los rayos anémicos del sol naciente eran demasiado débiles para calentarse.

—¡He atravesado ventiscas más cálidas que este pantano! —se quejó Malik—. ¿Cómo es posible que el agua no se congele?

—No es frío lo que sientes, es la muerte —dijo Melegaunt—. Una muerte antigua y enloquecida y poderosa, una muerte triste y apesadumbrada.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? —preguntó Malik—. Si este Wulgreth es lo bastante poderoso como para agotar el calor de todo un pantano, no tenemos la menor posibilidad.

—No hablo de Wulgreth —dijo Melegaunt—, sino de Karsus. Es su magia lo que crea el Bosque Espectral, y su tremendo remordimiento lo que retuerce todo lo que hay en él.

Karsus era un nombre que por lo menos Galaeron reconocía de sus años en la Academia de Magia. Karsus era el insensato mago netheriliano que había intentado robar el Tejido a la diosa de la magia y había hecho caer las ciudades flotantes de Netheril.

—¿De modo que es la magia de Karsus la que te propones usar contra los phaerimm? —se atrevió a preguntar Galaeron, creyendo empezar a entender el plan de Melegaunt.

—En cierto modo, sí. —Melegaunt se agachó para pasar por debajo de un tronco y se dio de bruces contra el flanco del caballo de Malik, que había reducido la marcha al hacer el hombrecillo una pausa para escuchar lo que decían. El mago le dio a la yegua una palmada en la grupa para que avanzara y a punto estuvo de sacar a Malik de la senda—. Ya verás —dijo en voz baja.

Galaeron maldijo para sus adentros al cyricista y se encontró sopesando las ventajas de matarlo y acabar de una vez con él. A Takari seguramente no le gustaría mucho la idea, pero era evidente que Melegaunt sospechaba del tipejo, y había dado muestras en más de una ocasión de que no repararía en nada con tal de salvar a Evereska. Vala estaría de acuerdo con cualquier cosa que decidiera Melegaunt, de modo que el único problema era Aris, y llegado el caso, incluso la magia de Galaeron era lo suficientemente poderosa para... Ese pensamiento hizo que se parara en seco.

Casi no podía creer con qué facilidad se le había impuesto su sombra. Los pensamientos oscuros le habían parecido de lo más normales.

Tan perplejo se había quedado que casi no se dio cuenta de que Melegaunt había desaparecido rodeando el siguiente grupo de árboles petrificados, pero sí se dio cuenta cuando el sendero desapareció bajo sus pies y se sumergió hasta la cintura en el agua helada.

Dio un grito ahogado y los pies se le transformaron en bloques insensibles. Empezaron a dolerle las rodillas a causa del frío y sentía los muslos como trozos de hielo mientras su cuerpo se iba hundiendo en el pantano. Vacilante, intentó dar un paso y a punto estuvo de caerse cuando el cieno se negó a soltar su bota. Algo grande y blando chocó contra su pierna y allí se quedó. Volvió a gritar y sacó su daga, pero no había forma de hundirla en el agua helada para averiguar qué era.

Galaeron oyó otro chapuzón, y al mirar hacia adelante vio a Melegaunt que caía al agua mientras la senda de sombra se desvanecía tras él. El mago soltó un gruñido, sorprendido, antes de extender las manos y salir levitando del agua. El sendero empezaba a desaparecer detrás de Malik y de su caballo, pero al volverse Vala y Takari para ayudar a Galaeron, no podrían seguir adelante.

Galaeron les hizo señas de que avanzaran.

El sendero se desvaneció bajo las patas traseras de *Kelda*, y ése fue todo el ímpetu que necesitó la yegua para empujar a Malik hacia adelante. Éste le dio a Vala un buen empujón y empezaron a moverse otra vez, manteniéndose unos cuantos pasos por delante de la senda de sombra que se iba desvaneciendo. Takari intentó tender a Galaeron un tronco retorcido, pero Aris les indicó que siguieran adelante.

—Idos —dijo el gigante, recogiendo a Melegaunt en el aire y chapoteando hacia donde estaba Galaeron—. Yo los cogeré.

Aquella cosa blanda que Galaeron había sentido sobre la pierna se deslizó en torno a su muslo: algo cubierto de escamas o de pinchos o de algo que palpitaba junto a su cota de malla elfa. Respiró hondo, y buscando en el agua con las dos manos tocó algo enorme y carnoso alrededor de su pierna. Le clavó la daga en el cuerpo y la sacó del agua, pero inmediatamente deseó no haberlo hecho.

La cosa era tan larga como su brazo, y tenía un cuerpo negro y viscoso que empezaba en una cabeza redonda y terminaba en una cola estrecha. No se imaginaba lo que era hasta que la volteó y vio un círculo de pequeños dientes afilados rodeados por una ventosa de labios carnosos.

—¡Por el bastón de mando de Fey! —exclamó, sosteniéndola tan lejos como se lo permitía su brazo—. Es una sanguijuela.

—Yo diría que más adecuada a mi tamaño. —Aris se inclinó y aplastó al bicho entre dos dedos antes de levantar a Galaeron con la mano que le quedaba libre—. Y deberías ver las libélulas que hay aquí arriba.

Galaeron vio algo etéreo, como de encaje, de más de un metro de envergadura que pasó volando junto a la cabeza del gigante.

—Mientras no ha-haya ara-rañas —contestó. Aunque la ciénaga ya no le robaba el calor del cuerpo, no podía parar de tiritar, e incluso Melegaunt tenía los labios un poco azulados—. ¿Puedes ha-ce-er un conjuro de calentamiento?

Melegaunt esbozó una sonrisa irónica.

—Por desgracia, la m-m-magia de sombras no produce calor. —Lo sacudió un escalofrío y luego agregó—: Puedo protegernos del frío normal, pero de este frío gélido que nos roba la vida... —Se limitó a sacudir la cabeza.

Galaeron vaciló, sabiendo de antemano cuál sería la respuesta de Melegaunt.

—Puedo usar el tejido... —dijo de todos modos.

—¿Cuántas veces debo advertirte? —Melegaunt miró a Galaeron un momento con expresión severa, después fijó la vista en Aris—. Tú no parece tener problema.

—Tampoco parece que me preocupen las sanguijuelas..., pero las apariencias no lo son todo. —Sacó un pie del agua para mostrar los bichos que tenía adheridos al tobillo—. Si conseguimos una piedra puedo pedirle a Skereaus Huesos de Piedra que nos caliente.

Galaeron miró los árboles petrificados a cuyo lado pasaban, pero decidió que era mejor no sugerir que utilizasen uno. La magia que les había robado la vida parecía tan corrupta como la sombra que trataba de hacerse con la suya.

Aris avanzó por el bosque petrificado hasta que alcanzó a los demás, entonces puso a Galaeron detrás de Takari y a Melegaunt detrás de Vala, dejando que Malik y su montura cerraran la marcha. Galaeron recordó que Cyric era el dios humano de los conflictos y los asesinatos, y no quedó muy tranquilo pensando que Malik iba detrás de todos, pero unos cuantos pasos vacilantes bastaron para convencerlo de que el hombrecillo estaba demasiado débil para ocupar ese puesto.

Seguro de que los phaerimm y los acechadores, y puede que incluso Elminster, no tardarían en venir tras ellos, siguieron hacia el oeste todo lo rápido que podían, encargándose Aris de vigilar si los seguía el enemigo. Galaeron iba perdiendo fuerzas y empezó a temblar de una manera incontrolable. Vala envainó la espada y lo llevó abrazado el tiempo suficiente para despojarlo de sus ropas húmedas y cubrirlo con su capote para mantenerlo caliente. Al ver que eso no bastaba, Takari también ofreció el suyo, e incluso Malik sacó un pesado capote de lana. El exceso de peso parecía contribuir a cansar más a Galaeron, que empezó a sentirse adormilado y letárgico, hasta que finalmente Vala tuvo que sujetarlo permanentemente del brazo.

Melegaunt y a Aris tuvieron mejor suerte, aunque el pantano también había hecho mella en ellos. El archimago caminaba con paso vacilante musitando cosas sobre corazones y magia pesada, y llegó a estar tan confundido que incluso le explicó algo de su magia de sombra a Malik. Aris simplemente empezó a andar más lento,

haciendo pausas cada tanto para recobrar fuerzas apoyándose contra un tronco petrificado y mirando hacia atrás en busca de enemigos.

El sol estaba alto cuando por fin desaparecieron los árboles y el pantano se transformó en un ancho río que parecía correr en una dirección en la orilla en la que se encontraban y en la opuesta por la otra orilla. La ribera del otro lado formaba desde el agua una suave pendiente cubierta de nudosos robles negros, sin duda tan petrificados como los árboles del pantano, pero al menos enraizados en suelo seco.

Takari tendió el sendero de sombra más o menos hasta la mitad del río, pero vio cómo un oscuro remolino lo cogía por el extremo y lo arrastraba a las profundidades. Los salvó a todos haciendo girar rápidamente la espada y cortando la senda con un fogonazo de la cara brillante de la hoja. A continuación tendió otro sendero y volvió a intentarlo. Esta vez, el remolino se adueñó de la senda doce pasos por delante de ella, dándole apenas tiempo para voltear la hoja.

El caballo relinchó desde el último puesto de la fila.

—¡No te pares! —gritó Malik—. ¡Detrás de nosotros hay una anguila lo bastante grande como para comerse a *Kelda*!

Takari tendió una senda siguiendo la orilla del río y, cuando vio que la franja de sombra no desaparecía en un nuevo remolino, corrió hacia adelante para hacerles sitio a los demás.

—Viendo lo que el pantano le hizo a Galaeron, no creo que sea conveniente atravesar el río a nado —dijo hablando por encima del hombro—. ¿Supongo que no se te ocurrirá otra forma de cruzarlo, Melegaunt?

—P-p-por supuesto.

La voz de Melegaunt sonaba tan débil y su hablar tan torpe que Galaeron se arriesgó a echar una mirada hacia atrás, haciendo que Vala le tendiera una mano orientadora cuando la senda rodeó un recodo del río.

—¿Por qué no usamos ese puente?

—¿Puente? —preguntó Galaeron, confundido.

—Siempre hay un puente —dijo Vala, señalando más allá de la nariz de Galaeron.

Galaeron miró hacia adelante y vio que el río se arremolinaba al pasar por encima de unas oscuras piedras sumergidas. A cada lado del río se veían las ruinosas torres del puente, con sus coronas carcomidas y rotas y sus ventanas negras y sin barrotes. Frente a la torre más próxima se alzaba una figura borrosa con una armadura de planchas metálicas que empuñaba una enorme espada de las que se manejan con las dos manos y que mantenía apoyada de punta en el suelo frente a ellos.

—Y un caballero —dijo Malik—. Siempre hay un caballero.

Galaeron desenvainó la espada y oyó que los demás hacían otro tanto, pero Takari les indicó que depusieran sus armas. Al acercarse al caballero, quedó patente que estaba hundido hasta los tobillos en el agua que se arremolinaba en torno a sus pies

haciendo saltar espuma. La armadura estaba cubierta de óxido, mientras que la cara que los miraba desde detrás de la visera levantada parecía ser toda huesos y negros ojos vigilantes.

Cuando se acercaron, blandió su poderosa espada y la sostuvo ante sí, apuntando con ella a Takari. La elfa se detuvo y bajó la suya.

—Bien hallado seas, viejo Jhingleshod —dijo—. A menudo he vigilado tus andanzas desde el Círculo Pálido.

—Y allí deberías haberte quedado, elfa. No tienes nada que hacer en la tierra de la muerte.

—Yo no, pero mis amigos sí. —Takari se hizo a un lado y con un gesto señaló a Galaeron—. Vienen necesitados de tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —Los ojos negros de Jhingleshod se centraron en Galaeron—. ¿Qué ayuda puedo prestarte como no sea una muerte rápida?

Al final de la senda se oyeron un par de chapuzones, después un resoplido sorprendido y una maldición entrecortada al desvanecerse la sombra debajo de Malik y de su caballo. Jhingleshod levantó la barbilla al oírlo, pero mantuvo la atención y la gran espada centradas en Galaeron.

—Necesitamos la magia de Karsus —dijo éste—. Si pudieras enseñarnos...

—Nada de nosotros. —Jhingleshod apoyó la espada en el pecho de Galaeron—. Tú. ¿Qué vienes buscando?

—Vengo para salvar...

—Piénsalo bien, elfo —le advirtió Jhingleshod—. Una respuesta equivocada es peor que la muerte.

Galaeron hizo una pausa para pensar en la pregunta. Había estado a punto de decir que venía para salvar Evereska, pero la reacción de Jhingleshod demostraba a las claras que ésa no hubiera sido la respuesta que quería oír el caballero muerto. Se oyó otro chapuzón y esta vez el que gritó fue Melegaunt.

Jhingleshod no prestó la menor atención al ruido y mantuvo su mirada muerta fija en Galaeron.

—¿Tu respuesta? Si has llegado tan lejos, elfo, debes saber lo que estás buscando.

—Así es. —Galaeron miró primero a Takari y después, por encima del hombro, a Vala—. Absolución. Busco el perdón de mi error.

Una luz negra se encendió en los ojos de Jhingleshod, y su esquelética mandíbula se abrió en un remedo de sonrisa.

—Hay algo que quisiera pedirte, elfo. ¿Querrás ayudarme?

Galaeron se disponía a preguntar qué era, pero se lo pensó mejor. Jhingleshod no reaccionaba bien a los regateos inútiles. Exigía una sinceridad absoluta a quienes buscaban su ayuda, y la verdad era que Galaeron estaba dispuesto a pagar lo que fuera para obtener el perdón de su error. Se limitó a asentir.

Los ojos de Jhingleshod se desplazaron a Takari como si fuera a preguntar algo, pero pareció encontrar la respuesta que buscaba en la expresión atemorizada de la elfa, de modo que volvió a centrarse en Galaeron.

—Adelante —dijo el caballero, señalando el puente sumergido a través de los restos de un rastrillo carcomidos por el óxido—. Si tienes fuerza suficiente como para llegar al otro lado, haré todo lo posible por ayudarte.

Galaeron abandonó la senda de sombra y pasó por el rastrillo sin vacilar, pero se detuvo al otro lado.

—Mis amigos...

Jhingleshod enarboló su espada y la hizo girar sobre su cabeza con tal rapidez que Galaeron no habría podido bloquearla aunque lo hubiera intentado. La hoja le dio de plano en el hombro y lo lanzó contra la pared de la abandonada torre.

—¡Adelante! —Jhingleshod le volvió a señalar el puente—. Mi negociación contigo ha terminado.

Galaeron sintió que dentro de él se iba acumulando una furia oscura y se dispuso a saltar, pero Takari sacudió desesperadamente la cabeza y con los ojos le indicó que cruzara el puente. Galaeron permaneció en cuclillas tratando de sofocar la negra furia que sentía. Juntos, él y sus compañeros tenían alguna oportunidad de destruir a Jhingleshod, pero ¿y después qué? Takari había dicho que él podría llevarlos hasta Karse, y Galaeron había visto lo suficiente del Bosque Espectral como para saber cuan valiosa podría resultarles su ayuda. Se rehízo, y dejando que su brazo dolorido colgara al lado del cuerpo, avanzó vacilante por el agua helada.

Jhingleshod se volvió a continuación hacia Aris, y mientras Galaeron pasaba a través de la sombría arcada, preguntó:

—¿Y tú, qué buscas?

Galaeron salió de la torre a la superficie mohosa de un puente sumergido. Aunque por encima de la superficie no había ni diez centímetros de agua, el fuerte ruido de la corriente no le permitió oír la respuesta de Aris. No queriendo provocar a Jhingleshod con demoras innecesarias, siguió adelante.

La piedra era tan resbaladiza como el hielo, de modo que incluso la escasa agua que corría amenazaba con arrancar sus pies del puente. Envainó la espada y se agachó, colocando cuidadosamente un pie delante de otro y asentándolo bien en la mohosa superficie. Podía sentir cómo el calor de su cuerpo escapaba a través del pie hacia el agua. A su alrededor surgió una niebla ligera que le impedía ver bien la otra orilla y empezó a sentirse mareado.

Cuando Galaeron cruzó el centro del río, la corriente cambió de dirección y empezó a fluir en sentido contrario. El efecto resultó bastante desorientador, dándole la sensación de que había dado la vuelta y se dirigía otra vez hacia la orilla que acababa de dejar. Cerró los ojos y continuó a ciegas hasta que sintió que la nueva

dirección de la corriente era la correcta.

Galaeron casi había llegado al otro lado cuando la corriente volvió a cambiar y el agua empezó a pasar erráticamente por encima de sus pies. Un atisbo de movimiento cerca del puente le llamó la atención, entonces vio flotando en la superficie el cuerpo hinchado de un humano ahogado que se balanceaba al ser empujado una y otra vez por el agua contra el puente.

El hombre llevaba botas hasta la rodilla y armadura de cuero negro, era barbudo y corpulento y tenía la nariz partida y la piel tan azul como sus ojos abiertos. No se veía señal alguna de heridas ni de huesos rotos, aunque la ausencia de yelmo y de armas parecía indicar que había tenido tiempo de deshacerse de ellas antes de ahogarse. Galaeron se estremeció, preguntándose si acaso simplemente habría caído al río y sucumbido a las aguas letales.

Galaeron dio un grito y saltó hacia atrás, aterrizando sobre sus asentaderas al resbalar sus pies en el moho. La corriente amenazó con arrastrarlo hacia el otro lado del mohoso puente. Se echó boca abajo sobre la piedra, sujetándose al puente por el lado a favor de la corriente. El río pasaba por encima de su cabeza y le hacía tragar agua. El frío lo calaba hasta los huesos y amenazaba con anegarle los pulmones. Cerró la boca y sintió que el agua se le metía por la nariz, determinada a arrancarle la vida. Sentía el cuerpo cada vez más entumecido y rígido y que la vida se le iba al contacto con el agua. Soltó el aire que tenía en los pulmones, expulsando el agua al mismo tiempo por la boca y la nariz. Alzó con dificultad una pierna rígida para poder ponerse de pie, y entonces sintió que la mano del muerto lo sujetaba por la muñeca.

Dando un grito, Galaeron sacudió el agua de su cabeza y se encontró mirando los ojos no muertos del hombre. Los labios de éste se distendieron en una horrible sonrisa, mostrando sus colmillos rotos y una lengua ennegrecida que no paraba de moverse. A la mente de Galaeron acudieron una docena de conjuros. Como Guardián de Tumbas había sido bien instruido en las debilidades de los no muertos, así como en los horrores que les esperaban a quienes caían víctimas de ellos. Con una mano apartó la cara de la criatura y se abrió al Tejido. Entonces sintió el dolor lacerante de la magia de sombra que se introducía en su ser. Galaeron desechó el conjuro y, sujetándose al borde del puente con la mano que le quedaba libre, giró la muñeca retorciendo el pulgar del no muerto.

El dolor habría hecho que cualquier hombre vivo retirara la mano soltando el brazo del Galaeron, pero el no muerto mantuvo la suya, tratando de oponer su fuerza al efecto de palanca. Dada la debilidad de Galaeron, la táctica estuvo a punto de surtir efecto. La primera vez que lo intentó, su brazo simplemente se quedó sin fuerzas y la mano se detuvo a mitad del movimiento, quedando inerte con la palma hacia arriba entre él y su azulado atacante.

Galaeron lanzó el brazo hacia adelante clavándole un dedo en el ojo a la criatura.

Hasta un hombre muerto tenía que aflojar en semejante situación, y Galaeron aprovechó para rematar la maniobra haciendo girar la mano por detrás del no muerto, cuyo pulgar se quebró con un chasquido dejando al descubierto un hueso astillado y negro como el carbón.

Galaeron le dio un golpe en la nuca y, cogiéndolo por el cuello, le estampó la cabeza contra el lateral del puente al tiempo que se alzaba sobre la pasarela y apoyaba los pies en ella.

El ahogado lanzó desesperado ambos brazos y cogió al elfo a la altura de los tobillos en un intento de hacerle perder pie. Galaeron se alzó sobre las rodillas y, echando mano de la espada, le dio a la criatura una patada en la parte posterior de la cabeza que la lanzó sobre la piedra del puente, de donde resbaló después al agua. Galaeron puso rodilla en tierra justo delante del no muerto y, acabando de desenvainar la espada, descargó el reluciente acero elfo sobre la cara del espectro produciéndole un corte justo por encima de la mandíbula.

Galaeron lo dejó atrás con un ágil salto, y al volver la cabeza para seguir el movimiento de la punta de su espada, vio salir del agua una segunda criatura que súbitamente se plantó delante de él. Este ejemplar era menos corpulento que el anterior y tenía las formas redondeadas propias de una mujer, pero disponía de afiladas garras y ojos amarillos. También era mucho más rápida. Con un pie aplastó contra la piedra del puente el brazo con el que Galaeron sostenía la espada, impidiéndole que lo moviera mientras con el otro preparaba una feroz patada.

En un intento de cogerle el pie con un golpe de gancho, Galaeron paró el movimiento con el antebrazo, pero estaba demasiado cansado y débil. El impacto lo hizo caer de espaldas y la corriente le arrastró los pies río abajo, quedando sujeto al puente sólo por el brazo que la criatura le mantenía prisionero.

El extraño ser se inclinó por encima de la cabeza del elfo y lo cogió por la garganta, atravesándole con sus garras lacerantes la carne en tantos puntos que le resultó extraño no ver saltar la sangre ante sus ojos. Ella dejó ver dos largas filas de aguzados dientes y atrajo a Galaeron hacia sí, girando la cabeza para morderlo.

Éste trató de soltarse, pero estaba demasiado débil incluso para introducir la mano libre en el pliegue del brazo de su oponente. Trató de lanzar una patada para cogerle la cabeza en un movimiento de tijera, pero sus piernas estaban tan inertes y pesadas como el oro. La vida se le escapaba por segundos, absorbida por el toque letal de los no muertos y por las aguas debilitadoras del río de sombra.

La criatura aplicó los dientes a la garganta de Galaeron. El elfo se giró hacia ella con las pocas fuerzas que le quedaban y le apoyó la mano libre en la cara invocando el encantamiento de un conjuro de luz. Una oleada de poder helado inundó el cuerpo de Galaeron al llenarse de magia fría, pero en aquel momento tenía preocupaciones más acuciantes que librarse de su sombra. Pronunció la sílaba mística y un haz

brillante de luz plateada brotó de la palma de su mano.

La criatura lanzó un alarido espantoso y se apartó rápidamente. Galaeron quedó tendido de lado sobre el puente y, rodando por el suelo, se aproximó al extraño ser hundiendo los dedos entumecidos en el frío musgo y descargando con la otra mano un revés de su espada sobre los talones de la criatura, que cayó al agua con los tendones cortados después de dar dos pasos vacilantes. Galaeron se puso de rodillas y descargó la espada sobre la espalda del ser espectral. El golpe fue limpio y, de haber tenido más fuerzas, habría cortado a la criatura en dos, pero en realidad bastó para dejar fuera de combate a su oponente que, aunque trató de revolverse contra el elfo, sólo consiguió abrir más la herida de su torso.

Ante la mirada atónita de la criatura, Galaeron alzó una mano y pronunció una única sílaba mística. Esta vez apenas notó el flujo de la magia fría por su cuerpo, y tampoco le importó que los rayos que brotaban de su mano fueran tan negros y fríos como las sombras. Lo único importante era que aquella cosa no muerta estaba definitivamente vencida y que la corriente la arrastraba lejos de él.

La torre estaba apenas a doce pasos. El suelo seco, al otro lado de la arcada, ofrecía una perspectiva de calor y refugio, o al menos la salida de la fría lucha que había librado sobre el puente. Galaeron se puso de pie con dificultad y se dio cuenta de que no se sentía ni la mitad de cansado que minutos antes. Por el contrario, aunque se encontraba débil y aterido, parecía estar recuperando las fuerzas. Había un ardor peculiar dentro de su ser más parecido a la resolución que a la ira, más próximo a la crueldad que a la brutalidad.

Al ver que no aparecían más no muertos para atacarlo, se dirigió a la torre de entrada, sin preocuparse ya del moho resbaladizo bajo sus pies, pensando sólo en las futuras batallas y en la magia que encontraría en Karse. Entonces se acordó de Melegaunt y de los demás que viajaban con él, todos ellos siguiendo sus pasos, todos ellos tratando de cruzar el puente oscuro igual que él.

Galaeron giró en redondo y vio a Takari resbalando mientras envainaba la espada. A veinte pasos detrás de ella venía Vala, revolviéndose y evolucionando por el puente, tejiendo con su espada negra una malla oscura alrededor de su cuerpo y del de Melegaunt mientras se enfrentaba a dos fantasmas de aspecto marchito y hosco que trataban de penetrar sus destellantes defensas. Por detrás de ellos, un par de siluetas oscuras revoloteaban en torno a la cabeza de Aris, rodeada de una densa niebla, tratando de lacerarle los ojos y las orejas con sus aguzadas garras. Malik y su montura no se veían por ninguna parte, por supuesto, pero Jhingleshod no estaba muy distanciado de los demás, manifestándose como un desvaído resplandor anaranjado que aparecía brevemente cada vez que el gigante de piedra daba un paso.

Galaeron apuntó su espada por encima del hombro de Takari.

—¡Los demás! —Dio unos pasos vacilantes volviendo hacia el puente. Sus

piernas entumecidas y su cuerpo agotado parecían ansiosos de otro combate—. ¡Necesitan ayuda!

—¿Estás loco? —Takari lo detuvo apoyando su mano en el lugar donde la criatura lo había cogido por la garganta. Sintió que la palma le ardía como fuego en contacto con su piel—. Los humanos pueden cuidar de sí mismos. Tú necesitas llegar a la orilla.

—¿A la orilla? ¿Por quién me tomas? —Galaeron le apartó la mano—. ¿Por un cobarde?

Los ojos de Takari lo atravesaron.

—Sólo por un loco. —Le puso la palma delante de la cara, mostrando una mancha de sangre casi negra de tan oscura—. ¡Tienes la garganta desgarrada y la cara blanca como el papel y sólo se te ocurre pensar en una descarada mujer de ojos felinos y unos pechos grandes como odres!

Demasiado perplejo para responder, Galaeron se llevó una mano a la garganta y palpó una brecha de cuatro dedos de ancho. No podía creer que la herida no le hubiera abierto las venas, y tampoco que todavía le quedaran fuerzas para mantenerse en pie. No sentía dolor, ni estaba mareado. No tenía ninguna sensación de daño salvo un frío generalizado, e incluso el frío empezaba a pasársele.

Takari sacó su espada y, cogiendo a Melegaunt por el brazo, volvió a ayudar a los demás.

—Vamos, pues, pero jamás te podré perdonar si te dejas matar por un humano.

Apenas habían dado dos pasos cuando la espada oscura de Vala encontró en su camino a uno de los fantasmas y lo abrió en canal. La criatura se rasgó con un quejido horrible, convirtiéndose las dos partes de su tejido leve como la gasa en jirones de luz evanescente. Melegaunt extendió el brazo por encima del hombro de Vala y lanzó una lluvia de dardos de sombra a través del segundo espectro. Los negros proyectiles se desvanecieron en el interior de la criatura sin un efecto perceptible.

Al ver la suerte que había corrido su semejante, el fantasma se apartó de Vala como un rayo y quedó suspendido junto al puente, fuera de su alcance. Tendió una mano hacia su espada, después se fundió con el cristal oscuro y desapareció de la vista. Galaeron trató de hacerle caer el arma de la mano con un golpe de plano de su propia espada, pero se quedó corto.

—¡Vala, suelta tu espada!

Todavía no había terminado Galaeron de hacerle la advertencia, y a la mujer ya se le habían puesto los ojos vidriosos. Se giró de golpe hacia Melegaunt, y con movimientos que eran ahora precisos y rígidos, levantó el brazo para descargar sobre él un golpe cortante desde arriba. Boquiabierto, el mago esquivó el golpe manoteando desesperadamente y alcanzando a Vala en pleno pecho. Pronunció dos sílabas y el

cuerpo de la mujer salió despedido, yendo a caer de espaldas dos pasos más allá del puente, corriente abajo, aturdida por la explosión.

La mano de Vala se abrió y la espada se hundió en el agua.

—¡Coge su espada! —Al intentar un salto para pasar más allá de Melegaunt, Galaeron resbaló y cayó sobre una rodilla—. ¡Se lleva su alma!

Melegaunt se agachó, y ya estiraba la mano hacia el arma cuando los ojos blancos de la mujer miraron hacia donde él estaba y abruptamente la retiró.

—¡Me matará! —dijo.

Vala se deslizó por encima del borde y empezó a girar inerte corriente abajo, hundiéndose rápidamente por el peso de su armadura. Olvidándose de que incluso la cota de malla de los elfos pesa lo suyo, Galaeron dejó caer su propia espada sobre el puente y saltó a por ella por encima de Melegaunt.

Se introdujo en el río helado de cabeza y de dos brazadas llegó a donde ella estaba. La agarró por el pelo y pataleando se sumergió. De nada valía rescatar a Vala si dejaba que la espada oscura se hundiera llevándose su alma. Sin soltar el pelo de la mujer, estiró la otra mano hacia la espada de cristal..., y de repente la vio a través del agua apuntándole directamente al corazón.

Galaeron siguió sujetándola por el pelo, con un giro se colocó detrás de ella y, tras cambiar de mano, le rodeó el hombro para cogerle por detrás el brazo con el que manejaba la espada. Vala se revolvía y pataleaba, tratando de liberarse, aunque sólo consiguió subir un metro escaso antes de volver a hundirse. Galaeron le soltó el pelo y la enganchó por la garganta con el interior del codo oprimiéndole las venas sensibles del cuello.

Vala perdió el sentido de forma instantánea, con la cabeza caída hacia un lado y los ojos en blanco. La mano que sostenía la espada oscura se abrió incluso antes de que Galaeron pudiera hacérsela soltar. El elfo la cogió por la empuñadura y se impulsó hacia la superficie. Estaba tan frío que apenas notó su contacto glacial.

Si él hubiera tenido todas sus fuerzas o si la armadura de Vala hubiera sido tan ligera como la cota de malla de los elfos, Galaeron habría podido tirar de ambos hacia la superficie. Tal como estaban las cosas, apenas tenía fuerzas para tratar de no hundirse todavía más..., y se agotaban rápidamente. Después de deslizar la espada otra vez en su vaina, el elfo sacó la daga y empezó a cortar las cintas de la coraza de Vala.

Apenas había soltado un lado cuando vio la rechoncha silueta de Malik pasar por encima de ellos. Por un momento creyó que eran imaginaciones suyas, o que las frías aguas se habían adueñado de él por fin. El hombrecillo no encajaba en el tipo del héroe, pero había habido aquella vez en Mil Caras, y aquí estaba otra vez, con su turbante deshaciéndose tras él mientras se sumergía para rescatarlos. Sin tomarse tiempo para enfundar la daga, Galaeron la dejó caer y levantó la mano.

Malik no le hizo caso y los rodeó por detrás, arrastrando una delgada cuerda. Galaeron sintió que el humano pasaba algo por debajo de su brazo y, cogiendo la cuerda, la pasó alrededor de Vala devolviéndola después a su salvador. Malik hizo un nudo rápidamente y la corriente empezó a tirar de ellos cuando la cuerda se enganchó. Galaeron rodeó a Vala con las piernas para mayor seguridad y, cogiendo la cuerda con las dos manos, tiró de ella.

Había empezado apenas cuando la cuerda los alzó a la superficie, y después de toser varias veces, recuperó el resuello. Sintió que Malik se aferraba a su cinto, gritando aterrorizado y arrastrándolo otra vez hacia el fondo en su lucha por coger la cuerda. Galaeron cogió al hombrecillo por el cuello de la túnica y tiró de él hacia arriba.

—¡Gracias, Malik! —resopló Galaeron, poniendo la mano del hombre sobre la cuerda—. Has hecho algo muy valiente.

—No es nada —respondió el hombrecillo entre toses—. Tengo la mala costumbre de hacer cosas valientes por causas indebidas.

Sin saber exactamente cómo interpretar sus palabras, Galaeron puso a Vala de espaldas y miró corriente arriba, hacia donde el otro extremo de la cuerda estaba atado a la montura de *Kelda*. La yegua estaba pasando por debajo de la arcada de la torre del puente, tirando de ellos diagonalmente con respecto a la corriente. Takari y Melegaunt iban detrás, resbalando por el puente, mientras que Aris, que se las había ingeniado para librarse de las dos sombras, estaba de rodillas sobre el pretil del puente, estirando un brazo para coger la cuerda.

Cuando por fin lo consiguió, tiró de ellos hasta la orilla del puente y los subió poniéndolos a salvo. Malik silbó a *Kelda* para que se detuviese y Galaeron se puso manos a la obra con Vala. La armadura de la mujer estaba chamuscada y astillada por el conjuro que la había arrojado al río, pero las heridas que eso pudiera haberle producido parecían menos importantes que el hecho de que estuviera medio ahogada. Galaeron la puso de lado y, sujetándola entre sus rodillas, le hizo presión en la espalda para obligarla a expulsar el agua. Vala empezó a toser, expulsando la fría agua del río de sus pulmones, y empezó a respirar otra vez.

—Vivirá —diagnosticó Aris.

—Pero no se recuperará. —Esta vez quien habló fue Jhingleshod, que se acercaba a Aris por el otro lado—. No antes de haberse librado de este río.

Galaeron miró con rabia al espectral caballero, conteniendo a duras penas su ira oscura.

—Podrías habernos advertido.

—¿Y de qué os hubiera servido? —Jhingleshod miró hacia otro lado y siguió a Melegaunt y a Takari hacia las sombras que se vislumbraban al otro lado de la siguiente torre del puente—. De no haber tenido fuerza suficiente para vencer a los

servientes, no creo que las hubierais tenido para vencer al amo.

Galaeron se quedó un momento mirando furioso al caballero que se alejaba, después cogió a Vala en brazos y lo siguió. Cuando penetraron en las sombras tras cruzar el puente, ella empezó a moverse, rodeó el cuello de Galaeron con el brazo y abrió los ojos.

—¿G-Galaeron? —Parecía apenas consciente, apenas capaz de pronunciar su nombre—. ¿Tú... te tiraste a por mí?

—¿Qué creías? ¿Qué iba a dejar que te ahogaras?

—Entonces, ¿estamos vivos?

—Sí, por el momento.

Galaeron sonrió y, de repente, al entrar en el camino seco, se encontró con los labios de Vala sobre los suyos, con su lengua cálida acariciando suavemente la suya. Aunque sorprendido, no le habría importado de no haber sido por la expresión de vergüenza culpable de Melegaunt o... por el daño que aquello le producía a Takari.

CAPÍTULO 17

30 de Nightal, Año del Arpa sin Cuerdas

Una bandada de codornices de las praderas se levantó de los pastizales a algunos kilómetros de distancia, y dos docenas de orondos ejemplares se dispersaron en el aire. La visión de todas esas aves suculentas hizo que la boca se le hiciera agua a Aubric Nihmedu, igual que a todos los Espadas de noble origen y arrogantes magos escondidos en los nidos de araña de la ladera abrasada por el sol. Desde hacía casi diez días, los Espadas de Evereska subsistían a base de lagartijas secas y de ratones asados por medios mágicos, renunciando incluso a consumir cactus y raíces por miedo a que los phaerimm notaran que se habían arrancado plantas. Estos elfos no tenían mucho que ver con los orgullosos y esforzados aristócratas que habían ingresado en el cuerpo de los Espadas de Evereska, pero nadie se quejaba. Cambiando el combate abierto por las emboscadas y los ataques por sorpresa habían conseguido que el número de bajas pasara de ser escalofriante a simplemente importante, y habían matado a más de veinte phaerimm. Según los cálculos de Aubric, los Espadas tendrían que matar sólo a diez por cabeza para erradicar del Shaeradim a los phaerimm que quedaban.

Doscientos pasos más allá de la bandada, un par de zorros de la luna cruzaban a la carrera un arroyo flanqueando a cuatro crías jóvenes. Había algo por allí, merodeando por el extremo oriental del Blazevale, el extenso valle libre de arena que separaba el Sharaedim de las Colinas del Manto Gris al norte. Aunque sentía una gran curiosidad, Aubric se resistió a la tentación de aumentar su aguda vista elfa por medios mágicos. No hacía todavía dos horas que los centinelas habían hecho que los Espadas se ocultaran ante la inminente llegada de una compañía. Aubric tuvo que conformarse con tender la vista sobre el valle sin ayuda sobrenatural, esperando pacientemente a poder atisbar alguna presencia.

No pasó mucho tiempo antes de que observara un sutil movimiento de los pastos. La perturbación avanzaba a paso constante hacia un alto afloramiento rocoso en forma de olla conocido como Nido Roquero, una ciudadela natural que había albergado a guarniciones elfas durante casi mil años durante las Guerras de la Corona. Aunque la fortaleza había sido abandonada después de la caída de Aryvandaar, su ubicación entre Evereska y las Colinas del Manto Gris había llevado a plantear últimamente la posibilidad de volver a restablecer en ella un puesto de vigilancia.

A Aubric empezó a latirle el corazón con fuerza. La ondulación de los pastos tenía casi un kilómetro de largo, demasiado como para que la causa fuera un animal, y también demasiado rectilínea. Avanzaba sin descanso hacia la fortaleza natural, sin

pararse ni para buscar una presa ni para comprobar que no había depredadores. Sólo había una criatura capaz de trasladarse de forma tan eficiente, con tanta confianza, por la llanura abierta. Aubric quitó la cubierta de su nido de araña y lanzó ladera arriba la señal de prepararse para entrar en combate.

Rhydwyth Bourmays, Maestro de Armas de la compañía, sacó la cabeza de cabellos elaboradamente trenzados del siguiente nido.

—¡Supongo que no estarás pensando en atacar! —exclamó la elfa—. Diez espinardos son demasiados, especialmente si cuentan con la ayuda de illitas y acechadores.

—Di a tus magos que se preparen —dijo Aubric, pasando por alto su comentario—. Por allí llegan refuerzos de Evereska y no estoy dispuesto a quedarme mirando mientras los phaerimm les tienden una emboscada.

Rhydwyth arqueó sus finas cejas y miró hacia la planicie.

—Se camuflan bien. —Se quedó estudiando la línea unos segundos más y luego dijo—: Y son rápidos, hay que reconocerlo, pero lo de refuerzos es una exageración. No puede haber ni doscientos jinetes en la columna.

—Maestro de Armas, no sabemos quiénes son esos doscientos, ni lo que se proponen. —Su tono era más áspero de lo que pretendía, quizá por la duda que la pregunta de Rhydwyth había sembrado en su propio corazón. Según las estimaciones más fiables de los Espadas, unas estimaciones que no habían podido comunicar ni a Evereska ni a nadie más, había doscientos phaerimm en el Sharaedim—. ¿Quieres dar la orden a tus magos? ¿O tendré que hacerlo yo?

—No necesitas ponerte desagradable, lord Nihmedu —le soltó Rhydwyth—. Conozco muy bien la cadena de mando, pero puedes estar seguro de que la Casa de los Espadas hará una investigación si la cosa va mal.

—Si la cosa va mal, no tendrán necesidad.

Despidió a Rhydwyth con un movimiento de la mano y al volverse se encontró a un vigía que bajaba de la cima de la colina. Aubric hizo señas a sus Espadas de que no se movieran y empezó a ajustarse la armadura. Cuando acabó, el centinela estaba a su lado y había cien Espadas dispersos por la colina.

—Los phaerimm no nos perseguían a nosotros, Aubric. —Como superior en nobleza, el elfo dorado no podía dirigirse a Aubric por su título—. Están avanzando.

—¿Por el Blazevale, lord Dureth?

—¿Cómo...? —Dureth asintió con la cabeza.

—Alguien está tratando de llegar a Nido Roquero. —Aubric señaló a la ondulación de los pastos—. Podrían ser refuerzos.

El elfo miró en la dirección que le señalaba.

—Si es así, no son muy numerosos. —Dureth entrecerró los ojos y añadió—: A menos que...

—Tus pensamientos no me ayudan a menos que los expreses.

—Estoy pensando en Nido Roquero —explicó Dureth—. ¿Por qué dejarse atrapar allí?

—Si no eres capaz de salir combatiendo...

—Pero es preciso defenderse hasta poder hacerlo —terminó Dureth—. ¿Será posible que estén abriendo una puerta?

Aubric asintió.

—Es lo único que tiene sentido.

Dureth señaló al oeste, hacia la cresta de la colina que bajaba suavemente hasta la planicie cercana a la embocadura del Blazevale.

—Será mejor que nos demos prisa. Están cerca del Muro Infranqueable.

Aubric hizo señas a los Espadas de que siguieran a Dureth.

—Abre la marcha, rápido.

El noble Espada abrió la marcha a buen paso y Aubric se apresuró a seguirlo. El Muro Infranqueable era la barrera intangible que los phaerimm habían levantado en torno al Sharaedim y a las Colinas del Manto Gris. Debía su nombre a que bloqueaba toda comunicación mágica e impedía el paso al otro lado. Rhydwyh y sus magos dedicaban todas sus horas libres a intentar derribar la barrera, pero hasta ahora no lo habían conseguido.

Los Espadas ascendieron la ladera en absoluto silencio. Al llegar cerca de la cumbre, Dureth, Aubric y Rhydwyh subieron arrastrándose para mirar desde arriba al Blazevale.

Se encontraron a unos cientos de pasos por encima de los phaerimm que avanzaban hacia Nido Roquero. Además de los diez espinardos había una docena de illitas, igual número de acechadores y doscientos esclavos mentales. Los esclavos eran una mezcla de humanos y osgos, pero entre ellos había también un número alarmante de elfos. Buen número de ellos llevaban los elaborados yelmos con cabeza de animal que preferían los nobles de Evereska. A Aubric le llenó de desazón la vista de un halcón dorado y de dos estilizados leones que eran yelmos de los nobles Espadas.

Dejando a Dureth apostado tras la cresta de la colina para vigilar los movimientos del enemigo, Aubric y Rhydwyh se deslizaron ladera abajo llevando a los Espadas por una trayectoria paralela. Al poco rato, la cresta pasó a tener apenas algo más de dos metros, y la compañía enemiga avanzó en tropel al otro lado hasta la línea de pájaros y conejos en descomposición que marcaba el Muro Infranqueable. Aubric indicó a su compañía que hiciera un alto.

En la llanura, la ondulación había cesado a unos cuatrocientos pasos de Nido Roquero. Aunque era imposible saber si los recién llegados invisibles habían visto al enemigo, los phaerimm no disimulaban en absoluto su presencia. Se detuvieron ante

el Muro Infranqueable sólo el tiempo necesario para que uno de los suyos hiciera un conjuro de cuatro manos, creando un semidisco relumbrante de luz verdosa.

—¡Cuatro manos! ¡No me extraña que no pudiéramos dar con el conjuro! —susurró Rhydwyh.

Los dos primeros phaerimm hicieron presión contra la puerta relumbrante y la atravesaron, desapareciendo primero por un lado y surgiendo después por el otro. Aubric hizo una mueca. El lento proceso hacía impensable una irrupción repentina para sorprender al enemigo por la espalda. Tendrían que luchar por la puerta y mantenerla, como un ejército que defiende un puente crucial.

Los demás phaerimm atravesaron el portal flotando uno tras otro, dejando que los illitas y los acechadores condujesen a los esclavos mentales. Tan arrogantes como siempre en el ejercicio de su poder en el Sharaedim, ni siquiera les preocupaba la posibilidad de ser atacados por detrás. Aubric pensó que eso era una desdichada consecuencia del escaso daño que los Espadas habían infligido realmente a sus enemigos.

Para cuando el último phaerimm hubo atravesado la barrera, los recién llegados de rápidos movimientos habían llegado a la base de Nido Roquero, o al menos lo había hecho la ondulación que producían. Frente a la pequeña colina, un número cada vez mayor de aves levantaba el vuelo a medida que los guerreros invisibles se distribuían en abanico para formar una línea defensiva avanzada.

Los phaerimm se agolparon y empezaron a discutir, llenando el aire de extraños silbidos y gestos airados. Después de perder algunos minutos, volvieron al Muro Infranqueable y abrieron otros nueve portales reverberantes. Los acechadores y los illitas empezaron a hacer pasar por ellos en masa a los esclavos mentales mientras los espinardos trabajaban frenéticamente para distribuirlos en una formación de combate. Aubric no pudo por menos que sonreír. Era la primera vez que había visto a alguien desbaratar un plan de los phaerimm.

Los recién llegados parecían ansiosos de avanzar. Una docena de dorados meteoros salieron de Nido Roquero describiendo una trayectoria curva y aterrizaron cerca de donde estaban los phaerimm, pero explotaron formando una enorme cortina de fuego color ámbar.

—¡Eso es Fuego de Vhour! —exclamó Rhydwyh en un susurro.

Aubric se llevó un dedo a los labios y esbozó un gesto de irritación. No lo tomó a mal pues sabía que había sido el nerviosismo lo que había provocado la exclamación. El Fuego de Vhour era una especialidad que los magos de la flota de Siempre Unidos habían inventado para las raras ocasiones en que la nación isleña tenía necesidad de defenderse en el mar.

Un viento frío, sin duda mágico, se levantó detrás de las llamas empujándolas hacia el Blazevale. Los esclavos mentales se inquietaron y se hizo más difícil

organizados, lo que enfadó tanto a los phaerimm que mataron a unos cuantos como acción ejemplarizante. Con eso sólo consiguieron sembrar el pánico entre los demás, y varias docenas optaron por volver corriendo al Sharaedim atravesando los portales.

Un par de phaerimm de menor tamaño abandonaron el grupo e invocaron un viento contrario que frenó el Fuego de Vhour a trescientos pasos del Muro Infranqueable. Al ver que el fuego seguía ardiendo, hicieron caer la lluvia de un cielo despejado. El agua simplemente se transformó en vapor. Recurrieron a un conjuro de movimientos telúricos para levantar una enorme nube de tierra con la que sofocar las llamas. El Fuego de Vhour siguió ardiendo y consumiendo la tierra como si fuera carbón y continuó avanzando.

Por último, uno de los phaerimm trató de contrarrestar la magia que había creado la cortina de fuego. Normalmente, desbaratar el hechizo de un mago de flota no era tarea fácil, pero los phaerimm eran mucho más que usuarios normales de magia. La criatura había terminado apenas de agitar los brazos cuando un sector de las llamas se desvaneció, dejando una brecha de unos diez metros en la ardiente cortina.

Un relámpago cegador de fuego plateado atravesó la brecha abierta alcanzando al phaerimm en el torso. La criatura empezó a arder, agitando sus espinosos y largos brazos en el aire.

—¡En nombre de Angharradh! —susurró Aubric, volviéndose hacia Rhydwyh—. ¿Qué clase de conjuro es éste?

Rhydwyh se limitó a señalar hacia el valle con un gesto. Allí se veía a un hombre de pie vestido con una larga túnica y llevando un bastón negro en una mano. Aubric empezaba apenas a distinguir la sombra de una espesa barba cuando otra bola de Fuego de Vhour vino a cerrar la brecha abierta en la cortina llameante.

—Da la impresión de que no necesitan nuestra ayuda —dijo en un susurro Rhydwyh.

—Ojalá tengamos esa suerte —dijo Aubric—, pero debemos estar preparados. Dispon el escudo visual.

—No se pierde nada con estar preparado. —Rhydwyh se apartó para reunirse con su pequeño grupo de magos guerreros.

Si los recién llegados pensaron que la destrucción de un phaerimm sería disuasoria para los demás, se equivocaron de medio a medio. Lo único que hicieron las criaturas fue desplegar y flotar hacia adelante formando una línea para, a continuación, hacer desaparecer de golpe la totalidad del Fuego de Vhour.

Esta vez no hubo corrientes de fuego plateado, sólo una erupción de relámpagos y rayos dorados. Los phaerimm desaparecieron envueltos en nueve columnas de rugiente magia, acribillados por tal tempestad de conjuros que el suelo se abrió y el cielo se estremeció. Una de las criaturas empezó a girar frenéticamente y cayó formando un montón de carne consumida, pero las demás se mantuvieron impasibles

flotando en el lugar donde estaban y devolviendo el ataque con la misma moneda.

Una larga fila de magos, humanos unos, elfos otros, avanzaba a través del humo que se iba disipando, todos visibles ahora que habían atacado. Iban cayendo de a dos o de a tres, o a veces se desvanecían transformándose en sangre y humo. Temiendo que sus aliados no estuviesen tan bien preparados como pensaba, Aubric sintió ganas de gritarles que cambiaran de táctica porque él y sus Espadas habían descubierto con dolorosa experiencia que los conjuros lanzados a los phaerimm tenían la mala costumbre de rebotar contra quien los lanzaba. Por otra parte, estaba la ventaja de mantener ocupados a los espinardos, y tal vez eso era todo lo que necesitaban los recién llegados. Era evidente que habían llegado con un plan, y al menos con unas cuantas sorpresas.

Aubric buscó otra vez con la vista a la figura de la barba, pero pronto se dio cuenta de lo difícil que era. Decidió que había llegado el momento de que Evereska también diera alguna sorpresa, de modo que se puso de pie y sacó la espada.

—¡Flechas y conjuros! —gritó—. ¡Disparad a discreción! ¡Avance lento!

Las cuerdas de los arcos llenaron el aire con su sonido vibrante, sembrando su muerte sibilante sobre los esclavos mentales atrapados contra el Muro Infranqueable. La primera andanada y la mayor parte de la segunda cayeron sobre los illitas antes de que éstos tuvieran siquiera la oportunidad de volverse y usar sus descargas mentales contra los lanzadores de conjuros de la compañía. Los magos guerreros lanzaron unas cuantas bolas de fuego y tormentas de hielo para desestabilizar al enemigo, pero ocho de los doce permanecieron callados y ocuparon posiciones en la primera línea de avance.

—¡Escudo visual! —gritó Rhydwyth cuando los acechadores finalmente se recuperaron de la sorpresa y volvieron sus ojos letales hacia los invasores.

Todos a una, los magos entonaron un encantamiento y arrojaron al suelo un puñado de polvo de plata. Frente a ellos, el aire reverberó como si fuera un espejo, y los rayos de los acechadores rebotaron en todas direcciones. Los arqueros de Aubric apuntaron a los contempladores y esperaron. Cuando las criaturas volvieron sus ojos disipadores de magia para anular el escudo visual, soltaron sus flechas. La mayor parte de los acechadores sucumbieron a la primera andanada. Los pocos que quedaban cayeron víctimas de la segunda.

Los esclavos mentales, confundidos y librados ahora a su suerte, se volvieron desordenadamente para responder al ataque.

—¡No los matéis, si podéis evitarlo, pero actuad con rapidez! —ordenó Aubric—. ¡Debemos mostrarles a nuestros amigos de Nido Roquero cómo se mata a los phaerimm!

Rhydwyth y sus magos guerreros soltaron una andanada de conjuros que sumieron a un tercio de los esclavos mentales en un profundo sueño. Otros veinte

fueron presa de incontrolables ataques de risa, y muchos más tiraron las armas y quedaron deambulando desorientados. Unos cuantos perdieron la vista y cayeron de rodillas gritando. Desgraciadamente, quedaban todavía dos docenas de guerreros para bloquear el avance de los Espadas.

Aubric lideró el ataque contra ellos, usando su espada elfa para parar el golpe del hacha de un humano de ojos vacíos e introduciéndose en el hueco de su brazo para dejar inconsciente al hombre de un golpe en el mentón con su puño revestido de malla. Al girar se apoderó del hacha del caído y la descargó sobre un osgo que venía contra él, se escabulló por debajo de las piernas del monstruo para coger arena que, al levantarse, echó a los ojos de tres elfos que custodiaban el portal.

—¡Que descanséis! —dijo, añadiendo la sílaba arcaica que daba fuerza mágica a su orden.

A dos de los elfos se les aflojaron las rodillas, pero el tercero avanzó describiendo los consumados pasos de un cantor de la espada que el propio Aubric Nihmedu había enseñado a sus estudiantes más prometedores en el Colegio de Armas. Debería haber retrocedido y llamado a uno de los magos guerreros de Rhydwyh para que hiciera un conjuro de muerte, pero no podía hacerle eso a uno de sus propios alumnos. Como sabía lo que vendría a continuación, y confiando en su propia pericia para salir airoso, bloqueó un ataque bajo, esquivó la estocada, paró el revés y dejó inconsciente al elfo de un codazo en la mandíbula... y entonces sintió algo ardiente y afilado que atravesaba su cota de malla.

Al bajar la vista, Aubric se encontró con una daga de plata clavada en su costado.

—¡Vaya qué bien! —apoyó el cuerpo contra el portal reverberante del Muro Infranqueable—. Muy insidioso.

El mundo se tornó caliente y plano. Experimentó un extraño instante de expansión infinita y energía embriagadora, entonces sintió un dolor lacerante en el costado y cayó.

Aubric relegó rápidamente el dolor a un lugar recóndito de su conciencia, a un lugar donde pudiera en todo momento ser consciente de lo que le comunicaba sin dejarse dominar por él. La caída la provocó él mismo; dio una voltereta y cayó de pie mientras su espada y la daga arrancada establecían un espacio defensivo a su alrededor. Sintió que su espada penetraba en un cuerpo a sus espaldas y supo que un humano trataba de adelantarlo por la izquierda, lo que significaba que alguien más lo intentaba por la derecha. Rápidamente pasó la daga por debajo de su brazo izquierdo apuntando alto, a la altura de la garganta, para provocar una muerte rápida. Un gorgoteo ahogado confirmó una intuición que seguía tan aguzada como dos siglos antes, pero Aubric apenas se dio cuenta. Estaba poseído por la danza de la sangre y su cuerpo y su mente eran una sola cosa, un instrumento tañido por una voluntad inseparable del enloquecido torbellino de combate que lo rodeaba. Su pie se disparó

en una ciega patada hacia atrás, arrancando un aullido de dolor al hombre al que había herido hacía apenas un instante.

Aubric giró en redondo, haciendo destellar la espada y sintiendo correr la sangre por sus venas. No puede decirse que hubiera vuelto a ser un cantor de la espada, eso era imposible para un elfo abrumado por tantas responsabilidades, pero había recuperado el don que tanto le había costado adquirir y que había cultivado durante tanto tiempo. Se encontró más fuerte, más rápido, más ágil. No era exactamente el Espada danzante del que se había enamorado Morgwais siglos atrás, pero al menos volvía a ser un Espada girante. La antigua canción de combate resonaba en sus oídos y empezó a sentir en el Tejido todo lo que sucedía en el campo de batalla. Vio a la multitud de esclavos mentales de ojos vidriosos lanzándose al ataque, sintió cómo lady Bourmays y lord Dureth atravesaban el muro detrás de él, oyó las voces de los magos guerreros lanzando conjuros a diestro y siniestro. Al frente, en el valle, vio a los phaerimm abriéndose camino en medio de una tempestad de espadas y rayos, oyó a una de las criaturas pifando de dolor al ser atravesada por una lanza de hierro, percibió la crepitante energía cuando una cúpula de fuerza azulada se alzó para cubrir el Nido Roquero en su totalidad.

Una hebra de seda apareció en la mano de Aubric por iniciativa propia. La hizo flamear contra una docena de esclavos mentales que venían a la carga y pronunció tres sílabas arcanas. Una red dorada se enredó en las piernas de los atacantes haciendo que se detuvieran. A su izquierda oyó que alguien se acercaba corriendo. Agachado, giró como un remolino y golpeó con un pie extendido las piernas de su atacante, derribándolo, para dejarlo a continuación sin sentido de una patada en la cabeza. Un olor a almizcle se difundió por el aire. Aubric se echó hacia atrás y, con un salto mortal, fue a golpear en las piernas de un atónito osgo al que le abrió el vientre con su espada. Con una ágil pirueta se apartó antes de que las vísceras se derramaran. De un salto se puso en pie y oyó unos pasos ligeros que se acercaban por el lado de su herida.

Aubric bajó la espada y, al ver que ya no atacaban los esclavos mentales, se detuvo para limpiar la espada en la túnica de un humano.

—Impresionante —dijo Rhydwyh, poniéndole en las manos una poción curativa—, pero tal vez deberías dejar el canto de la espada para los nobles más jóvenes.

—Es difícil abandonar antiguos hábitos. —Aubric se permitió una mueca de dolor antes de tomarse la poción. Su calor curativo corrió por el cuerpo cansado del elfo, pero un frío profundo permaneció en el costado herido—. Demonios con ese joven Espada. ¡Ojalá no le hubiera enseñado tan bien!

Rhydwyh enarcó las cejas.

—Si estás muy malherido...

—Cuando el dolor no me permita defender Evereska lo sabrás al recoger mis

restos del suelo.

Aubric miró por encima del hombro y vio que el resto de la compañía se estaba recomponiendo. Habían perdido a unos veinte Espadas nobles, pero todavía conservaban a sus doce magos guerreros. Señaló con su espada hacia Nido Roquero y se lanzó en persecución de los phaerimm.

—¡Por Evereska!

—¡Por Evereska!

Si la respuesta fue más débil y menos sonora de lo que Aubric hubiera querido, también lo fue su propia voz. El dolor se extendía, invadiendo la totalidad de su abdomen con un fuego ardiente. La hoja había atravesado algún órgano vital, pero no se podía hacer nada. A los dos sanadores de la compañía los habían matado hacía tiempo, de modo que sólo cabía seguir luchando y abrirse camino hasta los aliados de Evereska en la esperanza de que ellos tuvieran un buen sanador, o sentarse y esperar la muerte.

Aubric anuló toda sensación de dolor recurriendo a su antiguo talento de cantor de la espada para atraer hacia sí la fuerza del tejido y liderar la carga a través de la planicie carbonizada. Al acercarse a Nido Roquero, el mayor de los Nihmedu quedó atónito ante la cantidad de bajas de los recién llegados. Por todas partes había docenas de elfos y humanos caídos, la mayoría muertos, otros retorciéndose entre quejidos. Vio con sus propios ojos entre setenta y ochenta cadáveres, y calculó que el total podía duplicar tranquilamente ese número. Asignó media docena de sus propios heridos leves a hacer lo que pudieran por los heridos, aunque todos sabían que sería muy poco.

A setenta pasos del enemigo, un estallido tremendo atravesó la planicie. La cúpula azul de los recién llegados osciló y se atenuó para desaparecer a continuación.

Los phaerimm volvieron a avanzar y fueron saludados con una andanada de flechas y lanzas desde Nido Roquero. Los oscuros proyectiles golpearon como una lluvia de granizo, muchos de ellos rebotando sin producir daño en las escamas de los espinardos, pero algunos encontraron resquicios donde clavarse. Un monstruo cayó al suelo con el astil de una lanza elfa saliéndole por la boca, y otros dos quedaron gimiendo de dolor, pero la mayor parte parecía no notar siquiera los proyectiles que tenían clavados en el cuerpo.

En lo alto de Nido Roquero aparecieron un centenar de guerreros, visibles ahora, después del ataque, que empezaron a bajar con dificultad hasta detrás del irregular borde. Lo consiguieron apenas un segundo antes de que éste se transformara en una erupción de fuego dorado y lluvia negra y humeante. Surgió una cacofonía de llamas crepitantes y de gritos de angustia y después otro sonido: cuatro voces tonantes que pronunciaban un conjuro intrincado al unísono, complementándose, trabajando conjuntamente para entrelazar las hebras separadas del Tejido en una creación única.

—¡Es un círculo! —dijo Rhydwyth acudiendo al lado de Aubric—. ¡Los altos magos están tratando de abrir la puerta!

—¿Cuánto tiempo? —preguntó éste.

—Demasiado. —Rhydwyth señaló a los phaerimm que habían sobrevivido y que se arrancaban las últimas flechas de la piel al tiempo que marchaban contra Nido Roquero—. Diez minutos por lo menos.

A Aubric se le cayó el alma a los pies. Hasta ese momento la batalla había durado apenas quince minutos, y los recién llegados habían hecho bien en retrasar a los phaerimm todo ese tiempo. Alzó un brazo, haciendo con el pulgar y el meñique el signo que significaba «arco».

—¡Flechas! —Se volvió hacia Rhydwyth—. ¿A cuántos de nosotros puedes trasladar allí por medios mágicos?

—A ninguno, si te propones presentarles combate —dijo—. Hay un momento de confusión después de cualquier conjuro translocacional..., y un momento es todo lo que necesitan los phaerimm.

Aubric asintió, después cerró el puño y bajó el brazo, indicando a los Espadas que hicieran un alto.

—Morir así no arreglaría las cosas, pero necesitamos darles tiempo. Llévate a tus magos guerreros y haced lo que podáis. Los Espadas os seguiremos como podamos.

Rhydwyth palideció, pero hizo un gesto de asentimiento.

—¡Por Evereska! —dijo.

—Por Evereska, y por todos los elfos que le quedan a Faerun. —A Aubric se le hizo un nudo en el estómago. Una cosa era encabezar una carga metiéndose en la boca del lobo y otra muy distinta dar a una docena de valientes elfos la orden de marchar hacia una muerte segura—. ¡Que el Arquero del Arpa os proteja!

—Y a ti, lord Nihmedu. —Rhydwyth le dedicó una débil sonrisa y lo besó en la mejilla—. No permitas que me conviertan en esclava mental.

—Ni tú que lo hagan conmigo —respondió Aubric.

Rhydwyth sacó un par de varitas mágicas de guerra, cerró los ojos y se comunicó mentalmente por medios mágicos con los demás magos.

Aubric volvió a mirar hacia Nido Roquero, donde se veía a cinco phaerimm indemnes a medio camino del borde. Los otros dos estaban cerca del suelo, yendo de un lado para otro sobre sus colas mientras trataban de recobrar el juicio.

—¡Disparad y avanzad! —ordenó Aubric.

Una andanada de flechas oscureció el cielo, una docena de ellas contra cada phaerimm. Posiblemente la cuarta parte fue a clavarse en las heridas criaturas, alojándose profundamente entre las escamas o en el carnosos borde de la boca. Un espinardo cayó inerte y se desinfló como una trucha sacada del agua. El segundo se desvaneció en un fogonazo de magia de teleportación. Los demás proyectiles se

clavaron a pocos centímetros de sus blancos y, chocando contra algún escudo invisible, rebotaron sin producir el menor daño.

En el momento en que las flechas pegaban contra el suelo, Rhydwych y sus magos guerreros ya estaban en el aire, persiguiendo a los phaerimm como los gavilanes a los halcones. Aubric había alzado la mano para ordenar una carga por tierra cuando vio a un humano de barba oscura acercarse a un saliente de bordes irregulares que había en la cima de Nido Roquero. Sostenía en la mano un negro bastón de mago y vestía pesados ropajes invernales. Aubric estaba seguro de que era el mismo hombre cuyas llamas de plata habían destruido al primer phaerimm.

Atácalos otra vez, amigo mío, y esta vez tus flechas darán en el blanco. Cuando yo dé la señal.

Aubric no se preguntó cómo había llegado la voz a su cabeza, ni vaciló en ejecutar la orden. Hizo la señal del arco con el pulgar y el meñique y ordenó un alto.

—¡Preparad y apuntad! —gritó—. ¡Elegid bien los blancos!

Mientras decía esto, los phaerimm lanzaron una tempestad de magia contra la figura subida a la roca. Hubo bolas de fuego y tormentas de hielo, nubes de vapor arremolinadas y negros rayos de la muerte, relámpagos e incluso una gran mano incorpórea. El humano lo superó todo, de pie con los brazos abiertos, con el negro bastón levantado por encima de su cabeza y rodeado por un aura púrpura mientras absorbía un ataque tras otro.

Aquel hombre no podía ser otro que Khelben Arunsun. Aubric recuperó inmediatamente el ánimo, porque con uno de los Elegidos luchando a favor de Evereska, la expulsión de los phaerimm del Sharaedim era sólo cuestión de tiempo. Esperó pacientemente a la señal prometida sin perder de vista a sus magos guerreros, que se acercaban a los phaerimm, y éstos a Nido Roquero, hasta que empezó a preocuparse por la distancia y la precisión y a temer que los dardos de sus arqueros hirieran a sus propios magos.

Por fin, el hombre de la negra barba bajó su bastón. Aunque era imposible oír la voz del archimago por encima del atronador canto de los altos magos y del bramido general de la batalla, Aubric vio los dedos del humano relumbrando mientras hacía los gestos familiares de un conjuro disipador de la magia. Aubric bajó el brazo.

—¡Disparad!

La vibración de las cuerdas de los ochenta arcos sonó como una sola, y una nube de flechas cruzó silbando el aire. Al acercarse a los phaerimm, las flechas formaron enjambres, como si fueran avispas preparándose para picar a los tontos que se atrevían a perturbar sus colmenas.

Los proyectiles acabaron el vuelo con un golpe sordo, casi audible, empujando a los phaerimm un poco más hacia los farallones basálticos de Nido Roquero y un poco más abajo. La mitad de las flechas golpearon en la coraza de escamas de las criaturas,

pero las demás se clavaron profundamente, sumándose sus extremos emplumados al bosque de espinas de los lomos de los phaerimm.

Los magos guerreros ajustaron su trayectoria y se aprestaban a colaborar, pero pararon en seco cuando un puñado de maltrechos magos humanos aparecieron junto a Khelben para lanzar una andanada de rayos y centellas contra los phaerimm. Varias descargas rebotaron en aquellos contra los que iban dirigidas y volvieron a su origen. Media docena de magos se desvanecieron sin ocasionar daño visible. Los demás conjuros dieron en el blanco, sembrando escamas y espinas destrozadas en todas direcciones.

Uno de los phaerimm perdió un brazo y después cayó dando tumbos hacia el suelo para desvanecerse por fin en un destello plateado. Los otros cuatro atacaron de la misma forma, descargando sobre el borde chamuscado de Nido Roquero rayos de todos los colores. Hubo relámpagos y torrentes de fuego y tormentas de granizo explosivo, pero el ataque más destructivo fue una oleada de fuerza invisible que descargó sobre el propio acantilado, creando un estampido tan fuerte que Aubric lo sintió como un golpe. Una red de fisuras apareció en la superficie rocosa y el borde se precipitó en un montón de piedras y polvo negro.

Rhydwych y sus magos guerreros fueron lanzados por la onda expansiva hacia algún lugar por detrás de los phaerimm. Aubric alzó el brazo para dar la señal de atacar con las espadas y se sorprendió al encontrarse media docena de pasos por detrás de todos los demás. Decidido a no aceptar tan deshonroso lugar, recurrió al Tejido y sintió que su fuerza lo embargaba, pero también sintió que sus piernas se negaban a ir más rápido, sus pulmones a aspirar más hondo y su corazón a bombear más fuerte. No podía entender qué era lo que no funcionaba hasta que se dio cuenta del sordo ardor que sentía en el abdomen y de que un calor húmedo se derramaba por su pierna. Había conseguido mantener el dolor a raya, pero no se podía pedir tanto a un cuerpo, y hacía ya mucho que había traspasado ese umbral.

Cuando el desmoronamiento del terreno cesó, fognazos brillantes y ruidos atronadores llenaron la nube de polvo. Un mago guerrero salió de entre las piedras amontonadas y se desplomó en el suelo entre los nobles Espadas. No le prestaron atención y se desvaneció, gritando, absorbido por el remolino de tinieblas.

Aubric corrió tras sus hombres. Los pulmones le ardían y le dolían los músculos. El llano se transformó en un terreno neblinoso de piedras diseminadas y siluetas fantasmales, y el aire se tornó denso con el polvo en suspensión que le impedía respirar, metiéndosele en los pulmones y haciéndolo toser. Llegó a pensar que no sobreviviría para dar las gracias a los nuevos aliados de Evereska, y sus pensamientos volaron brevemente hacia Morgwais, la Dama Roja, de piel tan bronceada que parecía escarlata, y lamentó no haberse ido con ella al Bosque Alto, no porque temiera lo que estaba a punto de sucederle, ni tampoco porque supiera que no volvería a verla, sino

porque le había hecho pensar que su deber era más importante que ella para él.

Aubric llegó a la base del desmoronamiento y vio a sus fantasmagóricos Espadas trepando con dificultad entre las piedras, a la caza de las largas cuerdas grises que se arrastraban entre ellas. Un elfo saltó desde una piedra soltando la espada y se cogió de la cuerda. Empezó a trepar y la cuerda se arrastró por el suelo con mayor lentitud. Otro guerrero se asió a otra y se dejó caer sentado, afirmándose entre dos piedras para mantener la cuerda en su sitio.

Tosiendo y jadeando de tal modo que casi no podía tenerse en pie, Aubric alzó la vista cinco metros siguiendo la línea hacia la amorfa mancha de ahí arriba. En medio del polvo arremolinado, parecía una especie de gelatina con un cuerpo informe que llevara unas cuerdas como largos tentáculos colgando. El Espada Mayor tardó un momento en darse cuenta de lo que estaba viendo, en identificar la sucesión de miembros como los brazos y piernas grotescamente rotos de tres magos guerreros, atados fuertemente a su enemigo por las hebras blancas y pegajosas de una red mágica.

Una bola arrolladora de fuego engulló al phaerimm, arrancando un grito de angustia a una solitaria voz elfa. Aubric pensó por un momento que Khelben o un mago humano habían hecho el conjuro desde arriba. Al ver que la criatura no se precipitaba al suelo, se dio cuenta de que la bola de fuego no había sido sino un intento desesperado de liberarse, pero las cuerdas elfas no ardieron. Media docena de nobles Espadas asieron la cuerda y tiraron de ella hacia abajo arrastrando a su enemigo hacia la muerte. El espinardo tenía otras ideas y se desvaneció en un chisporroteo de argentada luz mágica.

Un segundo phaerimm, vacilante todavía por la furia de anteriores ataques, no tuvo tanta suerte. Un trío de elfos se aferró a sus cuerdas y empezó a tirar hacia abajo mientras sus compañeros le disparaban flechas. Para cuando la aturdida criatura pensó en levantar un escudo, ya la tenían en el suelo y la arrastraban hasta detrás de un enorme peñasco. Cuando consiguieron echarle la piedra encima, la efusión de sangre verdosa no dejó duda sobre el destino que había corrido.

Aubric avanzó tambaleándose por las rocas hacia Nido Roquero, buscando en el cielo a las dos criaturas que quedaban. Se seguían oyendo las voces tonantes de los altos magos, lo mismo que los gritos de los heridos y el retumbar de las piedras que rodaban, pero se había hecho una pausa inquietante en la batalla. Cuando Aubric llegó a la base del acantilado, la nube de polvo se había transformado en una simple neblina.

Dureth apareció a su lado.

—Aubric, tienes muy mal aspecto.

Aubric asintió y miró hacia arriba, recorriendo la extensión de tierra removida.

—¿Tienes idea de qué fue de los últimos phaerimm?

—No —respondió Dureth con aire preocupado.

—Diles a los que puedan que se den prisa. —Aubric se volvió hacia el acantilado. Había más de quince metros de pared vertical y después otros treinta de profunda depresión excavada por la avalancha. Envainó la espada y se colgó al hombro un rollo de cuerda—. Nos veremos arriba.

—No puedes hacer esto —le dijo Dureth cogiéndolo del brazo—. Al menos, no solo.

—¿Cómo que no puedo? —Trepando con tanta facilidad como una araña a pesar de su herida, Aubric partió acantilado arriba—. Dudo de que haya otro que pueda darme alcance.

—Aubric, nadie espera que el Espada Mayor...

Pero Aubric ya estaba casi a mitad de camino, pasando rápidamente sus dedos y sus pies de un apoyo a otro. Dureth empezó a gritar a los demás que se reagruparan, preguntando si alguien tenía un conjuro de vuelo. Para cuando el alto señor consiguió reunirlos a todos, Aubric estaba abandonando la pared vertical para afrontar la traicionera pendiente dejada por el desmoronamiento. Les gritó a los demás que se apartaran, y empezó a trepar por la piedra suelta, cayendo dos veces y resbalando con gran peligro de su vida.

Los altos magos seguían haciendo sus conjuros y sus voces alcanzaban un tono enfervorecido al acercarse al final. Cuando por fin llegó a ver la cima de la oquedad producida por el deslizamiento de tierra, Aubric empezó a pensar que Rhydwyth había matado personalmente a los otros dos phaerimm, y que eso había sucedido cuando el estallido de un conjuro de guerra retumbó sobre la cresta de la pendiente. El Espada Mayor ató un extremo de la cuerda a un saliente de la roca y lanzó el extremo libre a los demás. Entonces desenvainó la espada y se encaminó hacia la depresión.

Una vez en lo alto, se echó cuerpo a tierra y miró hacia Nido Roquero. Todo lo que quedaba de la antigua fortaleza eran unos cuantos lienzos de la muralla levantada por los elfos a lo largo del borde dentado, pero en el fondo había un rectángulo de lustrosa piedra negra que todavía brillaba por la magia que la había extraído del suelo. Frente a ella se veía de pie a una elfa dorada, con vestiduras de gasa, que elevaba su voz sonora hacia el cielo mientras arrancaba del aire hebras del Tejido y las trenzaba incorporándolas al oscuro monolito. Estaba formando un elegante arco en forma de quilla cuyas profundidades purpúreas se volvían cada vez más intensas y más ricas. Con cada fibra que añadía, la propia maga parecía volverse tenue, translúcida, como si ella misma se incorporara a la trenza que tejía. Eso le pareció a Aubric, porque si bien los altos magos guardaban celosamente todo lo relativo a su arte, había oído que su magia a menudo implicaba la aportación de su propio espíritu.

En torno a la mujer elfa había tres magos varones de cuerpos tan negros y

macizos como translúcido era el de ella. Tenían los brazos alzados hacia el cielo y proyectaban arcos reverberantes de magia sobre el círculo. Sus voces resonantes iban in crescendo, pronunciando cada una un conjuro diferente de apoyo en lugar de entrelazar sus encantamientos en una única armonía musical.

La pendiente que bajaba directamente desde el puente donde permanecía Aubric estaba formada más por tierra que por rocas y sembrada de cuerpos de humanos y de elfos, muchos de ellos retorciéndose de dolor, y todos imposibilitados de mantenerse en pie. A mitad de la pendiente levitaban los dos phaerimm, sostenidos todavía por las redes mágicas de Rhydwyh y lanzando conjuros contra una cúpula reverberante de colores. Aunque Aubric reconoció la cúpula como una de las defensas más potentes que se enseñaban en la Academia de Magia de Evereska, no conseguía entender por qué los phaerimm perdían el tiempo destruyéndola cuando los altos magos estaban tan próximos a completar la puerta.

Khelben Arunsun salió un momento de la cúpula, lanzó un conjuro contra una de las criaturas y volvió a meterse bajo la esfera. El phaerimm al que alcanzó empezó a quedarse petrificado y a descender hacia el suelo, entonces hizo sonar una alarma y el otro, flotando en torno a la esfera, disipó la magia atrayendo a su compañero hasta que se posó sobre la piedra.

Desde abajo llegaron las voces de los altos magos con fuerza atronadora. El arco brillaba con una potente luz purpúrea, y la elfa se había convertido en una mera reverberación.

Khelben volvió a asomarse y lanzó un rayo de muerte negra contra el segundo phaerimm, pero sólo consiguió que la magia se volviera contra él. Trató de interceptar el conjuro con su bastón, pero ni siquiera los Elegidos de Mystra podían parar sus propios conjuros. Aterrizó en un promontorio, con una gran brecha en el pecho de la que salía un vapor pardusco.

Aubric ya bajaba por la pedregosa pendiente. Las rodillas le temblaban y su respiración se había hecho entrecortada y ardiente. Al pasar junto a Khelben vio con alivio que los bordes de la herida ya se estaban cerrando, aunque daba la impresión de que el archimago no iba a servir de mucho más en esta batalla. El phaerimm más próximo se revolvió para hacer frente a la carga de Aubric, enredando su puntiaguda cola en el rollo de cuerda elfa que llevaba al hombro. La segunda criatura se levantó del suelo y empezó a bajar la pendiente hacia donde estaban los altos magos.

Aubric dio un salto de dos metros hacia la derecha, y otra vez en la misma dirección, tratando de rodear a la primera criatura. Cuando se disponía a saltar por tercera vez, su enemigo tragó el anzuelo y sembró su camino de un sofocante ácido oscuro. Aubric saltó entonces hacia la izquierda, recurriendo a la magia del Tejido para realizar una magnífica voltereta, acompañada del vertiginoso movimiento de la espada en torno a su cuerpo mientras su aterrorizado enemigo llenaba el aire de

relumbrante magia.

Abajo, en la hondonada, los altos magos hicieron silencio mientras la elfa se desvanecía en un estallido brillante de color púrpura y la puerta resplandecía con una magia de un color violeta tan intenso que casi parecía negro.

Una descarga mágica golpeó a Aubric en el hombro, pero con un giro saltó desde el labio carnosos del phaerimm, una de las pocas áreas que no cubría la red mágica, y se zambulló por encima de la cúpula reverberante. La sorprendida criatura dio la voz de alarma y su compañero giró como un trompo sobre su cola partiendo el aire con una hoja de cortante magia.

Aubric se encontraba ya en el suelo, poniéndose de pie con gran agilidad y danzando hacia el phaerimm envuelto en un tornado de acero relumbrante. La criatura llamó a su compañera y se situó para bloquear la trayectoria del elfo a través de la colina. Aubric hizo como si fuera a describir un círculo por encima y entonces vio que los agotados magos bajaban los brazos, señal de que la puerta estaba completa. Cambió de dirección, escapando a duras penas de los tentáculos que desde el suelo trataban de aferrar sus piernas. El segundo phaerimm pasó a su lado como un rayo, lanzándose pendiente abajo presa de un arranque de furia.

—¡Cuidado! —Débil y ronco como estaba, el grito provocó a Aubric un ataque de tos. Con la tos escupió sangre, que se llevó consigo la poca energía que le quedaba. Cayó de rodillas y volvió a tratar de prevenir a los altos magos.

—¡Por detrás!

Si lo oyeron o no, era imposible de saber, porque los elfos se volvieron con una calma absoluta para mirar pendiente arriba. Sus caras doradas se veían amarillentas y demacradas por el agotamiento, y cuando levantaron los brazos dio más bien la impresión de que querían parar un golpe en vez de hacer un conjuro.

El phaerimm fue más rápido. Envuelto todavía en su informe capullo de red mágica, se detuvo al final de la cuesta y golpeó el suelo con la cola. Una explosión ensordecedora sacudió Nido Roquero, y una red de fisuras de las que brotaba magma se abrió por el fondo de la depresión en dirección a la puerta negra.

Los altos magos cruzaron los brazos sobre el pecho y esperaron con calma la arremetida. Las fisuras se detuvieron a unos doce palmos de ellos, que a continuación se pusieron de lado y trazaron un círculo alrededor del suelo de la depresión. El phaerimm sofocó su frustración volviendo a golpear el suelo haciendo que un anillo de magma saltara varios metros hacia lo alto.

La negra silueta del arco permaneció visible en todo momento, pero cuando la feroz cortina volvió a caer hacia las simas de donde había salido, de los tres magos sólo quedaban las túnicas negras y humeantes, que yacían desmadejadas y vacías junto al borde del círculo.

Aunque parecía que hubieran pasado varios minutos, Aubric supo por su

difícil respiración y por el temblor de sus músculos que sólo habían sido segundos. Apartó la vista de los fuegos en extinción más desalentado que admirado. La puerta estaba erigida, pero ¿de qué servía? Aunque otros quisieran ayudar, Evereska estaba tan sola como antes. Si acudían fuerzas desde Siempre Unidos o Aguas Profundas serían destruidas en cuanto salieran por la puerta o, peor aún, se sumarían a las filas de esclavos mentales de los phaerimm.

Una sombra se proyectó en el suelo delante de Aubric y entonces oyó algo sibilante e insidioso en su mente.

Ven tranquilo, y vivirás.

Aubric sólo tuvo fuerzas para mirar a la masa polvorienta, envuelta en la red, que tenía ante sí.

—Lo dudo —dijo.

No lo dudes. Tengo predilección por los valientes. Criáis muy buenas larvas.

Aubric oyó un leve susurro y levantó la espada alcanzando la cola del phaerimm, que ya apuntaba a su costado, justo por encima del agujón. Oyó el ruido del arma penetrando en la carne y sintió el contacto de la sangre caliente de la criatura en la cara.

Dejando que el dolor lo invadiera, Aubric recurrió a sus últimas energías para lanzarse en un último ataque arrollador.

No lo consiguió, claro. El phaerimm se dejó flotar hacia un lado y él siguió tambaleándose ladera abajo perseguido por un agujoneante vapor verde.

Aubric casi no tenía conciencia de nada porque las fuerzas lo habían abandonado. Sintió que la espada se le escapaba de la mano. Lo último que vio fue el rostro luminoso de la maga que lo observaba desde el umbral de la puerta negra y lo sorprendió lo mucho que se parecía su sonrisa a la de su amada Morgwais.

CAPÍTULO 18

30 de Nightal, Año del Arpa sin Cuerdas

A Galaeron le daba la impresión de que a Malik lo ponía levemente enfermo la perspectiva de que Melegaunt le hiciera cualquier conjuro, y mucho más un conjuro relacionado con una daga oscura y una cuerda. Su mirada iba constantemente del puente al bosque negro junto al que se encontraban y donde los demás estaban levantando el campamento después de descansar una noche alrededor de una piedra calentada por medios mágicos.

—No tengas miedo, amigo mío —dijo Galaeron rodeando las muñecas de Malik con su cuerda elfa—. Puedes confiar en Melegaunt.

—Tú puedes —replicó Malik mirando por encima del hombro—, pero yo oí lo que le dijo a Jhinglehod antes de cruzar el puente.

A Galaeron le habría gustado pedir una explicación, pero vio que Melegaunt se acercaba con su daga oscura y se dio cuenta de que no era el mejor momento. Se acercó más al oído de Malik.

—Entonces puedes confiar en mí, humano, yo no permito que se asesine a quienes me salvan la vida..., aunque sean adoradores de Cyric.

—Eso no me tranquiliza demasiado —replicó Malik—, considerando quién es el discípulo y quién el maestro.

Melegaunt se detuvo ante ellos y miró con severidad al hombrecillo.

—No te pude encontrar en las sombras del amanecer. —Hizo una pausa como para que Malik tuviera tiempo de considerar las implicaciones—. Si no quieres seguir adelante...

—¡Ah, no! ¡No me vais a dejar aquí! —Malik echó una ojeada a la daga negra y levantó el mentón—. Haz lo que debas hacer.

Melegaunt dirigió una mirada a Galaeron, y al hacer éste un leve gesto de asentimiento se arrodilló a los pies de Malik. Iniciando un largo encantamiento, puso un pequeño par de esposas de sedasombra trenzada en la sombra del hombrecillo. Ésta se ensanchó instantáneamente a la altura del pecho y se estrechó en la cintura, con un extraño par de lo que parecían cuernos en la cabeza y un área blanca borrosa en el centro del pecho. Malik empezó a castañetear los dientes de forma audible, pero no trató de huir como el mago de sombras había dicho que podía hacer.

Melegaunt frunció el poblado entrecejo. Sin dejar de entonar su conjuro, rodeó con su daga los pies de Malik. La sombra se desprendió, apartándose de las piedras para cernirse amenazadora sobre ellos, dejando ver el cielo pardusco a través del agujero de bordes desdibujados que tenía en el pecho.

Malik abrió la boca y se hubiera caído redondo de no haber estado allí Galaeron

para sostenerlo pasando los brazos por debajo de los suyos.

Un par de ojos color carmesí aparecieron en la cabeza de la sombra y miraron a Melegaunt.

—Estoy vinculado a tu voluntad. —Su voz era tan sonora como nasal era la de Malik—. Aunque me causas un gran perjuicio, sé cuál es tu propósito y ayudaré con gusto.

—De todos modos, mantendremos las cosas como están. —Melegaunt señaló al otro lado del puente—. Quiero que te mantengas vigilante. ¿Conoces a nuestros enemigos?

—¿Los phaerimm... o Elminster? —inquirió la sombra.

—Ambos, y sus sirvientes también —contestó Melegaunt—. Cuando veas a alguno de ellos, vuelve a Malik y avísanos.

—Como ordenes —dijo la sombra con una inclinación de cabeza.

Melegaunt estudió la silueta un momento y a continuación se volvió al campamento. Galaeron lo siguió, llevando a su lado a un asombrado Malik. El hombrecillo se miró los pies y después miró a la sombra antes de volverse hacia Galaeron.

—¡Ese demonio no puede tener nada de mí!

—Exactamente. —Dudando de poder explicar el ser sombra tan bien como Melegaunt, Galaeron ni siquiera lo intentó—. No parece muy perturbado. La primera vez que vi mi sombra estaba aterrorizado.

—Oh, he visto cosas peores que mi propia sombra —resopló Malik—. Después de todo, soy muy favorecido por el Único.

Se unieron a los demás en el campamento, donde Vala y Takari contemplaban un relieve de tamaño mediano que Aris había esculpido en una piedra. En él estaba representado Malik rescatando a Galaeron y a Vala. La obra era increíblemente precisa y detallada. El personaje de Malik parecía más confundido que resuelto, y puede que un poco furioso consigo mismo por ser tan tonto como para tirarse al río. Rodeada por el brazo de Galaeron, Vala estaba inconsciente, más muerta que viva. Galaeron sostenía la cuerda y miraba a Vala, y su expresión dejaba bien claro que sólo temía por ella.

Takari y Vala estaban juntas al otro lado del relieve, hablando en voz baja y estudiando la obra con tanta atención que ni siquiera se dieron cuenta de la llegada de los demás.

—...no os deseo ningún daño a ninguno de los dos —estaba diciendo Takari—. Ya has visto por qué no puede ser.

—¿Sí? —A pesar de su brusquedad, la voz de Vala era sorprendentemente dulce—. ¿Y cuándo fue eso?

—Has conocido a su padre —le explicó Takari—. Ya viste en qué se convirtió

Aubric cuando Morgwais regresó al bosque.

—Nos estamos adelantando a los acontecimientos, pero yo no soy una elfa de los bosques —dijo Vala—. Si yo hiciera una promesa para toda la vida, me atendería a ella, tal como mi madre y mi padre hicieron con la suya.

—¿Y cuánto tiempo sería eso?

Vala levantó el mentón.

—Mis padres llevan cuarenta y tres años compartiendo la piel.

—Una bendición para ambos, pero cuarenta y tres años no es lo mismo para un elfo. —Takari apoyó una mano en el brazo de Vala—. De aquí a cuarenta años, Galaeron todavía será joven y tendrá por delante cuatrocientos años.

—No hay necesidad de que la predispongas en mi contra —dijo Galaeron al ver que Vala no respondía. Esperó a que las dos se volvieran y señaló el relieve de Aris—. Es sólo arte... Además, esto no es asunto tuyo. Yo soy tu superior, no tu compañero de nidal.

El relámpago que cruzó los ojos de Takari fue más de tristeza que de enfado.

—Y como ninguna de las dos cosas resultas divertido. —Se volvió y desapareció entre los troncos de los árboles—. Perdona por haber olvidado cuál era mi lugar.

Vala dirigió a Galaeron una mirada ceñuda.

—Sólo te besé —dijo disgustada partiendo detrás de Takari—. He hecho más que eso con la mitad de los hombres de mi clan.

El comentario arrancó a Melegaunt una media sonrisa, pero sin decir nada se volvió hacia Jhingleshod, que estaba estudiando la obra con esa mirada enigmática de los muertos.

—Parece que estamos listos para partir —dijo Melegaunt.

—Estáis listos —repitió el caballero—, pero todavía nos queda por tratar la cuestión de mi retribución.

Galaeron echó una mirada ansiosa a las mujeres que se alejaban.

—Si el puente es un ejemplo, no mereces una gran retribución —dijo el elfo.

—Aprendisteis lo que teníais que aprender —replicó Jhingleshod—. Si recordáis lo que sucedió allí, podréis sobrevivir para reclamar lo que buscáis.

—No me gustan nada estos juegos tuyos —protestó Galaeron—. Si quieres algo de nosotros, tendrás que decirnos lo que necesitamos...

Melegaunt se adelantó y se plantó frente a Galaeron.

—Ya hemos accedido a pagar, caballero. Si quieres decirnos lo que es, escuchamos.

—Pido poco —dijo Jhingleshod—. Sólo vuestra palabra de que haréis lo que debéis hacer.

—¿Y es...? —inquirió Melegaunt.

—Destruir a Wulgreth, mi señor, como yo intenté en una ocasión.

—¿Como intentaste en una ocasión? —preguntó Galaeron, más cauto que antes—. Si traicionaste a tu señor, ¿qué seguridad podemos tener de que no nos traicionarás a nosotros?

—No me interesa que tú estés o no seguro, elfo —replicó Jhingleshod—, pero te digo una cosa: soy bastante culpable del mal que reina aquí, y estoy condenado a vagar por el Bosque Espectral hasta que lo que debí haber hecho entonces se haga por fin.

—¿Cómo es eso de que tú eres culpable de las malvadas acciones de Wulgreth? —inquirió Melegaunt sorprendido—. No percibo que haya en ti mucho mal.

—Pero yo disfruté de la generosidad de su sombra —dijo Jhingleshod—, y por eso me quedé. Después de que Wulgreth invocara a los demonios a Ascalhorn, durante seis décadas estuve contemplando sus fechorías y no levanté mi voz contra ellos. Cuando por fin los demonios se volvieron contra él, seguí a Wulgreth al desierto y permanecí a su sombra, comiendo abundantemente del pan robado y bebiendo el vino de los viajeros asesinados. Y cuando vino aquí, a Karse, yo estaba esperando a la entrada de la cripta negra cuando volvió con su poder oscuro.

Jhingleshod calló.

—Y sin embargo, encontraste la fuerza para matarlo —apuntó Melegaunt.

—Fue fruto de la desesperación —dijo Jhingleshod—. El poder era retorcido y malvado y corrompía todo lo que tocaba. Primero, el bosque murió y se transformó en negra piedra, después las ruinas se transformaron en una ciudad de los muertos. Cuando le rogué a Wulgreth que despidiera a los monstruos y construyera una ciudad de los vivos, me golpeó, diciendo que nunca se vengaría de los demonios con un ejército vivo. Al ver que mi sueño no podía ser, me sentí traicionado y juré que jamás volvería a llevar a la ruina a ninguna ciudad. Esa noche lo maté mientras dormía.

—Lo que fue una equivocación —intervino Melegaunt.

Jhingleshod asintió.

—Me dio alcance cuando huía de la ciudad, una cosa muerta que se reía a carcajadas con un poder atroz. Me persiguió por el bosque usando su magia para desollarme centímetro a centímetro hasta que perecí de tanto correr. Me desperté tal como soy ahora, condenado a deambular por el Bosque Espectral hasta que se cumpla la promesa que hice. —Se volvió hacia Galaeron—. Y por eso no os traicionaré.

—¿Y si te fallamos como hizo Wulgreth? —preguntó Galaeron—. ¿Te volverás también contra nosotros?

Fue Melegaunt quien habló antes de que Jhingleshod pudiera responder.

—Lo que dices no puede ser cierto. Wulgreth era un arcanista netheriliano que murió mucho antes, cuando un experimento mágico salió mal y Karsus tuvo que expulsar un orbe de magia pesada de su enclave.

—¿Magia pesada? —preguntó Galaeron. Sabía que los «enclaves» eran las

legendarias ciudades flotantes de la antigua Netheril, y que Karsus era el archimago desquiciado que había provocado la caída del imperio al tratar de robar la cabeza de la diosa de Mystryl, pero nunca había oído hablar de «magia pesada».

—Un tipo poderoso de magia descubierto por Karsus..., y nada con lo que quisiera que jugaras hasta que consigas poner a esa sombra bajo control. —Melegaunt miró a Galaeron con mirada de reprobación—. Es sumamente peligrosa, una fuerza hecha tangible que los archimagos netherilianos usaban otrora para elevar su otra magia.

—¿Usaban otrora? —preguntó Malik—. ¿Entonces tú no tienes nada de esa «magia pesada»?

Melegaunt miró con furia al hombrecillo.

—No, desapareció con los netherilianos. —Se volvió hacia Jhingleshod—. Pero fue la magia pesada de Karsus lo que transformó a Wulgreth en un lich, no tu ataque.

—Netheril cayó mil años antes de que yo naciera —dijo Jhingleshod—, y Wulgreth estaba bien vivo cuando yo entré a su servicio. Nadie se convierte de lich en hombre y otra vez en lich.

—No existe un registro de ningún caso en las crónicas de los Guardianes de Tumbas —afirmó Galaeron. Recordando el críptico comentario que había hecho Malik sobre lo que Melegaunt le había dicho a Jhingleshod antes de cruzar el puente, se quedó mirando al mago con los ojos entrecerrados—. Los Guardianes de Tumbas sin duda tendrían un registro.

La furia se reflejó en los ojos de Melegaunt.

—¿Me acusas de mentir?

—Pido una explicación.

—¿Tú... o tu sombra? —inquirió Melegaunt.

—Tengo a mi sombra bajo control —replicó Galaeron—. No ha vuelto a importunarme desde lo del puente sumergido.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —Melegaunt se volvió hacia Jhingleshod—. Mis fechas no son erróneas. Wulgreth nunca perdonó a Karsus por el accidente, y hay relatos de que a continuación estuvo atormentando durante décadas a los enclaves netherilianos. Esa es la razón por la que Wulgreth ronda por el Bosque Espectral.

—Wulgreth ronda por este bosque porque aquí fue donde lo maté —insistió Jhingleshod—. El Bosque Espectral no existía antes de eso.

—Pero sí existía Karse —replicó Melegaunt—. La ciudad fue fundada hace más de dieciséis siglos, poco después de que Karsus abatiera a Netheril. Un grupo de refugiados fue atraído hacia su cadáver por visiones que tenían en sueños y empezaron a venerarlo..., y fue precisamente eso lo que puso furioso a Wulgreth. Destruyó la ciudad entera y se trasladó a las ruinas para que no pudiera ser reconstruida jamás.

Jhingleshod fijó sus ojos sin vida en el mago.

—Nada sé de magia pesada ni del culto a los cadáveres. Yo maté a Wulgreth y él se convirtió en un lich.

—Si me permitís, la respuesta es sencilla —dijo Malik—. En mil años seguramente hubo muchos magos que se llamaban Wulgreth. ¿Es tan raro que dos de ellos acabaran aquí?

Melegaunt alzó las cejas y después asintió con aire pensativo. Galaeron se dio cuenta de que, aunque la mirada de Jhingleshod estaba fija en el mismo punto que la de Melegaunt, es decir en el rostro de Malik, los ojos del caballero miraban al suelo, detrás del hombrecillo, y la leve inclinación del yelmo daba a entender que podría estar preguntándose qué era lo que miraba el mago.

—Creo que podemos dar crédito al relato que hace Jhingleshod acerca de los hechos —Galaeron escogió con mucho cuidado sus palabras—, pero será mejor que partamos antes de que Takari y Vala nos saquen mucha ventaja.

La mirada muerta de Jhingleshod se desplazó hacia Galaeron.

—Entonces, ¿me das tu palabra?

—Yo destruiré a Wulgreth —Galaeron acompañó sus palabras con un gesto afirmativo—, si conseguimos encontrarlo.

—El te encontrará a ti —dijo Jhingleshod.

El macabro caballero se apartó de la escultura de Aris, dejando el suelo manchado de óxido, y se internó entre los árboles. Aquí el bosque era oscuro, enmarañado y muerto, muy parecido a la ciénaga, pero estaba sobre terreno seco y no les robaba las fuerzas. El grupo no tardó en alcanzar a Takari y a Vala, y Jhingleshod tomó la delantera, caminando entre chirridos y tintineos hacia las profundidades del bosque.

Enormes redes de filamentos amarillo-verdosos empezaron a aparecer en las ramas. Galaeron vigilaba por si aparecían siluetas en forma de bola y con piernas como palillos. En lugar de arañas empezó a ver hojas delgadas y vainas mohosas adheridas a los zarcillos. Al alejarse del río, las vides se hacían más largas y la vegetación más espesa, hasta que se volvió difícil ver más allá de unos cuantos pasos. Era imposible caminar sin rozar las vides, y poco después sus manos y caras se llenaron de ampollas blancas. Aris usó su magia de la plegaria para reducir a polvo una piedra y crear un ungüento que reducía las llagas a una urticaria, aunque Malik rechazó el bálsamo porque temía ofender a su dios. Para sorpresa de todos, siguió a la misma marcha que los demás, incluso cuando las ampollas empezaron a supurar y tuvo que hacerse un corte en los párpados para que la hinchazón no le impidiera ver.

Las viñas empezaron a crecer en cuadrados abiertos y formando un trazado rectilíneo, adoptando la forma de las ruinas que había debajo. Jhingleshod caminaba ahora con más sigilo y cuidado, lo que hizo que Galaeron enviara a Takari por delante para explorar y se colocase junto a Vala. Malik y Melegaunt siguieron en el centro y

Aris cerraba la marcha. Al internarse más en la ciudad, el patrón se hizo más regular, adoptando la forma de tortuosas calles y prados soleados donde antes habían estado las plazas.

Vala no apartaba la mano de la espada y seguía la figura sigilosa de Takari con notable facilidad para tratarse de una humana.

—No deberías haberle dicho eso a Takari —dijo a Galaeron después de un rato—. Sólo trataba de protegerte, y a mí también.

—No fue eso lo que me pareció.

—Tal vez no —repuso Vala—, pero es que tú no oíste lo que le dijo a Jhingleshod cuando le preguntó por qué quería cruzar el puente.

—Haya dicho lo que haya dicho, no le corresponde protegerme de nuestra relación. —Galaeron echó una mirada a la mujer—. Bueno, no es que haya realmente una relación.

—¿Ah no? —Vala lo miró con el rabillo del ojo. Una media sonrisa le distendía los labios—. ¿Entonces qué te importa lo que diga al respecto?

—Prefiero hacer mis propias elecciones —respondió Galaeron—. Y estoy seguro de que tú también.

—En Vaasa tenemos un dicho —dijo ella—. En el amor y en la muerte, sólo los dioses escogen.

—Suen a excusa fácil —replicó Galaeron.

Vala le dedicó una sonrisa picara.

—Pero le da interés a la vida. —Observó cómo Takari tanteaba con su espada una maraña de vides y entonces le preguntó a Galaeron—: Cuando le dijiste a Jhingleshod que buscabas el perdón de tu error, ¿era cierto?

—Creo que ni yo mismo lo sabía, pero debía de serlo, porque si no Jhingleshod no me habría dejado pasar.

—Eso pensé yo. —Vala permaneció callada un momento antes de decir—: Yo tuve que pensármelo mucho, pero Takari no dudó ni un instante.

—¿Tengo que entender que su respuesta tenía que ver conmigo?

Vala asintió.

—Takari dijo que tenía que cruzar porque tú eres su compañero del alma... pero te niegas a verlo.

—Ella... —Galaeron cerró los ojos—. Ella sabe que no le correspondo.

—Por el dolor de tu padre —dijo Vala con cautela—, o al menos eso dice ella.

—Eso es parte de la verdad —reconoció Galaeron—. Los elfos de la luna y los elfos de los bosques viven vidas diferentes. Cuando se unen, tarde o temprano llega la infelicidad.

—Por supuesto. —Vala parecía casi furiosa con él—. Tarde o temprano toda alegría acaba en infelicidad, pero ése no es motivo para rechazar los dones que los

dioses ponen indudablemente en tu camino.

—Sólo estoy siendo prudente —protestó Galaeron—. No estoy rechazando ningún don de los dioses.

—Oh, yo creo que sí. —La voz de Vala se volvió desafiante—. Y lo vas a lamentar. ¡No hay furia más terrible que la de Sune cuando se siente rechazada!

—Por fortuna soy un elfo —se rió Galaeron—. No creo que nuestro Hanali Celanil sea tan vengativo como tu Sune.

—Puede ser, pero Takari no es la única mujer de la que he estado hablando, lo sabes bien.

El canto de una lechuza que sonó por delante de ellos puso fin abruptamente a la conversación. Galaeron sacó la espada y vio cómo se movía una red de vides al desaparecer Takari entre los árboles. Jhinglehod seguía calle adelante sin prestar la menor atención a lo que pudiera haber alarmado a Takari. Galaeron sospechó que su guía tal vez los estuviera traicionando hasta que un cadáver medio corrompido salió como una flecha de una calle lateral y se lanzó de cabeza contra el flanco de hierro del caballero.

Jhinglehod se tambaleó como si estuviera a punto de caerse, entonces descargó su hacha contra el costado del macabro personaje partiéndolo en dos. Se volvió a Galaeron y señaló hacia el final de la calle.

—Ten cuidado con esos muertos, elfo —había un tono de burla en la voz lúgubre del caballero—, odian a los vivos.

Flanqueado por Vala, Galaeron se dispuso a seguir adelante para repeler el ataque, pero oyó un canto de advertencia proveniente del árbol donde estaba Takari y se volvió en la dirección contraria. Se encontró mirando hacia un callejón lleno de monjes de ojos hundidos y hábitos hechos jirones, pero que parecían tan vivos como él. A sus espaldas oyó el silbido del arma de Vala surcando el aire en el lado opuesto de la calle. Se oyó el impacto de la espada contra un cuerpo y el ruido de éste al caer al suelo, otra estocada, otro cuerpo caído.

Galaeron apuntó con su espada al primer monje que ya se encontraba a menos de una docena de pasos.

—¡Alto e identifícaos!

Todos los monjes extendieron las manos con la palma hacia arriba, como pidiendo limosna. Al ver que seguían avanzando sin hablar, Galaeron imitó claramente el canto de una alondra. Le respondió el silbido de la cuerda de un arco, y una flecha de advertencia se clavó en el suelo delante del primer monje.

Los monjes se detuvieron y siguieron con la mirada el ángulo de la flecha hasta el escondite entre las vides de donde había salido, pero Galaeron supo sin necesidad de mirar que Takari ya no estaba allí. Sin decir nada sacó una bola de cera sulfurada.

—Identifícaos o marchaos.

El primer monje respondió a la conminación con un gruñido incomprensible. Detrás de Galaeron, la espada de Vala seguía con su trabajo letal y pudo oír además el poderoso garrote de Aris y también la voz tonante de Melegaunt. Malik estaba tan silencioso como de costumbre durante la batalla, pero el elfo no tenía la menor duda de que el hombrecillo aparecería cuando más lo necesitaran.

El monje que iba en cabeza rodeó cuidadosamente la flecha y continuó avanzando, con las manos todavía extendidas por delante. Convencido por fin de que estaba ante impostores no muertos, Galaeron arrojó su bola sulfurosa contra el grupo y pronunció su encantamiento. La fría magia lo inundó un instante y el callejón se llenó de fuego negro. Galaeron retrocedió para esquivar una gran llamarada oscura y a continuación decapitó á un par de monjes en llamas que salían tambaleantes del callejón.

Una mano poderosa sujetó a Galaeron por el hombro. Sorprendido, golpeó con el codo hacia atrás haciendo que su atacante perdiera el equilibrio y a continuación giró sobre sus talones describiendo un arco con la espada. Para cuando se dio cuenta de que era Melegaunt, el filo de la hoja estaba a dos dedos de la cabeza del mago. Galaeron trató de detener la estocada sin éxito. La espada golpeó a Melegaunt de lleno en la sien.

Hubo un destello negro y un sonido sordo al detenerse el arma. El dolor se apoderó del brazo de Galaeron y acto seguido sus dedos se abrieron dejando caer la espada.

Melegaunt se llevó tres dedos a la cabeza y los retiró levemente manchados de sangre.

—¿Así me pagas el regalo que te hecho? ¿Desafiándome constantemente?

—No se me puede culpar de tu estupidez. —Todavía tembloroso, Galaeron se agachó para recuperar la espada—. Sujetar a un guerrero en medio de un combate. ¿Qué es lo que pasa contigo?

Melegaunt puso un pie sobre la espada de Galaeron.

—No me refería a eso.

—Empleé la magia, sí. Era necesario.

Detrás de Melegaunt, un carroñero apareció al lado de Vala. Una de las flechas de Takari lo alcanzó en plena frente y lo derribó, pero la criatura se puso de rodillas y se arrancó la flecha.

Galaeron trató de liberar su espada, pero era imposible mover el pie de Melegaunt.

—La magia no me ha hecho daño. La controlo mejor que antes.

—Sí, ya veo lo bien que dominas a tu sombra. —Melegaunt se volvió a tocar la cabeza y a continuación lanzó su brazo hacia donde estaba el carroñero, que cayó hecho pedazos—. Déjame a mí la magia.

El mago partió calle arriba en pos de Jhingleshod, dirigiendo tranquilamente a Vala y a Aris contra carroñeros aislados y ocupándose él de los grupos con su magia de sombra. Galaeron recogió la espada y lo siguió, descargando calladamente su ira contra cuanta desaprensiva criatura se le ponía por delante. Los no muertos siguieron lanzando contra ellos ataques erráticos, a veces deteniéndose a escasa distancia para lanzar un conjuro, un chillido o una mirada. Abriéndose camino entre los árboles, Takari impedía que esos ataques prosperaran, por lo general distrayendo al atacante con una flecha hasta que Melegaunt pudiera acabar con él. En dos ocasiones, Malik salvó a los compañeros apareciendo de la nada para hostigar a algún carroñero hasta que alguien más hábil pudiera destruirlo.

Por fin los ataques se volvieron menos frecuentes, y cesaron por completo cuando una formación rocosa de color rojizo asomó por encima de los árboles. Jhingleshod los condujo hacia una plaza desierta que había al pie del promontorio. No había el menor vestigio de la pirámide negra en la que según el caballero había entrado Wulgreth.

—Creo que eso es lo que buscas.

—Así es —confirmó Melegaunt—. El cuerpo caído de Karsus.

La formación rocosa se parecía realmente a un cuerpo, aunque fracturado y retorcido. El pequeño afloramiento más próximo a ellos parecía una cabeza descansando de lado, con una frente redondeada y excesivamente grande, una nariz aguileña y una boca de labios finos sobre un mentón poco pronunciado. Había un brazo doblado en una postura antinatural, un pecho hundido y un vientre prominente a unos treinta metros de altura, en el punto más alto de la formación. A un lado del pecho, más o menos en el lugar del corazón, brotaba el río Sangre del Corazón, un manantial de aguas rojas y espumosas que formaba una corriente serpenteante.

—Ya veo por qué los refugiados lo tomaron por un dios muerto —observó Vala—. Es cierto que parece el cuerpo de un dios.

—Y lo es, aunque Karsus sólo fue un dios un instante —dijo Melegaunt.

—¿Y se supone que este dios muerto va a salvar a Evereska? ¿Cómo? —preguntó Galaeron al no ver el menor vestigio de la ayuda que Melegaunt había prometido—. No intentarás resucitarlo.

—Sí, en cierto modo —respondió Melegaunt—, pero primero tenemos que encontrar la pirámide negra.

—Primero tenéis que encontrar a Wulgreth —exigió Jhingleshod—. No podéis entrar en la pirámide sin cumplir antes vuestra promesa.

—Como quieras. —A pesar de sus palabras, el tono de Melegaunt era de impaciencia—. Dinos dónde buscarlo.

Jhingleshod recorrió la plaza con la vista.

—Ya debería haberse hecho presente.

Melegaunt se volvió hacia Galaeron.

—Tú eres el guardián de tumbas. ¿Qué está planeando Wulgreth?

—Tal vez nada. —Galaeron se volvió hacia Jhingleshod—. ¿Cuánto hace que lo viste por última vez?

El caballero alzó los ojos al cielo.

—Es difícil calcular el tiempo, pero varios inviernos. Tal vez ocho o nueve..., o una docena. Es difícil saberlo.

—Pero puede decirse que hace tiempo ¿verdad? —preguntó Takari.

Jhingleshod asintió.

—Desde antes de que Tianna Skyflower y otros de su calaña empezaran a merodear por el Bosque Espectral.

—Eso quiere decir que ha pasado una década —dijo Takari. Miró a Galaeron—. ¿A ti qué te parece?

Galaeron se encogió de hombros. Sin necesidad de preguntar sabía lo que ella pensaba. Muchas veces los liches se transforman en seres que son puro espíritu, abandonando sus cuerpos para deambular por otros mundos fuera de Toril. Cuando eso sucede, sus cuerpos empiezan a corromperse hasta que no queda más que un cráneo y un poco de polvo a los cuales el lich ya no tiene ningún apego. Suele ser más fácil acabar con esas criaturas que con los liches más jóvenes, pero Galaeron sabía que no debía confiar en tener tanta suerte, especialmente si hacía sólo una década que Wulgreth se había ido.

Galaeron sacudió la cabeza.

—Lo tendremos presente, pero aquí hay muchas cosas que no tienen sentido. El Wulgreth netheriliano es muy viejo, sin duda, pero no ese al que sirvió Jhingleshod..., y debemos pensar en el tiempo que transcurrió entre uno y otro.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Malik.

—Lo único que podemos hacer —dijo Galaeron—. Obligarlo a salir.

CAPÍTULO 19

30 de Nightal, Año del Arpa sin Cuerdas

Desde la cima del promontorio de Karsus, las ruinas de Karse parecían una enorme mancha de moho: por todas partes amarillo enfermizo y olor a podrido, tachonado de bosquecillos de copasombra y surcado por libélulas del tamaño de una águila. Se veía un remolino de niebla color carmesí corriente abajo del río Sangre del Corazón, y una cortina de lluvia y vapor que barría las ruinas, pero Jhingleshod le había asegurado a Galaeron que ese «tiempo maravilloso» no tenía nada que ver con el lich. Extrañas tormentas se habían abatido contra la zona desde mucho antes de la muerte de Wulgreth.

Galaeron y los demás estaban de pie sobre el «pecho» de Karsus, en la entrada de una pirámide de mármol negro de dos pisos. Aunque el color y el brillo del edificio contrastaban vivamente con la áspera piedra caliza de la colina, en cierto modo la pirámide se fundía con la roca, casi como si hubiera brotado allí en lugar de haber sido construida. Aris estudiaba la construcción, pero todos los demás estaban pendientes de la llegada de Wulgreth.

—¿Veis algo? —preguntó Galaeron.

—Lluvia de fuego y relámpagos verdes —informó Vala.

—Nieve plateada junto al lago humeante —dijo Takari—. A menos de tres kilómetros. Tal vez un baño...

—¡No!

Melegaunt y Jhingleshod hablaron al mismo tiempo, el mago declarando que tenían cosas importantes entre manos y el caballero afirmando que las distancias eran engañosas en el Bosque Espectral.

—Ya hemos perdido una hora —se quejó Takari.

—Una hora que no tenéis —dijo una voz fina.

Galaeron y todos los demás se volvieron hacia el lugar de donde había salido el sonido y se encontraron mirando a un Malik pálido y tembloroso.

—¡Por mi vida que no dije nada!

Galaeron frunció el entrecejo. Desde el puente sumergido parecía que la gente no le daba más que motivos para sospechar, pero entonces observó una silueta de aspecto poderoso a los pies de Malik. Galaeron señaló con su espada.

—Malik, ha vuelto tu sombra.

Malik miró hacia el suelo.

—¡Qué gusto que hayas vuelto!

—Que sepas que yo no puedo decir otro tanto. —Mientras hablaba, las cuernas de la sombra se hicieron más tenues y el boquete borroso que tenía en el pecho empezó a

cerrarse—. Ya es bastante malo seguir a un hombre como esclavo toda la vida, pero cuando ese hombre es el inepto serafín de un...

—Basta ya —interrumpió Melegaunt bruscamente—. ¿Tienes algo que informar, sombra?

—Así es. —Las cuernas se redujeron al tamaño de simples astillas y los ojos rojos palidecieron—. Hubo un combate en el pantano, pero sólo una criatura sobrevivió.

—¿Cuál?

—Un humano. —La voz de la sombra era suave y tenue, casi inaudible—. Con una pipa y...

—¿Elminster?

Los ojos de la sombra se cerraron y se fundió con la figura de pera de Malik volviendo a ser otra vez una simple sombra.

—Debemos entrar. —Melegaunt empezó a rodear la pirámide.

Jhingleshod se pegó a él.

—Ese Elminster no es de mi incumbencia. Debéis destruir primero a Wulgreth.

—Y lo haremos —dijo Galaeron, que se había unido a ellos—, pero Melegaunt tiene razón. Es hora de entrar.

Jhingleshod volvió hacia Galaeron sus ojos sin párpados.

—¿No me mientes? —Aunque sonó como una pregunta, a Galaeron le pareció más bien una orden—. ¿Mantendrás tu palabra?

—Si ésta es la guarida de Wulgreth, lo encontraremos dentro —dijo Galaeron—. Si aún no está allí, vendrá cuando entremos.

Jhingleshod estudió a Galaeron con sus ojos vacíos un momento y luego siguió a Melegaunt y a Vala hacia el tortuoso corredor de entrada. Galaeron dijo a Aris que pidiera a su dios que bendijese un pellejo lleno de agua y a continuación partió con Takari y con Malik en pos de los demás. Como su tamaño no le permitía entrar en la pirámide, el gigante se quedó esperando fuera.

La oscuridad y estrechez del lugar le recordaron a Galaeron los túmulos del Sharaedim, aunque el pasadizo olía más a sangre que a polvo, con un ligero toque de sulfuro y vapor. Al cabo de unos cuantos pasos, el corredor se ensanchó en una estancia iluminada por la luz plateada de un conjuro. En el momento que tardó Galaeron en adaptar sus ojos a la luz fulgurante, oyó la voz de Melegaunt.

—Jhingleshod, aquí está tu Wulgreth. Nada más que polvo y huesos.

Galaeron tuvo un atisbo del corpulento cuerpo del mago agachándose para recoger algo, entonces oyó que Takari musitaba un conjuro y supo que se había dado cuenta de lo mismo que él.

—No toques...

El conjuro de Takari dio lugar a un intenso pitido que hizo que Melegaunt y Vala se taparan los oídos y se volvieran hacia el origen del mismo. Galaeron se adelantó a

ellos y se encontró con una nube de polvo arremolinado en un rincón y una calavera gris como remate. Hizo señas a los demás de que se apartaran y suspiró aliviado cuando Takari canceló su conjuro.

—¿Qué clase de conjuro era eso? —preguntó sin perder de vista la columna de polvo—. Casi me rompes los tímpanos.

—Se supone que era un conjuro de silencio —respondió Takari—. Algo salió mal.

—Magia desatada —explicó Jhingleshod—. El Bosque Espectral está lleno de ella, y cuanto más cerca de la pirámide, peor.

—Entonces permitidme que sea el primero en decir que nos encontramos en un buen problema —dijo Malik. Cargando al hombro el pellejo de agua bendita, sacó su daga corva y la blandió contra la columna de polvo que empezaba a asumir una forma vagamente humana—. Me temo que hemos encontrado a Wulgreth.

—No hay nada que temer. —Melegaunt sacó una astilla de obsidiana y la sostuvo entre el pulgar y el dedo índice—. A mis conjuros no los afecta la magia desatada.

—¡No! —gritaron Takari y Galaeron al mismo tiempo. A continuación el elfo añadió—: Haga lo que haga, no le respondáis con nada.

—¿Nada? —Malik no salía de su asombro.

—Es un demilich —explicó Galaeron—. Es capaz de absorber tus ataques y aprovechar la energía para volver a este mundo.

—¿Un demilich? —se asombró Malik—. Entonces será más fácil de destruir, ¿no es así?

—Es un tanto difícil —dijo Takari—. Si atacamos demasiado rápido, lo hacemos volver. Si demasiado tarde...

—¿Sí? —Malik alzó las cejas—. ¿Si atacamos demasiado tarde?

Fue Galaeron quien respondió.

—Los Guardianes de Tumbas cuentan casos de demiliches que mataron a toda una compañía de un solo alarido.

—¿Casos? —dijo Malik—. Yo creía que habías combatido a muchas de estas cosas.

Galaeron y Takari se miraron.

—Hubo un lich —respondió Galaeron.

Malik no fue el único que palideció, e incluso los ojos sin párpados de Jhingleshod parecieron desorbitados. El polvo iba tomando la forma de una figura esquelética cubierta de una túnica de seda hecha jirones.

—Ése no es Wulgreth —dijo Jhingleshod—. Wulgreth no vestía así.

El caballero dio un paso hacia Galaeron, pero se detuvo cuando el demilich le cortó el camino. La criatura agitó los brazos ante la cara esquelética del caballero, haciéndolo retroceder y blandir el hacha.

—¡No! —le gritó Galaeron.

Jhingleshod paró el envi3n del arma y las mand3bulas del demilich levantaron inofensivas nubes de polvo al cerrarse. En sus cuencas vac3as se encendieron unas pupilas feroces y entonces se llev3 las esquel3ticas manos a la cara y lanz3 un bufido polvoriento antes de volverse hacia Galaeron. El elfo depuso la espada y la criatura se acerc3 a un palmo de 3l. Ten3a un pu3ado de gemas cubiertas de una p3tina pardusca que brillaban d3bilmente en su boca donde antes estaban los dientes. Ol3a a moho y a aire corrompido, y en su respiraci3n musitaba el silbido de vientos extra3os. Galaeron sinti3 que un escalofr3o recorr3a todo su cuerpo, pero se oblig3 a mantener su mirada ardiente y a no mostrarle miedo.

El demilich levant3 un brazo donde ya empezaba a formarse una mano polvorienta y apoy3 un dedo en la cara de Galaeron. Aunque la garra no era punzante, el fr3o de otro mundo de su tacto hizo que se le quedara la mejilla entumecida. El demilich abri3 la boca y entonces le ech3 a la cara un esputo de polvo. Cogido por sorpresa, el elfo empez3 a toser y a ahogarse, retrocediendo mientras trataba de expulsar de su boca aquella sustancia polvorienta.

—¡Veneno! —Malik hizo intenci3n de salir corriendo.

Vala se lo impidi3.

—Puede que necesitemos esa agua bendita que llevas encima.

Galaeron elimin3 de un estornudo el polvo que le hab3a entrado por la nariz y sinti3 que se le revolv3a el est3mago cuando el olor a podrido invadi3 la estancia. Un mech3n de pelo rojo pajizo brot3 de la cabeza del lich, y despu3s una m3scara de piel arrugada empez3 a cubrirle la cara. Las fosas nasales abiertas no contribu3an nada a mejorar el aspecto de la cosa, pero con esa frente redondeada, las cejas ca3das y la mand3bula extra3amente desviada, su aspecto habr3a sido igualmente grotesco aunque hubiera tenido nariz.

Una atm3sfera de fr3o penetrante llen3 el lugar, y Galaeron supo que el esp3ritu del demilich hab3a vuelto por fin a su cuerpo.

El elfo dio un paso adelante y con la palma de la mano describi3 un c3rculo ante la cara de la criatura.

—*Olvida* —dijo en la antigua lengua de la magia, recurriendo a la magia fr3a de Melegaunt para reforzar su conjuro—. *Vuelve a tu reposo.*

El demilich lanz3 un manotazo y cogi3 a Galaeron de la cota de malla, arrancando un pu3ado de eslabones forjados con magia a la altura del pecho. Vala dio un salto adelante dispuesta a atacar, pero los eslabones ya ca3an de la mano del extra3o ser. Galaeron alz3 una mano para detener el ataque de la mujer y observ3 c3mo el cuerpo del demilich volv3a a reducirse a polvo. Cuando el cr3neo cay3 al suelo, le hizo se3as de que se acercara.

—Ahora, Vala, antes de que el esp3ritu huya, p3rtelo de un golpe.

La espada de Vala descendió con un fulgor negro partiendo el cráneo a lo largo en dos mitades, y volvió a dividir cada parte en dos antes de que llegara al suelo. Una roja llamarada salió de los huesos y restalló en el cuerpo de Vala para después llenar la estancia con un lamento fúnebre que helaba la sangre. La mujer abrió la boca y pareció a punto de desplomarse. Entonces, una ráfaga helada barrió la habitación y el remolino de fuego desapareció de la vista.

Galaeron recorrió con la vista el lugar.

—¿Dónde está Malik?

El hombrecillo salió de un rincón en sombras, con la daga muy apretada en su mano temblorosa.

—No temas por mí —dijo.

Galaeron le señaló los fragmentos del cráneo.

—Rocíalos bien y contén la respiración.

Malik hizo lo que le había indicado, y el agua bendita empezó a carcomer los fragmentos de hueso llenando el lugar de un humo maloliente que no detuvo en absoluto al hombrecillo. Todos los demás se retiraron al túnel y se turnaron para respirar aire fresco. Los fragmentos de hueso se disolvieron, mezclándose con el polvo en un montón cenagoso. Malik siguió echando agua, pero por más que echaba, aquel amasijo se consolidaba como si fuera la masa de un pan. Por fin, no quedaron restos visibles del cráneo y Galaeron volvió y preparó otro conjuro.

—Déjame a mí —dijo Melegaunt sujetándole el brazo.

—Si no estás demasiado cansado, anciano. —A Galaeron le sorprendió sentir que su labio se curvaba en una sonrisa desdeñosa.

Melegaunt le echó una mirada asesina.

—Puedo arreglármelas, y también hubiera podido ocuparme de la magia de olvido.

El archimago pronunció entre dientes unas cuantas sílabas a la vez que hacía un movimiento con la mano. Una sombra purpúrea cubrió la masa cenagosa y el barro perdió su carácter compacto y se extendió por el suelo con rapidez. Malik dejó caer el pellejo del agua y, con el pretexto de levantarlo, recogió las seis gemas que el demilich llevaba en la boca. Como no tenía el menor interés por aquellas piedras, Galaeron hizo como que no lo veía.

Jhingleshod se acercó, apoyó su hacha en el suelo y se miró la palma de la mano. Al ver que el guantelete no daba muestras de deshacerse o desintegrarse, se volvió hacia Galaeron.

—¿Y ahora qué?

—No lo sé. —Galaeron echó una mirada por la estancia, buscando en vano un indicio de que se hubieran saltado algún paso—. El lich se ha ido.

—¿Y su filacteria? —preguntó Malik mientras se guardaba las piedras sin decir

nada—. Tengo entendido que los lichés ocultan sus fuerzas vitales en depósitos..., por lo general algún artículo de gran valor.

—Es cierto —dijo Galaeron—, pero no los demiliches. Han abandonado sus depósitos por mundos del más allá, y siguen conectados a Toril únicamente a través de sus restos.

—¡Embustero! ¿Crees que tus excusas pueden engañarme? —Había una nota de desesperación en la voz de Jhinglehod—. Si hubierais destruido al lich yo no estaría aquí ahora.

—A menos que hayamos destruido a uno equivocado —dijo Galaeron, recordando la discusión entre Melegaunt y Jhinglehod sobre la verdadera identidad del lich—. Malik, déjame ver esas gemas.

—¿Gemas? —preguntó el hombrecillo—. ¿De qué gemas me hablas?

—De éstas.

Vala sujetó a Malik por el cuello con un brazo mientras con el otro sacaba las piedras de su bolsillo. Galaeron las cogió en la mano y con cuidado les quitó la pátina marrón que las cubría. Iba por la sexta, un rubí oscuro, cuando encontró la luz interior que estaba buscando. Tras devolver a Malik las demás, mostró la piedra a sus compañeros.

—Las crónicas sugieren que éste puede ser un espíritu prisionero —dijo—. Si lo liberamos, tal vez pueda ayudarnos.

—¿Cuánto nos llevará? —preguntó Melegaunt echando una mirada impaciente al túnel.

—No tanto como te llevaría a ti defenderte de mi hacha —le advirtió Jhinglehod.

—Necesitaré un cuerpo —dijo Galaeron—. ¿Tal vez serviría uno de los no muertos?

—Yo le puedo hacer un cuerpo —dijo Melegaunt—. Uno que sea más seguro para él... y para nosotros.

El archimago sacó un trozo de sedasombra de su capote y lo puso en el hombro de Vala. Repitiendo una y otra vez un largo encantamiento, empezó a amasar la materia con los dedos, extendiendo la sustancia oscura sobre ella, cubriendo a conciencia sus costados, sus miembros, su cabeza y su rostro. Cuando por fin acabó, Vala parecía una escultura viva, palpitante, del basalto más negro.

Cuando Melegaunt la cogió de la mano y tiró, Vala surgió del oscuro recubrimiento como de un rincón en penumbra, dejando un duplicado oscuro tan perfecto como una de las esculturas de Aris.

—Si el espíritu es conflictivo, podemos despacharlo con una pequeña luz.

Galaeron puso la gema al lado de la figura e hizo señas a Jhinglehod para que se acercara.

—¿Quieres aplastarla, por favor?

—Si ésta es una de vuestras tretas...

—¡Por la sombra profunda! —maldijo Melegaunt—. No hay tiempo para tretas.

Melegaunt aplastó la piedra con el pie reduciéndola a polvo. Una luminosidad de color rojo intenso salió de debajo de su pie y empezó a subirle por la pierna.

—¡Oh, no, amigo mío!

El archimago golpeó con el pie el cuerpo que había creado y suspiró aliviado cuando la luminiscencia se fundió en la sombra. Un brillo satinado cubrió la carne negra de la figura y entonces los ojos se abrieron y miraron al techo. Levantó una pierna y, torciéndola en un ángulo inverosímil, se miró el talón. Entonces, como si no supiera qué hacer con los brazos que colgaban inermes a los lados, hizo lo mismo con la otra pierna... y cayó al suelo.

Galaeron corrió hacia ella.

—No sabíamos qué clase de criatura eras —dijo atrayendo la atención del cuerpo—. Te hicimos a nuestra imagen y semejanza.

Galaeron miró a Melegaunt y vio que el mago miraba a la figura con la boca abierta. Cuando el elfo volvió la vista a la criatura, ésta había envuelto los brazos alrededor de sus piernas y los cuatro miembros empezaron a fundirse con el tronco.

—Nos preguntábamos si tú podrías decirnos... —Galaeron apartó la vista. No pudo reprimir una pregunta—. ¿Qué eres?

—Un sharn —fue Melegaunt quien respondió—. Al menos eso creo.

Una boca sonriente apareció en el costado del cuerpo con forma de gota.

—Estás en lo cierto, mago —apareció otra boca del lado de Galaeron—. ¿Qué es lo que quieres saber? Evidentemente, estoy en deuda contigo.

Galaeron estaba demasiado atónito para responder, y también lo estaban todos los demás, a excepción de Jhingleshod.

—Queremos saber quién te capturó y si ha sido totalmente destruido.

El sharn se apartó del suelo, flotando, y se acercó a la puerta.

—Era el lich Wulgreth, que se apoderó de mi alma cuando empecé a pensar en poner fin a su acción depredadora contra el imperio.

—¿Wulgreth? —repitió Jhingleshod—. ¿Pero exactamente qué Wulgreth?

—El único Wulgreth que es un lich —respondió el sharn—. ¿Cuántos crees que puede haber?

Dejando caer abatidos sus hombros de acero, Jhingleshod se volvió hacia Galaeron.

—No lo has destruido, no del todo.

—Wulgreth está totalmente destruido —dijo el sharn, que ahora trataba con dificultad de introducirse en el túnel de salida—. De no ser así, yo no estaría libre.

Jhingleshod se volvió furioso contra el sharn.

—¡Mientes! Si Wulgreth hubiera sido destruido...

—Jhingleshod, espera —dijo Galaeron poniéndose delante del caballero—. No has formulado la pregunta correcta.

—Entonces hazla, y rápido. —El sharn se detuvo en la boca del túnel, mirando desde algo bulboso que podría ser o no una cabeza—. Aunque estoy agradecido, ansío mejor compañía que la vuestra.

—¿Qué imperio estabas tratando de proteger? —preguntó Galaeron.

—¿Qué imperio? —El sharn se introdujo completamente en el túnel—. ¿Cuál va a ser? El único imperio, por supuesto... A menos que cuentes tus pintorescas confederaciones elfas.

—¿El imperio netheriliano? —insistió Galaeron.

—El mismísimo. —La voz del sharn se hizo más débil al retirarse éste hacia la salida del túnel—. Y ahora, si me perdonáis, volveré más tarde para pagar el favor que me habéis hecho.

—¡Espera! —Melegaunt se adelantó, hablando en un idioma de extrañas sílabas. Al ver que el sharn no respondía, se volvió hacia los otros sacudiendo tristemente la cabeza.

—No lo sabe. Se ha ido y no lo sabe.

—¿Los sharn eran netherilianos? —preguntó Galaeron con expresión de asombro. La pregunta sacó a Melegaunt de su desesperación.

—No lo sé —dijo con un encogimiento de hombros—. Sospecho que nadie lo sabe. Hay quienes dicen que eran arcanistas netherilianos que se transformaron para combatir a los phaerimm. Otros sostienen que provenían de otro mundo. Lo que está claro es que odian a los phaerimm o no hubieran levantado la Muralla de los Sharn.

Al oír la mención de la Muralla de los Sharn, Galaeron echó una mirada esperanzada al túnel, pero Melegaunt sacudió la cabeza.

—Se ha ido, amigo mío..., y aunque no fuera así, dudo que pudiera ayudarnos. Antes de poder cerrar el agujero debemos abrirnos camino luchando con los phaerimm que ya han escapado.

Aunque a Galaeron lo llenaba de furia tener que aceptar esa verdad, se limitó a asentir y volver hacia el fondo de la estancia.

—Entonces, encontremos la ayuda que necesitamos y pongámonos manos a la obra.

Keya Nihmedu estaba en lo alto de la torre de vigilancia de la Puerta de la Librea, un poco cohibida en su ajustada cota de malla y dolorosamente consciente de que la pica mágica que tenía en la mano no le serviría de nada contra los phaerimm. Tenía la vista tan aguda como todos los habitantes de Evereska y había visto lo suficiente de la batalla en el Valle Alto como para saber que cincuenta años de práctica concienzuda de la espada a la que se había sometido diariamente por insistencia de su padre, que

Hanali lo bendiga, no hacían de ella un adversario digno de los espinardos. Los horribles monstruos habían convertido las altas laderas en un bosque de espantapájaros calcinados y ahora se abrían camino hacia el Valle de los Viñedos, usando su repugnante magia para transformar las vides en una maraña inerte de espinosas ramas.

Los integrantes de la cadena de vigilancia tenían la impresión de que su función no tenía una importancia real para la guerra, que sólo servían para ocupar un puesto y dejar libres a los auténticos soldados para el combate, pero Keya no estaba tan segura. Según le había dado a entender *Muchosnidos* —si es que había interpretado correctamente sus gorjeos— el Círculo de Magos de las Nubes había adivinado el plan de los phaerimm. Su intención era apoderarse de Evereska del mismo modo que habían destruido el imperio netheriliano, usando su magia letal para desvitalizar el valle de Evereska. Sin las tierras circundantes que le procuraban sustento, el mythal de la ciudad iría perdiendo paulatinamente su magia y llegaría un momento en que carecería de fuerza para repeler el ataque de los espinardos.

Al principio, lord Duirsar no se había mostrado decididamente preocupado. Los huertos y tierras comprendidos en el interior del mythal eran lo bastante extensos como para mantener su potencia durante uno o dos años, y para entonces ya habría llegado ayuda. Entonces, los altos magos de la Torre de Bellcrest le habían recordado que las plantas necesitan luz y agua y que el Círculo de la Oscuridad Lunar había enumerado una docena de conjuros capaces de interferir la afluencia de los dos elementos. Según *Muchosnidos*, lord Duirsar había decidido en ese mismo momento crear una cadena de vigilancia, y por eso Keya sabía que su función era tan importante como lo que Galaeron y su padre estaban haciendo, dondequiera que lo estuvieran haciendo.

Keya eligió una de las varitas mágicas de su cinturón y cumplidamente la pasó por los cuatro cuartos del cielo, estudiando su estela de brillo azulado para detectar cualquier reverberancia reveladora de magia de invisibilidad. La varita formaba parte de un conjunto de tres que les habían suministrado secretamente a todos los integrantes de la cadena de vigilancia los altos magos de las tres torres. Keya no sabía que hubiera tantos círculos en Evereska hasta que a *Muchosnidos* se le había «escapado» en una visita bastante curiosa cuyo motivo era informarla de que lord Duirsar no había tenido noticias de su padre y de los Espadas..., un hecho de todos conocido en Evereska.

Después de reflexionar todo un día, Keya había dejado caer en los corros que sabía de buena fuente que Evereska todavía tenía tres torres llenas de altos magos. Esto había contribuido mucho a tranquilizar a sus amigos, que se dedicaron a difundir el secreto con tal eficiencia que en el curso de los dos días siguientes llegó a oídos de Keya por diversas vías..., exactamente lo que ella estaba segura de que lord Duirsar

había pretendido. Lo que no había difundido era la preocupación de los altos magos por el mythal, puesto que estaba convencida de que ese comentario se le había escapado al pájaro que en modo alguno quería revelar esa mala noticia.

Una vez hubo comprobado que no había ningún phaerimm invisible acechando el mythal, Keya volvió a colocar la varita mágica en su cinturón e inició una exploración lenta y minuciosa de los arrecifes circundantes. Había hecho aproximadamente la mitad del recorrido cuando observó que un halcón roquero volaba en círculos sobre su nido con las garras extendidas, como si quisiera atacar pero no pudiera. Recordando las instrucciones recibidas, Keya no se detuvo en ese punto ni sacó de inmediato una varita mágica, sino que marcó el lugar mentalmente y siguió su rutina para engañar a cualquier phaerimm que pudiera estar observando. Después, fingiendo aburrimiento, lo cual también formaba parte de las rutinas meticulosamente ensayadas de la cadena de vigilancia, bostezó y sacudió la cabeza, se miró las uñas un momento y volvió a mirar al mismo sitio.

El ave seguía volando en círculos.

Keya se retiró hacia las escaleras con disimulo y encontró una ventana desde donde mirar al halcón. Oculta en la oscuridad, sacó la primera varita de su cinturón y la pasó por la zona. Su atención fue recompensada con una fila de reveladores destellos. Por primera vez, su corazón empezó a latir de excitación. Aunque bajaba las escaleras una docena de veces en cada guardia para comprobar algo, ésta era la primera vez que había encontrado algo sospechoso. Sacó su segunda varita e hizo señales con ella desde la ventana del lado de la calle.

La imagen de una hermosa elfa dorada apareció en la ventana.

—¿Qué sucede, Keya? Si tienes sed te puedo mandar a un chico con una copa de vino.

—Nada de vino Zharilee. —Keya no podía ocultar su nerviosismo al hablar—. Tengo algo que comunicar.

—¿Estás segura? —preguntó la elfa arqueando las cejas.

—Arrastrándose lentamente hacia abajo por la superficie de Snagglefang —dijo, tratando de recordar los elementos de un buen informe: qué, haciendo qué, dónde, cuándo, cuántos—. Un grupo de invisibles. Puede que una docena, casi al lado del nido del halcón roquero.

—¿Arrastrándose, dices? ¿Por qué habrían de arrastrarse?

Keya volvió a mirar hacia el acantilado, donde los invisibles seguían bajando en una línea sinuosa.

—Podría ser una formación de combate.

Zharilee frunció el entrecejo en actitud dubitativa.

—Los phaerimm no necesitan arrastrarse, les bastaría con flotar... —Dejó la frase inconclusa y adoptó una expresión más seria—. Enviaré un mensaje a los Magos de

las Nubes. Sigue vigilando.

La imagen se desvaneció, dejando a Keya a solas con sus invisibles que descendían rápidamente, tres de los doce formando un grupo. Pasó otra varita mágica. La pared rocosa se acercó lo suficiente como para ver cada risco y cada grieta, pero las varitas no podían funcionar conjuntamente, de modo que ya no podía ver los destellos. Volvió a la primera.

Los invisibles llegaron a la base del acantilado y empezaron a bajar por las piedras amontonadas de abajo. Varios de los otros destellos se reunieron en torno al trío ya agrupado, ayudándolo a avanzar por el escarpado terreno. ¿Acaso aquellos tres transportaban algo? No..., lo más probable es que dos de ellos llevaran a un tercero. Un par de guerreros transportando a un camarada herido.

Si le quedaba alguna duda sobre la identidad de los invisibles, se desvaneció. Aunque hubieran sido phaerimm arrastrándose por el acantilado, ellos no llevarían heridos. Por lo que había visto de los espinardos, no llevaban a sus heridos a ninguna parte, y mucho menos a una batalla. Los invisibles tenían que ser elfos, o amigos de los elfos, que trataban de llegar a Evereska.

Keya transmitió sus observaciones a Zharilee, después cambió de varita y examinó la ladera circundante. Tal como había temido, descubrió a cinco phaerimm y muchos más acechadores e illitas avanzando por el bosque calcinado para interceptar al grupo. También informó de eso.

Zharilee dijo que estaba transmitiendo la información a la Torre de las Nubes, y que lo sentía, pero Keya tendría que seguir observando lo que ocurriera a continuación. Keya respondió que lo mínimo que podía hacer era vigilar. Viendo que ya no había peligro de delatar a la partida, volvió a la parte superior para tener una perspectiva mejor. Aunque supieran dónde buscarla, los invisibles sólo podrían percibirla como un punto, de modo que se dedicó a señalar la emboscada.

La advertencia resultó innecesaria. Los invisibles se detuvieron al pie del talud, entonces uno de ellos roció el bosque que tenían delante con un torrente de fuego plateado tan brillante que llamó la atención de Keya desde más de mil pasos de distancia. Los cinco phaerimm se alejaron, echando humo y sacudiéndose los cuerpos quemados con sus cuatro manos, y los invisibles continuaron el asalto con una andanada de flechas encantadas.

Al dar en el blanco, los dardos explotaron en destellos mágicos dorados y llenaron el bosque de un humo rojo centelleante.

Cuando Keya usó su varita mágica para comunicar esta novedad, el rostro demacrado de Kiinyon Colbathin apareció junto al de Zharilee.

—Este fuego de plata ¿Quién lo lanzó? —inquirió—. ¿Fue un humano?

Después de perder la totalidad del cuerpo de Guardianes de Tumbas en la batalla inicial contra los phaerimm, Kiinyon había pedido perdón a toda Evereska y había

presentado su dimisión. Lord Duirsar se la había rechazado y lo había puesto al mando de las defensas del valle, diciendo que Evereska tenía necesidad de su experiencia y de la sabiduría que había obtenido con ella.

—No puedo ver —informó Keya—. El humo es demasiado espeso.

—¡Mira bien, maldita sea!

Keya miró, pero el humo era impenetrable para la vista y para la magia, al menos para la magia que ella había adquirido. Todo lo que podía ver era la cortina de humo que se extendía por la colina y un puñado de illitas trepando por el talud..., y lo que no podía ver lo imaginaba. Los invisibles habían atacado, de modo que ahora serían visibles, pero de todos modos ella no podía verlos, no con las varitas de que disponía. Dándose cuenta de lo bien que había planeado el ataque la pequeña banda, Keya recorrió con la mirada la ladera de la montaña.

Los encontró a mitad del Valle de los Viñedos, saliendo con dificultad por una pequeña puerta negra en medio de una terraza cubierta de árboles. El primero era un humano barbudo de ropajes chamuscados, con el pelo del pecho requemado en torno a una grotesca cicatriz oscura. El segundo era un elfo dorado que vestía la elaborada armadura de un noble de Evereska, lo mismo que el tercero, el cuarto y todos los que venían detrás.

—¡Son los Espadas! —gritó Keya—. ¡Han vuelto!

—¿Los Espadas? —preguntó Kiinyon con voz entrecortada—. ¿Los Espadas de Evereska?

—Bueno, algunos..., unos cuantos. —Tan pronto hubo dicho esto, Keya pensó en su padre y empezó a estudiar las caras de los que formaban el grupo—. Veo a lord Dureth y a Janispar Orthorion, y a un humano de barba negra.

—Ese humano ¿podría ser Khelben Arunsun? —Esta vez fue el propio lord Duirsar el que preguntó—. ¡Y dinos cómo puedes verlos, maldita sea! Los magos de la torre no pueden dar con ellos con ese maldito humo.

—Lo siento, mi señor..., están en el Valle de los Viñedos, en el Viñedo de Miel de Cardo —dijo Keya—, y no conozco a Khelben Arunsun, pero el humano lleva algo negro... ¡Oh, no! ¡Por la rosa dorada!

—¿Qué? —preguntó lord Duirsar—. ¿No qué?

Keya no respondió porque los dos últimos elfos que salieron de la puerta negra llevaban una litera con la figura amortajada de un cadáver. No podía ver quién estaba debajo de la mortaja, pero el yelmo martillado apoyado sobre el pecho del muerto era inconfundible. Un simple casco de acero mithril plateado, el más sencillo de cuantos llevaban los nobles Espadas. Pertenece a Aubric Nihmedu.

—¡Vigía! —vociferó Kiinyon—. ¡Responde a lord Duirsar!

—Yo... os pido perdón, señor —dijo Keya—. El humano tiene barba negra y lleva un bastón del mismo color y tiene señales de una grave herida. No te puedo decir

más.

—¿Y por qué gritaste? —inquirió Zharilee—. Lord Duirsar también te preguntó eso.

—He visto... —Keya hizo una pausa para contener la emoción y vio una patrulla de elfos que adelantaban corriendo a los Espadas para hacer frente a dos phaerimm que se habían teleportado para atacar a la maltrecha compañía por detrás—. Perdóname, pero si quieren ver a Khelben Arunsun vivo deben enviar a algunos magos de guerra en su ayuda.

No había acabado la frase cuando un círculo de altos magos apareció entre los elfos que huían y sus supuestos atacantes. Con un movimiento de la mano, el del centro levantó una pared de luz dorada y la empujó para arrollar al enemigo. Los phaerimm contrarrestaron el ataque enviando una ráfaga helada a través de la pared para derribar a uno de los magos y teleportarlo. Los Espadas supervivientes fueron recogidos por la patrulla y llevados hacia la protección del mythal. Así eran las batallas de Evereska, rápidas y mortales y no tenían fin.

—Nos ocuparemos de los Espadas, Keya. —Ahora que las cosas parecían estar bajo control, la voz de lord Duirsar bajó de tono—. Dinos lo que has visto.

—Lord Nihmedu... —Hizo una pausa para contener un sollozo. Entonces se dio cuenta de que ahora su hermano era lord Nihmedu, y al preguntarse qué habría sido de él no pudo contener las lágrimas—. Lamento informar que el Espada Mayor ha muerto.

—¿Tu padre? —preguntó Zharilee con voz entrecortada.

Keya asintió y apartó la mirada de la ventana mágica.

—Lo siento, Keya. Era un buen amigo y un evereskano leal —dijo lord Duirsar. Su voz se dulcificó y se dirigió a Kiinyon Colbathin—. Dadas las circunstancias, mariscal del valle, me pregunto si podríamos excusar a la vigía.

—Por supuesto —dijo Kiinyon—. Tienes permiso para retirarte, vigía.

—Gracias, señor. —Keya se enjugó las lágrimas y se volvió hacia la ventana mágica—. ¿Tienes a alguien que pueda relevarme, Zharilee?

La elfa dorada vaciló.

—Tenemos bien cubiertos los otros puestos —dijo.

—Pero ¿desde ninguno de ellos se informó del regreso de los Espadas? —preguntó Keya.

—Hay un par de ellos que deberían haberlos visto, pero no —dijo Zharilee negando con la cabeza.

—Entonces me quedo. —Keya se volvió hacia el Alto Valle—. La cadena de vigilancia cumple una función al fin y al cabo.

CAPÍTULO 20

30 de Nighthal, Año del Arpa sin Cuerdas

Wulgreth número dos.

—Definitivamente dos. —Paseando la mirada por la estancia, Galaeron asintió mostrando su coincidencia con la conclusión de Takari—. Este tiene que ser el Wulgreth de Jhingleshod.

La segunda estancia de la pirámide era tan polvorienta como la primera, pero estaba llena de los elementos que necesita cualquier mago en ejercicio. Había morteros y probetas, frascos, balanzas, mecheros, pastillas, rollos de pergamino y libros, muchos libros, todos alineados en estantes y bien protegidos por puertas de cristal. Había también un tomo de conjuros apoyado en un atril debajo de una bola de luz difusa, abierto en un conjuro cerca del final y sin el menor atisbo de polvo.

Un sonido rechinante llegó desde el rincón más recóndito. Al volverse, Galaeron vio a Takari apartándose de un salto de un pequeño pasadizo bajo, espada en mano y con la primera sílaba de un conjuro de fuego resbalando de la lengua. Al ver que no había ningún atacante, señaló con un gesto una piedra disparadora hundida en el suelo.

—Resultó fácil.

—Demasiado fácil. —De un puntapié Galaeron lanzó una piedra suelta hacia el pasadizo e hizo una mueca al ver una cortina de magia verde que descendía en el fondo—. Este lich es rico en ardid.

—Algo que aprendió de los demonios de Ascalhorn —afirmó Jhingleshod entrando en el lugar—. Es más fácil conducir a una víctima a su perdición que empujarlo a él hacia ella.

—Una lección que Galaeron haría muy bien en recordar —dijo Melegaunt. Se unió a los que ya estaban en la estancia y al ver el libro de conjuros abierto sonrió con ironía—. Demasiado incitante, diría yo. —Pasó una mano por encima del atril y una sombra cayó sobre las páginas—. Protección contra miradas ajenas.

Aunque Galaeron sospechó que el comentario iba dirigido a él, no hizo ninguna objeción. El libro abierto era una invitación demasiado evidente. Tarde o temprano alguien echaría un vistazo para ver lo que Wulgreth había estado estudiando y se vería obligado a seguir la lectura, activando algún conjuro de posesión o aprisionamiento. Estaba empezando a entender a ese lich. A diferencia del primero, que había querido despistarlos, éste quería controlarlos.

El globo de luz se iluminó por propia iniciativa, llenando la estancia de una luminosidad deslumbrante y de sombras profundas. A lo largo de la pared del fondo había una pequeña colección de armaduras doradas y armas enjoyadas, todas bajo un

encantamiento tan intenso que a través de la gruesa capa de polvo se veía brillar una aura mágica. A continuación de las armas había una selección de varitas y bastones mágicos y después una fila de cofres repletos de tesoros. Frente a uno de ellos se arrodilló Malik, hundiendo las manos hasta las muñecas en un montón de joyas y con la mirada vacía.

Galaeron arrancó al hombrecillo del cofre, sembrando joyas por el suelo, y cerró la tapa de golpe.

—¡No! —fue todo lo que dijo.

Malik parpadeó varias veces y después echó mano a su daga.

—No hay por qué ser codicioso, elfo. ¡Aquí hay piedras preciosas para hacernos ricos a todos!

—¡Para transformarnos en esclavos de Wulgreth! —Galaeron miró a todos los demás—. No las toquéis. Es un señuelo.

—¿Un señuelo? —Vala le había echado el ojo a una brillante cota de malla.

Galaeron se le puso delante.

—Creo que es el medio de que se vale para reclutar a sus sirvientes no muertos. Ya viste los ojos que se le pusieron a Malik.

La mujer asintió.

—Un plan ingenioso. —Takari miró el tesoro como si fueran fruslerías—. Si no podemos tocar nada sin convertirnos en sus esclavos, no podemos buscar entre las joyas su filacteria.

—A menos que antes eliminemos la magia —dijo Melegaunt.

—Elimínala entonces —sugirió Jhinglehod.

—Mi magia tiene sus limitaciones. —Melegaunt echó un vistazo a las estanterías de elementos mágicos—. Se necesitaría alguien más poderoso que yo para deshacer todo esto.

—No soy tonto —aseguró Jhinglehod—. No puedes tener lo que quieres hasta que yo obtenga lo que quiero.

—No es posible —replicó Melegaunt—. Ya he usado una vez ese conjuro en el día de hoy. Puedo usarlo una vez más, pero después de eso tendré que pasar la noche imprimiendo la magia en mi mente una y otra vez. Para cuando termine, Elminster estará aquí.

—Tal vez Elminster podría hacerlo —sugirió Jhinglehod.

—No se negocia con Elminster —dijo Galaeron—. Y dudo que esté dispuesto a rescatar al que ayudó a Wulgreth a traer demonios a Ascalhorn. Sólo puedes confiar en Melegaunt.

—¿Confiar en él, precisamente en él? —Al caballero se le hincharon las venillas de los ojos—. No soy tan ingenuo como tú.

—¿Ingenuo? —La mirada de Galaeron se posó en Melegaunt y volvió a

Jhingleshod—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Galaeron, un hombre puede intentar dos cosas al mismo tiempo. —El mago trató de interponerse entre Galaeron y Jhingleshod—. Sigo siendo la única esperanza de Evereska.

Galaeron siguió mirando al caballero.

—Dímelo.

—No necesito decirte lo que ya sabes —dijo Jhingleshod—. Tú mismo viste cómo traicionó a Vala en el puente. No debería sorprenderte averiguar que te ha estado mintiendo.

Galaeron giró sobre sus talones y se enfrentó a Melegaunt, pero Vala le bloqueaba el camino con una mano en la espada.

—No, Galaeron —lo empujó suavemente hacia atrás—. Sabes que no puedo permitírtelo.

Galaeron sintió algo en la mano y se dio cuenta de que la tenía en la espada. La soltó y se volvió hacia Jhingleshod.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—Después de que Wulgreth haya sido destruido —prometió el caballero.

Galaeron se volvió hacia Malik.

—Tú lo oíste —le espetó.

—Le dije a Jhingleshod que había venido a salvar a mi pueblo —dijo Melegaunt—. Precisamente tú tendrías que entenderlo.

Galaeron siguió mirando fijamente a Malik. El hombrecillo suspiró y asintió.

—Primero dijo que venía a salvar Evereska, y por eso recibió la misma respuesta que tú. Después dijo que había venido a salvar a su pueblo, que necesitaba la Piedra de Karse para proporcionar refugio a su casa.

—No a mi casa, a su casa —enfaticó Melegaunt sacudiendo la cabeza desalentado, después suspiró y dijo—: Refugio era una ciudad netheriliana. Nuestros maestros de sombra leyeron la caída del imperio en las sombras del amanecer y nos llevaron a refugiarnos en el Semiplano de las Sombras. Desde entonces hemos estado tratando de volver a nuestra patria, vosotros la llamáis Anauroch.

—Diecisiete siglos es mucho tiempo intentándolo —afirmó Takari.

—El tiempo no es igual en el Semiplano de las Sombras —aclaró Melegaunt—, y la tarea de volver no era nada fácil.

—No con los phaerimm en tu camino —soltó Galaeron. La ira que se reflejaba en su voz hizo que Vala sacara la espada—. ¡Primero tenías que desviarlos hacia otra parte!

—No pretendía que fuera a Evereska —dijo Melegaunt, ahora tan furioso como Galaeron—. Pero ¿y si hubiera sido así? Durante diecisiete siglos de los vuestros hemos estado atrapados; en un infierno oscuro, imposibilitados de volver por los

phaerimm. Durante el primer milenio conservamos nuestra libertad pagando un tributo en vidas a los demonios que pretendían hacernos suyos, y durante los siete siglos siguientes tuvimos que luchar contra los Malaugrym por nuestra supervivencia. ¿Era demasiado pedir a Evereska y al resto del mundo que nos ayudaran a destruir a los phaerimm para que pudiéramos volver en paz?

—Pero no lo pediste —dijo Galaeron.

—A Evereska no. —Melegaunt apartó a Vala y se alzó cuan alto era, recordando a todos los presentes, incluido Galaeron, que tenía poco que temer de un elfo enfadado—. Pero ¿cuál habría sido la respuesta en caso de que una ciudad netheriliana hubiera pedido ayuda a los Ancianos de la Colina?

La pregunta hizo que a Galaeron lo recorriera un escalofrío, ya que la respuesta era tan obvia para él como para Melegaunt. Los antiguos elfos habían desaprobado la magia irresponsable de Netheril y, según había podido ver en antiguos escritos en la Academia de la Magia, incluso se habían regocijado secretamente cuando cayó el antiguo imperio.

—Puedes estar seguro de que estoy haciendo más por Evereska de lo que Evereska hubiera hecho por Refugio —dijo Melegaunt—. Que lo creas o no, depende de ti, o de tu ser sombra.

Sin esperar la respuesta de Galaeron, el mago le dio la espalda y se enfrentó a Jhingleshod.

—Supongo que la Piedra de Karse está debajo de esta pirámide. Si hay una forma más fácil de llegar a ella no me hagas perder un tiempo precioso y derrochar mi magia abriendo un túnel de sombra.

Los ojos de Jhingleshod se encendieron de rabia.

—Tú promesa...

—Le des el valor que le des a la promesa de Melegaunt, puedes confiar en la mía. —Galaeron no sabía si la furia demasiado humana que albergaba en su corazón era suya o de su ser sombra, lo que sí sabía era que gran parte de las críticas de Melegaunt hacia Evereska eran ciertas. Se volvió hacia el mago—. En caso de que las circunstancias de nuestras ciudades se invirtieran, tal vez yo haría lo mismo por salvar a Evereska. Pero debes saber una cosa, mago, te exigiré que cumplas tu promesa. Si Evereska cae, me ocuparé de que Refugio sufra un destino mucho peor.

Melegaunt esbozó una sonrisa que no presagiaba nada bueno.

—Eso ya ha sucedido, elfo. Nunca tuvimos la intención de soltar a los phaerimm en tu ciudad, y ellos siguen siendo más enemigos nuestros que vuestros. No hay por qué preocuparse de eso.

—Mi promesa sigue en pie —afirmó Galaeron dirigiéndose a Jhingleshod.

El caballero estudió a Galaeron un momento y luego asintió.

—No me falles, te lo advierto.

Se dirigió al pasadizo bajo que Takari había descubierto y se metió en él con los pies por delante. Su cuerpo levantó una nube de polvo al atravesar la barrera verde. Galaeron y los demás se miraron con la boca abierta.

La que habló finalmente fue Takari.

—Una ilusión —dijo—. Este lich es realmente muy listo.

Se dirigió al pasadizo y metió las piernas por la abertura, desvaneciéndose a continuación en una nube de polvo. Galaeron fue el siguiente, y se encontró cayendo hacia una caverna de techo alto iluminada con una luz plateada. Atisbo una columnata de pilares curvos que formaban un arco hacia un soporte central y fue a caer en un estanque lleno de un líquido apestoso que tenía el color y la consistencia del mercurio. Una mano pequeña lo cogió por el pelo y lo arrastró hacia un lado justo cuando Vala cayó a su lado. A continuación llegó Melegaunt, que bajó flotando gracias a la magia de un conjuro de caída amortiguada, y por fin Malik cayó en el estanque gritando.

Un momento después, el grupo se encontró de pie, metido hasta la cintura en un estanque plateado y mirando, al otro extremo de una superficie brillante como un espejo, a una enorme piedra blanca del tamaño de la yegua de Malik. De una grieta de bordes dentados que había en el centro salía un chorro constante del líquido brillante que llenaba el estanque y a continuación desaparecía por un remolino en el otro extremo. Al arremolinarse el líquido por el desagüe, adquiría una tonalidad rojiza y empezaba a humear, casi como si fuera sangre.

—Es conmovedor —dijo Takari, la eterna romántica—. El corazón de Karsus sangra por lo que hizo.

—Podría decirse así, aunque Karsus era demasiado loco como para sentir auténtico remordimiento —repuso Melegaunt—. El Tejido lo llenó hasta reventar cuando trató de robar la cabeza del dios de Mystryl. Lo que veis brotando de la Piedra de Karse es todo lo que queda de esa antigua magia íntegra.

—¿Cómo que magia íntegra? —Fue Malik quien hizo la pregunta—. ¿Desde cuándo la magia puede ser otra cosa que íntegra?

—Desde la caída de Netheril —explicó Galaeron, recordando los aburridos textos que había estudiado en la Academia de la Magia. Después de la caída, Mystryl había salvado el Tejido reencarnándose en Mystra, pero los archimagos que sobrevivieron descubrieron rápidamente que sin la intervención directa de la diosa, algo que muy raras veces se producía, ya no podían hacer los conjuros más poderosos. La mayoría de los sabios sacaron la conclusión de que Mystra estaba limitando la magia para proteger al Tejido de otro desastre, pero Galaeron tenía otra explicación a la que encontraba más sentido y que explicaba la fuente de la magia fría de Melegaunt—. Se dividió —dijo.

Melegaunt estaba demasiado ocupado poniendo hebras de sedasombra sobre la

Piedra de Karse como para responder, pero Malik estaba pendiente de cada palabra.

—¿Qué fue lo que se dividió? —preguntó el hombrecillo—. ¿Te refieres al Tejido?

Galaeron estaba a punto de responder, sin embargo recordando el interés que había manifestado antes Malik sobre la magia de sombras, se lo pensó mejor.

—Haces demasiadas preguntas, humano. —Se acercó a Malik—. No eres mago. ¿Qué te importa si el Tejido se dividió?

Malik abrió mucho los ojos y empezó a recular.

—No te olvides de tu sombra, amigo mío. Con tus preguntas te estás poniendo en grave peligro.

—Pero yo no —dijo Vala, acudiendo desde el otro lado—. Y yo también me lo he estado preguntando. No fue una coincidencia que te encontráramos acampado en las afueras de Mil Caras ¿verdad?

—¿Eres capaz de amenazarme? —A Malik se le entrecortaba la voz—. ¿A mí, que arriesgué la vida por salvarte?

—Me gustaría saber por qué. —Vala apoyó una mano en la empuñadura de su espada—. Según mi experiencia, los cyricistas no se caracterizan por su altruismo.

—No lo mates, voy a necesitarlo —dijo Melegaunt, que seguía trabajando en la Piedra de Karse—. Su presencia no es ningún misterio. Está investigando mi magia para Cyric.

Malik se quedó con la boca abierta.

—¿Lo sabías?

Melegaunt lo miró desde detrás de la Piedra de Karse.

—¿Me tomas por tonto? —El archimago señaló con el mentón el turbante de Malik—. Quitadle eso y descubriréis sus cuernos. Nuestro compañero no es un ladrón cualquiera, es el Serafín de las Mentiras.

Galaeron hizo lo que Melegaunt había indicado y descubrió un par de pequeños cuernos que más bien parecían la cornamenta de un cornudo.

—¿Lo sabías y dejaste que se quedara? —preguntó.

—El espía conocido es preferible al desconocido. Y nos ha sido de utilidad, ¿no te parece? —Melegaunt empezó a señalar puntos en un círculo separado unos dos metros de la Piedra de Karse—. Ahora distribuíos e invocaremos el poder que necesitamos para salvar Evereska.

Los compañeros hicieron lo que Melegaunt les había dicho, dejando un sexto puesto reservado para él. El archimago metió las manos en el estanque y, sacándolas llenas de la magia plateada, se elevó en el aire por encima de la Piedra de Karse. Suspendió los globos separados por una distancia de dos metros y tocó cada uno de ellos con un sencillo anillo de cobre que llevaba en la mano izquierda. Sobre los orbes se proyectó una luz mágica que empezó a brillar con el resplandor cegador del

sol. Galaeron desvió la vista. Veía puntos por todas partes.

Cuando se le aclaró la visión descubrió un par de sombras sobre la superficie argentada del estanque, ambas tan negras y profundas que parecían a un tiempo cuerpos sólidos y pozos vacíos. Galaeron extendió la mano para averiguar cuál era la suya, y sus dedos desaparecieron en la oscuridad sin producir ni una sola onda en la superficie del estanque. Cuando las retiró había perdido las falanges de los cuatro dedos. No experimentó dolor, ni sensación de calor o de frío. Simplemente, los dedos habían desaparecido.

Con el aliento entrecortado, el elfo se volvió hacia Melegaunt para imprecarlo por no haberlo advertido. Entonces vio la forma translúcida de sus dedos destacada contra el brillante resplandor de las luces, y supo que una vez más se había inclinado a pensar lo peor. Encima de la Piedra de Karse, Melegaunt completó un conjuro y reparó en que Galaeron lo estaba mirando.

—Un momento más —dijo el mago—. Todo está preparado.

Melegaunt se apartó de la Piedra de Karse y, flotando, se dirigió al sitio que tenía reservado en el círculo. Pidió a los demás que juntaran las manos y pronunció algunas palabras en una lengua extraña que Galaeron supuso que sería netheriliano. A su lado, Vaia silbó sorprendida al sentir una corriente de energía que pasaba de su mano a la de Galaeron, entonces Malik farfulló algo en voz alta al llegar a él la corriente. Galaeron sintió que se le iba la cabeza, y, al empezar a albergar sospechas, abrió la mano.

—¡No rompas el círculo! —ordenó Melegaunt—. Que nadie lo haga o todos seremos atraídos hacia la Sombra.

Vala se aferró a la mano de Galaeron con fuerza inusitada.

—¡Confía en nosotros, no en tu sombra!

Las dos sombras de Galaeron empezaron a alargarse y ensancharse, adoptando una forma totalmente distinta de la suya. Una adoptó la forma de un humano armado, de hombros enormes y cintura estrecha. De su cabeza maciza salieron dos cuernos curvos y en su cara oscura aparecieron dos ojos amarillos. En cuanto a la segunda silueta, era tan grande como la primera, aunque de cuerpo más cuadrado y envuelta en un remolino de tinieblas. Aunque no le brotaron cuernos, su perfil presentaba un mentón grotescamente cuadrado y una boca en forma de media luna llena de afilados dientes.

Ambas sombras se sumergieron en el líquido plateado y desaparecieron, reapareciendo un momento después como figuras enormes, envueltas en tinieblas. Cuando Galaeron paseó la mirada por el resto del círculo vio un par de figuras similares de pie frente a cada uno de sus temblorosos compañeros. No sabía exactamente si lo que tenía delante eran hombres o demonios.

Melegaunt abrió las manos e hizo una reverencia tan profunda que tocó con la

frente la superficie del estanque.

—Mis príncipes, bienvenidos de vuelta a Faerun.

—De pie, joven hermano. —El más corpulento, un bruto de ojos cobrizos y que le sacaba a Vala casi tres cabezas, hizo señas a Melegaunt de que se levantara—. ¿Es esto la magia pesada?

—Lo es —dijo Melegaunt.

Sin prestar la menor atención a los demás presentes en la estancia, el resto de los príncipes se agrupó junto al mago. Galaeron y los otros los siguieron, pero colocándose a una distancia respetuosa.

—¿Ha salido todo según los planes? —preguntó la figura de ojos cobrizos—. ¿Estamos listos para proceder?

Por el rostro de Melegaunt cruzó una pequeña duda.

—Todo ha salido bien, mi señor Escanor, pero hay algo que nos perturba.

El príncipe del yelmo con cuernos dirigió una mirada de reprobación a la cadera de Galaeron. Este miró hacia abajo, sin darse cuenta de qué era lo que estaba mirando el guerrero oscuro hasta que Takari le tiró de la mano apartándola de la espada.

—Creo que eso sería una tontería, señor —susurró.

El guerrero tenebroso volvió la vista hacia Melegaunt sin el menor comentario.

Fue aquel al que el mago había llamado Escanor el que habló.

—¿Sí, joven hermano?

—He hablado de un tal Elminster —dijo Melegaunt.

—El Elegido de la barba gris —afirmó el guerrero astado—. Lo hemos estado observando. Un poderoso aliado, pero un enemigo poco conveniente. ¿Cuál de las dos cosas es?

—Eso todavía está por verse, mi señor Rivalen, pero me temo que algunos acontecimientos inesperados lo han puesto en nuestra contra. Como sabes, sus padres fueron asesinados por un mago de sombra, y eso hace que sospeche de nosotros. Hace dos días trató de impedirnos la entrada al Bosque Espectral, y he sido informado por un centinela oscuro de que nos viene persiguiendo. Me temo que está empeñado en impedir el Regreso... y que tiene el poder para hacerlo.

Rivalen y Escanor cruzaron una mirada.

—Tendremos que aclarar las cosas con él antes de proceder, eso es todo —dijo Escanor—. ¿Y estos acontecimientos inesperados?

Melegaunt indicó a Galaeron que se incorporara al círculo.

—Galaeron Nihmedu está pasando por una crisis de sombra y está perdiendo la batalla. —Varios príncipes intercambiaron miradas significativas y Melegaunt continuó—: Ha hecho mucho por ayudar a nuestra causa. Los dos abrimos la Muralla de los Sharn en Evereska en lugar de hacerlo en Hartsvale, pero no fue culpa suya.

—¿Los phaerimm ya están fuera? —preguntó Rivalen con voz entrecortada.

—Fue culpa mía —dijo Melegaunt agachando la cabeza—. Elegí un mal lugar para reunirme con mis espadasocuras y Galaeron nos tomó por profanadores de tumbas. Ellos no tuvieron la culpa.

—No hay culpa alguna —decidió Escanor—. Simplemente tendremos que hacer ajustes en nuestro plan. —Miró a Galaeron y continuó—: No podemos evitar la angustia que pueda haber sufrido tu pueblo, pero tu patria será salvada, no tengas la menor duda.

—La guerra se librará más al sur —dijo Rivalen—. Mala suerte, pero no es un gran desastre.

—Evereska tiene un mythal —advirtió Melegaunt.

—Llevará algo más de tiempo que lo previsto —repuso Rivalen encogiéndose de hombros y apoyando una mano en el hombro de Galaeron—, pero saldremos victoriosos. Tienes la palabra de los Doce Príncipes de Refugio.

En lo primero que pensó Galaeron fue en lo que el príncipe callaba.

—¿Con qué coste para Evereska? Está muy bien eso de acabar con los phaerimm, pero no si la contienda se libra en tierras de los elfos.

Rivalen cruzó una mirada de preocupación con los demás, entonces un tercer príncipe, el del mentón cuadrado que había emergido frente a Galaeron, dio un paso adelante.

—Reconozco que es difícil mientras luchas con tu sombra, pero debes confiar en nosotros. Evereska sufrirá, ya ha sufrido, como debes saber, pero haremos lo que podamos para ayudar. Son los phaerimm los que atacan tu tierra, no nosotros. No hemos contribuido a ello más que tú.

—Pero yo sí lo hice —replicó Galaeron, abrumado por el peso de su culpa—. Ordené el conjuro equivocado.

—Cumpliste con tu deber —dijo el príncipe—. Habría sido una negligencia por tu parte no atacar según te lo indicaba tu conciencia. Si sientes culpa, proviene de tu sombra, de nadie más. Debes hacer caso omiso de ella o estás perdido.

Las palabras del príncipe aliviaron un poco la carga que soportaba el corazón de Galaeron..., pero no tanto como cuando Takari enlazó su brazo con el suyo.

—Escucha al oscuro, señor. Te está diciendo lo que sabemos todos los que estábamos allí.

—Lo intentaré. —Subrayó su promesa con un gesto afirmativo.

—Bien —dijo Melegaunt—, y todos estaremos ahí para ayudarte, siempre y cuando dejes de hacer conjuros.

—Yo me ocuparé de eso —aseguró Vala, cogiendo el otro brazo de Galaeron.

Rivalen sonrió, enseñando un par de colmillos que nada tenían que envidiar a los de un vampiro.

—Bueno, ahora debemos ponernos en marcha.

—¿Y qué hay de Wulgreth? —Jhingleshod se introdujo en el círculo y se plantó delante de Melegaunt—. No creas...

—Ni se me ocurriría —dijo el archimago volviéndose hacia Escanor—. Hay una pequeña promesa que le hice a este espíritu. ¿Puedes eliminar toda la magia que hay en la estancia de arriba?

Escanor echó una mirada al caballero de hierro y a continuación indicó a los demás príncipes la salida del techo.

—Como quieras. —Se puso en marcha detrás de los demás—. Lo haremos al salir.

—¿Al salir? —preguntó Melegaunt señalando la Piedra de Karse.

—Tenemos que ocuparnos de estos pequeños problemas —dijo Rivalen—. Y por lo que se oye, cuanto antes mejor.

—Pero ¿y el Regreso?

Escanor sonrió abiertamente, mostrando una boca llena de colmillos tan afilados como agujas.

—A ti te dejamos el honor, joven hermano Melegaunt. Haz levitar la piedra hacia el cielo y a continuación usa tu magia para convocar a nuestro pueblo a volver.

—¿Yo? —preguntó Melegaunt sorprendido—. Si soy el de menor categoría de todos nosotros.

—Pero el de más valía —dijo Escanor—. Supongo que no habrás olvidado las palabras.

—Jamás. —Esta vez fue Melegaunt el que sonrió—. Oídmeme ahora, gentes de Refugio. ¡Seguidme ahora porque tenemos el Regreso al alcance de la mano!

CAPÍTULO 21

30 de Nightal, Año del Arpa sin Cuerdas

Un áspero silbido de los phaerimm chirrió sobre los árboles de piedra por encima de la cabeza de Elminster, sugiriéndole la necesidad de ocultar su voluminoso cuerpo entre una maraña de vides venenosas del Bosque Espectral. Se deslizó a continuación hacia el otro lado con agilidad sorprendente para un hombre de su edad y luego giró en redondo encontrándose con una cascada de inofensivas arañas grises que descendieron hasta el suelo delante de él. El archimago sorprendió un par de feroces ojos de lich que lo observaban desde una pared cubierta de vides que había al frente, y respondió con un enjambre de meteoros que se transformaron en una colonia de abejas. Entonces los phaerimm, dos ejemplares que llegaron flotando sobre las copas de los árboles que dominaban la calle, descargaron su propia andanada de magia. Tres rayos de plata se desintegraron en arco iris reverberantes, dos letales haces negros se convirtieron en serpientes aladas y se fueron volando, y un conjuro funcionó realmente: un relámpago que se disipó contra el guardaconjuros de Elminster en un destello argentado.

Así era cualquier batalla en una zona de magia desatada: nueve partes de futilidad y una parte de peligro. Al ver a Wulgreth que empezaba a hacerse visible, con un flequillo de pelo pajizo, la cara descompuesta y sin nariz y la boca esquelética sin labios, tan parecido a los cientos de liches que Elminster había eliminado a lo largo de su vida, el archimago giró en redondo y partió una rama de vid para hacerla su aliada. Al llegar a la esquina, giró hacia el centro de la ciudad, esperando describir un círculo por la parte trasera hasta la calle principal y seguir el rastro de cadáveres que habían sembrado Melegaunt y los suyos.

Que el mago de sombras hubiera destruido tantos no muertos en medio de la mayor zona de magia desatada de Faerun, decía mucho de su capacidad. También planteaba algunas cuestiones inquietantes..., muchas, muchísimas cuestiones inquietantes. Se había enfrentado a suficientes magos de sombras como para saber que debían su magia a algún poder oscuro que lentamente los corrompía, transformándolos inexorablemente en monstruosos remedos de sí mismos. Hacía tiempo que sospechaba que el poder oscuro no formaba parte del Tejido, una sospecha confirmada ahora por el hecho de que la magia de Melegaunt funcionaba bien en una zona donde los efectos residuales de la locura de Karsus había enredado el Tejido en una maraña impredecible.

Lo que Elminster no sabía y esperaba averiguar antes de que terminara el día era la naturaleza exacta de esa otra fuente de magia y qué dios la controlaba. Claro que tenía sus sospechas. Como enemigo de Mystra, Cyric se tomaría grandes trabajos

para crear una fuente de magia distinta del Tejido, y Talos el Destructor llevaba tiempo luchando por dejar una parte de la red fuera de su control. La certeza ahora real de que alguien lo había conseguido era suficiente como para hacer que la sangre de plata calentada por el fuego de Elminster se tornara fría. Ya había mal en el mundo más que suficiente como para mantener el equilibrio, incluso sin su propia fuente especial de magia.

Elminster se lanzó por un callejón sofocado por las vides de vuelta hacia la calle principal, y pasando por encima del cadáver cortado en dos de un wight, reanudó su persecución. Tras su lucha contra los phaerimm fuera del Bosque Espectral y de la batalla que había librado con Wulgreth desde el cruce del puente, nada le habría gustado más que un buen conjuro de vuelo, pero no le apetecía transformarse en una mariposa. Siguió calle abajo a buen paso, llevando una mano muy próxima a su cinturón de varitas mágicas y lanzando una mirada por encima del hombro cada diez pasos.

La silueta del promontorio de Karse empezaba a asomar sobre las copas de los árboles cuando una voz argentina sonó en su mente.

Elminster, no han... los días... Khelben... debería... probar Nido Roquero... veinte... magos.

Revuelto como estaba el mensaje por la magia desatada, lo que comprendió Elminster fue suficiente como para que se olvidara de sus pies y tropezara. Acabó cayendo de bruces, resoplando para recuperar el resuello y tembloroso por la fatiga.

¿Sólo veinte, Learal?

Si Learal envió alguna respuesta, se perdió en la cacofonía de chirridos y golpes que sonaba a su alrededor. Elminster se dio la vuelta y se encontró sepultado bajo una avalancha de acero en lingotes. Pesados como eran los lingotes, sólo rebotaron en su escudo corporal y quedaron apilados a su alrededor, pero lo que más lo preocupó fue encontrar a Wulgreth de pie ante la avalancha, listo para atacar a la menor oportunidad. El contacto de un lich podía paralizar incluso a un Elegido, lo que instantáneamente dispararía su magia de evasión y, en circunstancias normales, lo transportaría a su recinto seguro para recuperarse. Sin embargo, teniendo en cuenta la magia desatada de este lugar, dudaba de que incluso la propia Mystra pudiera saber dónde encontrarlo.

Era mejor intentar algo sobre lo que tuviera más control. Elminster previo la maraña de vides que había dejado atrás hacía un momento y pronunció una única palabra mística.

Hubo un breve momento de negra caída intemporal tras el cual se encontró mirando a una calle cubierta de vegetación a través de una maraña de vides de delgadas hojas. Conocía lo suficiente las secuelas de la teleportación como para reconocer los efectos de forma inmediata y confiar en que recordaría dónde estaba y

por qué estaba allí al cabo de un momento, pero esta vez había algo especialmente extraño. Se sentía tan grande que no podía moverse, y por algún motivo le parecía que tenía los brazos en cruz.

Vio un par de phaerimm pasar flotando a unos tres metros por debajo de su nariz, y aunque no recordó qué era, al menos sí dónde estaba: en una zona de magia desatada en el Bosque Espectral, luchando con Wulgreth a ver quién corría más y tratando de escapar a un ejército de phaerimm que lo perseguían; y algo había salido mal.

Los phaerimm tenían aproximadamente la cuarta parte de su tamaño, y la calle cubierta de vegetación era apenas un sendero de treinta centímetros de ancho, y los árboles petrificados no parecían más grandes que un hombre. Una de las enormes libélulas pasó zumbando, apoderándose de un pequeño finch negro no mayor que un mosquito, y Elminster sintió algo en el..., no, no era el estómago. Era más bien su tronco. Trató de volver la cabeza y descubrió que no podía.

Otra vez el zumbido de la libélula que volvía y esta vez se posó en una rama, moviendo las mandíbulas mientras se comía al finch negro. Elminster lanzó un suspiro demasiado profundo como para que lo oyera cualquier criatura que no fuera un árbol, después vio a los phaerimm que pasaban como una exhalación en la dirección equivocada y se perdían en el bosque enmarañado.

Elminster permaneció quieto y callado un momento, prácticamente era todo lo que podía hacer, tratando de imaginar qué clase de magia podía haber hecho un simple lich para asustar así a dos phaerimm. En ese momento oyó una voz tenebrosa que pronunciaba su nombre y se dio cuenta de que no había sido Wulgreth el que había asustado a las criaturas. Otra voz lo llamó, luego una tercera. Reconoció un poco el acento y el timbre de la voz de Melegaunt en ambas, pero eran más profundas y poderosas, y más seguras de sí mismas, mucho más.

Demasiado avisado como para revelar su situación actual, Elminster ni siquiera trató de hablar. Podía escapar con un simple pensamiento, de modo que el árbol parecía un lugar lo bastante seguro para ocultarse por ahora. Las voces profundas seguían llamándolo, acercándose cada vez más, y pronto se presentaron veinte figuras tenebrosas.

Tenían un aspecto vagamente humano, pero con las facciones grotescas que tiempo atrás había aprendido a asociar con la magia de sombras, y eran con mucho los hombres más grandes y de aspecto más poderoso que había visto jamás. La mayor parte de ellos iban vestidos como guerreros, algunos llevaban túnicas de mago, y dos estaban ataviados como clérigos. Todos tenían los ojos de colores brillantes de las criaturas de los planos inferiores, y un aura de oscuridad parecía arremolinarse en torno a ellos como si fuera niebla.

El mayor, un bruto de ojos cobrizos tan alto como un ogro, se detuvo y se volvió

hacia los demás.

—Si está aquí, está bien escondido, no veo nada en las sombras.

Un guerrero con un yelmo astado extendió las palmas de las manos resignado.

—Entonces debemos hacer que sea él quien nos encuentre.

—¿Y cómo, Rivalen? —preguntó el primero—. No es alguien que se deje manipular fácilmente y tenemos otros problemas de que ocuparnos.

—Tres de nosotros iremos a Evereska y otros tres al Lago Oculto —dijo Rivalen—. Con eso quedan seis para el Valle de las Sombras. Estoy seguro de que Elminster nos encontrará allí.

Tenía que ser el campamento más solitario de Faerun, una única tienda en el centro mismo de una salina desierta, un joven padre con la mirada fija en el horizonte, contemplando el blanco sol de otoño, una madre ojerosa que deslizaba gotas de agua en la boca de sus hijos, una a una, un camello huesudo tan enfermo y agotado que ni siquiera bramaba. Ese mismo día, el camello se había derrumbado sobre el pellejo del agua y los niños habían aplicado sus caras a la sal y se habían puesto enfermos dando lametazos para sorber hasta la última gota de agua. La madre había gemido y había golpeado el pecho de su esposo, que la había apartado violentamente y había vuelto la cara para ocultar sus lágrimas. Todo eso habían leído los príncipes en las sombras crepusculares, y pudieron adivinar lo que sucedería al día siguiente. Ni siquiera en invierno se podía cruzar sin agua el Desierto de la Sed.

A los tres príncipes no se les escapó la ironía. Hacia el este, un manto de oscuras nubes empezaba a brotar del crepúsculo vacío. Traían agua suficiente como para dejar atascado al camello, como para barrer la tienda con todo lo que contenía, pero el agua no salvaría a la familia. Todo lo contrario. Aunque estos nómadas del desierto sabían nadar, no podían nadar kilómetros y kilómetros.

Los príncipes se balancearon, separándose de la sombra de la tienda y se pusieron de pie con un movimiento silencioso. Sintieron que se les erizaba la piel al recuperar la forma y a continuación la fría náusea que siempre acompañaba a un recorrido por la profundidad de la sombra.

Sólo tardaron un instante en superar la sensación, pero para entonces el camello ya había levantado el hocico y la familia no necesitó otra señal de alarma. La madre reunió a los niños y desapareció en el interior de la tienda y el esposo se puso de pie de un salto empuñando la cimitarra desnuda.

Brennus mostró las palmas de las manos para que viera que estaban vacías.

—Por los Dioses Menores, amigo, no pretendemos haceros daño.

El nómada miró por detrás de los tres príncipes a la salina en la que se iban extendiendo las sombras y después al otro lado de la tienda para asegurarse de que no tenían más cómplices por ese lado. Sólo habló cuando se hubo asegurado de que

estaban solos.

—¿Qué quieres de mí, *djinn*? Ya ves que no tengo nada que valga la pena robar salvo mi hija, y yo mismo la mataría antes de permitir que la convirtieras en esclava.

—No será necesario. —Brennus hizo una reverencia—. Te rogamos que nos disculpes, pero una pequeña partida debe extremar las precauciones en un lugar como éste.

El nómada miró al trío con desconfianza.

—No tenéis el aspecto de gente que tenga de qué preocuparse.

Brennus reprimió la tentación de sonreír, sabedor de que sus colmillos ceremoniales alarmarían al hombre.

—Suele ser un error juzgar a los hombres por su aspecto. No somos *djinn*.

—No tengo intención de discutir ese asunto —replicó el nómada—. Dime qué os trae por aquí o marchaos.

—Harías bien en controlar tu lengua —dijo Lamorak, hermano de Brennus. Con la inminencia de la noche, el rostro moreno de Lamorak había adquirido un color casi espectral—. A nosotros nos da lo mismo que vivas o mueras.

Los nudillos del nómada se pusieron blancos sobre la empuñadura de la espada, y Brennus se dio cuenta de que la amenaza, más que asustar, enfadaba al hombre.

—No estamos aquí para haceros daños, sólo para advertiros —dijo Brennus—. Recoged rápido vuestras cosas. Este lugar no tardará en convertirse en un lodazal.

—¿El Desierto de la Sed un lodazal? —El nómada miró a las primeras estrellas que titilaban en el oeste—. No lo creo. No hay tanta agua en el cielo como para eso.

—El cielo tiene más agua de la que sospechas —repuso Brennus señalando hacia oriente, donde se iba formando una cortina de nubes color púrpura provenientes de las oscuras montañas—. Suficiente para llenar el Desierto de la Sed y llevarse tu tienda. Suficiente para ahogar a tu camello y también a tus hijos.

—No hay razón para creer que vaya a caer toda aquí —insistió el nómada obcecadamente—. Sólo un *djinn* se atrevería a afirmar lo contrario.

—Ponnos el nombre que quieras —dijo Lamorak malhumorado—, pero lo sabemos.

—Seguramente habrás notado los presagios —continuó Yder, el tercer príncipe—. No es posible que te hayan pasado desapercibidos.

—¿Fueron obra vuestra? —La cara cetrina del nómada palideció poniéndose amarilla—. ¿Ese trueno que sacudió la tierra y el relámpago negro que partió el cielo?

—No sabíamos que estabas acampado en el Lago Oculto. —Mientras Brennus hablaba, unas nubes revueltas de aire cargado de salitre empezaron a pasar por el campamento, provocando un bramido de alarma del camello y gritos de sorpresa en el interior de la tienda—. Debéis daros prisa. No tardará en caer un torrente de lluvia.

—¿Torrente de lluvia? —El hombre miró hacia el este y vio la negra cortina de

agua—. ¡Por la luz de Elah!

La esposa asomó la cabeza fuera de la tienda con el rostro cubierto por un velo de color púrpura y los ojos resaltados por el kohl.

—¿Debo recoger, esposo mío?

—¿Dé qué serviría? —dijo el nómada con voz entrecortada—. ¡No podemos correr más que el viento! Será mejor esperar en la jáima hasta que pase.

—Si esperáis en vuestra jaima, moriréis ahogados en ella—dijo Brennüs.

El hombre lo miró con los ojos entrecerrados.

—Seguramente quienes pueden invocar la lluvia también pueden detenerla, ¿no es verdad?

—¿Crees que es fácil hacer esa magia? —preguntó Lemorak—. ¿Crees que es cuestión de unas cuantas sílabas y un puñado de plata pulverizada? —Se volvió hacia la mujer apuntando con un dedo semejante a una garra a su cara—. Si quieres vivir, recoge tus cosas.

A la mujer se le pusieron los ojos como platos y miró a su esposo esperando instrucciones. Él echó una mirada furiosa a Lamorak.

—¿Qué es lo que quieres que hagamos? ¿Volar a la Hermana de las Lluvias?

Brennus se interpuso entre el hombre y su hermano.

—¿Y si pudierais hacerlo?

—Los hombres no tienen alas, *berrani*.

—No las necesitan. —Brennus sacó una hebra de sedasombra de su bolsillo y formó con ella un pequeño anillo, entonces lo arrojó al suelo y dijo una sola palabra mística. El círculo adquirió el tamaño de un pequeño transporte, después se oscureció y flotando se separó del suelo—. Hay otras formas.

—No para los bedine. —El nómada descargó un golpe de su cimitarra en el centro del disco volador y lo cortó en dos—. ¡Los bedine no soportan la magia de los demonios!

Las dos mitades cayeron al suelo y se fundieron con la oscuridad crepuscular. Brennüs vio cómo desaparecían y después volvió a mirar al nómada.

—Como gustes.

Los vientos llegaron soplando y arrastrando una mezcla de sal y niebla, y Brennüs hizo señas a sus hermanos. Se retiraron del campamento, desvaneciéndose en la oscuridad mediante actos silenciosos de voluntad.

—Los Príncipes de Refugio no somos precisamente demonios —dijo Brennüs—. Ni mucho menos.

A su regreso, Elminster encontró el Valle de las Sombras cubierto por el humo de la guerra. Exhausto como estaba por su largo combate con Wulgreth, el archimago rodeó la población, reconociendo el campo de batalla, antes de unirse a ella. El

estruendo del encarnizado combate llegaba desde doce puntos diferentes a lo largo del gran círculo que quedaba entre la Colina del Sapo, el Castillo de Krag y la Colina de los Harper. Dorados rayos mágicos relumbraban todo a lo largo de las Riscos de las Sombras, relámpagos de plata sacudían las murallas de Castillo de Krag y una lluvia de meteoros sobrevolaba el Ashaba hasta el molino de Mirrorman.

Ansioso como estaba siempre de acudir en defensa de cualquier ciudadano en peligro, Elminster se tomó su tiempo. Su batalla contra Wulgreth lo había dejado exhausto física y mágicamente. Había utilizado la mitad de sus conjuros antes de quedar atrapado en el árbol, y la mayor parte de los que le quedaban, incluido su conjuro de evasión de emergencia, la última de sus portaciones y los dos conjuros de andar por el mundo, los había usado al escapar de Wulgreth (otra vez) en la zona de la magia desatada. Abandonó el Bosque Espectral con sólo tres conjuros desactivadores de magia, un solo juego de rayos dorados, tres encantamientos de velocidad y la capacidad de volar.

Estos cuatro últimos conjuros los había gastado en un vuelo a triple velocidad a través del Anauroch, con un largo rodeo en torno al Desierto de la Sed, donde la tormenta más furiosa que hubiera visto jamás estaba vertiendo agua en el antiguo lecho del lago. Terminó aterrizando de cabeza en los valles, donde nada tenía sentido. Elminster había contado con encontrar a Rivalen y a los otros cinco príncipes atacando el Valle de las Sombras, pero lo que veía era que se libraban diez batallas diferentes en los bosques. Más aún, no veía el menor vestigio de magia de sombras, sólo los rayos y ráfagas habituales con la añadidura de flechas y hachas. Si Rivalen y sus hermanos estaban allí, estaban muy bien camuflados.

Finalmente, Elminster atisbo el cegador enjambre de relámpagos que había estado buscando y se dejó caer entre los árboles sobre el monte del Valle de la Llovizna, donde un reducido grupo de guerreros se abrían camino por la maleza hacia un phaerimm chamuscado. En medio de ellos estaba la silueta alta, humeante y como siempre apabullante de Storm Mano de Plata.

—¡Storm, muchacha! —gritó Elminster, demasiado fatigado para correr—. Espérame.

Storm giró en redondo, los ojos relucientes y lista pata disparar.

—¡Elminster, por fin apareces! —Su voz no era exactamente gozosa y no desistió inmediatamente de lanzar su conjuro—. ¿Quieres hacer el favor de decirme, por los Nueve Infiernos, qué es lo que has estado haciendo?

—¿Yo? —dijo Elminster con voz entrecortada—. He estado en el Bosque Espectral persiguiendo a un mago de sombra, o puede que fueran doce, una historia demasiado larga para contarla ahora. —Señaló la forma chamuscada del phaerimm—. ¿Qué es esto? ¿Acaso los phaerimm han decidido que Evereska no es suficiente para saciar su apetito?

—No creo que les importe lo que está sucediendo en Evereska. —Storm parecía tan intrigada como Elminster—. Estos phaerimm vienen de Myth Drannor exigiendo que cesen vuestros asesinatos.

—¿Que?—Elminster llenó la pipa que tenía en la boca—. ¿Continúan las matanzas?

—Supongo que sí, ya que los phaerimm siguen atacando. —El tono de Storm era más de intriga que de enfado—. Hasta ahora ha habido siete.

Elminster alzó una ceja.

—Lo he estado haciendo bien ¿no es cierto?

—Eso creía yo —respondió Storm con cautela.

Elminster encendió la pipa con la punta de un dedo.

—¿Cómo van las cosas aquí?

—No van mal —dijo Storm—. Entre Sylune, Mourngrym y yo hemos matado casi a una docena, y no creo que a los phaerimm les guste esto más que a nosotros.

—Supongo que no. —Elminster dio una larga chupada y a continuación apagó la pipa con una palabra—. Bueno, pongamos fin a esto. Sígueme sin que te vean.

—¿Seguirte? ¿Adonde? —preguntó Storm.

Pero Elminster ya estaba en el aire, encaminándose hacia su torre para recoger unas cuantas cosas necesarias para la inminente batalla. Era evidente que los príncipes estaban tratando de atraerlo hacia Myth Drannor, sin duda pensando que sería más prudente atacarlo fuera de su territorio. Con un poco de suerte, le habrían preparado la emboscada a lo largo del Ashaba, en algún punto cerca del Valle de las Sombras, y él y Storm estarían fuera por poco tiempo.

Teniendo en cuenta la suerte que había tenido los dos últimos días, Elminster debería haber sido más cauto. Al acercarse a su torre, media docena de tenebrosas figuras salieron de las sombras y se plantaron delante de las entradas. Allí estaban el del yelmo astado al que llamaban Rivalen, otro de mentón cuadrado con ropajes de mago, un clérigo de cara tan redonda como una luna oscura y otros tres cubiertos con tabardos debajo de los cuales podían ocultar armaduras o simplemente el pellejo.

Como todos los asesinos que se precian, no perdieron tiempo en preliminares. El mago del mentón cuadrado tomó la iniciativa dirigiéndose directamente contra Elminster y lanzando con los dedos un conjuro para desactivar los escudos mágicos de su enemigo. Elminster lo contrarrestó con su propio encantamiento de desactivación, y Storm lanzó una bola de fuego plateado por encima de su hombro hacia el mago.

Elminster dispuso apenas de un momento para preguntarse si sería una buena idea antes de que la esfera de pura magia reluciente golpeará en el escudo de conjuros del mago de sombra. En lugar de atravesar la barrera, como hubiera sucedido con cualquier protección normal, el fuego de plata se difundió por toda la superficie del

escudo de sombra del mago, resaltando el contorno de su cuerpo con una radiación blanca. El mago de sombra lanzó un aullido y se cubrió los ojos, entonces el fuego de plata hizo implosión, aplastando al tipo en su garra de acero y reduciéndolo a una esfera brillante del tamaño de la pupila de un ojo.

Los demás príncipes de las sombras contraatacaron con una andanada de relámpagos oscuros y negras llamas. Por primera vez en un siglo, o tal vez como segunda ocasión, Elminster sintió realmente miedo pensando en lo que podría suceder a continuación. Los ataques venían rugiendo y atronando contra él..., hasta que de repente describieron una curva hacia la esfera plateada y desaparecieron.

Un desgarró ensordecedor surcó el aire, y el orbe plateado se estiró convirtiéndose en una línea serrada. Elminster retiró el pulgar del anillo que había estado frotando y apuntó al suelo.

Demasiado tarde. Un rayo azul se extendió a pocos centímetros de su mano, después describió una línea curva ascendente y se desvaneció en un estallido brillante y tortuoso, lo mismo que el relámpago que Storm hizo bailar por encima de su hombro. Hubo otro sonido sibilante, tan poderoso que Elminster lo sintió resonando en sus entrañas. La línea dentada se transformó en una grieta, una profunda hendidura de bordes plateados con llamas de color carmesí en el fondo, y siguió expandiéndose.

—¡Por todos los santos dioses, se está... se está... rasgando!

Elminster tardó un momento en darse cuenta de que era él el que gritaba, pero todavía no estaba seguro de qué era exactamente lo que se estaba rasgando. Sólo sabía que una única vez había visto antes esos remolinos humeantes, y había sido cuando, buscando a una amante tan añorada como llena de defectos, se había atrevido a mirar donde ningún hombre debería mirar.

Y ahora esas mismas llamas estaban lamiendo el Valle de las Sombras, salían borboteando de los Nueve Infiernos para dar lengüetadas a su amado hogar. La magia salvaje de su fuego de plata se había fundido con la magia oscura del mago de las sombras y había hecho implosión, abriendo un agujero en el entramado mismo del mundo. Se dio cuenta de que eso era precisamente lo que había sucedido cuando un estallido de la magia de Galaeron había chocado con la magia de sombra de Melegaunt en la Muralla de los Sharn... Pero lo que podía salir por esta brecha dejaría a los phaerimm a la altura de goblins que intentasen hacer un conjuro.

Cuando la hendidura siguió abriéndose, los príncipes de las sombras sacaron sus armas oscuras y empezaron a describir círculos cautamente. Aunque no les preocupara demasiado la seguridad del Valle de las Sombras, aquello los sorprendió tanto como a Elminster y no estaban dispuestos a dejarse coger en su interior. Storm aprovechó su vacilación para desenvainar la espada y avanzar hacia ellos.

Elminster alzó un brazo para detenerla.

—¡No! —gritó.

—Pero estos príncipes de las sombras...

—Están invitados a seguirme, si se atreven —dijo Elminster con una mirada desafiante a los príncipes, que seguían describiendo círculos. Al ver que ninguno de ellos tenía intención de aceptar su invitación, trató de alejar de allí a Storm.

—Ocúpate de los phaerimm. Yo atenderé este otro problema desde dentro.

—¿Cómo que desde dentro? —Storm se detuvo fuera del círculo de los príncipes de las sombras y echó una mirada a la hendidura que no paraba de crecer—. Elminster, dime que no vas a...

—Debo hacerlo, querida Storm. —Elminster avanzó—. No puedo dejar que los Nueve Infiernos entren en erupción debajo de mi propia torre, ¿no te parece?

Las llamas tendieron sus brazos, como un amante que quisiera abrazar a un antiguo amigo, y Elminster voló hacia el Infierno.

CAPÍTULO 22

30 de Nightal, Año del Arpa sin Cuerdas

Galaeron esparció las gemas del último cofre sobre la mesa. Melegaunt pasó primero una mano y después la otra sobre las piedras. Al no encontrar nada, dio una vuelta alrededor de la mesa, repitiendo el proceso desde los cuatro lados para estar seguro de que su mano pasaba por encima de todas las gemas. Por fin, sacudió la cabeza.

—Ni vestigios de magia ni de mal. Si la fuerza vital de Wulgreth está aquí, es indetectable por mis medios mágicos.

Sin poder controlar su frustración, Galaeron arrojó las piedras al montón de joyas relucientes que ya había en el suelo. Malik, de rodillas y medio enterrado en el tesoro, parpadeó cegado por su brillo y, con ojo experto, empezó a escoger las piedras más valiosas que iba poniendo en el segundo de dos grandes cofres con el que tenía pensado cargar a su amada yegua. Vala, que se había vuelto más desconfiada después de saber que era el Serafín de las Mentiras, le echó una mirada cargada de sospecha.

—¿Has cogido algo que no hubiera sido comprobado antes?

—No he cogido nada que no viniera de la mesa —replicó Malik—. ¿Crees que me apetece tener un lich en el tesoro de mi nuevo señorío?

—Como estés mintiendo...

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —protestó Malik—. ¡Por culpa de la magia de la verdad de esa ramera de Mystra quedé incapacitado para mentir! Puedes revisar todo lo que he cogido.

Vala tendió la mano hacia el cofre, pero Galaeron se interpuso.

—Hasta ahora no nos ha mentido, cosa que no puede decirse de Melegaunt —dijo—. La filacteria no está aquí o Wulgreth estaría acechándonos como una araña a las moscas.

Takari se volvió hacia Jhingleshod.

—¿Tiene alguna otra guarida? —Viendo que el caballero no parecía haber oído la pregunta, tiró ansiosamente de su brazo—. ¿Estás todavía entre nosotros?

El caballero de hierro los desengañó a todos mirándola a los ojos.

—No hay ningún otro lugar. Permanece cerca de la colina.

—Entonces seguramente tiene la filacteria en algún lugar visible desde aquí. —Galaeron echó una mirada a la puerta—. Tal como están las ruinas de cubiertas de maleza llevará tiempo encontrarla.

—He hecho todo lo posible por cumplir mi palabra —dijo Melegaunt plantándose delante de Jhingleshod—, pero aquí hay en juego mucho más que Wulgreth. Te prometo que encontraremos la filacteria, pero a estas alturas Aris debe ser relevado.

¿No sería posible llevar fuera la Piedra de Karse e invocar a Refugio? En la ciudad hay miles de personas que podrán ayudarnos a buscar.

Jhingleshod miró a Galaeron.

—Sería lo mejor —afirmó Galaeron—, de lo contrario podría llevarnos varios meses.

—¿Meses? —La decepción era tan perceptible en los ojos de Jhingleshod como Galaeron había esperado que lo fuera. La promesa del final de cualquier experiencia terrible podía hacer que los días parecieran semanas, y al parecer esto era tan aplicable a Jhingleshod como a un elfo.

Galaeron lanzó una mirada a sus fatigados compañeros.

—No sé si sobreviviremos tanto tiempo —dijo por fin.

Jhingleshod indicó a Melegaunt el pasadizo de la esquina.

—Invoca a tu ciudad —concedió.

—Sabia elección. —Aunque Melegaunt trataba de parecer contenido, la alegría que había en su voz era inconfundible—. Te aseguro que no lo lamentarás.

Sin dar tiempo para que Jhingleshod pudiera cambiar de parecer, el mago abrió la marcha a través de la barrera verde. Vala, Takari y Malik lo siguieron. Detrás venían el caballero de hierro y por último Galaeron.

Cuando el elfo cayó a través de la puerta, un tremendo estruendo sacudió la caverna por debajo de él. Al mirar hacia abajo vio a Melegaunt deslizándose de espaldas por la superficie del estanque plateado y agitando manos y piernas mientras sobre su protección contra conjuros restallaban descargas de magia. De la Piedra de Karse que tenía a sus espaldas saltó una forma esquelética cuya cara en descomposición carecía de nariz y de labios.

Las pútridas mandíbulas y los feroces puntos luminosos de sus cuencas vacías eran pruebas evidentes de que finalmente habían dado con Wulgreth.

Lanzándose en una voltereta oblicua, Galaeron tiró de su espada, y ya estaba medio desenfundada cuando se lanzó al estanque. Con media docena de brazadas llegó al fondo de la caverna y salió a la superficie por detrás de Jhingleshod.

El caballero de hierro chapoteaba para incorporarse a la batalla detrás de Vala y Takari, con la enorme hacha lista para golpear. Al principio, Galaeron pensó que su guía corría a atacar a Wulgreth, pero algo en su interior, mucho más retorcido y oscuro, lo hizo recapacitar. Jhingleshod había estado tratando de acabar con ellos desde que atravesaron el puente sumergido. ¿Acaso no los había obligado a cruzar uno por uno facilitando así el ataque de los no muertos? Después de haber sobrevivido a eso, los había conducido a través de una sucesión de enfrentamientos con extrañas criaturas y fantasmas. Cuando ni siquiera así consiguió detenerlos, había encontrado una excusa tras otra para retenerlos hasta que llegara Wulgreth. Era probable que hubiera sido el propio Jhingleshod el que había alertado al lich sobre su

presencia. Después de todo, sólo tenían su palabra como apoyo de la versión de que él había matado a Wulgreth.

Galaeron se lanzó al cuello del caballero. Ni siquiera el cortante acero elfo conseguía penetrar a fondo en la carne de hierro, pero sí consiguió llamar la atención de Jhingleshod, que giró en redondo con la espantosa mandíbula abierta de puro asombro. Galaeron aprovechó el momento de sorpresa para atacar la expuesta garganta del caballero.

Jhingleshod levantó el brazo de forma mecánica, desviando el ataque casi antes de que el elfo pudiera percibir el movimiento.

—¿Estás loco?

—No lo creo. —Galaeron deslizó la mano que le quedaba libre bajo su manga—. Ahora veo el juego que te has traído con nosotros.

—¿Juego? —Un intenso chisporroteo surgió de la desordenada lucha que se estaba librando detrás de Jhingleshod, lo que hizo que el caballero mirara por encima del hombro—. No soy proclive a los juegos.

Galaeron sacó la mano de la manga sosteniendo una pequeña varilla de cristal en la palma, pero el brazo regordete de Malik se la hizo soltar de un golpe antes de que pudiera hacer el conjuro.

—¡Las cosas ya están bastante mal sin esta locura de tu sombra! —Malik señaló al artístico pasadizo en forma de trébol que Aris había abierto en una ladera de la colina—. ¡El gigante me ha dicho que se están aproximando phaerimm!

Galaeron se dio cuenta de que tenía que haberse sentido decepcionado, pero no era así. Desde que se había enterado de las mentiras de Melegaunt, la línea entre él y su sombra se había desdibujado. Sospechas que otrora podrían haberle parecido infundadas ahora resultaban razonables. Una mirada a lo que había al otro lado de Jhingleshod le hizo ver que las cosas realmente estaban bastante mal. Melegaunt estaba de rodillas en el estanque, con la barba chamuscada y los ojos vidriosos de dolor. Sólo los constantes ataques de Vala y de Takari, que hostigaban al lich desde flancos opuestos, impedían que el lich rematara al mago de un golpe.

Jhingleshod emitió un aullido sobrecogedor y enarboló el hacha. Confiando más en la palabra de Malik que en su propio instinto, Galaeron apuntó a la cabeza de Wulgreth e hizo un conjuro. Vala dio un salto e interceptó la descarga de Galaeron, y Takari atacó desde el otro lado.

El lich chasqueó los dedos haciendo que Takari saliera trastabillando, gimiendo y sacudiendo la cabeza, con los ojos en blanco y mirando sin ver a un punto fijo. La espada oscura de Vala se tomó su pequeña venganza, amputando un brazo corrompido y dando una estocada de lado para abrir el costado de Wulgreth desde la columna vertebral hasta el ombligo. Resoplando y escupiendo de rabia, el lich la cogió por la garganta con el brazo que le quedaba.

Vala se puso rígida instantáneamente y se quedó sin aliento y con los ojos sin expresión. Jhingleshod le dio un profundo hachazo a Wulgreth en la espalda que hizo que el lich y la mujer se hundieran bajo la superficie plateada del estanque. El caballero de hierro enarboló otra vez el hacha, con los ojos sin párpados desorbitados mientras trataba de ver bajo la superficie. Como no veía nada, empezó a arrastrar los pies por el fondo, tratando de localizar a su presa con una serie de furibundos puntapiés.

—¡Jhingleshod, vas a romperle las costillas a Vala!

—¿Galaeron? —Esta vez fue la voz de Takari, que estaba con la espalda contra la pared y movía su espada a ciegas en un vano intento ofensivo—. No veo nada.

—Estás bien —dijo Galaeron, dándose cuenta de que Vala era la que corría mayor peligro. Aunque el lich la soltase, su contacto la dejaría paralizada e incapacitada para volver a la superficie—. Quédate ahí.

—Pero Galaeron...

La interrumpió un grito sorprendido de Melegaunt. El archimago apuntó hacia el interior del estanque e inició un conjuro, y a continuación desapareció bajo la superficie. Galaeron acudió veloz, revolviendo el fondo del estanque con su espada, tratando de pensar en algún conjuro que le permitiera encontrar a Vala antes de que se ahogara. Jhingleshod optó por un método más directo y se zambulló en el líquido elemento.

Un estallido amortiguado llegó desde el fondo, y Melegaunt apareció flotando sobre la superficie despidiendo olor a carne quemada por un agujero abierto en su espalda.

—¿Galaeron? —volvió a llamar Takari.

—Quédate ahí —le ordenó Galaeron mientras trataba de acercarse al mago—. Acuchilla todo lo que se mueva a tu alrededor.

Su espada dio contra algo en el fondo del estanque. Al ver que no atacaba, se agachó y tiró de un brazo cubierto con armadura haciendo que Vala aflorara a la superficie. La mujer empezó a toser, expulsando magia líquida por la nariz y por la boca. Llevando a Vala a rastras, Galaeron se dirigió a Melegaunt y lo puso boca arriba.

El conjuro le había abierto una brecha enorme en el pecho, pero, increíblemente, el corazón del archimago seguía latiendo. Galaeron podía verlo.

—¡Meleg-g-aunt! —exclamó Vala entre toses, más o menos recuperada de su casi ahogamiento—. ¡Necesita ayuda! —Buscó con la mirada por toda la estancia—. ¡Malik!

Malik apareció en la embocadura del túnel de Aris.

—¡Silencio! —rugió entre dientes—. Los phaerimm ya están saliendo del bosque, —Tenemos que llevarlo hasta donde está Aris —dijo Vala señalando a

Melegaunt.

—Es una pérdida... de... tiempo. —Melegaunt habló con voz entrecortada. Asiéndolo a Galaeron por un brazo lo atrajo hacia sí—. Prométeme...

Un chapuzón que se oyó cerca de donde estaba Takari interrumpió al archimago. La elfa gritó y empezó a lanzar estocadas a ciegas contra el estanque.

—¿Dónde está, Galaeron? —gritó—. ¿De qué lado?

—A tu...

—¡Elfo! —sonó tonante la voz de Melegaunt, arrastrando a Galaeron hacia sí con la fuerza que le daba su magia moribunda.

—No te preocupes, Melegaunt —dijo Galaeron, tratando de enderezarse—. Lo recuerdo: «Oídmelo ahora, gentes de Refugio...»

—¡No! —jadeó Melegaunt, que iba perdiendo las fuerzas—. Debes dejar eso para los príncipes o estarás... perdido.

Galaeron se disponía a prometerlo, pero lo interrumpió el sonido metálico de una espada al romperse del lado donde se encontraba Takari. La elfa dio un grito. Esta vez no llamaba a Galaeron, sólo gritaba. Cuando el elfo se dio la vuelta la vio dando estocadas a ciegas con una espada rota. Jhingleshod y Wulgreth se revolcaban por el estanque delante de ella.

Vala empezó a atravesar el estanque.

—¡Ponte más a la izquierda, Takari! —le gritó—. Y no te dejes llevar por el pánico. Ya voy.

—¡Malik! —Galaeron se puso en marcha hacia donde se estaba desarrollando la pelea—. Hazte cargo de Melegaunt.

—¡Galaeron! —exclamó Melegaunt en tono imperativo—. No más conjuros.

—Te lo prometo.

Al ver que Malik se acercaba, Galaeron empezó a empujar a Melegaunt, hasta que los dedos del archimago se hundieron en su brazo, haciéndolo sangrar y llevando a todo su ser un oscuro torrente de angustia. A Galaeron se le doblaron las rodillas y se hundió bajo la superficie tragando el líquido plateado. Unas sombras envolventes se apoderaron de su mente y se sintió ingrátido y débil. El último pensamiento consciente que tuvo fue que al fin Melegaunt lo había traicionado, que el archimago había usado su magia de sombra para cambiar los cuerpos.

Lo siguiente de lo que tuvo conciencia fue de Malik golpeándolo en la espalda.

—Expúlsalo —le gritaba al oído—. ¡Escupe, elfo estúpido!

Sintió un fuerte golpe en la espalda, y al abrir los ojos se encontró con Melegaunt flotando delante de él, inerte y con los ojos fijos en el techo. No recordaba nada desde que su mente empezó a llenarse de sombras revueltas, no tenía la menor idea del tiempo que había estado debajo de la superficie con Melegaunt ni de lo que allí había sucedido. Sentía la mente embotada y turbia, y la cabeza le dolía tanto que parecía a

punto de estallar mientras sus pulmones ardían de necesidad de aire. Seguramente habría estado abajo un buen rato.

Otro golpe en la espalda y se dio cuenta de que Malik lo sostenía por el cuello, tratando de ocultarse tras la Piedra de Karse mientras Jhingleshod seguía luchando con Wulgreth. Vala estaba contra la pared, tratando vanamente de combatir al lich con su espada mientras que con la otra mano mantenía a flote el cuerpo maltrecho y ensangrentado de Takari.

—¿Qué ha pasado? —balbució Galaeron. No podía dejar de preguntarse qué era lo que le había hecho Melegaunt, pero éste no era el mejor momento para ello, no con Takari herida y con la inminente llegada de los phaerimm. La última vez que había visto a Takari estaba ciega pero entera—. ¿Qué le ha pasado a mi exploradora?

—¿Qué crees que le pasó? —soltó Malik por fin—. Pues que Wulgreth la atacó mientras tú estabas bailando tu danza del estanque con el cadáver de Melegaunt.

—¿Danza del estanque? —consiguió articular el elfo—. ¡No importa! Vigila por si vienen los phaerimm.

Galaeron empujó a Malik hacia el túnel y después salió de detrás de la Piedra de Karse..., y fue entonces cuando comprendió por qué no habían podido dar con la filacteria de Wulgreth. Los lichs siempre guardaban sus fuerzas vitales en algo de gran valor, algo difícil de destruir y más difícil aún de encontrar.

Jhingleshod cayó inerte y luego desapareció bajo la superficie. Entonces Wulgreth se volvió hacia Galaeron. Pequeños relámpagos verdes bailoteaban en las puntas de los dedos del único brazo que le quedaba. Por un instante, un larguísimo instante, Galaeron pensó que el lich por fin había acabado con su viejo sirviente y que finalmente le había llegado su turno.

Entonces Jhingleshod emergió detrás de Wulgreth y lo levantó por encima de la superficie del estanque. El lich retorció su único brazo por detrás de la espalda, instilando su magia letal bajo el peto de la armadura de Jhingleshod. Un grito lúgubre, agudo y terrible resonó entre las paredes de la caverna y Jhingleshod gimió presa de un dolor indecible. Galaeron sabía muy bien que si la magia hubiera sido lo suficientemente poderosa como para destruirlo, el caballero sin vida habría soportado de buen grado el sufrimiento. Pero lo único que hizo fue abrir un boquete en su armadura y llenar el aire de un espantoso olor a forja. Galaeron avanzó chapoteando y hundió su espada mágica en la feroz cuenca vacía del lich.

Wulgreth aulló de rabia, y el acero elfo empezó a fundirse y a doblarse. Galaeron estaba a punto de asaetear al lich con sus rayos mágicos cuando recordó la promesa hecha a Melegaunt, y sacó su daga que clavó en el otro ojo con un movimiento fluido.

La hoja se hundió hasta el fondo y a continuación desapareció en un destello llameante y azulado.

—¡Galaeron!

Alertado por el grito, vio la espada negra de Vala que venía hacia él girando en el aire. El estanque se abrió como un vórtice debajo de él cuando Wulgreth le dio una patada. El elfo se retorció hacia un lado, asió la negra empuñadura, que mordió sus dedos como el frío beso de una bruja de la noche provocándole una mueca de dolor, y descargó la hoja oscura cercenando el cuello del lich.

La cabeza de Wulgreth se hundió en el estanque y, tras salir a la superficie, avanzó girando hacia Galaeron.

—No vas a destruir... —El odio continuaba ardiendo en sus ojos mientras gritaba.

Entonces Galaeron descargó otra vez la espada oscura, partiendo la cabeza en dos, e hizo un esfuerzo supremo para no soltar la helada—empuñadura y seguir descargando golpes sobre el cuerpo del lich hasta que todos los trozos se hundieron y desaparecieron. Entonces, cuando creía que ya no habría contraataque, algo lo golpeó en la espalda. Al volverse, se encontró con que las dos mitades del cráneo todavía salían a flote. Dio un grito y, retrocediendo, levantó la espada oscura para volver a golpear.

—¿Qué estás haciendo? —Jhingleshod se apoderó de las dos partes de la calavera y las sacó del estanque—. ¡Esto nos va a hacer falta!

Galaeron se quedó mirando al caballero de hierro con aire de no entender nada, hasta que poco a poco empezó a comprender que se había acabado, que Wulgreth había sido despedazado en tantas partes que podría llevarle más de una semana volver a juntar sus trozos.

Galaeron bajó la espada.

—Está bien —dijo, dándose cuenta de que Jhingleshod creía que destruirían a este Wulgreth de la misma manera que habían destruido al demilich—. Conserva esos trozos hasta que podamos encontrar la filacteria.

Por más que hubiera encontrado el valor, Galaeron sabía que era mejor no comunicarle al caballero de hierro sus conjeturas respecto de la Piedra de Karse. Con el corazón casi tan helado y entumecido como la mano con que había sostenido la espada oscura, avanzó por el estanque hasta la pared de la cueva, devolvió a Vala su arma y a continuación apoyó la mano helada sobre el maltrecho hombro de Takari.

—Esto al menos parará la hemorragia —dijo—. Y no te preocupes, estaremos de vuelta en Rheitheillaethor antes de que puedas darte cuenta.

Takari abrió los ojos y le apartó la mano.

—No, Galaeron —susurró—, ya has hecho tu elección.

Otro alarido de muerte atravesó las aguas cenagosas, amortiguado por una envolvente cortina de vapor pero angustiosamente acuciante. Learal se sumergió en las aguas y nadó hacia la voz, usando su magia para avanzar casi tan rápido por debajo del agua

como lo hubiera hecho surcando el frío aire del amanecer.

Después del confuso mensaje que había enviado a Elminster (todavía no tenía la menor idea de si lo habría entendido), se había hecho acompañar por una escolta de diez guerreros y diez magos de guerra para atravesar la nueva puerta hacia Nido Roquero, donde habían sido emboscados rápidamente por media docena de phaerimm. Aunque estaban preparados para esa posibilidad, e incluso la esperaban, todas sus protecciones mágicas habían sido desactivadas antes de que pudieran hacer un solo conjuro.

A esas alturas, tal vez Learal debería haber ordenado a su pequeña compañía que se teleportara de vuelta a Aguas Profundas. En lugar de eso, desesperada por descubrir lo que había sido de Khelben y en la esperanza de recuperar la puerta, hizo avanzar a su grupo hasta el borde de la hondonada. Cuatro de los phaerimm los hostigaron con un ataque cerrado, obligándolos a entrar en el pantano de Chelimber antes de que tuvieran tiempo de reagruparse. En la confusión que sobrevino, la pequeña partida se dispersó y los phaerimm empezaron a atacar a sus miembros uno por uno. Learal consiguió acabar con dos de las criaturas durante la larga noche, pero esas bajas quedaron compensadas con creces por los refuerzos llegados desde Evereska.

Los espinardos hacían uso de su magia para calentar el pantano. Aquello ya era para cocerse a fuego lento, e indudablemente la intención de los phaerimm era, o bien obligar a su presa a salir de su escondite o bien cocerla viva. Ni una ni otra posibilidad asustaba a Learal ya que podía teleportarse fácilmente a Aguas Profundas cuando fuera necesario, pero detestaba la idea de abandonar a los que no tenían ese recurso.

Learal levantó la cabeza para orientarse. La voz sonaba ahora más débil, casi un susurro, pero también más próxima, apenas al otro lado de un bosquecillo de sauces. Temerosa de hacer cualquier ruido que delatara su presencia, volvió a sumergirse para rodear el bosquecillo por debajo del agua.

Al rodear una esquina, tres sacudidas se transmitieron por el agua y a punto estuvieron de romperle los tímpanos y la dejaron sin resuello. Se apartó del cenagoso fondo y se propulsó con un conjuro de vuelo hacia el aire mientras las puntas de sus dedos crepitaban con una bola plateada de su energía más potente.

Al otro lado de los sauces había tres individuos envueltos en tinieblas, uno cargaba la figura maltrecha de un guerrero de Aguas Profundas mientras los otros dos usaban sus espadones negros para sujetar los restos retorcidos de un phaerimm alcanzado por un conjuro. Los hombres eran tan corpulentos como los osgos, y tenían los ojos brillantes como piedras preciosas y la piel tan oscura como la sombra. Aunque sus armas eran familiares por su forma y su función, las espadas parecían más de cristal negro que de acero, y las empuñaduras podrían haber sido de madera,

de metal o de algún otro material.

El más alto, un guerrero de ojos cobrizos vestido con un tabardo holgado y tan negro como la noche, no apartaba la vista de la bola plateada que Learal sostenía con la punta de los dedos.

—Si eres quien yo creo que eres, no tendría sentido que nos lanzaras eso. No pretendemos hacerte ningún daño. —Usó su espadón para levantar la cola del phaerimm, que seguía debatiéndose—. Quedan dos más, pero hemos encontrado a diez de tus hombres, recuperamos seis cadáveres y tenemos noticia de cuatro que se teleportaron, demasiado malheridos para combatir. ¿Son todos?

—Eso parece. —Learal dejó que la magia se extinguiera en sus dedos—. Y tú ¿quién eres?

—Escanor Tanthul —La sombría figura hizo una graciosa reverencia—. Estos son mis hermanos, Aglarel y Clariburnus.

Las otras dos figuras inclinaron la cabeza.

—A tu servicio, señora —dijeron al unísono.

Learal puso fin a su gesto de estupor y devolvió el saludo.

—Learal, señora de la Torre de Bastón Negro.

—Sí, lo sabemos —dijo Escanor—. Si me perdonas el atrevimiento, da la impresión de que os habéis propuesto una empresa demasiado grande incluso para una Elegida de Mystra.

Learal arqueó las cejas.

—Pareces muy bien informado... para ser un netheriliano.

Escanor descubrió los colmillos en una sonrisa.

—Lo mismo que tú, señora de Bastón Negro. Creo que será un placer luchar a tu lado en la guerra que nos espera.

—¿Guerra? —Learal sintió que la recorría un escalofrío de sólo pensar en una alianza con estos oscuros netherilianos—. No nos adelantemos a los acontecimientos»

—No creo que nos adelantemos a nada —dijo Clariburnus. De un tajo cortó con su espadón la cola del phaerimm que luego colgó de su cinto a modo de trofeo—. La guerra ya ha empezado. Supongo que no pensarás que los phaerimm se van a rendir sin luchar.

—Ya sé que van a luchar —repuso Learal—. Eso ya lo han demostrado, pero no significa que...

—Nuestro ejército ya viene de camino, estoy seguro —interrumpió Escanor. Mientras hablaba, pasó una mano por el rostro del waterdhaviano herido cubriendo de sombra los ojos del hombre y sumiéndolo en un sueño reparador—. Trataremos de limitar la destrucción al Shaeradim, pero incluso los Elegidos deben ver que si queremos derrotar a los phaerimm tendremos que luchar, y tendremos que hacerlo

juntos.

CAPÍTULO 23

1 de Martillo, Año de la Magia Desatada (1372 CV)

Habían pasado la noche dentro de la pirámide. Galaeron no cayó en la cuenta hasta que salieron a gatas por el artístico túnel en forma de trébol que había abierto Aris y vio las sombras rectangulares que se extendían por la ciudad cubierta por la maleza. Le habría gustado tener allí a Melegaunt para que las escudriñara y leyera en ellas el día que se les presentaba» o tal vez no fuera necesario. Los dos phaerimm que se dirigían al encuentro de los compañeros atravesando las ruinas le permitían ver por sí mismo lo que les traería el nuevo día, al menos la pequeña parte del mismo que lograran sobrevivir.

No había ni muestras de desolladores de mentes ni de contempladores, ni de Aris ni de la cabalgadura de Malik. Los illitas y los acechadores probablemente habían sido eliminados por Elminster o por los no muertos en el puente sumergido. La única esperanza que le quedaba a Galaeron era que Aris se hubiera dado cuenta de los malos tiempos que se avecinaban y se las hubiera ingeniado para escapar, pero lo dudaba mucho.

—Tarde o temprano repararán en el túnel —dijo Vala. Estaba en cuclillas junto a Galaeron mientras Jhingleshod espiaba por encima de sus hombros—. Podríamos sacar la Piedra de Karse a través de la abertura del río.

—¿De qué serviría? —Galaeron echó una mirada por el flanco del promontorio hasta donde la cascada brotaba de la piedra caliza y se despeñaba desde casi veinte metros de altura formando un estanque de agua color escarlata—. Nos cogerían en campo abierto. Vala lo observó con atención.

—Podría darte tiempo para pedir ayuda.

—¿Te refieres a Refugio? —preguntó Galaeron—. Le prometí a Melegaunt que esperaría a los príncipes.

—¿Crees que eso será posible? —preguntó Vala. Después se volvió a Jhingleshod—. ¿Cabría la Piedra de Karse por el pasadizo del río?

—Sería mucho más fácil marcharse sin ella. —El caballero miró hacia el interior de la boca del túnel, donde los restos chamuscados del cadáver de Wulgreth ya empezaban a tratar de reunirse para formar otra vez un cuerpo. Jhingleshod removió las cenizas con su hacha y luego dijo—: Y es posible que a los phaerimm no les importe que escapéis.

—Sí que les importará —manifestó Vala con gesto de estar perdiendo la paciencia.

Galaeron tenía la sospecha de que ella también había entendido lo que Jhingleshod quería decir realmente: que sin la Piedra de Karse podrían vivir el tiempo

suficiente para destruir la filacteria de Wulgreth. Lo que no sabía el elfo era si Vala también se había dado cuenta de que tenían la filacteria, de que el lich había almacenado su fuerza vital en la Piedra de Karse.

Galaeron se debatía pensando qué deberían hacer una vez que Jhingleshod hubiera caído en la cuenta de que la filacteria y la Piedra de Karse eran la misma cosa. Indudablemente, el caballero querría que se destruyera la piedra, pero Galaeron ni siquiera tenía claro si existía alguna posibilidad, por remota que fuera, de que semejante artefacto pudiera ser destruido, y eso sin pensar en lo que ello significaría para Evereska y para el pueblo de Melegaunt. Tal vez fuera posible extraer de la piedra la fuerza vital del lich, pero eso llevaría tiempo.

—Los phaerimm nos han venido persiguiendo desde Evereska, Jhingleshod —dijo Vala al ver que el caballero no respondía a su pregunta—. No van a dejar que nos vayamos ahora, aunque no tengamos la Piedra de Karse. ¿Será posible sacarla por el pasadizo del río o no?

—Si sois capaces de contener la respiración todo ese tiempo —dijo Jhingleshod—, pero ¿en qué medida ayudará eso a que cumpláis la promesa que me habéis hecho?

—Trayendo ayuda —dijo Galaeron. Dándose cuenta de que a menos que logran sacar de la cabeza de Jhingleshod la Piedra de Karse no conseguirían salvar Evereska, pasó junto al caballero y empezó a bajar por el túnel—. Ya oíste lo que dijo Melegaunt y viste a los Doce Príncipes. ¿No te parece que mil ciudadanos de Refugio tienen más posibilidades que nosotros de encontrar la filacteria?

—Puede que así fuera si Melegaunt estuviera aquí para cumplir su palabra. —Jhingleshod cogió un puñado de las cenizas de Wulgreth y siguió a

Galaeron al estanque de plata—. Tal como están las cosas, lo único que tengo es tu promesa.

—En ese caso, tal vez yo podría ser útil en alguna medida —dijo Malik, que estaba sentado encima de la Piedra de Karse atendiendo a una quejumbrosa Takari, consciente sólo a medias—. Me gustaría ocuparme de la seguridad de la piedra.

—No —respondieron al unísono Galaeron y Vala.

Sin inmutarse, Malik continuó.

—Comprendo vuestras sospechas de que pueda entregar la piedra a Cyric, pero realmente tendríais ocasión de escapar con vuestra amiga viva —levantó la cabeza de Takari, pero volvió a bajarla al ver que la elfa conseguía hacer un gesto negativo—, y de cumplir con la palabra que le disteis a Jhingleshod y buscar la filacteria de Wulgreth.

—Cyric ya es bastante problemático sin un juguete como éste. —Galaeron estaba empezando a creer en la pretendida inmortalidad del serafín. Levantó a Takari de la piedra y se la pasó a Vala. A continuación le indicó a Malik que bajara de la piedra—.

No querrás estar ahí ¿verdad?

Malik se deslizó hasta el agua.

—¿Tienes un plan?

—Es posible. —Galaeron sacó un trozo de sedasombra del bolsillo y lo aplicó al lado de la piedra opuesto al túnel de Aris, después cruzó el estanque hasta la pared de la caverna—. Se me ocurre que tal vez Aris no sea el único capaz de abrir un túnel.

—¿Vas a usar la magia de la piedra? —preguntó Malik asombrado—. ¡Un plan excelente!

Galaeron se encogió de hombros.

—No se me ocurre nada mejor, pero es preferible a esperar a que los phaerimm nos encuentren aquí.

—¿Y si no tiene éxito? —preguntó Jhingleshod. Un remolino polvoriento cubrió la mano que sostenía las cenizas de Wulgreth—. Los phaerimm os matarán.

Galaeron asintió con aire sombrío, después dirigió una mirada al túnel de Aris y calculó la distancia a una de las criaturas que venía directa hacia ellos. Dispuso un círculo de sedasombra sobre la pared de la caverna—. Si pudieras hacer algo para entretenerlos, sería de gran ayuda.

—¿Ayudaros? ¿A vosotros? —se sorprendió Jhingleshod—. Si los phaerimm son tan poderosos como tú dices, es probable que ellos mismos puedan encontrar la filacteria de Wulgreth.

La sedasombra se deslizó de los dedos de Galaeron y después se desvaneció en el estanque plateado.

—Me está pareciendo —dijo el elfo volviéndose hacia Jhingleshod—, que ese egoísmo tuyo es lo que hizo realmente que te convirtieras en un no muerto.

—No creo que los que incumplen sus promesas sean quiénes para reprochar nada a los demás.

Jhingleshod se volvió hacia el túnel de Aris, pero encontró el camino bloqueado por Malik.

—El egoísmo no siempre es malo —dijo el hombrecillo—. Especialmente cuando se puede hacer entender a todos que sus propios fines pueden cumplirse mejor si se trabaja en colaboración. Estoy seguro de que si nos ponemos a pensar todos, encontraremos la solución delante de nuestras propias narices.

Galaeron sacudió la cabeza con insistencia, pero se dio cuenta de que Malik no podía verlo porque se lo tapaba la corpulenta figura del caballero. Con calma premeditada para no alarmar a Jhingleshod, dio un paso a un lado.

—Wulgreth es sin duda un embustero —continuó Malik—, y yo he trabajado con suficientes embusteros como para saber que les encanta esconder sus tesoros en los lugares más visibles.

Galaeron sacudió la cabeza con desesperación, y al ver que Malik no reparaba en

él lo llamó en voz alta.

—¡Malik!

Jhingleshod levantó la mano para hacer callar al elfo.

—Lo que está diciendo puede tener sentido. Tal vez haya posibilidades de ayudarnos mutuamente todavía.

—Si yo fuera Wulgreth, habría escondido mi fuerza vital en el lugar más evidente —dijo Malik—. Tal vez en la propia pirámide.

—Pero en ese caso, ¿no lo habría detectado Melegaunt desde el interior? —interrumpió Jhingleshod, cada vez más excitado.

Galaeron llamó la atención de Vala y con la cabeza le señaló el túnel. Ella se volvió a mirar y, al ver que los phaerimm seguían acercándose lentamente, le hizo una señal tranquilizadora.

—Tal vez en el propio promontorio —dijo Malik.

—Es posible —asintió Jhingleshod.

Dejando escapar un suspiro de alivio, Galaeron se volvió y aplicó un nuevo círculo de sedasombra a la piedra.

—¿Y qué te parece el propio Jhingleshod? —preguntó Vala—. Eso explicaría por qué no puede morir.

—¡Qué gran idea! O incluso podría ser que...

A Galaeron se le hizo un nudo en el estómago al ver que el serafín dejaba la última frase inacabada. Al volverse se encontró con que Malik estaba mirando la Piedra de Karse.

—¿Podría ser qué? —inquirió Jhingleshod.

Malik cerró la boca de repente, y por un momento Galaeron pensó que el hombrecillo habría decidido corregir su error.

—Nada —dijo Malik, pero al parecer no podía quedarse callado. Su boca se torció en una sonrisa ladeada y siguió hablando—. Sólo se me estaba ocurriendo que lo que Wulgreth más valoraba está precisamente aquí.

Jhingleshod se quedó callado y por fin se volvió hacia Galaeron.

—Ibas a llevártela. Lo sabías y sin embargo ibas a llevártela.

—Yo no sé nada. —Galaeron terminó su círculo y se apartó de la pared—. Y realmente no veo la diferencia...

—¡Embustero!

El hacha de Jhingleshod saltó tan de repente que Galaeron casi no tuvo tiempo de lanzarse al estanque antes de que la herrumbrosa hoja pasara describiendo círculos e hiciera saltar eslabones de cota de malla elfa en todas direcciones rebotando finalmente en la pared.

Jhingleshod ya atravesaba la estancia en pos de su arma, lanzándose contra Galaeron, cuando una espada negra lo alcanzó por detrás abriendo una brecha en su

armadura y partiendo su amarillento hombro hasta la axila. Rugiendo de furia, el caballero giró en redondo golpeando a Vala en la cabeza con su codo de hierro y haciéndola caer de la Piedra de Karse. Semiinconsciente, habría llegado al suelo si Jhingleshod no la hubiera sujetado por la garganta. Sus dedos empezaron a cerrarse sobre ella y Vala emitió un ronco gemido.

—¡No!

Galaeron apuntó una mano hacia la espalda de hierro del caballero y pronunció una sílaba mística. Sintió una oleada familiar de fuerza fría recorriendo todo su cuerpo, y entonces el fuego sedoso, líquido, de la magia de la Piedra de Karse, proveniente del estanque plateado, lo inundó. Boqueó sorprendido y Jhingleshod avanzó hacia él arrastrando a Vala tras de sí. El brazo del elfo se hinchó visiblemente. Sus músculos se convulsionaron hasta tal punto que pensó que le iba a estallar el codo.

El conjuro brotó de su mano en un destello cegador de luz dorada, arrancándole las uñas y chamuscándole las puntas de los dedos. Después atravesó la caverna y descargó en el estómago del caballero. Hubo un tremendo estruendo y un olor penetrante de hierro al rojo. Las piernas de Jhingleshod volaron en una dirección y su torso en otra. Sus ojos se desorbitaron y quedaron fijos en la cara de Galaeron. La parte superior cayó a doce pasos de él, se deslizó por la superficie del agua y se fue sumergiendo hasta desaparecer.

Galaeron hizo intención de acercarse a Vala, que estaba encorvada con las manos en la garganta, respirando con dificultad y tosiendo.

—¡Galae... ron! —La voz de Takari era tan débil que le llegó casi como un susurro—. ¡Phae-r-rim!

Colocando una mano bajo el codo de Vala al pasar, miró al otro lado de la estancia, al túnel de Aris. Takari estaba cubriendo la entrada, señalando pasadizo abajo. Afuera, dos manchas borrosas se deslizaban hacia la colina. Galaeron empujó a Vala hacia el torbellino carmesí del rincón más alejado de la caverna.

—Creo que es el momento de poner en marcha tu plan —dijo Galaeron.

Se volvió para pedir a Malik que se hiciera cargo de Takari y se encontró con que el hombrecillo ya se dirigía hacia ella, pero, cuál no sería su sorpresa, cuando en lugar de eso echó mano de sus cofres del tesoro. Galaeron lanzó un relámpago contra los cofres, ennegreciendo aún más sus dedos y sembrando de gemas todo el túnel.

Malik se dio la vuelta echando fuego por los ojos.

Galaeron se limitó a señalar a Takari.

—Si ella muere —advirtió—, tú también morirás.

—Como desees. —Malik cogió a la elfa y se puso en marcha hacia el remolino—. ¡Pero tú pagarás por mi fortuna!

Galaeron no le prestó atención, porque los phaerimm estaban tan cerca que se

podían ver ya los brazos que rodeaban sus bocas. Pensó en la posibilidad de tenderles una emboscada allí dentro, pero tuvo la certeza de que, a pesar del poder de la Piedra de Karse, él sería poco más que un mosquito contra un par de avispas. Se volvió a la caverna y a punto estuvo de caer al tropezar con las piernas cercenadas de Jhingleshod. Entonces extendió los brazos hacia la sedasombra de la pared del fondo y pronunció un encantamiento.

Una vez más se sintió inundado por el fuego sedoso de la magia de la Piedra de Karse, cuyo poder hizo que la piel de su mano se volviera negra y correosa. La pared de piedra se alejó del círculo oscuro, presentando un largo túnel que, si bien no tan artístico como el de Aris, era casi igual de recto. Volviéndose incluso antes de que se viera la luz al otro lado, Galaeron aplicó una mano a la Piedra de Karse y pronunció un conjuro de levitación. Empezaba a gustarle la sensación de la magia de la piedra, el poder que recorría su brazo e incluso el intenso hormigueo que dejaba en su mano.

Respondiendo a sus requerimientos, la Piedra de Karse se elevó del estanque. Galaeron echó una mirada al túnel de Aris y vio que los phaerimm seguían acercándose, tanto que incluso podía verlos agujijones de sus colas. Galaeron se puso en marcha hacia el rincón donde Vala ya se desvanecía engullida por el torbellino. Malik y Takari la seguían de cerca y se balanceaban en el borde atraídos por la corriente.

Galaeron y la Piedra de Karse estaban a doce pasos de ellos cuando el elfo sintió que una mano de hierro lo asía por el tobillo. Dio un grito y vio que Takari miraba en su dirección antes de desvanecerse junto con Malik en el interior del remolino. Galaeron trató de soltarse dando patadas, después propinó fuertes pisotones a la mano oculta.

Una segunda mano trató de coger la pierna con la que se defendía. Intentó soltarse y correr hacia el remolino arrastrando el torso de Jhingleshod consigo. El pie apresado se retorció y Galaeron sintió, casi oyó, cómo el hueso se quebraba. Sintió que el tobillo le dolía horriblemente y se le doblaba.

Sosteniéndose apenas sobre la pierna sana, Galaeron empujó la Piedra de Karse delante de sí y después se sujetó fuertemente mientras la corriente lo llevaba hacia adelante.

Jhingleshod logró sujetarle el otro tobillo, y aunque Galaeron empezó a patallar como un poseso, no consiguió soltarse. El techo empezó a dar vueltas cuando fue apresado por el torbellino. El elfo respiró hondo y echó una mirada al túnel de Aris, esperando ver a los phaerimm entrando en la estancia. Pero sólo vio la forma fantasmal de Wulgreth renaciendo de sus cenizas.

Se le rompió el otro tobillo y a punto estuvo de perder el sentido a causa del dolor. Esperó a perder de vista el techo y entonces soltó la Piedra de Karse y echó mano de su hebilla. Como había perdido la espada y la daga en su enfrentamiento con

Wulgreth, no le quedaban armas con que combatir ni podía usar otro conjuro. Para todos se necesitaba pronunciar una palabra mágica, y si hablaba, lo único que conseguiría sería ahogarse.

Bajaron vertiginosamente hacia la oscuridad, dando bandazos contra las resbaladizas paredes del pasadizo. Galaeron consiguió soltar su cinturón y extenderlo entre las dos manos. Jhingleshod iba trepando por las piernas del elfo, clavando los dedos entre los eslabones de la cota de malla como si fuera de seda. Ambos chocaron contra la Piedra de Karse, que se había quedado atascada en un punto estrecho, y la cintura cercenada de Jhingleshod se levantó y golpeó a Galaeron en la cara. El elfo pensó por un momento que su atacante sería engullido por el torbellino, pero el caballero de hierro se sujetó con todas sus fuerzas. Galaeron trató de soltarse a patadas y a punto estuvo de ahogarse cuando abrió la boca para gritar.

La Piedra de Karse se removió en el embudo donde había quedado atrapada, y la corriente apartó el torso de Jhingleshod de la cara de Galaeron. El caballero consiguió darse la vuelta, preparándose para seguir trepando por Galaeron, y fue entonces cuando el elfo vio llegada su ocasión. Pasó el cinturón por la parte superior de los brazos de su atacante y después tiró de un extremo pasándolo por debajo de las muñecas, a las que rodeó con el grueso cinto de cuero. Con los hábiles movimientos de mano propios de un mago, pasó el extremo por la hebilla y le dio un fuerte tirón, después volvió a rodear las muñecas de hierro y cerró la hebilla.

La Piedra de Karse consiguió por fin liberarse de su atasco, permitiendo que la corriente siguiera circulando por el pasadizo. Las manos de Jhingleshod lo soltaron y el caballero no muerto se alejó dando tumbos, farfullando airadamente. Galaeron se aferró a la piedra y metió el brazo en la hendidura que tenía en el centro, y así siguió dando vueltas en pos de ella, como la cola agitada de un cometa. El mundo se volvió brillante, entonces el fondo desapareció al desplomarse el río desde la colina hacia la fuente roja de abajo.

Galaeron cayó detrás de la Piedra de Karse y chocó de cabeza contra ella. Lo primero que pensó era que su plan no había funcionado tan bien, que los phaerimm, previendo la maniobra, habrían dejado a alguien fuera para interceptar el artefacto. Después, viendo que su mundo no explotaba cayendo en el olvido, empezó a deslizarse por la superficie de la piedra y recordó el conjuro de levitación que había usado antes para moverla. Introdujo el otro brazo en la grieta y, luchando contra el constante fluir de líquido plateado que seguía saliendo de la piedra, quedó colgando debajo de ella.

Mientras caía hacia el río, Galaeron buscó por todos lados vestigios de los phaerimm. Vala y los demás se mecían abajo, en el estanque color carmesí, procurando apartarse de las ondas que marcaban el punto donde el torso de Jhingleshod había entrado en el río. Un instante más y las piernas del caballero

salieron de la colina, trastabillando, y se zambulleron, pataleando todavía, en el agua. Cuando un par de fogonazos mágicos iluminaron la boca del túnel de Aris, sin duda la respuesta de los phaerimm a la forma reconstituida de Wulgreth, Galaeron se atrevió a pensar que el plan de Vala podía funcionar.

Se posó en la superficie, a poca distancia de sus amigos, y, sin soltarse de la Piedra de Karse, se dejó llevar por la corriente detrás de ellos.

—¡Cuidado con los pies! —gritó—. Jhingleshod me cogió desde abajo y...

Galaeron fue interrumpido por un estallido tremendo que llegaba del otro lado del promontorio. Alzó la vista a tiempo para ver un rayo argentado que salía de los cielos acompañado por un bramido de rabia de Aris. El golpe ensordecedor de una piedra al hacerse trizas sacudió el promontorio, y el resplandor dorado de otros dos conjuros de guerra restalló contra el cielo. El bramido del gigante de piedra se transformó en un grito de angustia...

Malik pasó nadando junto a la piedra de Karse y empujó la mano de Takari hacia la de Galaeron.

—¡Por allí está mi *Kelda*!

Galaeron tiró de Takari hacia la piedra. La elfa se veía débil pero consciente, y las heridas que tenía en el hombro habían dejado de sangrar. Los gritos de Aris seguían reverberando al otro lado del promontorio, creciendo en intensidad. Vala salió a la superficie junto a ellos y se acercó a la Piedra de Karse.

—¿Qué le están haciendo? —preguntó Galaeron que no podía apartar la vista de la piedra.

—Lo están torturando —dijo Vala—. Probablemente piensan que estaba cubriendo nuestra huida.

—En ese caso, voto por que hagamos buen uso de su sacrificio —dijo Malik, esforzándose por trepar a la ya atestada piedra—. Mi *Kelda* encontrará el camino hasta el puente, si es que no está allí a estas alturas. Podemos flotar río abajo hasta el pantano y recogerla allí.

—¿Serías capaz de... abandonarlo? —preguntó Takari entrecortadamente.

Otro grito de angustia llegó del otro lado. Galaeron miró a Vala con la esperanza de encontrar el brillo de alguna idea en sus ojos verdes.

Ella le sostuvo la mirada.

—Es lo que hubiera hecho Melegaunt.

A Galaeron se le cayó el alma a los pies.

—Yo no soy Melegaunt —replicó.

—Entonces, debes... intentarlo —dijo Takari—. Yo no querría vivir... sabiendo que había abandonado a alguien tan... noble.

—Está bien —aceptó Galaeron asintiendo con la cabeza—, pero ¿cómo?

—Ya sabes cómo. —Vala envainó su espada y cogiendo a Takari en brazos se

dejó resbalar con ella de la Piedra de Karse—. Nosotros no tenemos ninguna posibilidad contra los phaerimm. Sólo hay una forma.

Malik la miró con ojos desorbitados.

—¿De qué estás hablando?

—Ya lo sabes. —Galaeron se dejó caer al río al lado de Vala y Takari y se volvió hacia la piedra—. ¡Arriba! —ordenó.

La piedra se alzó del agua con Malik que seguía agarrado a ella.

—¡Espera! —gritaba el serafín—. Debe de haber otra...

—¡Arriba! —repitió Galaeron. La piedra se alzó más rápido y Malik la soltó, cayendo al río al lado de donde ellos estaban—. ¡Arriba!

La Piedra de Karse prácticamente salió disparada hacia el cielo, arrastrando una estela de magia plateada como si se tratara de la cola de un cometa resplandeciente. Los gritos que llegaban del otro lado del promontorio cesaron y los dos phaerimm se hicieron visibles, volando hacia el cielo en pos de la piedra.

—¡Arriba! —volvió a gritar Galaeron.

La Piedra de Karse se alejó, reduciéndose a un pequeño punto sólo visible por la estela que dejaba tras de sí.

—Ahora—dijo Takari—, escuchadme...

Dejó la frase inacabada, demasiado débil para terminarla.

Vala se volvió hacia Galaeron.

—Dilo. Tú fuiste el que mandó la piedra arriba. Tienes que ser tú el que los llame a casa.

—Sin duda —asintió Galaeron—, pero recuerda la promesa que le hiciste a Melegaunt, y la que me hiciste a mí.

—La recuerdo —dijo la mujer—, y también recuerdo la que le hice a tu padre. Estaré ahí para cuidar de ti.

Galaeron asintió y después miró hacia el cielo.

—Oídmeme ahora, gentes de Refugio. ¡Seguidme ahora porque tenemos el Regreso al alcance de la mano!

La plateada cola de caballo se desvaneció y no sucedió nada más. Los gritos de Aris se convirtieron en quejidos apagados. Los compañeros nadaron hacia la orilla y salieron del río. Vala y Malik recompusieron los tobillos rotos de Galaeron. Entonces, llevando Vala al elfo rodeado con sus brazos y Malik a Takari, rodearon el promontorio para ver lo que podía hacerse por Aris.

Acababan de dejar atrás el salto de agua cuando Malik señaló al otro lado del estanque, donde Jhinglehod se arrastraba hacia la orilla. El caballero había conseguido zafarse del cinto de Galaeron y había recuperado sus piernas. Ante los ojos de los amigos, unió sus dos mitades y lentamente empezó a trabajar su carne como si fuera arcilla, amasándola y recomponiéndola, llenando el terrible boquete

abierto por la magia del elfo. Tendiendo la vista hacia el otro lado del estanque clavó su mirada furiosa en Galaeron y después la elevó hacia el cielo, donde una tenebrosa cinta de sombra empezaba a descender formando un remolino. Unos diminutos destellos plateados y negros empezaron a moverse como rayos hacia adelante y hacia atrás entre el extremo de la cinta y un par de puntos que atravesaban el cielo en dirección sur.

Mientras los compañeros observaban, los puntos se fueron transformando en diminutas figuras en forma de cono y la cinta oscura en una larga hilera de monturas con alas de murciélago que llevaban cada una un jinete tenebroso armado con una larga y mortífera lanza.

Por último, los pherimm se cansaron de huir y, volviéndose hacia sus perseguidores, sembraron el cielo de fuego y conjuros en una profusión de magia. Una docena de jinetes se desvanecieron en la vorágine y cayeron al fondo, con sus monturas reducidas a carbonilla de alas y garras. Sin embargo, los jinetes que venían detrás no desfallecieron. Uno levantó las manos y, con un gesto rápido, abrió un agujero en la fiera barrera que se alzaba frente a él. Los demás se metieron como un rayo por la brecha abierta sobre sus oscuras monturas aladas, asaeteando a sus presas con negras descargas de sus lanzas.

Uno de los pherimm empezó a retorcerse con desesperación y a caer hasta desvanecerse en un átomo de luz mágica. Habiendo aprendido la lección, la segunda criatura también se teleportó, dejando que los jinetes— murciélagos se desplazaran por el aire en remolinos de sombra.

Una sombra se proyectó sobre la colina.

—¡Por el Único! —articuló apenas Malik—. ¡Una montaña se desploma desde los cielos!

Galaeron miró y vio la escarpada cumbre de un pico negro precipitándose cabeza abajo sobre ellos, lo bastante cerca como para que su punta serrada dividiera el sol naciente. Encima de la montaña invertida se asentaba una ciudad de negras paredes relucientes y torres de ébano envueltas en sombras, arrastrando volutas de sombra y coronada por bandas de nubes negras y brumosas. La rodeaba un enjambre de cientos o incluso miles de jinetes en sus corceles—murciélagos, que volaban a su alrededor formando una estela enloquecida y portando en sus lanzas gallardetes de color azul real, amatista y rubí intenso mientras realizaban atrevidas acrobacias ante las hordas entusiastas de ciudadanos con ojos brillantes como gemas reunidos a lo largo de las oscuras murallas.

—Ahí está la ayuda que necesita Evereska —dijo Vala. Ante la falta de respuesta de Galaeron, lo miró a los ojos con expresión preocupada—. Galaeron, deberías estar contento. ¿Qué pasa?

Galaeron no sabía qué responder. Después de haber faltado dos veces a su palabra

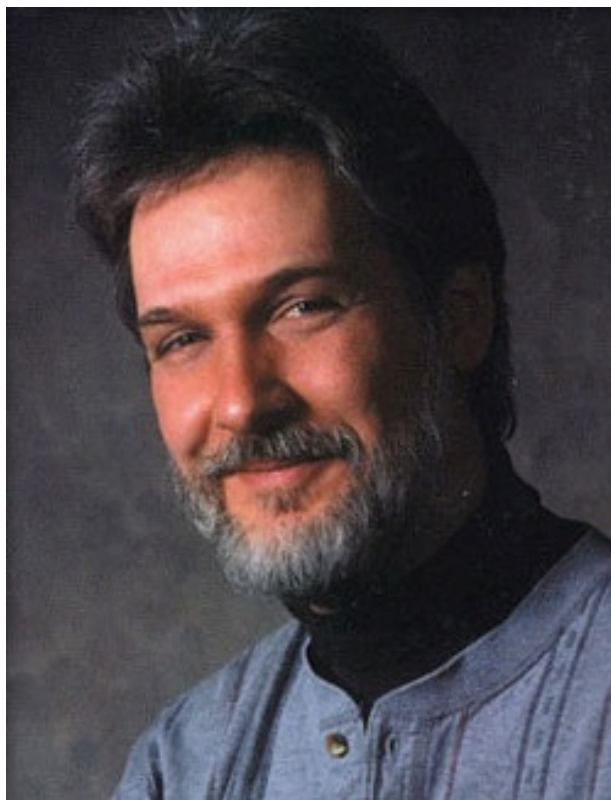
en un mismo día, había pensado que se sentiría desgraciado, incluso corrupto o malvado. Sin embargo, sólo se sentía vacío, vacío y un poco frío.

La expresión de Vala se endureció.

—¿Galaeron?

El elfo se limitó a apartar la vista.

Fin



TROY DENNING visitó por primera vez los Reinos hace más de una década, cuando escribió el último volumen de la trilogía Avatar, *Aguas Profundas* (con el pseudónimo de Richard Awlinson). Desde entonces, sus viajes lo han llevado de Shou Lung a las tormentosas orillas de la costa de la Espada. Luego tuvo el privilegio de pasar un tiempo junto a la familia real de Cormyr en *Las siete plagas* y *La muerte del dragón*, este último escrito con el creador de los Reinos Olvidados, Ed Greenwood.

La invocación es el primer volumen de «El retorno de los archimagos», una nueva serie de Reinos Olvidados en la que se relata la lucha contra uno de los males más antiguos de Toril.